



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

***Memoria de una espera. Estudio y edición anotada
de la novela inédita de Guadalupe Dueñas***

Tesis que presenta

Allyn Montserrat García Vázquez

para obtener el grado de licenciada en lengua y literaturas hispánicas

Asesora

Doctora Laurette Godinas

MÉXICO, 2012



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

A la Dra. Laurette Godinas por el apoyo, la comprensión y, sobre todo, la paciencia durante todo el proceso para la realización de este trabajo.

A la Dra. Laura Estela López Morales, a la Mtra. Luz Aurora Fernández de Alba y a la Dra. Graciela Estrada Vargas, por sus oportunas observaciones que enriquecieron enormemente el presente trabajo.

A mi madre, por ser la inspiración y el ejemplo para cumplir todas mis metas. Espero que siempre te sientas orgullosa de mí.

A mi papá Humberto, por apoyarme incondicionalmente, por siempre tener la respuesta adecuada en todos los momentos de duda y por ser uno de mis más fieles admiradores.

A mi papá Guillermo, por contagiarme su amor por las letras y su espíritu universitario. Gracias por todo el apoyo para convertirme en la profesionista y en la mujer que soy ahora.

A Adán, por ser el motor y compañero ideal para compartir todos mis logros. ¡Te amo!

A todos aquellos que de una u otra forma contribuyeron en la realización de este proyecto, no tengo manera de agradecerles su amistad y cariño infinitos.

Introducción

1. La obra y su autora

- 1.1. La autora y su contexto
- 1.2. Las relaciones políticas de la autora

2. La obra y su contexto de redacción

- 2.1. Breve historia del Centro Mexicano de Escritores
- 2.2. El CME en letras de sus becarios
- 2.3. Archivo del CME
- 2.4. Guadalupe Dueñas y su paso por el CME

3. La obra y su entramado (andamiaje)

- 3.1 La poética de Guadalupe Dueñas
 - 3.1.1 El estilo
 - 3.1.2 Registros temáticos
 - 3.1.2.1 El espacio como premonición
 - 3.1.2.2 Ironía
 - 3.1.2.3 Entre el sueño y la realidad
 - 3.1.2.4 Morbo
- 3.2. La poética de esta novela
 - 3.2.1 El estilo
 - 3.2.2 Registros temáticos
 - 3.1.2.1 El espacio como premonición
 - 3.1.2.2 Ironía
 - 3.1.2.3 Entre el sueño y la realidad
 - 3.1.2.4 Morbo

4. La novela. *Memoria de una espera*

- 4.1. Problemas de la novela
 - 4.1.1. Título
 - 4. 1.2. Carácter inédito
- 4.2. El mecanograma
- 4.3. Criterios de edición
 - 4.3.1. *Dispositio textus*
 - 4. 3. 2. Aparatos (notas lexicográficas, históricas, intratextuales, intertextuales)

Edición de la novela

Apéndice 1. Cuadro del Centro Mexicano de Escritores (1961-1965)

Conclusiones

Bibliografía

Abreviaturas para esta tesis

<i>ADS</i>	<i>Antes del Silencio</i>
<i>DFE</i>	Diccionario Francés-Español, Español-Francés
<i>DILE</i>	Diccionario Ideológico de la Lengua Española
<i>DMLE</i>	Diccionario Marín de la Lengua Español
<i>DUE</i>	Diccionario del Uso del Español
<i>EI</i>	Enciclopedia del Idioma
<i>NMT</i>	<i>No moriré del todo</i>
<i>DRAE</i>	Diccionario de la Real Academia Española
<i>TNA</i>	<i>Tiene la noche un árbol</i>
<i>TLCE</i>	Tesoro de la Lengua Castellana o Española

Introducción

El siguiente trabajo presenta una propuesta de lectura de la única novela de Guadalupe Dueñas, que hasta el día de hoy ha permanecido inédita. La escritora es reconocida por sus libros de cuentos, particularmente por el famoso y elogiado *Tiene la noche un árbol*, publicado en 1958, que al año siguiente la hizo acreedora al Premio José María Vigil, otorgado por el estado de Jalisco. En 1961, gracias al éxito que obtuvo con ese libro, se le otorgó una beca en el Centro Mexicano de Escritores (CME), destinada a escribir una novela y al entregar el borrador final había el compromiso de que se publicara.

Guadalupe Dueñas es autora de otros tres títulos, de los cuales dos son cuentos: *No moriré del todo* (1976), y *Antes del silencio* (1991). Su segundo libro, titulado *Imaginaciones*, apareció en 1977; en éste, haciendo uso de su magistral prosa, presenta semblanzas de personajes con los que convivió y algunos otros de los que sólo recrea o, mejor dicho imagina algún pasaje de sus vidas. Ninguno de estos libros alcanzó la fama del tan aclamado *Tiene la noche un árbol* y, por razones que hasta hoy desconocemos, su novela nunca fue publicada.

Gracias a la donación de los archivos que el Centro Mexicano de Escritores hizo al Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, en 2006 me fue posible acceder al mecanograma autógrafa¹ que entregó Guadalupe Dueñas al culminar su beca en 1962. Mi interés por recuperar el borrador de la novela surgió por el hecho de que se trata del único testimonio que se conserva de la misma, que aquí lleva por título

¹ Utilizo este término para evitar la confusión con mecanuscrito y, al mismo tiempo, ser más específica con las características del documento. (Godinas, Higashi, 2005-2006:269- 271).

Memoria de una espera. Con este trabajo pretendo mostrar la novela con la que se completa el legado literario de Dueñas que, en mi opinión, demuestra la gran maestría prosística, imaginativa y crítica de una escritora que prefirió dejar esta obra guardada en el silencio de la memoria.

En este trabajo presento una breve semblanza de su biografía; algunos apuntes sobre los cuentos que nos aportan datos sobre la poética de la escritora; una breve historia del Centro Mexicano de Escritores, en cuyo marco se gestó la novela; su redacción, particularmente el momento de su captura y revisión, así como la descripción física y de las marcas que aparecen en el documento; una advertencia donde registro los criterios de edición que se consideraron para la modernización del mecanograma y, por último, mi propuesta de edición de la novela. Como hasta el momento se desconoce la existencia de otro testimonio que pudiera ayudar a la edición del texto, las correcciones y supresiones que se encuentran en él se toman como la última voluntad literaria de la escritora. En la presente edición se ofrece el texto de manera tal que facilita la lectura sin que los aparatos de notas la entorpezcan.

Luego de la edición de la novela, aparece un apéndice en donde se concentran algunos aspectos de los becarios que formaron parte del CME de 1960 a 1965, con la intención de analizar las relaciones y los resultados de cada uno de los escritores que se vieron favorecidos con una beca.

La finalidad de este trabajo es dar a conocer al medio académico y literario, la novela –hasta hoy desconocida– de Guadalupe Dueñas, así como fijar la última

voluntad de la escritora al momento de su producción. Ésta es la *Memoria de una espera* que deseo compartir con ustedes.

1. La obra y su autora

1.1. La autora y su contexto

Los datos biográficos de Guadalupe Dueñas siempre fueron muy escasos, pues ella se preocupó por mantener separada su vida privada de su vida literaria; sin embargo, la reciente publicación del libro *Guadalupe Dueñas. Después del silencio* (Castro Ricalde y López Morales, 2010) nos hace reflexionar sobre la veracidad de algunos datos.

Si bien es cierto que la escritora nació en Guadalajara, Jalisco, hay controversia con respecto a la fecha. En la mayoría de las referencias impresas y electrónicas, se señala el 19 de octubre de 1920 como su fecha de nacimiento, pero en el artículo donde se informa sobre su deceso el 10 de enero de 2002, se menciona que nació en 1907 y no en 1920 como ella siempre declaró (Güemes, Montaña, 2002:2a); aunque en la misma nota el hermano de la escritora asegura que al momento de su muerte ella tenía 94 años de edad. Esto señala 1908 como la fecha probable de su nacimiento (Castro, López, 2010:14).

Castro Ricalde y López Morales señalan que debido a la fuerte religiosidad de su padre, su infancia transcurrió como interna en el Colegio Teresiano de la Ciudad de México y en el de Morelia, Michoacán (2010:14). Posteriormente cursó literatura

con la maestra y escritora Emma Godoy, con Fausto Vega y Agustín Yáñez, y asistió a los cursos que le interesaban en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fue alumna privilegiada del insigne humanista Alfonso Méndez Plancarte. Asimismo asistió a cursos literarios en el Belmont School de los Ángeles, California.

Participó como colaboradora de la revista *Ábside*, fundada por los hermanos Gabriel y Alfonso Méndez Plancarte. Hacia 1955, bajo el mismo sello apareció la primera plaqueta que incluía algunos cuentos de la escritora con el título *Las ratas y otros cuentos*.

Guadalupe Dueñas comenzó a ser reconocida dentro del ámbito literario antes de que publicara su primer libro, pues sus cuentos aparecían en revistas como *Metáfora*, *Revista Mexicana de Literatura*, *América* y suplementos periodísticos como *México en la Cultura* y el del diario *El Nacional*. Esto le valió ser incluida, por Emmanuel Carballo, en *Cuentistas mexicanos modernos* (1955) y ser considerada, por Luis Leal, en su *Breve Historia del Cuento Mexicano* (1990 [1956]:132) entre la “Novísima promoción de cuentistas” (Castro, López, 2010:13).

Para 1958, el Fondo de Cultura Económica editó su primer libro de cuentos *Tiene la noche un árbol*. Éste le mereció el premio “José María Vigil” en Guadalajara por habersele considerado como el mejor libro del año. En 1959 colaboró como asesora del Centro Mexicano de Escritores (CME) y, en 1961 obtuvo la beca que otorgaba el mismo CME, para escribir la novela *Máscara para un ídolo*, sobre la cual volveremos más adelante. En 1976 apareció su segundo libro de cuentos titulado *No moriré del todo*, bajo el sello de Joaquín Mortiz en la Serie del Volador. Un año después se publicó *Imaginaciones* y, en 1991, el que sería su último libro, *Antes del*

silencio, con el que concluiría su obra literaria. Ninguno de estos consiguió igualar el éxito del primero.

Tomó parte en los Viernes Poéticos organizados por el INBA y colaboró en todas las revistas literarias de México y en los periódicos más importantes del país. Realizó muchas adaptaciones de novelas y cuentos clásicos en lengua inglesa para gran teatro y teatro en televisión. Entre los autores cuyas obras adaptó, se encuentran Shakespeare, Henry James, Edgar Allan Poe y W. Faulkner. También se desempeñó como dictaminadora de libros literarios y analista de guiones en la Dirección General de Radio, Televisión y Cinematografía de la Secretaría de Gobernación.

Gracias a su relación amistosa con Ernesto Alonso, colaboró en numerosos trabajos para la televisión, entre los que se cuenta una de sus telenovelas más famosas *Carlota y Maximiliano* (Castro, 2010:47). Dicha telenovela fue un éxito, pues fue la primera que se transmitió a colores en México; además, la serie causó mucha polémica, ya que la propia autora declaró que, hasta cierto punto, tomaba partido “a favor de un espíritu selecto y maravillosamente fino, que era el de Maximiliano, cuya visión patriótica y amorosa de México no fue comprendida por motivos políticos” (Miller, González, 1978:161). Sin duda, esto influyó para que dicha serie fuera comprada posteriormente por una compañía austriaca. Por otra parte, el cuento “Guía en la muerte” fue el punto de partida para la creación de la serie *Las momias de Guanajuato*; 13 historias trágicas distribuidas en 130 capítulos de 60 minutos cada uno, que se transmitían al aire diariamente. La buena paga del medio y su convicción de que era posible “dar cultura”, “impartir belleza”, la llevaron a escribir “más de 30 telenovelas” (Castro, 2010:52), aunque –según dijo–

“pasará mucho tiempo para que se eduque al público en la belleza del lenguaje” (Miller, González, 1978:161).

No obstante, los foros de televisión nunca fueron completamente ajenos para Guadalupe Dueñas, de acuerdo con Castro Ricalde, comenzó a trabajar desde la década de 1950 como supervisora en la Oficina Cinematográfica de la Secretaría de Gobernación y ahí se mantuvo durante los siguientes 22 años. Posteriormente, su amiga Griselda Álvarez la invitó a trabajar como jefa de Prestaciones Sociales del IMSS (Castro, 2010:52).

Asimismo, dada la ausencia de datos acerca de su vida, me parece oportuno rescatar algunos fragmentos de la entrevista que le hizo el doctor Leonardo Martínez Carrizales en 1993 y que oportunamente publicó con motivo del deceso de la escritora en 2002. En ella relata la autora:

Yo crecí en una familia absolutamente chapada a la antigua, con un papá de ascendencia española que tenía la idea de la religión de la edad de las cavernas [...] pero... le quiero decir esto en relación con que sepa usted que mi papá tenía una idea terrible como decirle por ejemplo nosotros fuimos amigos –mis padres– por muchos años de una pareja de señores grandes que uno había sido mi madrina, yo los conocí desde chiquita, los vi en mi casa siempre. Pues no sé quién le dijo a mi papá, lo enteró de que no estaban casados por la Iglesia. Usted no puede imaginarse lo que mi papá dijo: “No vamos a poder tener ya amistad con estas personas porque no están casadas por la Iglesia y aquí no entra nadie que no tenga la religión bien puesta” (Martínez, 2002:2-3).

La actitud del padre, en mi opinión, responde a que él ya estaba tonsurado y a punto de convertirse en sacerdote cuando conoció a una jovencita en Colima, e inmediatamente colgó los hábitos para casarse con ella. Por lo tanto, la infancia de Guadalupe fue muy parecida a la vida conventual de la cual renegaba profundamente.

Yo no conocía a nadie. Rezábamos el rosario con toda la servidumbre. Las amistades todas eran cristianísimas. De un convento salíamos para otro. Entonces yo llevé una vida absolutamente religiosa, que a mí me afectó mucho. Fíjese que a ninguna de mis hermanas le afectó. Ellas son católicas muy serenas. En cambio yo tuve una rebeldía. Yo, por ejemplo, mi papá a las seis de la mañana nos levantaba para ir a misa de siete. Y como él se quedó con la cuestión religiosa, entonces fíjese que él nos despertaba con “¡viva Jesús!, y yo quedito decía: “¡que se muera!” (Martínez, 2002:2-3).

En su familia era vista como la oveja negra, pero ella no hacía nada por remediarlo, pues adentro del libro de oraciones se llevaba los cuentos de Calleja para leerlos en plena misa. En esa misma entrevista habla de su estancia en un internado y de los primeros textos que redactó en el diario que llevaba. Cuando salió del internado, con su libro de memorias bajo el brazo, decidió comenzar a escribir. Ella recibió mucho apoyo de parte del padre Méndez Plancarte, quien además fungía como su único lector.

Casi al final de la entrevista, Dueñas narra la venta de su primer cuento y el afortunado encuentro que tuvo con renombrados escritores mexicanos:

Porque el señor que me hizo el favor de admitirme los libros, que no era más que el mozo del lugar, porque a quién conocía yo para decirle que si no ponía algo allí, y era del Fondo de Cultura, pero dónde, ni pensar. El pobre muchacho se arriesgó bastante al ponérmelos. Y estaba asombrado. Dice: “¡No sabe cómo los compran! ¡Tráigame más!” ¡Pero no se me secaban en el Sol! Se me movían, se rayaban. Todos chuecos, llenos de faltas de ortografía... ¡No, fabuloso! Por eso le gustaban más. [...] Entonces cuando van pasando, de suerte, don Alfonso Reyes, Octavio Paz; los grandes Julio Torri, todos esos, compran... ¡a diez pesos el librito!, que no era más que un cuento (Martínez, 2002:2-3).

Según lo que ella misma relata en dicha entrevista, gracias a que le compraron su librito, le llamó Emmanuel Carballo para pedirle más cuentos y poder publicarlos en

el suplemento “México en la Cultura”, del periódico *Novedades*. Luego sobrevino la fama, lo cual contribuyó a que despegara su naciente carrera literaria.

1.2. Las relaciones políticas de la autora

Como mencioné párrafos arriba, además de ser escritora, Guadalupe Dueñas se desempeñó como supervisora de cine en la Secretaría de Gobernación durante el mandato del presidente José López Portillo. Durante mucho tiempo se comentó que la relación amistosa que Dueñas mantenía con la hermana del presidente, Margarita López Portillo, le ayudó a conseguir ese puesto. Sin embargo, la escritora trabajaba ahí desde antes de que el licenciado José López Portillo llegara a ser el Primer Mandatario de México. En una entrevista llevada a cabo en 1962 confesó que era ella quien censuraba los desnudos de las películas. “A falta de ‘partir’ el bacalao, ‘corto’ los desnudos, pero no todos, porque les dejo las manitas” (Méndez, 1962:10).

Podríamos decir que su relación con los López Portillo era más amistosa que política, pero que su cargo como funcionaria pública la vinculó necesariamente con la visión política de ese sexenio. En el único artículo de carácter político en el que aparece la opinión de la escritora, ésta se pronuncia a favor del ex mandatario, refrendando así su amistad con la familia.

Basta ya de lapidar a los López Portillo –dice Dueñas– . Ellos son gente de bien, gente que ama a México y que ha sido injustamente acusada, infamada, perseguida. Mi trabajo al lado de Margarita fue totalmente voluntario, sin ningún cargo oficial y sin remuneración alguna. Fui su acompañante amistosa, nada más, por mi interés de servir en algo a México. Trabajé en la sombra. Ahora estoy jubilada, retirada. [...] José López Portillo es un hombre que está muy lejos de lo que se ha dicho de él. Es un patriota. Ama entrañablemente a su pueblo. Y dedicó a él sus mejores esfuerzos. Me consta. La prueba es que durante cinco años los mexicanos estuvieron muy felices. Luego, alguien tiró

la primera piedra. Y por imitación, por seguir la corriente, otros muchos han continuado los ataques despiadados contra él y contra su familia. Ha sido mucha la tirria, el odio. Ahora resulta que todo fue malo, que todo cuanto hicieron fueron puros errores (Pinchetti, 1984:10).

Guadalupe Dueñas era amiga de la infancia de Margarita López Portillo, desde que estudiaron juntas en Guadalajara, por lo cual a ella también la defiende con las siguientes palabras.

Es una mujer de extraordinaria valía. Una mujer constructiva, que ha querido servir a su país. No es justo lo que se hace ella. [...] Otro motivo del “apedreamiento” de los López Portillo ha sido “la envidia hacia la labor de la mujer” que existe en nuestro medio. Se ataca a Margarita, como se ha atacado a Griselda (Álvarez) y a Rosa Luz (Alegría), y al propio don Pepe por haberlas designado. Es por puro rencor (Pinchetti, 1984:10).

Por desgracia, como señala la escritora Eve Gil (2005), “fue absurdamente castigada por su amistad con la ‘hermana incómoda’ del sexenio lopezportillista, en un país donde los desatinos no se olvidan y la grandeza se hace prematuramente de lado” (Castro, López, 2010: 20).

Sin embargo, la relevancia de la amistad de Guadalupe Dueñas con Margarita López Portillo y con la ex gobernadora de Colima, Griselda Álvarez, surge a partir de la declaración de su hermano Manolo Dueñas, al ser entrevistado por el deceso de la escritora; dijo que la novela nunca se publicó porque, según ella, no quería faltarle al respeto a sus amigos presidentes.

No creo poder armar realmente las cosas que dejó. Ella realmente no quiso finiquitar todos los detalles, porque sentía que era en cierta forma una falta de respeto a Miguel de la Madrid, porque, como le tocó observar a López Portillo y a él, realmente la novela era la descomposición del individuo por el poder. Sintió que los iba a ofender y por eso suspendió los trabajos (Güemes, Montaña, 2002:2a).

Cabe destacar que la novela se escribió desde 1961; incluso entregó el manuscrito en 1962 como retribución a la beca concedida por el CME, pero, según palabras de la misma escritora, deseaba suprimir algunos capítulos antes de entregarla a la editorial Joaquín Mortiz para su publicación. La entrega se retrasó de forma indefinida y, al haber dejado transcurrir tantos años, su publicación después de los mandatos de sus amigos ex presidentes podía prestarse a malas interpretaciones (Castro, 2010:45-46).

2. La obra y su contexto de redacción

2. 1. Breve historia del Centro Mexicano de Escritores

El Centro Mexicano de Escritores fue fundado en 1951 por la novelista norteamericana Margaret Shedd, teniendo como presidente consejero a don Alfonso Reyes. Al inicio, el Centro contó con el apoyo económico de la Fundación Rockefeller, por el entonces director de Humanidades de la Fundación, el señor. Charles B. Fahs. Dos años después de su fundación, don Julio Jiménez Rueda continuó en la presidencia, y él se enfrentó a la difícil situación económica del Centro, ya que tuvo que proveerse de sus propios medios para subsistir. Felipe García Beraza, secretario ejecutivo del Centro, señala:

El Centro tenía la obligación de allegarse fondos de fuentes mexicanas, pues la Fundación Rockefeller tiene como costumbre establecer instituciones que, si tiene justificación de ser, han de perdurar con fondos nacionales de los países donde se establecieron. No fue fácil al principio. Pocas instituciones estaban acostumbradas a dar sistemáticamente dinero para causas culturales y la causa del Centro era por demás inusitada (Domínguez, 1999:425).

Gracias al constante trabajo de los fundadores, el Centro se convirtió en asociación civil y sobrevivió como institución independiente. La convocatoria para ingresar al Centro se hacía una vez al año, en ella se solicitaba que los aspirantes enviaran una carta exponiendo los motivos y su currículum. Los documentos se recibían en las oficinas del Centro para concertar una cita con los aspirantes y así elegir a los becados para el siguiente año. Una vez seleccionados los nuevos becarios, se realizaba un brindis en septiembre donde se daban cita todas las personalidades

involucradas en el gremio literario, entre aspirantes y ex becarios, pues pertenecer al CME era un escaparate y al mismo tiempo un excelente pretexto para establecer nuevos contactos.

Los nuevos becarios firmaban un contrato por un año, en el cual se comprometían a dedicarse de tiempo completo a escribir y asistir puntualmente todos los miércoles a las instalaciones del Centro para revisar, discutir, analizar, replantear o reescribir los avances que hubiesen tenido en sus escritos. En algunos casos se especificaba en el contrato de cada becario que podía dedicar un máximo de 10 horas a la semana a alguna actividad extra. Asimismo, el contrato de la beca mencionaba que los becarios asumían el compromiso de entregar una versión completa de la obra que hubiesen escrito durante la beca, y si ésta se publicaba tenían que mencionar, con carácter de obligatorio, el apoyo que les brindaba el Centro.

Los expedientes del Centro Mexicano de Escritores se encuentran resguardados desde el 28 de marzo de 2006 en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. Con la donación de los expedientes, se oficializó la clausura definitiva del CME, que cerró sus puertas en septiembre de 2005. “Me siento muy orgullosa, pero a la vez triste por el cierre del Centro, habiendo pasado tantos escritores maravillosos en México, uno que otro se nos escapó”, aseguró Martha Domínguez (Bucio, 2006:11). El último Consejo del Centro estuvo conformado por Griselda Álvarez, Mario Ramón Beteta, Raúl Cardiel Reyes, Clementina Díaz y de Ovando, Sergio García Ramírez, Guillermo Soberón, Felipe García Beraza y Martha Domínguez Cuevas.

Por la institución pasaron plumas como las de Juan Rulfo, Juan José Arreola, Carlos Fuentes, Rosario Castellanos, Elena Poniatowska, José Emilio Pacheco, Agustín Yáñez, Jorge Ibarguengoitia, Jorge Portilla, Emilio Uranga, Homero Aridjis, José Agustín, Rubén Bonifaz Nuño, Emmanuel Carballo, Elena Garro, y algunos escritores extranjeros como David Markson, Thelma D. Sullivan o Berg Sthepen. Además, entre los originales mecanografiados que se resguardan en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional, en los expedientes donados por el Centro, se encuentran obras como *Pedro Páramo*, de Rulfo; *Confabulario*, de Arreola; *La región más transparente*, de Fuentes, y *Farabeuf*, de Elizondo.

Gracias al dedicado trabajo de la que por 48 años fue secretaria del Centro, Martha Domínguez, los expedientes de cada becario conservan en su mayoría documentos como correspondencia personal, recortes periodísticos, fotografías, la carta de motivos para solicitar la beca y, en algunos casos, un breve examen de conocimientos literarios que no se les aplicaba a todos los aspirantes. A pesar de que el CME apoyó a reconocidos escritores, actualmente no se conservan documentos de ellos, más que el vago recuerdo de su existencia.

2.2. El CME en palabras de sus becarios

Para resaltar la relevancia que en su momento tuvo el Centro en el ámbito de las letras mexicanas, incluyo las declaraciones de algunos becarios. Con motivo del XXX Aniversario del Centro Mexicano de Escritores, Salvador Elizondo comentó que desde su fundación siempre se le asoció con escritores reconocidos y de calidad internacional.

Desde su instauración –dice Elizondo–, el Premio Xavier Villaurrutia, uno de los máximos galardones literarios, ha sido otorgado casi siempre a obras que han sido realizadas en el Centro Mexicano de Escritores o por ex becarios de él. El CME fue el primero de su tipo en México, ya que al estímulo crítico del comentario colectivo de las tareas conforme avanzaba la obra en su elaboración, aunaba una remuneración en efectivo cuyo nivel adquisitivo –de modo que realmente fuera un estímulo práctico para los escritores– el Centro ha tratado de mantener, a pesar de las vicisitudes, no siempre, claro, en la medida en que fuera de desearse (Domínguez, 1999:426).

Por su parte, José Agustín compartió una semblanza de su paso por el CME y de la relevancia que significaba obtener una de las becas que éste otorgaba.

El dinero que las becas proporciona ha sido de enorme importancia para un grupo social que no se distingue precisamente por la facilidad con la que obtiene ingresos económicos, pero más valioso aún que el dinero viene a ser la satisfacción, el orgullo de los escritores al obtener la beca más prestigiada que existe en nuestro país. Trabajar durante un año con artistas de la estatura de Juan Rulfo y de Salvador Elizondo (y antes con Ramón Xirau, con Juan José Arreola) en sesiones semanales de taller literario, es algo fundamental e invaluable. [...] Yo mismo tuve el honor de ser becario del CME. Desde los dieciséis años soñaba con tener una de las becas que me parecían algo inalcanzable, los principios de la consagración (Domínguez, 1999:427-428).

En la misma participación, José Agustín, reconoce que ni los coordinadores del Centro ni sus compañeros trataron de modificar el estilo ni las inclinaciones artísticas de ningún escritor. Por el contrario, fomentaban que cada uno trabajara de acuerdo con sus bases personales.

Asimismo, Héctor Azar recuerda al CME como un refugio para los literatos en México, que ofreció la posibilidad de entablar un diálogo sobre el quehacer artístico, del cual extraigo un fragmento:

Si no han “transcurrido” todos los escritores en edad de merecer (becas), sí por lo menos su mayoría absoluta debe ser la que recuerde la estrecha salita de la calle de Volga, primero, o la de San Francisco [...], en esta *paper-house*, que es el Centro, en esta *petit-Babel* de plumas fuentes como inagotables

sucesiones de páginas vírgenes en espera del trazo inicial (Domínguez, 1999:428-429).

Azar es el único que menciona a algunas de las escritoras que pasaron por el CME como Emma Dolujannof, Ana Cecilia Treviño, Pilar Campesino, Elsa Cross, Julieta Campos, Silvia Molina, Amparo Dávila, entre otras.

2.3. Archivo y funcionamiento del CME

Durante su existencia, el Centro becó a una considerable cantidad de escritores, por lo que para poder contextualizar la novela que aquí nos ocupa, decidí concentrarme en los becarios del periodo comprendido entre 1961 y 1965, para realizar un acercamiento de los contemporáneos de Guadalupe Dueñas y de las obras que se gestaron durante aquellos años.

El CME fue creado con la finalidad de impulsar la incipiente carrera literaria de nuevos talentos mexicanos que estaban ávidos de escribir, pero que, en frecuentes ocasiones, no les era posible dedicarse por completo a la escritura debido a que tenían la necesidad de dedicar su tiempo a actividades diversas que les posibilitaran el sustento. La mayoría de los escritores que en algún momento obtuvieron la beca, simultáneamente participaban en las revistas literarias de mayor circulación en aquel entonces: *Revista Mexicana de Literatura* y *Ábside*, así como en algunos suplementos: *México en la Cultura*, del periódico *Novedades*; *Diorama de cultura*, del *Excélsior*, y *La cultura en México*, de la revista *Siempre!*, y en otras publicaciones como *Universidad de México*; *La palabra y el hombre*, de la Universidad Veracruzana, y *Los cuadernos del viento*, entre otras.

Por lo tanto, luego de hacer una revisión hemerográfica de las fuentes arriba mencionadas, me percaté de que muchos de los escritores que obtuvieron la beca del Centro no eran de ninguna manera desconocidos en el gremio literario. Nombres como los de Alberto Dallal, José de la Colina, Juan García Ponce, Jorge Ibarguengoitia, Juan Vicente Melo, Tomás Segovia, Jaime Sabines, Luisa Josefina Hernández, Inés Arredondo, por mencionar algunos, se dedicaban a trabajar como redactores de las revistas y ocasionalmente publicaban algún cuento o poema, o en el caso de ser un poco más reconocidos daban la primicia de un fragmento de una novela próxima a publicarse.²

En el periodo que seleccioné para contextualizar la novela de Guadalupe Dueñas, estaban ocurriendo demasiados cambios de manera simultánea. En el momento literario, lejos estaban ya las generaciones del Ateneo de la Juventud, la muerte de don Alfonso Reyes marcó un antes y un después en la literatura nacional e internacional, los Contemporáneos y la Espiga Amotinada ya no parecían tan contemporáneos, y el poeta Salvador Novo se convirtió en sujeto de diversos homenajes que anticipadamente anunciaban su inminente deceso. El CME ya había cumplido 10 años desde su creación y, para entonces, ya era un importante

² En la *Revista Mexicana de Literatura* participaban como ensayistas o como redactores Emilio Carballido, José de la Colina, Manuel Elizondo, Jaime García Terrés, Miguel González Avelar, Luisa Josefina Hernández, Arnaldo Orfilia, Tomás Segovia, Juan Carvajal, Alberto Dallal, José de la Colina, Isabel Fraire, Juan García Ponce, Jorge Ibarguengoitia, Juan Vicente Melo, Inés Arredondo, Jaime Sabines y Tomás Segovia. Al parecer, las actividades desempeñadas dentro de la revista no eran inamovibles, pues podían aparecer como autores de algún texto o como redactores; a este grupo se le conoce como Generación del Medio Siglo. Por otro lado, en febrero de 1962 aparece *La cultura en México* como suplemento de la revista *Siempre!*, con José Pagés Llergo como director general, Fernando Benítez como director, y Gastón García Cantú como jefe de redacción. Con ellos colaboraban escritores de la talla de Arqueles Vela, Luisa Josefina Hernández, Fernando Benítez, Ana Mairena, Max Aub, Rubén Marin, Emma Dolujanoff, René Avilés, Maruxa Villalta, Salvador Novo, Octavio Paz, Rosario Castellanos, Jaime García Hernández y uno que otro escritor que publicaba en las dos revistas como Juan García Ponce, Juan Vicente Melo o Jorge Ibarguengoitia.

semillero de nuevos talentos, pues les permitía a los escritores dedicarse exclusivamente a escribir una obra durante el año que duraba la beca y finalmente publicarla.

La situación editorial de aquel entonces pasaba por una crisis económica; el grave problema al que se enfrentaban eran la escasez de papel, pues el que se producía en el país no alcanzaba a cubrir las demandas de las editoriales, además de que se vendía a precios muy elevados debido a la ley que prohibía la importación de papel con la finalidad de resguardar los intereses de las papeleras nacionales. Además, los editores alegaban que, aunque México se encontraba ubicado en el segundo lugar después de España editorialmente hablando, aún era insostenible el mercado nacional y, al mismo tiempo, posicionarse en el mercado internacional (Reyes, 1964).

Las revistas en las que los mismos escritores trabajan, practicaban este ejercicio de “melees y teleo”, que ya mencionaba Elena Poniatowska, hacían al mismo tiempo de jueces de las obras de otros y parte, con sus propias participaciones. Lo mismo escribían sobre la última novela de Agustín Yáñez, Sergio Galindo, José Revueltas o Rosario Castellanos, que homenajeban al recién desaparecido Alfonso Reyes, como unos hijos desamparados y, al mismo tiempo daban cabida en sus reseñas a escritores extranjeros como Gabriel García Márquez, Max Aub, Malcolm Lowry, entre otros.

A pesar de que el panorama no parecía nada alentador, en la industria editorial ocurrieron cambios fundamentales que definitivamente impulsaron el mercado del libro, comenzando porque los autores empezaron a “medio subsistir”

con las regalías de sus libros debido a la política editorial de altos tirajes y precios reducidos. El hecho de que los escritores profesionalizaran su labor, obligó a editores y libreros a tomar con más seriedad su papel en la industria. De acuerdo con Emmanuel Carballo, ocurren una serie de sucesos aunados a relevantes publicaciones que acrecentaron y finalmente posicionaron a la industria editorial mexicana (1964:4-7).

1961. Porrúa lanza la colección *Sean Cuántos* que difunde, a precios populares, obras clásicas universales y nacionales. El Fondo de Cultura Económica lanza la Colección Popular, en la cual reeditará sus obras agotadas y difundirá los nuevos títulos de mayor interés. ERA se da a conocer con un libro de Fernando Benítez, *La batalla de Cuba*. El FCE publica *Escucha yanki. La revolución en Cuba*, de C. Wright Mills. Costa Amic da a conocer *Picardía mexicana*, de A. Jiménez.

1962. La nueva editorial Joaquín Mortiz sale a la luz con la novela de Agustín Yáñez, *Las tierras flacas*. Se dedica a publicar obras literarias tanto nacionales como extranjeras. Es la primera editorial mexicana en su tipo. Se publican varios títulos importantes como *Confabulario total*, de Juan José Arreola; *Oficio de tinieblas*, de Rosario Castellanos; *La muerte de Artemio Cruz* y *Aura*, de Carlos Fuentes; *Los muros enemigos*, de Juan Vicente Melo.

1963. Se publica póstumamente el libro *Oración del 9 de febrero*, obra capital para entender la obra y vida de Alfonso Reyes. Joaquín Mortiz publica las mejores novelas del año, *La feria*, de Juan José Arreola, y *Los recuerdos del porvenir*, de Elena Garro.

1964. Ediciones ERA publica una novela capital de siglo XX, *Bajo el volcán*, de Malcolm Lowry. El FCE celebra sus 30 años de labor. Editores y autores rinden homenaje al presidente López Mateos y lo declaran “editor benemérito” por haber repartido a la niñez más de cien millones de libros de texto gratuito. Asimismo, anunció en un banquete que le ofrecieron los distintos sectores de la industria del libro que se encontraba en proceso de formación el Centro de Estudios para el Desarrollo y Protección de la Industria Mexicana. Este proyecto intentaría agrupar a los editores y a los autores, pero nunca se concretó.

Cabe destacar que en el periodo de tiempo que abarca esta investigación, estaba en boga la publicación de los autores mexicanos. Los sellos editoriales como Joaquín Mortiz, ERA y la Universidad Veracruzana, de reciente creación, junto con el Fondo de Cultura Económica, Siglo XXI, Costa Amic y Porrúa, por mencionar algunos, estaban ansiosos de publicar obras que rápidamente se difundieran y se comercializaran. Según Carballo, por motivos económicos, la literatura mexicana deja atrás el nacionalismo para dar paso al panamericanismo. Los autores mexicanos optan por la búsqueda de temáticas universales capaces de abrirles las puertas a un mercado más amplio de lectores.

Debido al momento literario tan intenso que se vivía en aquellos días, el Centro Mexicano de Escritores era el camino obligado para cualquiera que aspirara a convertirse en un escritor reconocido, o por lo menos, mencionado. Por lo tanto, me di a la tarea de hacer un análisis, a modo de cala, para conseguir puntos de

comparación entre los escritores que estuvieron becados entre 1960 y 1965, es decir, cinco generaciones de becarios contemporáneos a Guadalupe Dueñas.

En resumen, podemos señalar que en el periodo de 1960 a 1965 estuvieron becados 38 escritores de los cuales 11 eran extranjeros, entre ellos: Stephen Berg, David Markson, Eduardo de Neira, Thelma Sullivan, Frederick Griscon; y 27 escritores nacionales como Marco Antonio Montes de Oca, Inés Arredondo, Vicente Leñero, Gabriel Parra, Armando Ayala, Jaime Augusto Shelley, Carlos Monsiváis. En la generación de 1960-1961, de los ocho escritores se becaron a cinco extranjeros, situación que disminuyó considerablemente para 1964-1965, pues de 10 escritores sólo uno era extranjero. En el caso de los escritores nacionales, de los 27 becados sólo hay registro palpable de 13 que sí publicaron la obra a la que se comprometieron cuando recibieron el apoyo; del resto, 12 publicaron posteriormente y dos de ellos ni siquiera aparecen mencionados en el *Diccionario de Escritores Mexicanos* (véase Apéndice 1). Esta información resulta relevante, pues Guadalupe Dueñas forma parte de 52 por ciento de los becarios que no sacaron a la luz su texto.

2.4 Guadalupe Dueñas y su paso por el CME

En el apartado anterior expliqué a grandes rasgos el funcionamiento del CME y la relevancia para los escritores mexicanos de convertirse en becarios, por lo cual me parece importante destacar dos puntos de interés acerca del otorgamiento las becas: no sólo eran para escritores nacionales y en casos contados, algunos escritores

fueron becados en dos ocasiones. Esto significa que quizás el caso de Guadalupe Dueñas no haya sido tan excepcional como ella lo declara en una entrevista.

--¿Cómo conseguiste la beca?

--De puro milagro. Más por oraciones que por méritos. El Centro Mexicano de Escritores otorga esas becas a jóvenes y yo era ex joven, no tenía la edad reglamentaria. Así que la debo a la bondadosa acogida de la señora Shedd, incansable promotora de vocaciones literarias –que no siempre cuajan–, y al empeño que pusieron en ayudarme mis inolvidables amigos Ramón Xirau y Felipe García Beraza, quienes alentaron mis esperanzas e intercedieron ante la Junta, para hacer una excepción y conseguirme la dispensa de los años sobrantes. [...] Realmente ellos fueron mis ángeles protectores (Espejo, 1977:5).

En el año en el que Guadalupe Dueñas fue becaria compartió su estancia en el CME con Inés Arredondo, Vicente Leñero, Gabriel Parra Ramírez, Miguel Sabido y Jaime Augusto Shelley. Ellos le inyectaron esperanza y la empaparon de una nueva sensibilidad creativa que la hizo recuperar la confianza en su trabajo.

Guardo –afirma Dueñas– un recuerdo maravilloso de tales amistades que conservo hasta la fecha. Fueron verdaderos camaradas. Me atrevería a decir que gracias a su contacto debo mi afirmación dentro de conceptos literarios y humanos que manejo actualmente. La espontaneidad de sus opiniones, la sinceridad, la pasión, la alegría que proyectan y de la cual me hicieron partícipe, me causó mucho bien (Espejo, 1977:5).

Asimismo, el artículo celebra los oportunos comentarios de Ramón Xirau que, dicho en sus propias palabras, admira “su valiosa crítica que posee el don de aconsejar sin herir”, y el trabajo y entrega de Felipe García Beraza y de todos los colaboradores que hacían posible la existencia del Centro.

En dicha entrevista menciona que escribió una novela con el título *Máscara para un ídolo*, que tenía el compromiso de publicar y que, según ella, estaba a punto de entregar a sus editores para saldar así su deuda con el Centro. Sin embargo, hasta

el día de hoy, la novela, cuyo título sigue siendo un misterio que intentaremos esclarecer en el capítulo 4, sigue inédita.

3. La obra y su entramado (andamiaje)

3.1 La poética de Guadalupe Dueñas

Como lo mencioné anteriormente, Guadalupe Dueñas es autora de tres libros de cuentos: el más conocido, *Tiene la noche un árbol*, publicado en 1958; *No moriré del todo*, de 1976, y finalmente *Antes del silencio*, dado a conocer en 1991. En los tres hay una constante recurrencia a los temas que la inquietaban como: el miedo a la soledad, la muerte, la orfandad, la imposibilidad del amor y los conflictos con sus creencias religiosas, pero narrados con su estilo³ único y peculiar que hacen tan característica su obra.

Las ficciones de Dueñas siempre se han catalogado dentro de la literatura fantástica y, más recientemente, dentro del género de literatura gótica. Por otra parte, algunos han visto en sus cuentos elementos psicológicos de gran importancia, pues en ellos se hace uso de formas experimentales para penetrar dentro de los dramas internos de los personajes, como ocurre también en la cuentística de Amparo Dávila, Carlos Valdez, Sergio Pitol, José Emilio Pacheco, Juan Vicente Melo y Carlos Fuentes (Pavón, 1998: 32).

³ En este trabajo preferí usar el término “poética” frente al de “estilo”, pues su definición es más completa que la del segundo término; sin embargo, debo aclarar que se pueden llegar a utilizar indistintamente. Para esta tesis, tomaré por válida la definición que hace Marchese de la poética, insistiendo en la segunda acepción: “Tal como nos ha sido transmitido por la tradición, designa 1) toda teoría interna de la literatura; 2) la elección hecha por un autor entre todas las posibilidades (en el orden de la temática, de la composición, del estilo) literarias [...]; 3) los códigos normativos por la escuela literaria, conjunto de reglas prácticas cuyo empleo se hace obligatorio” (2000:324-325). De acuerdo con Gray, el término “estilo” no tiene una definición completamente satisfactoria; no obstante, podríamos entenderlo como: “Todo lo que la lengua de una obra ‘revela’ acerca de su autor es la obra misma. Podemos decir que ésta ‘revela’ lo que el autor sabe y aquello en lo que se haya interesado, si asumimos razonablemente que los autores escriben sobre lo que les interesa y conocen” (1974:106).

En este apartado haremos algunos apuntes sobre los cuentos de Guadalupe Dueñas, buscando determinar los recursos de los que hace uso en sus narraciones para, posteriormente, compararlos con la novela. En el libro *No moriré del todo* (Dueñas, 1976) aparece un cuento titulado “Carta a una aprendiz de cuentos”, que nos puede orientar sobre la concepción que tiene la autora de lo que significa escribir un cuento. La importancia de este texto radica en que gracias a él, accedemos a la concepción que tiene Dueñas sobre el género, como señala López Morales en su artículo sobre el mismo cuento: “Lo que vale en este texto es la estrategia empleada por Dueñas para hilvanar una suerte de manual destinado a escribir cuentos, al tiempo que, con ese material, arma una historia ejemplar, que pretende ilustrar los mecanismos del género” (2010:71).

En este cuento, un narrador homodiegético (Pimentel, 1998:137) escribe en primera persona la respuesta a la supuesta pregunta que le hace una aprendiz sobre qué es un cuento. “Me pregunta usted qué es un cuento y tengo la mejor voluntad de contestarle; es más, creo que ha dado con el cuerno de la abundancia, con la fuente, con el Wall Street, de esa riqueza” (NMT, 11). La respuesta ficticia presenta de una manera sencilla y didáctica la selección que debe hacer un escritor al momento de construir el universo en el que se desarrollará su historia y su personaje. Aquí un fragmento de la narración que propone Dueñas:

Había una vez una ciudad (si usted prefiere algún epíteto jamás lo use, de seguro es inadecuado) de las llamadas cosmopolitas, casi en los suburbios (atienda usted al nivel social que connota la ubicación). Tache usted ahora “Había una vez” y empiece: “En una ciudad... vivía una viejecilla nerviosa, mínima, empolvada, seca y repugnante, que por defenderse del tiempo ofendía a Dios y al diablo” (NMT, 11).

Luego, plantea la necesidad de una anécdota para que exista el cuento, es decir, al personaje debe sucederle algo o encontrarse con alguien “persona, animal, fantasma o emoción” (*NMT*, 13) que no sea común a la mayoría de los lectores, así como también es recomendable elegir cuidadosamente el nombre del personaje.

Es muy importante el nombre. Al lector debe de decirle algo, o nada. Atienda usted: si la llamamos Friné, denunciamos una aspiración a la extravagancia, por menos si la vieja es de Tabasco; por más si es de paciente tribu burocrática. ¿Lucrecia? No, despierta ideas de lascivia y nuestra vieja no abriga ni rescoldos. Si la nombramos Gumersinda, Domitila o Pancha, incurriremos en lesivo folklorismo más extravagante todavía, con lo cual no situaremos a la actora, sino a nosotros los autores como dados a la chacota y a la tontería (*NMT*, 13).

Cuando se ha elegido el nombre y la situación por la que atravesará el personaje –en este caso particular, la vieja observa a través de la ventana a un gato hambriento, lo alimenta, y el gato supone el gesto como una invitación para vivir con ella– se debe elegir la ideología que transmitirá el relato: “Si usted es comunista, pues muestre la lucha de clases, es decir, las uñas de la vieja contra las del gato. Si es católica, pues a darle a la misericordia, y después de múltiples trabajos que casi rindan al animal, éste debe entrar a la casa” (*NMT*, 16). Luego, la narradora sugiere a la aprendiz, ponerse en la perspectiva de los personajes para poder sentir la desdicha y la desolación, en este caso del gato.

Contémplo recargado contra la Luna sin tener a quien maullarle y, luego, sígalo a los basureros y busque con él incómodas piltrafas, y cómalas, y sienta la picazón de la roña, y lama una y otra vez sus apremiantes heridas. ¿Se acostumbra? ¿Está usted ya en cuatro patas trepando por la escalera rumbo a la azotea? El ambiente de tendedores y tinacos es ahora la selva o el desierto. ¿A dónde va a saltar usted?, ¿en persecución de quién o de qué?, ¡que palpíte, sí, que no deje de latir su acongojado corazón de gato! (*NMT*, 17).

Le recomienda a la aprendiz que abrace el tema como abrazaría a su novio, y que no se entusiasme demasiado con los adjetivos, pues ya encontrará el adecuado para darle a la historia un color incomparable. Por último, le sugiere que cuente el final de la historia sin pensar en las reacciones que puedan tener sus amigos. Ahora bien, si al descubrir el trágico final del gato se humedecen los ojos de la aprendiz, “han capturado la liebre, y es hora ya de empezar el trabajo” (NMT, 19). A pesar de las sugerencias de la narradora y de su intento de manual con el cual pretende transmitir la fórmula para escribir libros, es evidente que la creación de los mismos –con la maestría con que lo hace Dueñas– no es tan sencilla como parece.

El cuento anterior revela la poética de Dueñas, la cual, aunque aparenta ingenuidad a la hora de escribir un relato, demuestra que una historia no tiene nada de improvisado. Como bien señala López Morales en el ensayo donde analiza este cuento que puede considerarse como el “arte poética” de Dueñas, cabe destacar que a pesar de que la cuentista vaya formulando consejos que inmediatamente invalida con “ejemplos inoperantes” que pretenden despertar el análisis crítico de la receptora, desobedece todas las reglas que propone, pues considera que lo importante al momento de escribir un cuento consiste “en saber burlarlas con conocimiento de causa y en aras de atrapar la liebre” (2010:71-72).

Es interesante que en la poética de Dueñas se destaque el carácter de “construido” de un personaje considerándolo como el principal efecto de sentido que tendrá la historia (Pimentel, 1998:59). Asimismo, resalta la importancia de otorgarle un nombre que Pimentel define como *referencial*, pues supone una especie de resumen de la historia o de la orientación temática del relato, o *no referencial*,

que irá adquiriendo sentido a lo largo de la historia (Pimentel, 1998:63-70). Otro punto importante que aborda la narradora ficcional es la perspectiva de los personajes. En la historia que construye para ejemplificar cómo se debe escribir un cuento, se *focaliza* la narración en el gato, por ello al final de la historia sentimos pena por su muerte y coraje con la vieja por no darle asilo. Aquí radica la importancia de la perspectiva que adopte el narrador para contarnos la historia, pues de ello dependerá completamente el sentido de la misma (Pimentel, 1998:98).

3.1.1 El estilo

Sin duda, la construcción de un cuento no es un trabajo sencillo, pues se deben considerar muchos elementos como la anécdota, los personajes, el nombre de los mismos, la ideología que queramos imprimirle, pero no es lo único que determina el estilo de un autor. En el caso específico de Guadalupe Dueñas, ¿de qué recursos estilísticos se vale para presentarnos sus ficciones?, para ello señalaremos brevemente aquellos que destacan por su uso en la construcción de sus cuentos. Para este fin utilizaremos los cuentos “La tía Carlota” y “Al roce de la sombra”, incluidos en el libro *Tiene la noche un árbol*.

Utiliza una *metáfora*⁴ principalmente para describir a sus personajes, como veremos en los siguientes ejemplos. En “La tía Carlota”, la narradora describe a la tía como: “Alta, cetrina, con ojos entrecerrados esculpidos en madera. *Su boca es una línea sin sangre, insensible a la ternura*” (TNA, 7. *Cursivas mías*). En el caso de la

⁴ Entenderemos por “metáfora”: “sustitución de un vocablo apropiado por otro inapropiado, en virtud de una relación de similitud entre sus correspondientes conceptos”. Azaustre hace una distinción de la metáfora *in praesentia* (cuando el término metaforizado está explícito) o *in absentia* (cuando ha sido omitido) (1997:83-84).

metáfora anterior, se trata de una metáfora *in praesentia*, pues el referente está explícito. Ocupa esta misma figura para describir a su tío, sólo que en este caso es una metáfora *in absentia*: “Distingo su cara de niño monstruoso y *sus fauces que devoran platos de cuajada* y semas rellenas de nata frente a mi hambre” (TNA, 9. Cursivas mías). En este mismo ejemplo, destacamos también el uso de la antítesis⁵ al describir a su tío como un *niño monstruoso*, no podemos omitir que la construcción de esta imagen sirve para que los lectores configuren en su imaginario lo retorcido y monstruoso del personaje descrito.

Asimismo, para las descripciones de sus personajes o espacios, se vale de la *comparación* o *símil*⁶ para resumir en una frase breve la información que el narrador quiere que conozcamos. Veamos el siguiente ejemplo: “Sobre sus canas, que la luz pinta de aluminio, veo claramente *su enorme verruga semejante a una bola de chicle*” (TNA, 9. Cursivas mías). Párrafos adelante, la tía Carlota describe el dolor de la prima Rosario con un símil: “Rosario fue muy bella aunque hoy la miro clavada en un sillón... Pero todo vuelve a lo mismo. *El día que llegaste al mundo se quebró como una higuera tierna*” (TNA, 9-10. Cursivas mías).

En este texto también podemos destacar el uso de la metáfora y el símil en una misma frase: “Me siento en la banca donde las Hijas de María se acurrucan como las golondrinas en los alambres” (TNA, 11). La metáfora *in absentia* la

⁵ “Oposición de ideas, oposición que lingüísticamente puede manifestarse entre palabras aisladas, frases u oraciones” (Azauste, 1997:117).

⁶ Azauste define la figura de la siguiente manera: “*exemplum* y *similitudo* establecían una relación de semejanza entre un hecho y el asunto que se estaba tratando. [...] En la práctica, sobre todo, en la poesía lírica, no siempre resulta posible deslindar las dimensiones del ornato y la argumentación; se tiende de este modo, a considerar como comparaciones o símiles los enunciados analógicos breves (1997:137).

encontramos en *las Hijas de María*, haciendo referencia a las hijas de la virgen María, frase que complementa con el símil *se acurrucan como las golondrinas en los alambres*. Confirmamos nuevamente que el uso de estas dos figuras retóricas, le sirve a Guadalupe Dueñas para crear imágenes precisas en sus narraciones.

En este cuento también utiliza la alegoría⁷ sobre unas hormigas que la narradora visualiza como: *“Un hilo ensangrentado que va más allá de la puerta. Llevan hojas sobre sus cabellos y se me figuran señoritas con sombrilla; ninguna se detiene en la frescura de una rama; ni olvida su consigna y sueña sobre una piedra. Incansables, trabajan sonámbulas cuando arrecia la noche”* (TNA, 8. Cursivas mías).

Otra de las figuras retóricas a las que recurre Dueñas en sus narraciones, es a la *antonomasia vossiana*⁸ con la intención de hacer referencia a personajes famosos o parte de la hagiografía para caracterizar a sus personajes. *“Ante ella mi padre se transforma. Ya no se asemeja al San Lorenzo que gime atormentado en su parrilla”* (TNA, 13. Cursivas mías). Según la tradición, San Lorenzo fue asado vivo sobre una parrilla.

Finalmente este cuento termina con un símil: *“Finjo que duermo mientras sus lágrimas caen como alfileres sobre mi cara”* (TNA, 14. Cursivas mías). Con esta figura apreciamos el dolor y arrepentimiento que siente la ti. A pesar de ello, a la narradora le duele que sientan pena por ella, como alfileres sobre su cara.

⁷ *Alegoría*: Tropo por semejanza que, a diferencia de la metáfora, no se verifica en una sola palabra, sino en un conjunto de palabras (Azaustre, 1997:84).

⁸ Azaustre menciona a la *antonomasia vossiana* “como un subtipo mediante el que se designa a un individuo destacable por determinado hecho con el nombre de un personaje célebre por la misma causa” (1997:88).

En el cuento “Al roce de la sombra” emplea algunas de las figuras retóricas ya mencionadas, aunque hace el uso de otras que a continuación presentaremos. En el caso de los símiles, podemos distinguir dos categorías, dado que a pesar de tratarse de la misma figura, unos describen mientras que otros califican, observemos los siguientes ejemplos.

El candil hacía ruidos pequeños y finos semejantes al tono con que hablaba la mayor de las señoritas; el ropero veneciano, con su puñado de lunas, tenía algo del ir y venir y del multiplicarse de las dos hermanas; también las luidas y costosas alfombras eran comparables a sus almas (TNA, 43. Cursivas mías).

El primer simil describe los ruidos del candil, mientras que el segundo califica las luidas almas de las señoritas Moncada. En este cuento se encuentran muchos símiles que corresponden a alguna de las dos categorías mencionadas, aquí un ejemplo de símil descriptivo: “Salen rara vez y ataviadas como emperatrices caminan por subterráneos de silencio” (TNA, 45). La función de esta figura reside específicamente en describir a las hermanas, en contraste con el siguiente símil calificativo: “El nombre de las Moncadas cayó en su vida como tintineo de joyas” (TNA, 43).

Asimismo, la metáfora se utiliza como ya lo vimos en el cuento anterior, como un recurso que sirve para delinear a los personajes: “La gente gusta verlas bajar de la anticuada limosna, hechas fragancias, para asistir a los rezos” (TNA, 45). Seguida de esta frase, aparece otra figura retórica conocida como *paréntesis*,⁹ que en este cuento en específico aparece indicado de forma gráfica.

(“Ropas fragantes”. Raquel se vio en el vaho de la ventanilla con una gola de tul y encaje sobre un chaquetín de terciopelo y se vio calzada de raso con

⁹ “Consiste en la inserción de una idea diferente pero lógicamente emparentada, en mitad de otro pensamiento, el cual resulta de este modo interrumpido y matizado antes de su culminación” (Azaustre, 1997:114).

grandes hebillas de piedras... Pero si sólo hubiera podido comprar el modesto traje que antes de partir admiró en el escaparate de una tienda de saldos.) (TNA, 45).

Guadalupe Dueñas aplica este recurso para anticipar o esbozar los eventos que ocurrirán a continuación. Por ejemplo, al principio de la narración, cuando el compañero de la narradora le va reseñando la vida de las Moncada, aparece el siguiente paréntesis: “(Raquel prefería que su compañero fuera invención del monótono trotar sobre el camino del desvelo)” (TNA, 44).

Como podemos observar, los paréntesis funcionan para agregar las intervenciones del narrador heterodiegético, que nos advierte de los futuros eventos que ocurrirán en la narración; asimismo desea advertir a los lectores que a pesar del universo tan opulento que aparentan las señoritas Moncada, siempre hay que desconfiar de las apariencias.

Cuando el acompañante de Raquel le detalla la casa de las señoritas, viene acompañado de otro paréntesis: “(El musgo y la maleza asfixian el emplomado, las ramas trepan por la espalda de Santa Mónica y anudan sus brazos polvorientos. La antigua estatua de San Agustín es un fantasma de tierra hundido hasta las rodillas. Las hojas se acumulan sobre el altar ruinoso)” (TNA, 46). Dentro de esta figura, también advertimos la antonomasia vossiana cuando se refiere a Santa Mónica, la patrona de las mujeres casadas y modelo de las madres cristianas, y a su hijo, San Agustín, padre de la iglesia.

En los ejemplos anteriores nos percatamos que en los paréntesis, el narrador hace aclaraciones que a pesar de estar relacionadas con el relato son *antítesis*¹⁰ de la narración en primer plano.

(El tren pasaba por un puente, el émbolo iba arrastrándose hasta el fondo del barranco, hasta aquellas hierbas que ella deseó pisar con pies desnudos. ¡Qué ganas de ir más lejos, allá donde un buey descarriado! ¡Qué gusto bañarse en la mancha añil que la lluvia olvidó en el campo! ¡Qué desconuelo por la temida escuela!) (TNA, 46).

En la cita anterior contemplamos que aunque Raquel se nos muestra ansiosa de llegar a su destino, en el paréntesis, el narrador muestra sus verdaderos sentimientos y preocupaciones.

Para concluir este aparatado, sería importante señalar que la ironía¹¹ está considerada dentro de las figuras retóricas, pero por tratarse de un registro temático predominante en la obra de Guadalupe Dueñas la abordaremos en la siguiente sección.

3.1.2 Registros temáticos

La mayoría de los ensayos sobre las ficciones de Dueñas coinciden en que fue de las pocas escritoras mexicanas del siglo XX que “exploró la veta del terror y lo siniestro”, así como la creación de universos sombríos, sangrientos y terroríficos (Castro Ricalde, 2010:103) o dentro del género gótico por “el énfasis en la creación de

¹⁰ Azaustre la define como la oposición de ideas, oposición que lingüísticamente puede manifestarse entre palabras aisladas, frases u oraciones (1997:117).

¹¹ Azaustre define a la ironía como “la expresión de un pensamiento a través de un enunciado de sentido literal diferente o incluso opuesto a lo que en el fondo se piensa y se pretende decir; de manera tácita, el contexto aporta las claves necesarias para la correcta interpretación del discurso simulatorio” (1997:89).

atmósferas oscuras y opresivas”, y por “la exploración de la psicología de los personajes” (Piñeiro, 2010:145). También se les ha catalogado dentro del género fantástico, dado que en éste “se han articulado los deseos prohibidos, lo reprimido, lo abominable, lo irracional, lo sacrílego, lo perverso, lo monstruoso y lo onírico, así como los miedos, la maldad, la locura y el inconsciente de los personajes” (Seydel, 2010:165).

Sin embargo, me parece que la cuestión de enfrascar a Guadalupe Dueñas en un solo género, limita las posibilidades de su estudio, aunque en mi opinión, coincido en que la mayoría de sus ficciones se insertan dentro de lo fantástico, entendiéndolo como “la irrupción de lo insólito en lo banal” como lo define Caillois (según lo apunta Botton, 1994:13). Además, agrega: “en efecto, la irrupción de lo insólito o de lo extraordinario, o incluso de lo sobrenatural, en la vida cotidiana puede tener efectos muy diferentes: lo inesperado puede mover a risa, a extrañeza, puede provocar la simple sorpresa, o llevar al miedo y al terror; el sentimiento de lo fantástico no es más que una de las sensaciones que pueden ser provocadas por lo inesperado”.

De igual manera, como señala Seydel, “a lo fantástico le es inherente, por un lado, la trasgresión y, por otro, la crítica social y cultural” (2010:165). Esto es lo que encontramos reflejado en la obra de Dueñas, además de las temáticas que le son recurrentes tales como la soledad, el amor, el incesto, la muerte, la orfandad, el fanatismo religioso y la doble moral presente en su entorno social. Para dar una muestra de ello, haremos una distinción de los recursos que sobresalen en la construcción de la poética de Guadalupe Dueñas.

3.1.2.1 El espacio como premonición

“La creación de atmósferas oscuras y opresivas típicas de la literatura gótica” (Piñeiro, 2010:145) es uno de los elementos que sobresalen en los cuentos de Dueñas. En los siguientes ejemplos daremos cuenta de casas abandonadas o mansiones solitarias, que como señala Sardiñas, “aun cuando se encuentren en zonas céntricas de una ciudad, son variantes de la casa gótica, de amplia tradición en la literatura fantástica inglesa” (2010:187).

En el cuento “Al roce de la sombra”, el acompañante de Raquel le platica que en ese pueblo “no hay nada que ver” (*TNA*, 44). Lo único interesante son las Moncada que viven aisladas en una finca a las orillas del pueblo. Muestra clara de que el espacio es asfixiante, está en una acotación del narrador cuando dice:

A veces prefieren las márgenes del río que zigzaguea hasta la capilla olvidada. (El musgo y la maleza asfixian el emplomado, las ramas trepan por la espalda de Santa Mónica y anudan sus brazos polvorientos. La antigua estatua de San Agustín es un fantasma de tierra hundido hasta las rodillas. Las hojas se acumulan sobre el altar ruinoso) (*TNA*, 46).

Claramente podemos observar el abandono de la finca, lo cual nos permite sospechar que el espacio no está habitado de una forma común. Esta misma sensación de abandono de los espacios la encontramos en “La dama gorda”, en las precisas descripciones que hace la vecina-narradora de la casa.

La curiosidad de los vecinos había acabado por agotarse. [...] Cuando alguien pretendió hacer indagaciones llamando al portón, renunció a su atrevimiento ante el implacable silencio. Los pordioseros pasaban de largo, sabedores de la mudez de la casa. El cartero jamás se detuvo ante esa puerta y los chicos del barrio se cansaron de dar aldabonazos sin respuesta. Podía pensarse en una

mansión abandonada, cerrada a piedra y lodo, o habitada por fantasmas (*NMT*, 65).

Y más adelante, la narradora asegura: “No me hubiese sorprendido descubrir que dentro existían cocodrilos, mantarrayas o rinocerontes, o que la gorda tenía tratos con el demonio” (*NMT*, 66). Fácilmente percibimos que el espacio da claras señales de que los sucesos subsecuentes están fuera de la realidad.

Finalmente, en el libro *Antes del silencio*, aparece el cuento “La leontina dorada”, cuando el narrador *heterodiegético* hace la descripción del monasterio:

El Monasterio de Nuestra Señora, trazado en la lejanía, era tan irreal que podía dudarse de estar en la tierra. Mujeres jóvenes o decrepitas, desfilaban por los tenebrosos corredores en la incierta madrugada, mucho antes del Sol, cuando la luz era de estrellas o de moribundos contornos lunares. Avanzaban con lentitud siluetas dentro de una atmósfera donde podría ocurrir cualquier cosa. Natural hubiese sido ver aparecer un dragón o un arcángel (*ADS*, 33).

Como podemos ver en estos ejemplos, el espacio funciona como un indicador que anticipa que los eventos subsecuentes transgredirán la supuesta normalidad de las ficciones propuestas. Me gustaría señalar que las señoritas Moncada en “Al roce de la sombra” y La dama gorda, fueron educadas en el extranjero, dando por sentado que son entes fuera de lo “normal”, por lo que ellas mismas propician la sucesión de eventos inexplicables en sus espacios.

3.1.2.2 Ironía

Las ficciones de Dueñas son características porque a pesar del patetismo presente en muchas de ellas, se convierten en risibles por la crítica implícita que llevan muchos de ellos. Recordemos que líneas arriba, Botton señala que una de las características

de la literatura fantástica es que “la irrupción de lo insólito o de lo extraordinario, incluso de lo sobrenatural, en la vida cotidiana [...] puede mover a la risa” (1994:13).

En el cuento “Prueba de inteligencia”, una muchacha sale una mañana dispuesta a encontrar trabajo, se describe a sí misma de la siguiente manera: “Como me dijeron que en ese Banco intentan cambiar a las inteligentes por las bien trajeadas, hoy salí a buscar empleo. Me arreglé como para una fiesta, con el sombrero de las bodas y la capa de piel que me prestó Josefina” (TNA, 15). Así, con el estrafalario vestuario se presenta a la entrevista de trabajo en la cual no supo responder atinadamente a ninguno de los cuestionamientos que se le hicieron, y cuando le preguntaron cuál era el mexicano más ilustre respondió: “Naturalmente le contesté que Nuestro Señor Jesucristo” (TNA, 17). Para la protagonista del cuento fue una pena que no la contrataran, sin embargo, remata la historia de la siguiente forma: “Fue una verdadera lástima, pues ya me veía tras de una ventanilla enrejada, con su macetita estilo andaluz y los hombres haciendo cola para decir piropos. Por eso ya solicité al gerente me permita asistir a una de las rejas, sin goce de sueldo, ¡quien quita y me case!” (TNA, 18).

Las situaciones irónicas presentes en sus narraciones se desprenden de la cotidianidad que esconde al *símbolo cosificado*, “donde las verdaderas intenciones son mostrar, a través de una luz diferente, los objetos que se vuelven obsesivos y extraños; a veces terribles e irónicos” (Maciel, 2010:203). Ejemplos de esto se pueden apreciar en “Zapatos para toda la vida”, donde la protagonista nos narra el sufrimiento y las peripecias que le ocasiona la quiebra de la fábrica de zapatos de su

padre. Calcularon la cantidad de zapatos que usaría durante toda su vida: “Colocaron los pares destinados a mi existencia en los ángulos de mi cuarto y aquellos ataúdes levantaron su escala hasta el cielo. Yo tenía tiempo, durante la noche, de contemplar la torre de grilletes que aprisionarían durante mi vida mis pies sentenciados” (TNA, 68).

La narradora cuenta con angustia su situación que la trastorna cual psicópata que sólo piensa en cometer sus crímenes:

Acabar con el calzado de puntas amarillas, con todos los guaraches, con aquellos botines que tienen chiquiadores en los tobillos, arrancar de las sandalias los moños de seda y quitarles lo sinuoso con baños de agua sucia, mutilar tentáculos de chancletas y escaarpines y a todo trance no dejar zapatos, ni siquiera un cacle en donde enjaularan mis pies fue la idea fija, perturbadora, alucinante, que dominó mis días (TNA, 69).

La batalla contra los zapatos interminables se vuelve agotante, pues no es labor sencilla terminar con “esos cueros embrujados que no sufren ni se alteran” (TNA, 70). Finalmente se da por vencida, pues a pesar de lo anticuados de los zapatos, “hacen falta siete vidas para usarlos. No se acaban...” (TNA, 70).

Para cerrar este apartado, me gustaría abordar el cuento “Teresita del Niño Jesús”, del libro *No moriré del todo*, en donde la narradora nos presenta los pesares de una pequeña que sufre al tratar de imitar la perfección de la santa Teresita del Niño Jesús, sin lograr su cometido.

La flor de Lisieux fue ideal y meta de todas las niñas de mi tiempo y, para mí, significó todo lo inalcanzable. Lo que esta criatura virginal poseía, era la medida exacta de mi carencia. Nació predestinada para el cielo; yo fui redimida por pura misericordia de Dios. Ella, escogida para la perfección, atendió al divino reclamo; mis oídos sordos no captaron el llamado e insisto en salvarme, aunque sea con un “seis”. Teresita era rubia, con caireles que respetaba la brisa, hermosa y etérea como princesa de cuento (NMT, 23).

La situación de la narradora se vuelve ridícula con todas las comparaciones con la santa, pues cualquier intento era inútil para alcanzar la perfección. “No es que me compare, pero las dos seguíamos el mismo trazo y lo que en ella era heroico, conmigo resultaba un fiasco. Recuerdo que durante su primera comunión, cayó en éxtasis; yo padecí desmayos y dijeron que fue por las lombrices. Sí, en ella todo era sobrenatural y maravilloso” (NMT, 24).

Como en el cuento “Zapatos para toda la vida”, la narradora se da por vencida, pues ni en sueños imitaría a su ideal. “¡En cambio, seguir las huellas de Teresita, de esa figura diáfana, de ese ser de leyenda, construido de gasa y chantillí, me hundió para siempre; perturbó mi corazón y mi alma y hoy me declaro impotente, fracasada, nula, proterva, incontrita, relapsa, inerte para alcanzar su meta!” (NMT, 26).

Coincido con Prado Garduño en que las narraciones de Guadalupe Dueñas “no presentan juicios de valor, ni censura” (2010:137); utiliza la ironía para criticar las situaciones que, aunque cotidianas, no dejan su patetismo que se transforma en trances obsesivos cercanos a la locura.

3.1.2.3 Entre el sueño y la realidad

Una de las categorías temáticas de Caillois¹² que aparece en las narraciones de Dueñas es la inversión de los campos del sueño y de la realidad. Según este autor,

¹² “Advierte que las leyes fundamentales que rigen la materia y la vida no llevan a un número ilimitado de imposibilidades evidentes. Pero sugiere que son estas mismas imposibilidades las que piden una intervención fantástica y que de igual forma determinan los temas del género. Las variantes

“este tipo de cuentos es todo lo contrario de aquellos en que el lector es tranquilizado al final, al darse cuenta que sólo se trataba de una pesadilla. Aquí se trata, por el contrario, de una pesadilla que de pronto pasa a ser realidad y de ahí viene el horror que inspira” (Botton, 1994:27).

Para ejemplificar este tema en las ficciones de Dueñas, abordaremos nuevamente el cuento “Al roce de la sombra”. Como ya habíamos mencionado, este cuento se desarrolla mientras Raquel se transporta en tren para llegar al pueblo donde viven las señoritas Moncada, pero si revisamos detenidamente la narración, aparecen detalles que es importante resaltar:

Raquel conectó la luz y se sentó en la cama... Si el aroma saturado en el lino, si la música obsesiva, si los trajes de otro mundo desaparecieran, y si consiguiera dormir; pero la nitidez de la imagen de las dos mujeres aumentaba al roce de la sombra con su cuerpo y el sudor y el espanto, la hundía en el más profundo insomnio. El candil hacía ruidos muy pequeños y finos semejantes al tono con que hablaba la mayor de las señoritas; el ropero veneciano, con su puñado de lunas, tenía algo del ir y venir y del multiplicarse de las dos hermanas; también las luidas y costosas alfombras eran comparables a sus almas (TNA, 43).

Luego de esta larga y detallada descripción sensitiva de la finca y de las señoritas, continúa un párrafo que desconcierta al lector, pues dice lo siguiente: “Volvió a

de cada categoría son infinitas, pero las propias categorías temáticas son bastante limitadas, y como ejemplo señala las siguientes:

a) El pacto con el demonio. *Fausto*; b) El alma en pena que exige para poder descansar, que se realice cierta acción. *Hamlet*; c) El espectro condenado a un eterno deambular desordenado. “El fantasma de Canterville”, de Oscar Wilde; d) La muerte personificada que aparece entre los vivos. “La máscara de la muerte roja”, de Edgar Allan Poe; e) La “cosa” indefinible e invisible, pero que pesa, que está presente, que mata o hace daño. “Le Horla”, de Maupassant; f) Los vampiros. *Drácula*, de Bram Stoker; g) La estatua, la armadura, el maniquí, el autómatas que se anima repentinamente y cobra vida de manera terrible. *L’Eve Future*, de Villiers de l’Isle Adam; h) La maldición de un brujo que da lugar a una enfermedad espantosa y sobrenatural. Kipling; i) La mujer fantasma venida del más allá, seductora y letal. Como ejemplo podemos decir la leyenda de la Llorona o Xtabay; j) La inversión de los campos del sueño y de la realidad. Según Caillois, este tema es muy poco frecuente; sin embargo, aparece repetidas veces en la literatura latinoamericana. “La noche boca arriba”, de Cortázar; k) El cuarto, el piso, el departamento, la casa, la calle borrados del espacio. l) La detención o la repetición del tiempo. “El milagro secreto”, de Borges” (Botton, 1994:26-27).

sentir el bamboleo del tren y oyó el silbido de la máquina en la curva pronunciada. Hostil fue la noche en la banca del vagón de segunda, desvencijado y pestilente” (TNA, 43).

Luego de un breve intercambio de palabras con un compañero de viaje, el narrador *heterodiegético* advierte lo siguiente: “En el duermevela las dos mujeres aparecía, se esfumaban” (TNA, 44). Más adelante, antes de que Raquel supuestamente descienda del tren, ocurre lo siguiente: “Apagó la lámpara y cerró los ojos. Poco antes de amanecer la sobresaltaron ruidos vagos, movimientos borrosos fuera de la puerta, como de seres inmatriciales, de espuma, que trajinaran extravagantemente en el corredor y en el pozo” (TNA, 48).

Este intercambio de planos entre el sueño, es decir, el duermevela de Raquel y la realidad ficticia se mezclan durante toda la narración dejando un completo desconcierto hasta en el lector más avisado. Aunque –como advierte Botton– en el cuento fantástico, “el misterio está ahí *para no ser resuelto*, el héroe *no* llega al final de su aventura, y el lector se quedará (idealmente) en el suspenso para siempre (1994:40).

En mi opinión, este cuento es uno de los mejor logrados por Dueñas, pues nunca sabremos realmente cómo se desarrollan los eventos de la historia. Por un lado, podríamos afirmar que no se respeta la temporalidad de la narración, dado que la vigilia es muy engañosa y confunde la mente de Raquel; sin embargo, me inclino por sugerir que quizá la historia está condenada a repetirse infinitamente, dado que tanto Raquel como las señoritas Moncada son almas en pena que no han encontrado descanso.

3.1.2.4 Morbo

Para terminar con los elementos que hacen de los cuentos de Guadalupe Dueñas tan característicos, es necesario agregar el de su fascinación morbosa por la muerte. Como indica Piñeiro en su ensayo, tiene “un gusto por la descripción de lo repulsivo que contribuye a lo que podemos llamar una estética de lo grotesco” (2010:153). También lo menciona Prado Garduño como “una suerte de gozo, casi sadismo, en la descripción y relación de tales actos aberrantes, y sumidos muchos de ellos en la abyección, en contraste, paradójicamente, con lo sublime de los paisajes o la decoración recargada de los espacios” (2010:140).

Sin embargo, me parece que el morbo va más allá de la descripción de la muerte. Dueñas utiliza este recurso para mostrarnos todo aquello que no deseamos ver; el morbo es la irrupción de lo íntimo para introducirnos en las ficciones como si fuéramos parte sustancial de las mismas. Coincido con Vax cuando afirma:

El creador introduce de alguna manera al público en su obra, para que la obra viva de los pensamientos que suscita y de los sentimientos que despierta. Hay relatos hechos para provocar el encanto o el horror. Este encanto o este horror no sólo pertenecen a la sensibilidad del espectador: el espectáculo está hecho para despertarlos en él y, al mismo tiempo, vivir en él (Botton, 1994:47).

Ejemplos de morbo encontramos de sobra en la obra de Dueñas, en narraciones como “Al roce de la sombra”, en donde gracias a las descripciones del acompañante de Raquel nos contagia la necesidad, el deseo morboso, de descubrir el porqué las señoritas Moncada, por sus estafalarias costumbres causan revuelo entre los habitantes del pueblo.

En el pueblo, su orgulloso aislamiento les parece un lujo. Tenerlas de vecinas envanece. Salen rara vez y ataviadas como emperatrices caminan por subterráneos de silencio. La gente gusta verlas bajar de la anticuada limosina, hechas fragancia, para asistir a los rezos. [...] Los pueblerinos alargan el paseo de domingo hasta la casa de la hacienda con la esperanza de sorprender, de lejos, por los balcones abiertos de par en par, sólo este día, el delicado perfil de alguna de ellas o al menos, el Cristo de jade de los jarrones de Sevres (TNA, 45).

La descripción de las señoritas Moncada siembra la intriga en el lector para que se involucre con la historia al punto de convertirnos en cómplices del deceso de Raquel. Este mismo ingrediente se encuentra presente en el cuento "La dama gorda"; la vecina-narradora es parte sustancial, pues gracias a ella descubrimos el impactante desenlace de la historia; lo que nos confirma que las narraciones fantásticas no se rigen con las mismas leyes que suponemos naturales.

Sólo mi vigilia estaba en el secreto: faltando un cuarto para las siete los postigos se abrían y mostraban por entero el corredor brillante como una gema. La señorita descendía cuatro escalones para acomodar su corpulencia en el asiento trasero, ayudada por el enteco uniformado de lentes oscuros, quien, respetuoso, abría la portezuela de la limousine reluciente, como si acabaran de lustrarla con saliva. Sacaba el auto y cerraba de prisa el cancel temeroso de miradas furtivas e indiscretas (NMT, 66).

No obstante, como apunta Sardiñas, que la narradora no es digna de confianza dado que "quien cuenta ha sufrido el contacto de lo extraño, experiencia que frecuentemente causa efectos que pueden ir desde un estremecimiento imperceptible hasta el terror más estridente" (2010:193). Sin embargo, la vecina funciona como el hilo conductor de la narración, por lo tanto, como lectores nos dejamos guiar por ella: "Temblando llevé el portafolio al gendarme que detenía a los intrusos y que ayudado por otro exigía desalojaran la mansión del crimen. Le mostré el álbum en el

momento en que una de mis vecinas señalaba que me faltaba un tornillo y que yo siempre imaginaba cosas" (*NMT*, 70).

En esta narración nos enganchamos en una historia que se sugiere anormal en todo momento, pero que Dueñas explota el morbo que nos hace partícipes de la misma, utilizando a la vecina como la única fuente de información que nos permite sacar nuestras propias conclusiones para sobresaltarnos con el desenlace.

Los cuentos citados en este apartado son una breve muestra de las necesidades temáticas y estilísticas de Guadalupe Dueñas que anticipan las preocupaciones de la novela que nos ocupa en este estudio, *Memoria de una espera*.

3.2. La poética de la novela *Memoria de una espera*

La novela, a diferencia de los cuentos, intenta ser un texto más realista, pero en mi opinión no logra su cometido. Por su carácter inédito y de acuerdo con el único testimonio que se conserva, me referiré a ella como *Memoria de una espera*. El siguiente apartado no tiene la intención de presentar un resumen de la novela, sino que está enfocado a presentar un breve apunte de los recursos estilísticos utilizados para su elaboración, así como los temas propios de la autora.

A pesar de la escasa información sobre la existencia de la novela, en el expediente de la escritora que se conserva en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional se encuentra el programa de trabajo con el que solicitó la beca del CME. En dicho programa menciona que su novela abordará el enfrentamiento de dos órdenes: uno concreto (el mundo de las relaciones humanas) y otro abstracto (el mundo del Estado); además agrega:

El Estado es concebido como enajenación. El hombre, al no resolver sus problemas en el mundo humano, recurre a una instancia que cree superior; pero como sus conflictos son humanos, al final percibe que su recurso se invalida.

A partir de esta experiencia de rechazo, se forma la –comunidad de los necesitados– que tampoco es suficiente, pues al hombre no le bastará jamás la tibia y frágil comunicación con sus semejantes, quienes al final de cuentas hallarán como único amparo la comunicación con Dios.

Estas situaciones se ventilan a través de una trama sencilla, en un ambiente citadino, donde la heroína solicita el favor oficial de un personaje político. Durante las antecámaras indispensables, se enfrentará a los problemas y miserias del pequeño grupo que la rodea y en el que aparecerán las diversas clases sociales, igualadas irremisiblemente, por el afán de comprensión y la sensación de desamparo que sólo encontrará consuelo espiritualmente (Dueñas, Expediente, s/p).

El universo diegético (Pimentel, 1998:17) de la novela está preconcebido desde el principio, como se puede leer en el plan de trabajo. La mayor parte de la historia se desarrolla en una sala de espera donde los personajes se reúnen con la intención de ser recibidos por un personaje que, según ellos, les ayudará a solucionar sus problemas. Como lectores, ingresamos a la historia a través de un narrador omnipresente o heterodiegético (1998: 142), por lo cual tenemos acceso a todas las perspectivas y a las conciencias de los personajes, según lo determine el narrador.

Como vimos en el apartado anterior, Guadalupe Dueñas se vale de ciertos rubros para la construcción de sus historias. En el caso de la novela, a pesar de su intento por realizar un trabajo distinto a su medio natural, es decir, la literatura fantástica, recurre a los mismos recursos estilísticos y retóricos como lo veremos a continuación.

3.2.1. El estilo

En el apartado 3.1.1, abordamos algunas figuras retóricas que utiliza Guadalupe Dueñas para la construcción de sus ficciones, mismas que encontramos en la construcción de la novela, así como también hace uso de otras que a continuación señalaremos.

El símil es una de las figuras que utiliza para detallar a sus personajes, como en este caso a los asistentes de la sala. Cuando describe a los muchachos ricos dice lo siguiente: “Se sentaron en las butacas como en un trono. Un rayo de Sol teñía sus frentes. Mónica los comparó con lapiceros finos, brillantes, *envainados en bruñida tapa de oro*” (6. *Cursivas más*).¹³ Utiliza esta misma figura para describir a un tipo que osa sentarse en la silla que Mónica, el personaje focalizador de la novela, había utilizado el día anterior. “La ocupaba un sujeto gordinflón de respirar tan fuerte *que su fuelle de sapo parecía encargado de sostener las cintilaciones siderales*” (11-12. *Cursivas más*).

Evidentemente, la metáfora es otro de los recursos que utiliza la escritora para la creación de imágenes. Mónica, desesperada, busca en su cartera la tarjeta de recomendación que le servirá para ser atendida por el Ministro: “Asustada, *descoyuntó las fauces de carey* para capturar la cartulina con el sello de la nación” (4. *Cursivas más*). Más adelante, ocupa esta figura para describir las arrugas de un caballero: “Al rato, un hombre usaba anteojos negros *sobre el rostro de lino*” (6. *Cursivas más*).

¹³ Las citas de la novela inédita de Guadalupe Dueñas se referirán a la página que les corresponda en esta tesis.

Muestra del lenguaje poético que emplea Guadalupe Dueñas en su obra, lo podemos apreciar en la metáfora *in absentia* que aparece a continuación.

¿Cuál sería la vida de esta gente cuando aún ignoraba que sus horas iban a ser sometidas al azar de una inútil espera? ¿Qué harían en las claras mañanas, en esas que, como la de ahora, dejaban morir clavados en pensamientos? ¿Y por las tardes? Darían pasos por los corredores, mirarían al Sol desfigurado penetrar por las ventanas, *o al crepúsculo desangrarse entre las cúpulas* (21. *Cursivas mías*).

La novela está plagada de símiles y metáforas, como el recurso principal del que se vale Dueñas para la construcción de las imágenes que imprimen un estilo personal a su obra, pero no son las únicas figuras que aparecen. Aquí el siguiente ejemplo: "*Chapultepec reluce como una esmeralda en el sexo de una mendiga*, al menos Mónica, todavía somnolienta, dejó intacta su imagen obscena: *La ciudad* abrumada perezosamente *reúne sus músculos* después de incómodo, continuado esfuerzo" (56. *Cursivas mías*). En la cita anterior apreciamos una metáfora *in praesentia* cuando se menciona a Chapultepec, y una prosopopeya¹⁴ con la ciudad humanizada.

La prosopopeya es una figura retórica que Dueñas utiliza en sus narraciones para transformar lo cotidiano en fantástico: "Frente a los abismales sofás, *los sillones suplicantes se arrodillaban monótonos uno frente a otro. La decrepita sonrisa de los cojines caldeaba las paredes*. La mesa central con su larga pista de frío reverberaba semejante a un mausoleo" (3-4. *Cursivas mías*). Esta figura no sólo funciona con los objetos inanimados; también se considera prosopopeya cuando se animaliza a los humanos, como en el ejemplo siguiente: "Mónica observó sus rostros marchitos,

¹⁴ "Consiste en conceder entidad y atributos humanos –por lo general, el don del lenguaje– a seres inanimados, ya concretos, ya abstractos, o a seres irracionales" (Azaustre, 1997:139).

enmarcados en cabello de trigo reseco. Escogieron lugares tan alejados que la joven apenas las distinguía; sobre todo, porque al sentarse se volvieron pequeños gatos recién nacidos” (4-5).

Asimismo, como se había revisado en el apartado sobre el estilo de los cuentos, en la novela también aparece la antonomasia vossiana, con la intención de calificar a los personajes con características de personajes literarios, históricos o bíblicos, como ocurre en la siguiente cita: “Cómo tenía presente las horas de pavor interminables, cuando las alegres compañeras fugitivas ya la habían olvidado. A ninguna detenían sus ruegos. Permanecía en el pasillo, en el jardín, en las sombras *como la esposa de Lot*” (4. Cursivas mías). La tradición bíblica señala que Sara, la esposa de Lot, desobedeció al mandato de Dios y al darse la vuelta se convirtió en estatua de sal.

Más adelante, las señoras encopetadas valoran a Mónica en la siguiente antonomasia: “Ellas examinaron a la muchacha y la juzgaron vanidosa y remilgada. En voz baja aseguraban que tenía un ojo café y otro amaranto, y hasta quién sabe si pensarán lo mismo que los mercaderes toledanos *topados con el de la Triste Figura*” (5. Cursivas mías). Recordemos que cuando Don Quijote de la Mancha quiere enfrentarse con los mercaderes toledanos al creer que han ofendido a su amada, uno de ellos asegura que si él tuviera la bondad de mostrarles algún retrato, dirán a favor de Dulcinea todo lo que él desee; aunque sea tuerta de un ojo y del otro le emanará bermellón y piedra de azufre.

Como ya vimos en este apartado, las figuras retóricas que utiliza Guadalupe Dueñas para la construcción y caracterización de sus personajes, no se ciñen

exclusivamente a las aquí mencionadas. A continuación incluyo una cita donde con una enumeración¹⁵ nos comparte la concurrida sala de espera.

Otras personas se recargaban en las paredes, algunas más pudieron acomodarse en diversos asientos. Llegó un carpintero, y un profesor, y un agente de negocios, y un tratante de medicinas, y un gendarme, y un soldado, y mendigos, y boleros, y ciegos, y lastimados, y *cow boys*, y curiosos, y esquiroleros, y tablajeros, y huelguistas, y poetas, músicos, taquígrafas, locos, zapatistas, señoritas callejeras, ricos, toreros, caciques, estudiantes, maromeros, bailarines, hacendados, modistas, nigromantes, abigeos, cainitas, arrianos. A Mónica le parecieron Presidentes de la República, y fantasmas, y reyes, y faraones, y hetairas y profetas y adivinos; llegaron además perros y golondrinas, lombrices, osos, jirafas, avestruces alineados unos sobre otros en pirámides, a horcajadas, en los vanos, pegados a los muros, subidos en los muebles, escalando los techos, trepando en los candiles, encajados en las rendijas, sumidos, adelgazados al viento. En todas partes, debajo de las alfombras, entre las cortinas, en las escupideras, en los ceniceros, en los cajones, miembros, cabezas, vientres, brazos, corazones, hígados, venas, humores (4).

Luego de esta breve muestra de los recursos estilísticos de los que se vale Guadalupe Dueñas, podemos decir que, para ella, el oficio de escribir no sólo consiste en atrapar la liebre.

3.2.2 Registros temáticos

3.2.2.1 El espacio como premonición

La novela transcurre en una sala de espera, en la cual parece que el tiempo se hubiera detenido. A Mónica, el personaje central de la historia, se le figura como un cementerio donde sólo habita el silencio.

Frente a los abismales sofás, los sillones suplicantes se arrodillaban monótonos uno frente a otro. La decrepita sonrisa de los cojines caldeaba las paredes. La mesa central con su larga pista de frío reverberaba semejante a un

¹⁵ Azautre la define como “la suma o acumulación de miembros oracionales unidos mediante conjunciones o bien asindéticamente, esto es, de forma yuxtapuesta. Los miembros de la enumeración suelen designar realidades diferentes” (1997:114).

mausoleo. [...] El silencio lo llenaba todo, estaba allí como el aire, silencio espectral que Dios sabe hasta cuándo duraría (3-4).

Como ya lo revisamos en los cuentos, la descripción del espacio funciona como una premonición de lo que ocurrirá en la historia. Luego de esta descripción del espacio en donde se desarrollarán la mayoría de los eventos, Mónica reflexiona acerca de lo que le provoca el silencio de la sala. “El silencio la enervaba y le metía el rostro debajo del tiempo, hondo, hasta la diversión de las estatuas encantadas que de niña la aterraba. ¿Quién inventaría entretenerse con el miedo?” (4)

Inmediatamente, en el siguiente capítulo, el narrador nos describe la casa de Mónica, la cual refleja la decrepitud y descuido del espacio. Recordemos que lo mismo ocurre con las fincas o mansiones típicas de la literatura gótica. “Como tantas veces, contempló desde la esquina la fachada polvorienta de su casa. El contraste de los nuevos edificios hacía más desolado el gesto de los balcones y la inestabilidad de la puerta. Las viejas cornisas se reclinaban en muros poderosos y ajenos” (10).

La casa de Mónica se describe como la finca abandonada de las señoritas Moncada o la casa de la dama gorda, donde al igual que la sala de espera donde transcurre la novela, el tiempo parece haberse detenido.

Al entrar, desde el *hall*, inevitable se alza la escalera en agresiva trayectoria semejante al espinazo de un animal enfermo. Cada escalón cruje a pesar de la alfombra. La oscuridad lame los muebles. No se siente la presencia del aire. Las paredes, siempre húmedas, con caminos de lluvia y grietas donde la cal hierve y se congrega como la espuma en la boca de los muertos (10).

A pesar del descuido que develan los espacios, podríamos considerarlos como premonición de los eventos que ocurrirán. En el caso de la novela, no funcionan de

la misma forma que en los cuentos, pues como veremos en los siguientes apartados, pretende crear una historia más cercana a la realidad que a la ficción.

3.2.2.2 Ironía

En los cuentos presentamos la ironía como un recurso que utiliza la escritora para hacernos partícipes de las situaciones cotidianas que saltan a la realidad por su patetismo. Claramente advertimos este recurso cuando Mónica se entera del motivo que congregaba diariamente a las monjas en la sala de espera. “Urgía aprovechar el ofrecimiento del Gobernador que daba por segura la aportación del Ministro, y era apremiante entrevistarle, porque cuando la madre Teresa y sor Imelda lograran hablar con el personaje, tendría que proponerle mejor un asilo de ancianos” (12). En el mismo capítulo, aparece la siguiente escena:

- Este año el muchacho se ha dado en abundancia. Debe haber epidemia.
 - Pronto alojaremos otros veinte, en la nueva ala.
 - Qué terrible tener que cuidarlos. ¿A qué hora descansan ustedes?
 - Nos bastan cuatro horas de sueño.
 - ¡Horror!
 - Fíjese en este par de gemelos. ¿No son hermosos?
 - ¡Lástima que crezcan!
 - ¿Por qué?
 - Serán feroces. Pasarán por el mundo haciendo daño.
 - Alguno será santo.
 - O para martirio de incautos “Ministro”.
 - Este monín será bueno. —La afanadora acercó a sus labios la cabecita dorada.
 - Vaya una cara más pícara. —Recalcó irónica la muchacha.
- No cabía duda. Al pasar junto al rubio hermoso, el muy ladino se rió, seguro de que en el mundo lo aguardaba por lo menos una curul. ¡Claro!, era un niño sin educación que produjo un sonido indecente (14).

Otro ejemplo de ironía se presenta cuando los asistentes a la sala planean hacerle un regalo al Ministro con motivo de su cumpleaños. Mientras algunos optan por hacer un donativo económico para comprar el regalo, la madre Teresa sugiere obsequiar oraciones, jaculatorias, rosarios y misas como las que le enviaron al señor arzobispo, a lo que sor Imelda arguye lo siguiente:

Permítame su reverencia recordarle que su Ilustrísima después de ese obsequio nos retiró el permiso de recibir limosnas, nos cambió de capellán y murieron de insolación las palomas; perdone, no creo que resulte prudente en este caso pues a lo mejor, o digo a lo peor, el Ministro no goza de la amistad del Señor (35).

En la novela utiliza la ironía para exhibir la hipocresía o lo absurdo de las convenciones sociales, al igual que se ocupa en los cuentos. También podemos confirmar que este recurso no pretende emitir juicios de valor ni censura de aquello que critica.

3.2.2.3 Entre la realidad y la ficción

A diferencia de los cuentos, Guadalupe Dueñas pretende que la novela se convierta en una narración más realista, dejando a un lado su medio natural, es decir, la literatura fantástica. El narrador heterodiegético nos ubica dentro de la situación en la que se desarrollará la historia. Al principio de la novela dice: “Llegó a la oficina y le sorprendió que la sala de recibo tuviera muebles, paredes, candelabros, como las cosas ciertas” (3).

No obstante, a pesar de sus intentos por separarse de su característico estilo narrativo, se vale de los mismos temas para construir la novela. Ejemplo de esto es la

temporalidad en la que transcurren los eventos, pues tal pareciera que el tiempo no transcurre en la dichosa sala de espera.

El conserje olvidaba desprender del calendario los días, quedaban allí las cifras cabalísticas, hasta que algún entrometido se tomaba la molestia de arrancarlas. Cada vez que esto sucedía, los visitantes fijaban sus ojos en las fechas, incrédulos y sorprendidos de que pasaran con tal rapidez las semanas. Allí no había tiempo (23).

Del mismo modo, constantemente se nos recuerda que en la sala de espera no sucede nada, todos los asistentes se convierten en prisioneros y pierden completamente su voluntad. “Cuantos permanecieron en la antesala empezaban a adormecerse, quedaban prisioneros en aquel paladar llameante. Bastaban horas para que la depresión colectiva paralizara la voluntad de algún inexperto que irremisiblemente se convertía en una nueva víctima” (23).

Sin duda, el motivo de la novela gira en torno a la espera del Ministro, pero constantemente se cuestiona la existencia de tal ser. El conserje que sin duda alguna es el que más tiempo lleva confinado a la sala, demuestra sus sospechas sobre el tema. “Él tenía ideas muy peculiares acerca del asunto y no quería comunicarlas con nadie” (19). Constantemente se nos muestra la inexistencia del mentado Ministro, por ejemplo en una reflexión de la *Miss* dice: “Allá en la sala de espera, entre los murmullos de los seres que inventaron la existencia del Ministro” (50). Páginas adelante, cuando comienza otra escena cotidiana en la sala, llegan unos jóvenes a exigir una audiencia con el Ministro, a lo que uno de los personajes comenta: “Si el conserje no convence a los muchachos de que el Ministro es un fantasma, se meterá en aprietos” (81).

De hecho, hay un capítulo completo que transcurre mientras las oficinas están de vacaciones, en donde el narrador nos presenta su opinión sobre la figura del Ministro, hace ciertas reflexiones como: “¿El Ministro sabría que es el Ministro?” Y más adelante dice: “El Ministro aparece cuando lo pensamos, no está aquí detrás de esa puerta tenaz e invariable” (55). Aprovecha sus reflexiones sobre el Ministro para arremeter contra los militares:

La energía continua del Estado que ahora ese militar soporta y revela, se transmite de individuo a individuo, por toda la extensión del país. Esa energía que yo siento, que yo contribuyo a fortalecer, a alimentar, a condensar en una o más personas a quienes pido y espero, esa energía, debe favorecerme, debe venir a mí en la medida que no dañe, en el modo que no desfigure (57).

Al final del capítulo, el narrador trata de convencernos de que fue Mónica la que cuestionó el funcionamiento del Estado, pero si leemos cuidadosamente nos percatamos que no hay ninguna señal que indique que los pensamientos que ahí se describen son expuestos por él mismo.

Cabe resaltar que la novela *Memoria de una espera* está concebida de tal forma que el lector poco a poco construye la historia, a través de los distintos cambios de focalización que hace el narrador *heterodiegético*. Es por ello que nos adentramos a la problemática de los personajes gracias a que el narrador tiene la posibilidad de mostrarnos el universo *diegético* y *extradiegético* que conforman la novela de acuerdo con la perspectiva *figural* que en ese momento haya elegido.

Como hemos revisado en apartados anteriores, la novela nunca salió a la luz pública debido a las críticas que hace sobre el Estado y su nulo funcionamiento. La

espera de los asistentes a la sala es un espacio que aunque en repetidas ocasiones se define como irreal, ejemplifica lo que diariamente ocurre hasta nuestros días.

Desde las primeras páginas, se señalan las alusiones a los despilfarros y desatinos de los representantes del Estado, pero a mí criterio el capítulo que de alguna forma expone más abiertamente la posición ante el Estado, es cuando el narrador toma la palabra.

Esto no fue jamás un convento. Ahí hacían las ceremonias, sí, debajo está un templo de arrugados penachos y sangre oxidada y alfombras de plumas ¿de colibrí?, de faisán, de ave de paraíso, de águila, ¡qué cárcel es está! [...] Cuando la cárcel no llegaba a más de treinta leguas, cuando el campo aniquilaba a la ciudad con su agua prodigiosa, ¿cómo sería? ¿Por qué canales llegarían a entender lo que amaban y cómo era que lo ponían en boca del Dios ensangrentado? [...] Todo eso abajo está moviéndose, está en su cárcel, el chocar de espadas y el piafar de bestias húmedas y los Cristos mutilados y *las manos tendidas para dar y golpear, y para robar y para...* (54. Cursivas mías).

En este mismo capítulo, continúa la disertación del narrador como si no pretendiera llegar a ninguna parte; sin embargo, reflexiona sobre la existencia del Ministro como una persona común y corriente, que incluso desearía él mismo ser una persona que existiera más allá del marbete que le ha otorgado el puesto.

El Ministro aparece cuando lo pensamos, no está aquí, siquiera detrás de esa puerta tenaz e invariable. Si entrara, sorprendería a un hombre avergonzado, un hombre bueno, un hombre que también querrá ser él mismo, pues sólo aparece detrás de un marbete: Ministro de Gobernación, de Agricultura, de Fomento, exactamente unas rayitas en el olan [sic] de un oficio, de un emblema debajo de una orden, pero no, tampoco es esas rayitas, es el oficio todo, las copias del oficio, el empleado que lo hace, el que lo entrega, el que lo recibe, la satisfacción o el temor al leerlo, ahí existe el Ministro. *El Ministro es un vehículo de órdenes, una cueva de abstenciones, una piedra en el vacío. Estuche de los ídolos imperturbables* (55 Cursivas mías).

En la cita anterior, incluso el narrador justifica la negativa del Ministro a recibir a los asistentes asiduos de la sala, pues él simplemente ejecuta las órdenes que se le dan, él sólo es el vehículo. Incluso páginas adelante, ve al Ministro como parte de una familia, un señor con esposa e hijos. Sin embargo, él es el pretexto de la novela y es como debe ser: “Él es un agujero por donde gritar, una caja de resonancias, un tambor que convoca, una memoria indeleble, un pensamiento de recuerdo y de proyecciones” (59).

Es interesante la forma en la que el narrador nos muestra a un Ministro que lejos está de ser el ser omnipotente que todos los personajes desearían que fuera. “En la antesala sólo era miseria. Por diferentes razones iban a pedir, y a todos asistía el derecho de ser atendidos. Su esperanza se cifraba en aquel superior creado, exclusivamente para consolarlos” (23). Cuando el Ministro manda a llamar al señor Rivas, señalan al llamado como “un milagro” (33). Casi al final de la novela, cuando los personajes asedian al mentado Ministro para comprobar que su existencia no es etérea, don Andrés es quien lo alcanza a ver de espaldas “como Moisés a Jehová” (148).

Luego de las citas anteriores, podemos destacar que los personajes que diariamente se reúnen en la antesala, consideran al Ministro como un Dios todo poderoso que resolverá sus problemas. En oposición a esta percepción, aparece la perspectiva del narrador omnipresente que nos presenta al Ministro como un hombre común y corriente, contrastan entonces el Ministro-hombre del narrador heterodiégetico con el Ministro-Dios de los personajes.

Finalmente, contrastan las comparaciones del Ministro con Dios cuando en un diálogo que Mónica sostiene con el Padre Anselmo dice:

¿Y si para Dios no contaran las renunciadas y sólo tuviéramos lo que hay en esta vida? ¿Y si ese Dios lo hubiera inventado el hombre? ¿Y si únicamente somos materia que reproduciéndose cumple su misión, como los pájaros, las fieras, los pantanos, para desaparecer en la nada y fundirse en el flujo y reflujo de las transformaciones químicas, y si sólo obedecemos a una ley universal sin eternidad ni trascendencia, sentenciados al olvido, recipientes de un espíritu que al dejar de existir nos desecha como cáscaras? (94).

A lo que el padre le responde: “Usted ama a Dios, cree en Él y lo necesita, déle gracias de rodillas. ¡Ay de aquel a quien Dios da la espalda y permanece indiferente, sin lucha, sin afán, con insensibilidad de piedra, negado a la tortura de anhelar su presencia!” (95). De tal forma que si el Ministro es un Dios, sobresalen los cuestionamientos de Mónica sobre la existencia de un Dios supremo al sugerir que si éste es un invento de los hombres, el Ministro también lo es.

En conclusión, la novela nos presenta un universo diegético que existe gracias al recurso de un supuesto Ministro. En toda la novela se le advierte al lector que todo lo que sucede en esa antesala sólo ocurre en un mundo ficticio, en donde, si la espera en la sala desapareciera, se llevaría consigo todo el universo diegético que lo compone.

3.2.2.4 Morbo

La *focalización figural* de la novela está situada en Mónica; gracias a ella nos adentramos en la historia que se desarrolla en la antesala del Ministro, la cual describe como “miserable” al mismo tiempo que nos comparte su desazón ante los

asistentes, refiriéndose a ellos como una “masa inerte” (23). Sin embargo, en frecuentes ocasiones el narrador describe a Mónica como si se tratara de una muerta, igual que el resto de los personajes. En una escena en donde Mónica se imagina a sus compañeros de antesala, en sus respectivos sarcófagos (28), ella se pregunta a sí misma “¿Sería la sala una capilla ardiente donde ella ya estaba muerta?” (31).

La muerte es uno de los temas recurrentes en toda la obra de Guadalupe Dueñas, y su novela no es la excepción. En repetidas ocasiones, el narrador hace mención de elementos relacionados con la muerte. Por ejemplo, la única ocasión que el Ministro manda llamar a uno de los asistentes, el narrador lo describe “pálido como ante una sentencia de muerte” (34). Una vez que traspasa la puerta que los separa del supuesto Ministro, el resto de los personajes queda conmocionado al punto de tener que reconsiderar el acontecimiento como “cuando los deudos aún no establecen definitivamente el papel del difunto” (34).

En otra escena, los asistentes de la sala se reúnen para idear un plan a fin de agradar al Ministro y recibir sus favores; el narrador describe la casa que despide un “olor mortuorio” (35) y a sus habitantes como “las estatuas de los cementerios” (36). En esa casa, la muerte es parte de la cotidianidad desde la desgracia de la hermana que ya no tuvo remedio y por lo tanto se acostumbraron a vivir con el cadáver (37). Unas páginas más adelante, cuando cierran las oficinas por las vacaciones, la sala de espera es descrita como “un cementerio de máquinas, papeles y deshechos” (53).

Así como la muerte, el miedo a la soledad es otro *leit motiv*, es otro de los temas recurrentes. En este conjunto de concurrentes a la sala de espera, la soledad es una característica obligatoria para pertenecer a ese grupo de necesitados; no sólo

acuden a la sala de espera para resolver su problema sino que de forma inmediata curan su soledad con la familiaridad que el grupo les proporciona. El conserje, la gringa, el abogado, Mónica misma, todos tienen terror a dejar de asistir a la diaria reunión y de un momento a otro perder el sentido de su existencia. Don Chepe, el conserje, “se conformaba con refugiarse en la esperanza de los otros. Le entretenía seguirlos en su entusiasmo o en su desaliento. Se exaltaba pensando en el desenlace. Para él no era sino un grupo de niños ilusionados en espera de un prodigio” (20).

Mónica, por su parte, descubre que en el grupo disfruta de una “intimidad ideal que jamás gozó ni con su familia” (26). Pese a esta sensación de pertenencia, nunca logra sentirse feliz, por lo que recurrentemente nos muestra su desaliento ante la espera.

Pensó: ¿Qué importancia tiene estar aquí o en cualquier otra parte? ¿Ser recibido o no por el Ministro? ¿De qué negocios querrá hablarle la gente? ¿En qué pensamientos estarán sumidos todos los que se encuentran aquí, condenados a una espera sin límite? ¿Era igual ser amado o no ser amado? ¿Su dolor o el de otros? ¿Qué? Todo era cuestión de un rato. Ahora, que algunos ciertamente, gozaban en este mundo. A esos les daría más trabajo morir (29).

Así, poco a poco se van revelando las verdaderas intenciones de Mónica, quien está aferrada a un amor inexistente, por lo cual su presencia constante en la sala tiene motivaciones diferentes a las del resto del grupo. Pablo, uno de los catrines, la interpela al descubrir que su asistencia a la sala es una farsa; le dice: “En la vida hay cosas más importantes que el amor y el dinero, y digo amor, porque sé que le doy en el blanco”. Y unas líneas más adelante le insiste en que “lo que no puede realizarse no existe” (79), a lo que ella responde con desmedido fanatismo:

Y si lo dice porque conoce a la persona que me desdeña, entienda bien esto: igual me daría si muriera o no hubiera nacido, mi vida sería igualmente suya. Amo, pero no como aman las gentes. Para mí, querer ha sido como besar la cara del destino. Amo con todos los sentimientos que me constituyen, con el placer de oír mis pasos en la calle desierta, con el dolor de una gangrena, con la emoción que despierta la música, con el ansiedad de las tres de la tarde, con el temor de la muerte, con la unción de los cuadros religiosos, con el sexo, con el olfato, con la prisa de atravesar una calle, con la ambición y la generosidad, hasta mis uñas, hasta la infancia en que no lo conocía y ya lo necesitaba. Pero no es su presencia ni su voz, es en sí mi amor por él lo imprescindible (79).

Claramente descubrimos a Mónica como un personaje obsesionado con sus carencias afectivas e igual de sola que el resto de los personajes; sin embargo, Pablo la confronta constantemente pidiéndole que olvide:

–Quisiera ayudarla. –Su voz tenía un hálito de ternura. –Hacerle entender que nada de esto existe. Pero es inútil. Usted a lo que más le teme es a olvidar. Suprima los recuerdos y quedará libre. No más sola que hoy. No existe amor que valga una lágrima y si aguanta saberlo le diré: es digno de envidia quien no realiza un sueño; al menos a su ideal no lo destruya la náusea (80).

Así, comenzamos a percatarnos de que Mónica no tiene ningún motivo real para asistir puntualmente a la sala, pero si dejara de hacerlo ella tampoco tendría razón de existir. Contrario a lo que le sucede a Mónica, en el caso del abogado, lo único que éste desea es recordar el asunto que le urgía tratar con el Ministro:

–Si hoy me llamara –decía como un condenado a muerte –no podría explicarle al señor Ministro el afán que me retuvo por tantos meses. Tampoco he de marcharme sin saber su veredicto. Señorita: se trataba de algo concreto y apremiante, algo que, de resolverse, me hubiera hecho amar al Sol y regresar entre los míos. [...] En fin, mi único deseo, ahora, es descansar como los otros. Dormitar en los féretros de este salón y no permanecer balanceándome como péndulo, golpeando mi cráneo en el friso inclemente. – ¡No me pida que razone!, exclamó adelantándose a la súplica de Mónica. Ya no insisto en conocer al Ministro, sólo quiero recordar, poseer mi secreto, el que guardé meses y días (27).

El universo diegético de la novela funciona exclusivamente para los asistentes a la sala, si Mónica, personaje central de la novela, no tuviera pretexto de frecuentar día a día dicha sala se llevaría consigo no sólo el recuerdo de su amor imposible sino toda posibilidad de existencia del resto de la ficción.

4. La novela. Memoria de una espera

4.1. Problemas de la novela

Como ya se comentó en el apartado 1.2, el gran problema que tuvo la novela *Memoria de una espera* fue la autocensura por parte de la escritora, debido al hecho de que, como ella misma señala, no la publicó por no faltarle al respeto a sus dos amigos, los expresidentes José López Portillo y Miguel de la Madrid. Quizá Guadalupe Dueñas creyó que al cuestionar el sistema burocrático, lastimaría algunas fibras de algún crítico o político malintencionado.

En el capítulo 3 se hizo un análisis estilístico y temático de sus cuentos para relacionarlos con la novela, por lo tanto pudimos percatarnos de que ésta es un documento que se precia de compartir la misma calidad literaria de los cuentos que le dieron a la autora cierta fama en el mundo literario de su época. Desafortunadamente, ante la ausencia de menciones al respecto por parte de la autora o de personas allegadas, nunca conoceremos las verdaderas razones por las cuales nunca se publicó la novela.

4.1.1. Título

La fijación del título es uno de los problemas que presenta la novela, pues diversos son los títulos con los que se menciona su existencia. En el plan de trabajo que entrega al Centro Mexicano de Escritores para conseguir la beca, Guadalupe Dueñas

se refiere a ella como *Memoria de una espera*. Al año siguiente, cuando concluye la beca, en una entrevista menciona la novela, cuyo título provisional era *Memoria de una espera* (Méndez, 1962:10).

En su presentación en el ciclo “Los narradores ante el público”, organizada por la Dirección de Literatura de Bellas Artes, en 1966, leyó un fragmento precedido por las siguientes palabras:

Yo he pensado mucho en una novela que no he escrito totalmente sobre estas cosas, sobre el mundo interior y la experiencia de pasarlo a la instancia pública, donde están las ideas, las inconformidades, los rencores como a punto de hervor: en el vientre del Estado. Quiero hablar de cosas simples, sin piel, ni sudores, ni penumbrosas epidermis (Dueñas, 1967:65).

Luego, en la cuarta de forros de *No moriré del todo*, se anunciaba que preparaba *Imaginaciones* y que había terminado su novela titulada *Máscara para un ídolo*. Ese mismo año, en 1976, en una reseña que siguió de la publicación de su segundo libro, Eduardo Mejía señala lo siguiente:

El mejor cuento es el que le da título al volumen, y en él sí recordamos e identificamos a la autora de *Tiene la noche un árbol*. Gracia, simpatía, malicia literaria y estupendo manejo del idioma, hacen que el lector no quede insatisfecho con este libro un tanto experimental pero fallido. Guadalupe Dueñas, una de las mejores escritoras, le queda debiendo al público una mejor obra. Ojalá lo sea su primera novela por aparecer (Mejía, 1976:2).

En 1986 aparece un artículo que reseña la conferencia de Dueñas en Bellas Artes, con motivo del ciclo “Los narradores ante el público”, en el cual se hace referencia nuevamente a la novela: “Ello, no obstante, la inteligente conferenciante está escribiendo una novela que, a juzgar por los avances, es muy buena. *Máscara para un ídolo* es su título provisional” (Bermúdez, 1986:s/p). Posteriormente, Eduardo Mejía, quien anteriormente había anunciado la novela en su artículo de 1976,

rememora en su crítica de *Antes del silencio*, de 1992, que aún no se había publicado dicho material (1992:s/p).

4. 1.2. Carácter inédito

Como lo observamos en el apartado anterior, la existencia de la novela estaba documentada, al grado de que algunos medios electrónicos la consideraron como parte de su obra publicada (Castro, 2010:45). Sin embargo, como lo he mencionado en distintas ocasiones a lo largo de este texto, la novela nunca concluyó su proceso editorial.

Como se abordó previamente en el apartado 2.3, cabe mencionar que el caso de Guadalupe Dueñas no es un asunto aislado entre los escritores mexicanos que obtuvieron la beca en el período de 1960 a 1965. De acuerdo con el muestreo que se hizo de los escritores que obtuvieron la beca entre esos años, recordemos que fueron 38 escritores los que se vieron favorecidos por el apoyo, de los cuales 27 eran mexicanos. Del total de escritores que obtuvieron la beca, sólo 15 de ellos publicaron la obra comprometida, lo que representa 39.5 por ciento. En el caso específico de los mexicanos, sólo 13 de ellos publicaron su obra, lo que representa 48 por ciento (véase Apéndice 1).

Considerando estos datos, parece que el caso de Dueñas no fue excepcional. A fin de cuentas, ella cumplió con el contrato de la beca, al depositar su manuscrito a los archivos del CME; sin embargo, como lo ya lo comenté en apartados anteriores, al parecer por razones personales ella decidió no sacar a la luz pública su novela.

4.2. El mecanograma

El archivo del Centro Mexicano de Escritores que se conserva en el Fondo Reservado está dividido en dos grandes rubros: expedientes ordenados alfabéticamente y borradores de algunos textos de los becarios. Debido a que el archivo no ha sido clasificado, la división no es muy estricta, pues en algunos expedientes aparecen borradores, recortes de periódicos, contratos, hojas sueltas y fotos.

El mecanograma¹⁶ de la novela de Guadalupe Dueñas está empastado en tamaño carta. Las hojas tienen una marca de agua en la parte inferior, con la figura de un castillo con tres torres y un casco de soldado en el que se lee el apellido Núñez de forma horizontal. El título que aparece en la portada es *Memoria de una espera* y luego aparece la siguiente advertencia:

Este trabajo fue realizado durante la beca del Centro Mexicano de Escritores concedida en 1961-1962. Los capítulos aquí reunidos serán canjeados en breve por la nueva versión de los mismos, debidamente pulida. El orden de las páginas puede ser alterado, así como la extensión y el final de la historia, que deseo rematar con un deseo positivo. La autora (*sic*).

Como se entiende claramente en la advertencia, el mecanograma no constituye una versión final de la novela, pues Dueñas pretendía modificarla. Asimismo, el único

¹⁶ De acuerdo con la clasificación de Godinas e Higashi, el término más acertado para este texto de Dueñas sería mecanograma borrador, pues en el documento se observan diferentes correcciones a mano que demuestran duda y cambios de parecer que modifican el mecanograma original. Sin embargo, no cuento con fuentes fidedignas que aporten información sobre la génesis de dicho documento, por lo cual me parece aventurado etiquetarlo sin saber si fue Dueñas quien personalmente redactó el material sobre la máquina de escribir y, después, hizo una lectura que le permitió corregirlo o si hizo uso de los servicios de algún profesional. Por esta razón, prefiero quedarme sólo con el término mecanograma, y así evitar proporcionar información carente de fundamentos.

testimonio presenta diversas marcas, correcciones u omisiones y quizá hasta algunas censuras, de las cuales les presentaré algunos ejemplos:

1. Inserciones a mano de signos de puntuación como comas, puntos, signos de admiración y signos de interrogación.
2. Correcciones a mano: *diderales* por *siderales*, *sin embargo* por *sin embargo*, *embuló* por *ambuló*, *a la tela* por *a tela*, *al mozo* por *el mozo*, *algunas güerilla* por *alguna güerilla*, *Tampoco me explico* por *Tampoco entiendo*, *dicipó* por *disipó*, *considore* por *considerare*, *urgaba* por *hurgaba*, *lujuría* por *jauría*, *tremanta* por *tremante*, *se... el nervioso frotar de las manos*. *Por* por *levantaba* *agresivo un cerrado abanico de agujas*. *Por*, *etder* por *elder*.
3. Falta de concordancia: *ellos aceptara* por *ellos aceptaran*; *los prodigiosos dedos de las Sámano las encargadas del trabajo*.
4. Errores de captura: *una botella de cristal vacía adornada la cómoda*; *la bombilla de luz emerilidada*; *ere importante*; *las dicersiones lo pudieran melancólico*; *estarían en sus sacrófagos*; *hasta axfixiarse*; *cuando inoportunas preguntaron a los dos dandies, si sentían lo mismo, estos imperturbables asistieron*; *esto es una cárdel*; *penurias insomenes*; *soluci9nes por soluciones*; *una omnibulación que lo incapacitaba para reaccionar*; *Crtiso*, *cómplices*, *páido*, *jaz*, *pesar*.
5. Inserciones de texto con texto original incomprensible: *envainados en bruñida*, *Sus obras*, *Las religiosas*.
6. Inserciones de títulos: *Visita a Raúl*, *Regreso de vacaciones II*.
7. Inserciones: *Parece tan fácil renunciar al mundo, que hiere inmisericorde a sus esclavos, tantos del tal calle de la Escondida de San Ángel* por *7 del callejón la Escondida en San Ángel*.
8. Faltas de ortografía: *melancolicamente*, *sofa*, *fáuces*, *sáurio*, *sepillo*, *indiserciones*.
9. Ultracorrecciones: *banal* por *vanal*.
10. Uso de mayúsculas: *ministro* por *Ministro*, *Secretaria* por *secretaria*, *americana* por *Americana*, *pureza* por *Pureza*, *honradez* por *Honradez*.

11. Supresiones: *¿Es cristiana la gente rica? ¿Sabes que hay infierno?; No diga luchar en contra, sino preparar el cuerpo también para la vida eterna [...]. Pero hay que olvidar los goces de la vida.*

Los ejemplos anteriores, señalados en cursivas, constituyen un muestreo del tipo de correcciones que aparecen en el mecanograma. En el caso de las supresiones, no cabe duda que la persona que hizo la lectura, que presumo se trató de la autora, censuró sus comentarios por considerarlos inapropiados o demasiado explícitos. Uno de los cambios más notables en el mecanograma es el del nombre de dos de los personajes: la hermana de las señoritas Sámano primero se le menciona con el nombre de Lina (36) y, algunas páginas más adelante, se refieren a ella como Ana (50); de la misma forma ocurre con la sobrina del gordo, primero la llama Irene (72) y, dos páginas adelante, la llama Irma (98-99).

4.3. Criterios de edición

Es legítimo suponer que el documento que se encuentra resguardado en la Biblioteca Nacional es un testimonio único, puesto que no se tiene noticia de que exista otro ejemplar de la novela, manuscrito o mecanografiado; por ello considero que la edición tendrá que seguir el método específico para la edición de *códices unici*.

La edición de este mecanograma siguió estrictamente los pasos que dicta la ecdótica. Primero se hizo una transcripción estrecha respetando todas las marcas que presentaba el documento. Luego, esta transcripción se cotejó con el original y se aprovechó para señalar los *loci critici* que sugirieran algún problema como corrección, adicción, supresión, omisión, etcétera. Después del cotejo, se modernizó

el texto siguiendo el uso moderno de mayúsculas y minúsculas, interpunción, acentuación y corrección de los *loci critici* que insinuaran que el error surgió al momento de la captura en la máquina de escribir; sin embargo, los cambios que realizaron están marcados en las apostillas que aparecen en la misma línea de la edición crítica que se presenta a continuación. Los textos que pertenecen a una lengua extranjera o que pretenden simularla, se diferencian en cursivas para distinguirlas del resto del texto.

4.3.1. Dispositio textus

En la edición que presento a continuación se respetó la disposición original del texto, es decir, la división de los capítulos, la advertencia editorial, las dos portadas y, en ciertos casos, la aparición de algunos títulos al principio de capítulo como “Visita a Raúl” (79) o “Regreso de vacaciones II” (93).

Como se podrá observar en las apostillas, se señala exactamente de la forma en la que se encontraba el mecanograma original en la misma línea para que pueda ser evidente el cambio que se haya hecho para la edición que propongo en esta tesis. Abajo del texto modernizado, se localiza el aparato de notas que sugiero. Éste servirá para ampliar y contextualizar la información de la novela. Las notas están divididas en dos partes: en la primera, aparecen aquellas con contenido histórico, intratextual e intertextual, y en la segunda, aparecen las de contenido lexicográfico que ampliarán el vocabulario del lector en caso de desconocer el significado de alguna de las palabras.

4. 3. 2. Aparatos (notas lexicográficas, históricas, intratextuales e intertextuales)

Los aparatos de notas se conformaron con la finalidad de aportar datos útiles tanto a los lectores especialistas como a los lectores que se interesen en algún término en específico o que desconozcan el texto o personaje al que se hace referencia. En las apostillas aparecen las notas que señalan la corrección o marca por parte de quien revisó el mecanograma, dependiendo de cómo se encontraba dentro del documento:

[E. L.] en la línea

[S. L.] sobre la línea

[TACH.] tachado

[SOBRESCR.] sobrescrito

[BORR.] borrado

[M. G.] al margen, ya sea derecho o izquierdo.

También se incluyen las palabras que presentan un evidente error de captura como ere/era, cilo/cielo, petil/pretil, pudieran/pusieran, esmerilidada/esmerilada; o las palabras con faltas de ortografía como viacrusis/viacrucis, diversiones/deserciones; la primera palabra es como aparece en el mecanograma original y la segunda es como se corrigió para esta edición: jaz/jazz, sarcófagos/sarcófagos. Para facilitar la lectura, las notas históricas, intratextuales e intertextuales aparecen en el aparato de notas separadas de la notas lexicográficas.

Novela(?)

Memoria de una espera,
por Guadalupe Dueñas.

Año de 1962.(sic)

Advertencia

Este trabajo fue realizado durante la beca del Centro Mexicano de Escritores
concedida en 1961-1962.

Los capítulos aquí reunidos serán canjeados en breve
por la nueva versión de los mismos, debidamente pulida.

El orden de las páginas puede ser alterado
así como la extensión y el final de la historia,
que deseo rematar con un deseo positivo.

La autora.

NOVELA (?)

Memoria de una espera

Mónica contempló la tarjeta de recomendación, frotó el escudo nacional grabado en oro sobre la cartulina, y, aferrada a ella, entró arrogante al ascensor.

—¿A qué piso?

—A la luna.

—Al Ministro. —Mónica creyó que la miraban respetuosos. Supuso que deberían trinar de envidia.

Ignoraba que el Ministro no asiste a las nueve en punto; que el blindaje de la antesala está vacío de ruidos, de movimientos de almas.

Llegó a la oficina y le sorprendió que la sala de recibo tuviera muebles, paredes, candelabros, como las cosas ciertas. Tomó asiento, abrió su bolso, miró la tarjeta de recomendación. Le confortó palpar el escudo nacional. Cerró la cartera, miró el techo, el confín del recinto. Cruzó las pantorrillas y abrió nuevamente el bolso para comprobar la existencia de la tarjeta. Pensó: “infalible”. Clavó una uña en el sobre alisó plica¹ y la guardó.

—Aquí todo es color granate, imposible suponer el precio de la alfombra, valorar el candil opulento.

Y sintió temor, temor de la oscuridad aniquilante. La luz tiene posibilidad inminente de huir y dejar las cosas en negro, como los retratos sin revelar que siempre dan miedo. Son seres carbonizados a punto de desvanecerse. Acarició otra vez la tarjeta, la asió, con los dedos, del relieve y, la depositó cuidadosamente en su cartera.

Frente a los abismales sofás, los sillones suplicantes se arrodillaban monótonos uno frente a otro. La decrepita sonrisa de los cojines

¹ *Plica*. Sobre cerrado y sellado con un documento en su interior que no debe sacarse o conocerse hasta determinado momento; por ejemplo los que envían conteniendo su nombre y apellido los que concursan con sus obras a un premio (*DUE*, MM).

caldeaba las paredes. La mesa central con su larga pista de frío reverberaba semejante a un mausoleo.

Consultó el reloj: “las nueve y media”. El Ministro no podía tardar, la recibiría ahora, al instante, primero; y eso la amedrentó. Mientras las palabras de presentación y el ruego y el exordio² se le grababan, decidió ceder su puesto a cualquier otro. —Que la recomendación se hubiera esfumado la sobresaltó. Su índice enloquecido volvió a trasegar. La tarjeta perdida en el acordeón de la piel, se había adherido al compartimiento de seda. Asustada, descoyuntó las fauces de carey para capturar la cartulina con el sello de la nación.

El silencio lo llenaba todo, estaba allí como el aire, silencio espectral que Dios sabe hasta cuándo duraría. Deseaba el ajeteo, las interrogaciones, el reclamo, los deseos, las protestas, el ir y venir del chirrido constante del elevador, los goznes de las puertas gemebundas³. El claveteo de los paseos presurosos en el mosaico del corredor.

[E. L. ¿] El silencio la enervaba y le metía el rostro debajo del tiempo, hondo, hasta la diversión de las estatuas encantadas que de niña la aterraba. ¿Quién inventaría entretenerse con el miedo? Cómo tenía presente las horas de pavor interminables, cuando las alegres compañeras fugitivas ya la habían olvidado. A ninguna detenían sus ruegos. Permanecía en el pasillo, en el jardín, en las sombras como la esposa de Lot*... Qué horrible soledad. No es verdad que haya quietud. No hay silencio. El estruendo de nosotros mismos nos aturde. La amargura estalla. La meditación ensordece y su infinito morir azota sus cordilleras en nuestros pensamientos. Lo que calla muere: los pájaros, la lluvia, la música, los árboles, las palabras... Jamás le habían gustado los días de asueto, los días festivos llenos de presagios. Días que parecen de luto, con tiendas cerradas, calles desiertas, gentes perdidas, amigos que se esconden. Nadie habla en casa; se disgrega el mundo y uno queda solo, vacío, nulo como la antesala... “Ánimas, que llegue gente”.

Cerca de las diez entraron dos señoras encopetadas. Mónica observó sus rostros marchitos, enmarcados en cabello de trigo reseco. Escogieron lugares tan alejados que la joven apenas las distinguía; sobre todo, porque al sentarse se volvieron pequeños gatos recién nacidos.

Ellas examinaron a la muchacha y la juzgaron vanidosa y remilgada. En voz baja aseguraban tenía un ojo café y otro amaranto y hasta quién sabe si pensarán lo mismo que los mercaderes toledanos topados con

*Sara era la esposa de Lot, sobrino de Abraham. Huyó de Sodoma antes de su destrucción, avisado por Dios. (Gén 19, 1-29) Sumujer al darse la vuelta, desobedeciendo el mandato de Dios, se convirtió en estatua de sal. (Brosse, Henry, Roullard 1986: 439).

² *Exhordio*: en el original; Exordio. Introducción. Palabras con las que se comienza la exposición hablada o escrita de algo, para llamar la atención sobre ella o preparar el ánimo de los oyentes o lectores (*DUE*, MM).

³ *Gemebunda*. Se dice de la persona que está gimoteando o gimiendo o que es inclinada a hacerlo (*DUE*, MM).

el de la Triste Figura*, que Mónica fuera “tuerta de un ojo” y que le manaba del otro bermellón y piedra azufre. Se dedicaron a inventar el motivo de su presencia: placas oficiales, empleo, prebendas escandalosas, o quizá fuera amiga de potentados, pudiera ser...

Se hizo presente una turista con sombrero. La extranjera echó un vistazo a la sala, fatigada; por centésima vez, apreció el mérito, el óleo, de don Miguel Hidalgo.

Mónica vio que se trataba del héroe que arruinara a su familia, por su causa, su padre no ingresó a la dominación española hace dos siglos. Ya iría en auge, muy allegado a la sombra de los Virreyes, pero las ideas repentinas de ese señor que dijo eran de libertad, frustró por completo a sus antepasados. Sin separar los ojos de la pintura, comprobó que la fecha de la muerte del libertador había ocurrido un siglo antes del nacimiento de su padre, mas como ya ninguno de los dos estaba en este mundo, nada tenía importancia.

La gringa dio el visto bueno a los abullonados de terciopelo en los brazos de los sillones. El esquinero incrustado de hueso se repetía en el lienzo de la pared como la sombra de un fantasma. Esto le produjo sueño. Luego sus pupilas resbalaron, lentamente, igual que una esponja, sobre la figura de Mónica. No le pareció rival de peligro. “Si se arreglara mejor el cabello, ganaría”. Y pensó que era demasiado insignificante. Tres minutos después, dormitaba con las piernas levantadas sobre el sofá cercano.

—“¡Cuánto tarda el Ministro!”

[E. L. ¡]Cuánto...
Ministro [E. L. !]

Mónica, al dar cuerda al reloj, calculaba que de no llegar a las once, perdería la cita con su dentista.

Aparecieron unas monjas. Sus miradas reprobatorias coincidieron en que la falda de la joven era demasiado corta y el escote un poco exagerado.

Al rato, un hombre: usaba anteojos negros sobre el rostro de lino. En el ojal lucía la insignia de la Barra de Abogados.

Permaneció indeciso en el salón sin resolverse a salir o a quedarse. Iba y venía de la puerta al muro y del muro a la puerta.

quedar / quedarse

Después entró un caballero, lo que se dice un *gentleman*. Dijo: “Buenos días” y echó una mirada sobre las visitas. Escogió sitio cerca de la mesa y comenzó a hojear un grueso libro.

.....
* Hace referencia al episodio en que Don Quijote de la Mancha se encuentra en el camino con los mercaderes toledanos, uno de ellos asegura: “Señor caballero, replicó el mercader, suplico a vuestra merced en nombre de todos estos príncipes que aquí estamos, que, porque no carguemos nuestras conciencias, confesando una cosa por nosotros jamás vista ni oída, y más siendo tan en perjuicio de las emperatrices y reinas del Alcarria y Extremadura, que vuestra merced sea servido de mostrarnos algún retrato de esa señora, aunque sea tamaño como un grano de trigo, que por el hilo se sacará el ovillo, y quedaremos con esto satisfechos y seguros, y vuestra merced quedará contento y pagado; y aun creo que estamos ya tan de su parte, que aunque su retrato nos muestre que es tuerta de un ojo, y que del otro le mana bermellón y piedra azufre, con todo eso, por complacer a vuestra merced, diremos en su favor todo lo que quisiere (Cervantes, 2003:23).

[TACH.. 3??][SOBRESCR..
, envainados en bruñida]

No tardaron en arribar dos jóvenes, también distinguidos. Uno de ellos se apoyaba al andar, en un bastón. Desdeñosos hicieron alarde de no reparar en la concurrencia. Se sentaron en las butacas como en un trono. Un rayo de sol teñía sus frentes. Mónica los comparó con lapiceros finos, brillantes, envainados en bruñida tapa de oro.

Llegaron varios chamacos con su mamá y además un obrero muy viejo el cual montó en una silla y, firme en su cabalgadura, diose a la tarea de revisar a Mónica centímetro por centímetro.

Otras personas se recargaban en las paredes, algunas más pudieron acomodarse en diversos asientos. Llegó un carpintero, y un profesor, y un agente de negocios, y un tratante de medicinas, y un gendarme, y un soldado, y mendigos, y boleros, y ciegos, y lastimados, y cowboys, y curiosos, y esquirols, y tablajeros, y huelguistas, y poetas, músicos, taquígrafas, locos, zapatistas, señoritas callejeras, ricos, toreros, caciques, estudiantes, maromeros, bailarines, hacendados, modistas, nigromantes, abigeos⁴, cainitas⁵, arrianos⁶. A Mónica le parecieron Presidentes de la República, y fantasmas, y reyes, y faraones, y hetairas, y profetas, y adivinos; llegaron además perros y golondrinas, lombrices, osos, jirafas, avestruces alineados unos sobre otros en pirámides, a horcajadas, en los vanos, pegados a los muros, subidos en los muebles, escalando los techos, trepando en los candiles, encajados en las rendijas, sumidos, adelgazados en el viento. En todas partes, debajo de las alfombras, entre las cortinas, en las escupideras, en los ceniceros, en los cajones, miembros, cabezas, vientres, brazos, corazones, hígados, venas, humores. Capas de humanidad comprimiéndose al máximo; paquetes de fruta seca, sobre sí y sobre los demás; desvalimiento con desvalimiento, ansiedad contra ansiedad, lástima contra lástima, risa contra risa, sombra contra sombra, necesidad contra necesidad...

Cuando emergió el portero, como en la escuela, saludaron todos:
—Buenos días, don Chepe.

Don Chepe acomodó ceremonioso sus deteriorados huesos en un asiento de niño chiquito. La silla permitía elevarse indefinidamente. Con aquel tirabuzón cualquiera podía llegar al cielo. Y en el cielo estaba el conserje, bizco, en calzoncillos, con sus alitas y su color de nube. Desde allí, don Chepe recorrió con mirada idéntica, a todos los personajes y comenzó un interrogatorio sorprendente.

.....

⁴ *Abigeos*: Abigeo. El que avienta el ganado y le espanta, llevándole delante de sí para encerrarle en alguna parte; es un grave crimen castigado con severidad en las leyes; dize más que un ladrón, el qual lo es de una res o cabeça, y el abigeo de un hato, vacada o yeguada. Díxose así del verbo abigo, ex ab, et ago, quod est pecus, aut greges abducere (TLCE, SC).

⁵ *Cainitas*. Del nombre de uno de los hijos de Adán, se aplica a una persona mala, que goza haciendo daño (TLCE, SC).

⁶ *Arrianos*: Arriano. (adj. y n.) Se aplica a los seguidores de Arrio, hereje que sostenía que Dios hijo no es consubstancial con Dios padre, a sus cosas (TLCE, SC).

A las señoras que llegaron primero y que ahora tejían como si estuvieran en casa:

—¿Qué tal van los calcetines?

Y sin esperar respuesta preguntó al obrero:

—¿Cómo va ese reumatismo, don Andrés?

—Así, así... —contestó el aludido que tenía los pies sobre el tapiz y los ojos en blanco.

—Y usted señor Rivas, ¿ya terminó el novelón?

El señor Rivas sin levantar la vista, hizo un gesto negativo e irguió altivamente su gaznate.

—Miren a la gringa. Ya empezó su siestecita...

Las miradas de todos convergieron sobre la cinta estrecha y gris que roncaba en el sillón.

Tras una pausa el conserje se dirigió al de los anteojos quien a leguas dejaba ver su desaliento. Se balanceaba como si pendiera de un gancho que le sostenía de los hombros y le evitaba pisar el suelo. Mecía el cuerpo a veces a la derecha y a veces a la izquierda.

—No se desespere, licenciado Morales.

Sorprendió a Mónica que toda aquella gente que parecía tan en familia no estuviera desayunando en casa del Ministro. Resuelta, se levantó para mostrar la recomendación al conserje. Éste miró la blanca cartulina con absoluta indiferencia.

—¿Ya habló con el segundo Secretario?

—Hablé con el del ascensor.

—¿Y no la pasó con el Jefe del administrativo?

—No señor.

—¿Llenó las formas en la Oficialía?

—No.

—Entonces, tome asiento.

—Perdone, ¿el señor Ministro a qué hora llega?

—A veces temprano, a veces tarde.

—¿Viene siempre?

—De venir, sí viene.

—Eso se lo podría decir el Mayor, pero hoy está de guardia. Siéntese. Ahí tiene algunas revistas.

Mónica regresó a su lugar. Seguía llegando público. La estancia se achicaba. Había ya más gente que sala. La miraban. Se sintió mortificada. En los ojos de algunos halló indicios de burla, en los otros, despego glacial de pasajeros de camión. Resignose a matar el tiempo. Arregló los pliegues de su falda y disimuladamente deslizó los pies de las zapatillas y entrecerró los ojos decidida a dormir.

Resignóse / Resignose

A la una y media, exactamente, llegó un chamaco con el almuerzo de las catrinas tejedoras. Tomaron sopa caliente de un termo. Al conserje le obsequiaron una empanada de bacalao. Mónica lo supo por el olor. Los demás se movieron inquietos cuando el Licenciado sacó una torta de chorizo del bolsillo de su gabardina.

Brotada del suelo apareció una chiquilla vendedora de membrillates.

El caballero cerró su libro; lo ablandó el hambre, humilló el enresortado pescuezo y salió parsimonioso⁷ al corredor. El elevadorista había llevado el refrigerio en un portaviandas. Mónica, de reojo, lo vio usar tenedor y servilleta.

Las monjas perdieron su aire de reliquias y comieron huevos cocidos, entre jaculatorias.

La señora gorda salió con los niños que cada cuarto de hora entraban y salían para hacer pipí, y ya no regresó jamás. ¡Claro!, era de las personas que no buscan a ningún Ministro. Que sólo van a descansar mientras los niños hacen de las suyas.

Tras de ellos desapareció el anciano don Andrés después de haber descendido ágilmente de su cabalgadura.

Los demás, en silencio, se dirigieron a la escalera. Parecían pensativos, temerosos de abandonar la antesala. No estaban seguros de tener hambre, ni de que en sus respectivos hogares los recibirían cordialmente.

Mónica aprovechó el desorden ocasionado por aquella especie de día de campo y se acercó de nuevo al conserje:

—Disculpe, ¿por cuál de estas puertas entrará el Ministro?

—Por ninguna.

—¿No?

—No, señorita. El “señor Ministro” tiene entrada secreta y elevador particular.

—¿No sale por aquí?

—Ni entra.

—¿No?

—Nunca.

—¡Ah! —Desorientada, insistió— :¿Sabe acaso si se habrá ido?

—Eso sí quién sabe.

—¿O no vino?

—A la mejor.

—¿Sería preferible regresar mañana?

—Si usted quiere, pero venga a tiempo.

“¿A tiempo de qué?”, pensó la muchacha dirigiéndose a la escalera.

.....

⁷ *Parsimonioso*. Parsimonia: Moderación o prudencia, particularmente en el gasto de dinero. (DUE, MM)//Cachazudo, lento, flemático (RAE).

El reloj de la Secretaría daba las dos. Caminó distraída hasta llegar a una gran avenida. Parecía el Paseo de la Reforma. Un taxi pesero la dejó en las calles de Varsovia.

Como tantas veces, contempló desde la esquina la fachada polvorienta de su casa. El contraste de los nuevos edificios hacía más desolado el gesto de los balcones y la inestabilidad de la puerta. Las viejas cornisas se reclinaban en muros poderosos y ajenos.

Al entrar, desde el *hall* inevitable se alza la escalera en agresiva trayectoria semejante al espinazo de un animal enfermo. Cada escalón cruje a pesar de la alfombra. La oscuridad lame los muebles. No se siente la presencia del aire. Las paredes, siempre húmedas, con caminos de lluvia y grietas donde la cal hierve y se congrega como la espuma en la boca de los muertos. Los muros hidrónicos y las piedras que se derriten incansablemente lloran lava sobre los muebles, sobre los hinchados sillones de terciopelo —hipopótamos absortos— y sobre los espejos que miran con pupilas líquidas, inermes, tan inermes como los óleos en donde el yeso se desploma sin protesta.

Cuando la noche avanza, el tragaluz que en las mañanas enceguece y desequilibra, se entinta de relámpagos. El miedo vuelve más negras las estancias. No hay tregua en esta quietud resignada. La soledad amordaza, calcina y un sólido terror devora las cosas, pero todo vive su tiempo propio, como el sauce, como el jabalí, como el arroyo...

Mónica piensa, al revisar los cerrojos que abrigan su ausencia, que la casa pudo ser de cristal; pero ella cegó las ventanas y su alegre casa de ágata, se volvió guarida de penas. Casa sin ángel.

Pidió a la sirvienta un poco de sopa y un plato de fruta. Mordisqueó distraída algunos duraznos y subió a su recámara a esperar la noche.

Eran las once cuando Mónica llegó a la antesala. Encontró la misma gente que el día anterior y buscó la misma silla, segura de haberla adquirido en propiedad. La ocupaba un sujeto gordinflón de respirar tan fuerte que su fuelle de sapo parecía encargado de sostener las cintilaciones⁸ siderales.

[TACH. di] [SOBRESCR.
si]derales

⁸ *Cintilaciones*. Cintilar. Centellear. Despedir destellos de luz (*DUE*, MM).

Mónica miró desdeñosa al que pasaba por alto su derecho, de un día de antigüedad. Sin embargo, no le quedó más remedio que apoyarse en el rollizo brazo de un confidente.

embarg[TACH. ue]
[SOBRESER. o]

La sonrisa del portero la inundó de optimismo. Más confiada contempló a las tejedoras: terminaban los calcetines, y, como un intestino, el estambre ondulaba por las sillas. Absortas en su labor, examinaban muy de cuando en cuando, con mirada bondadosa el rostro de los demás.

En el bisel de los espejos, Mónica pudo rejuvenecerlas treinta años. Y se las imaginó con sus bucles aprisionados por una cinta de seda; trajes de muselina salpicados con flores, botitas azules de cabritilla y volvió a verlas con los ojos abiertos, sin arrugas, entonados por una risa adolescente.

Ahora en sus asientos lejanos, tendrían halos de marquesas; pero Mónica las veía quebradizas, juguetonas con las esferas de estambre, huidizas como arañas luminosas. Se acurrucaban en los asientos y pequeñas, más pequeñas que nadie, hasta hacerse casi impalpables, sus garras inquietas enhebraban las madejas y las sometían a un laberinto de puntadas. Durante el día resonaba en la sala el tintineo de sus agujas de plata.

La muchacha encuadró a los demás. El caballero seguía enfrascado en la lectura; la miss, dormida. Los demás rascándose por escalafón: el estómago, la nariz, la frente...; y ¿el Mayor? de guardia. Total nada. Bueno. Tanto como nada, no. Al menos el obrero le ofreció, a la hora del "rancho", una galletita.

Mónica observó, interesadísima, a un individuo de copete engomado que el día anterior permaneció junto a la repisa, esquivo a las oportunidades de conseguir asiento. Había construido una notable colección de barquitos con las hojas de estaño de las cajetillas, que sin pudor recibía de los fumadores.

Sus obras de arte se extendían sobre la cubierta del esquinero. Las vigilaba con celoso sentido de propiedad. Hasta ponía en algunos, banderitas de listón tricolor que inexplicablemente sacaba del chaleco. A otros los pulía minucioso y los dotaba de remos hechos con palillos de dientes que oprimía entre los labios. Ensimismado, contemplaba sus creaciones listo a evitar el naufragio de sus góndolas, balandros, cargueros y buques. Antes de marcharse, Mónica vio que el joven guardaba sus navíos en el cajón central del mueble y se embolsaba la llave ante el asombro de todos.

[- 1 (TACH. 3 (SOBRESER. 4) -] Sus obras

Las monjas venían recomendadas por un Gobernador medio hermano del Ministro. Mónica sospechó que por causa de la otra mitad no las recibían. Eran religiosas paulinas enviadas de Francia a petición del Arzobispo de México, para fundar una casa de cuna. Una viuda de abstinencia dudosa, para alcanzar la salvación, sin exagerar la templanza, les donó la finca que fue antiguo convento de las clarisas: suficiente para contener varias docenas de criaturas; pero que necesitaban adaptarse a condiciones de higiene y comodidad moderna. Urgía aprovechar el ofrecimiento del Gobernador que daba por segura la aportación del Ministro, y era apremiante entrevistarlo, porque cuando la madre Teresa y sor Imelda logaran hablar con el personaje, tendrían que proponerle mejor un asilo de ancianos.

[- 1 TACH. 4 SOBRESCR.

5 -] Las religiosas

Las religiosas permitieron a Mónica visitar el orfanatorio. Así conoció en el convento de Tlalpan a la veintena de niños que esperaban el milagro.

Al entrar, el sonido de la campana la sobresaltó y un oscuro remordimiento la hizo estremecerse. Le causó supersticioso desconcierto entrar al patio y suponer haberlo recorrido en otro tiempo, tal vez en otro siglo. Comprobarlo le quitaba las fuerzas. Cada pilar, cada hueco estaba grabado en su memoria extrañamente. Podía describir a ojos cerrados hasta el más mínimo detalle: la mata de ruda lamiendo el balcón. Allá, recargado en el muro, el jacinto ensortijado donde las abejas se adormecían; zumbaban sordamente pesadas de libar. ¡Con qué exactitud reconocía las grecas de cuarzo blanco y negro que impedían al panalillo invadir con su espuma las hileras de pensamientos, simétricas, como la buena conducta! El destilador de piedra purificaba el agua, el agua que caía gota a gota en el cántaro con un sonido musical que se confundía con la caída del pirú, sacudido por los pájaros. Idéntico el dibujo de las cornisas y la tersura de la cantera suavemente rosa. No faltaba ni siquiera la vieja siempre viva creciendo inoportuna sobre el tejado. ¿En qué vida

[TACH. e] [SOBRESCR.

a]mbuló

contempló todo esto?, ¿en qué sueño ambuló por ese patio imborrable? Cada descubrimiento le producía miedo físico. No miró la fuente por no comprobar que estaba invadida de renacuajos. Atravesó el corredor igual que una sonámbula.

Rondas de novicias la rozaron con veloces hábitos crujientes. Iban embelezadas, con la prisa que llevan las amantes. Junto al aljibe⁹ parecían grupos de garzas.

Al final de la huerta estaba la capilla. Alcanzó a divisarla de cantera, como el castillo de azúcar que describen en los cuentos.

Compartió con las hermanas, hasta la hora del rosario, su alegría vital, que las embajadoras, ante el Ministro, estaban perdiendo en aquel pegajoso “estar” aniquilante, en la antesala de sombras.

En el pequeño dormitorio había que navegar entre nubes de pañales, hasta las veinte cunitas azules que colmaban el más intenso sueño maternal. Mónica a través del tul sorprendió ojos maliciosos, muecas incomprensibles, bebés de requesón, dormidos, despiertos...

Burlona comentó:

—Este año el muchacho se ha dado en abundancia. Debe haber epidemia.

—Pronto alojaremos otros veinte, en la nueva ala.

—Qué terrible tener que cuidarlos. ¿A qué hora descansan ustedes? [E. L. ¿]A qué

—Nos bastan cuatro horas de sueño.

—¡Horror!

—Fíjese en este par de gemelos. ¿No son hermosos? [E. L. ¿] No son

—¡Lástima que crezcan!

—¿Por qué?

—Serán feroces. Pasarán por el mundo haciendo daño.

—Alguno será santo.

—O para martirio de incautos “ministro”.

—Este monín será bueno —la afanadora acercó a sus labios la cabecita dorada.

—Vaya una cara más pícara —recalcó irónica la muchacha.

No cabía duda. Al pasar junto al rubio hermoso, el muy ladino se rió, seguro de que en el mundo lo aguardaba por lo menos una curul. ¡Claro!, era un niño sin educación que produjo un sonido indecente.

Una religiosa sacó media docena de monigotes y los puso sobre el pasto, donde ensayaron los movimientos de gusano.

Mónica no pudo contener su exclamación.

—¡Qué bien están!, que gordos, sin papá y sin mamá.

—Y con salud excelente —aseguró la afanadora.

—¿No será otro mito eso de la tristeza de los huérfanos? [E. L. ¿]No será

⁹ *Aljibe*. Cisterna. Depósito de agua donde se recoge la lluvia. Se aplica también a veces a los de agua de un manantial o a una corriente (DUE, MM).

—¡Qué cosas se le ocurren, señorita!

—Sí, me gustaría saber en dónde estará el maldito que ha de meterles el complejo.

[E. L. ¿]Cómo dice

—A esos chiquitines nadie va a dañarlos con malas ideas. ¿Cómo dice que se llaman? —Los ojos de la religiosa que hizo la pregunta, se abrieron inocentes en una cara que parecía no haber traspasado la infancia.

—Complejos.

—Tonterías. A estos niños los protege San Vicente*.

[TACH. 1?][SOBRESCR.

j] soñaban

Las monjitas soñaban con que el Ministro visitara alguna vez la casa de cuna. Todo el convento vivía en oración. Cada mañana la madre Teresa y sor Imelda, antes de salir, eran bendecidas por la superiora y rociadas con agua bendita. Devotamente, bajo su esclavina, llevaban alguna reliquia y la estampa del Santo Patrono de los Infantes.

.....

* Vicente de Paúl (1581-1660). Fundador. De origen francés, dio su nombre a la ciudad natal, la actual Saint-Vicent-de Paul, cerca de Dax. Ordenado sacerdote, fue capturado por los corsarios. Conducido a Túnez, escapó y llegó a París. Bajo la dirección de Berulo, se dedicó a obras de caridad en favor de los huérfanos, de los niños enfermos, de las prostitutas, de los pobres, de los desamparados, de los ciegos y de todos los desposeídos. Fue declarado patrón de todas las instituciones de caridad. Festividad: 27 de septiembre (Román 1999:220).

De nuevo en el salón, la tos larga que se afilaba desde la otra esquina. La tos que venía de lejos abocinada, con agudez de pizarrín, con ronco gemido, con desgarramientos en el límite de la decencia, con súbitos ahogos, distraía a Mónica de la contemplación de los rostros. Rostros sin fuerzas, desangrados, como hojas en abandono sobre el rojo de las sillas. Otra vez el aullido impaciente, los espasmos, y otra vez la calma y otra vez los ojos vueltos hacia el agonizante flaco, doblado sobre la única silla de bejuco, que invariablemente aparecía cuando él estaba allí, en espera de otra y otra expectoración humillante. Para ayudarlo, Mónica sorbía a estallar el oxígeno cálido que repartía en sucesivas expiraciones; a veces también ensayaba dodecafonías con la tos increíble del sujeto, que se combinaba asimismo con el hipo anunciador de un niño entelerido, que una mujer miserable acurrucaba en infecto pergamino de agresiva ternura. El enfermo de quien se dudaba fuera dueño de tanta tos, con esa señora, —que melindrosamente pedía para un pasaje ilusorio, con pretexto de una manda—, formaba la sección de intocables de la sala. Ellos eran los que obligaban al amor de los semejantes. No se hallaría espejo común más pulido ni justo; pero eso molestaba y se acabó por arrastrar burlas liberadoras. Uno de los pasatiempos consistió en adivinar las expectoraciones o atinar en los zollipos¹⁰ que cupieran en horas o minutos.

Mónica catalogó a estos asistentes entre la “población flotante”, público inestable al que sin duda pertenecían también los tres judíos que llegaban una vez por semana. Ellos iban exclusivamente a tratar de negocios personales. Discutían en su idioma imposible, leían en voz alta, probablemente un convenio diabólico; alegaban congestionados y emprendían la marcha, sin cesar de hablar acaloradamente. Aquella jerga parecía permitirles gritar a dúo sin parar mientes en la comprensión

.....

¹⁰ *Zollipo*: Sollozo con hipo, y regularmente con llanto y aflicción (*DRAE*).

del otro y sólo por el gusto de no agotar el bisbiseo simultáneo, que se convertía en ruido comparable a trompo o, también, a la deglutación espesa de saliva. Parloteo semítico, desperdiciado en vanas profecías de inversiones fantásticas. Rumor que perseguía a Mónica hasta en el sueño.

aceptara / aceptaran

la explicaron / le
explicaron

Pero el viejo conserje se encariñaba con los asistentes. Los consideraba su única familia. ¡Con qué amor mencionaba la constancia ejemplar de algunas buenas personas ya fallecidas! Las recordaba con precisión: jóvenes que envejecieron, niños que habían crecido sobre aquella alfombra. En verdad cifraba su alegría en conseguir que algunos de ellos aceptaran la invitación de ir a comer o a cenar a su casa. Esto lo llenaba de orgullo. Nada menos, cierto domingo don Chepe celebró su cumpleaños e invitó muy deferentemente a Mónica y a las señoritas Sámano. La muchacha se mostró recelosa, pero le explicaron que se trataba de persona decente, de casa honorable, a la que podía ir, y que no se le ocurriera desairar a don José Valverde, quien, en su juventud fue caballerango del hijo de don Porfirio.

El conserje vivía solo en un cuarto alquilado en el último piso de una vecindad de las calles de Regina. Sabía guisar especialidades del norte y su afabilidad igualaba a la de un príncipe.

a [TACH. la] tela

adornada / adornaba

esmerilada / esmerilada

Notable la pulcritud de su recinto. Fragante a tela de algodón y a quietud enjabonada. La angosta cama de azófar¹¹ sugería penitencias, comoblancura inhóspita, el almohadón, y, sorpresa, la palabra “recuerdo” bordada sobre la funda. Una botella de cristal vacía adornaba la cómoda y un racimo de uvas se derramaba en una fuente de cerámica. Frente al balcón, el ajuar de bejuco: un sofá y dos mecedoras retorcían sus cuellos de cisnes barnizados. Colgaba del techo la bombilla de luz esmerilada. Paredes sin vírgenes, sin santos, sin una cruz; sólo el dibujo de un gato en una litografía pendía de un clavo; y todo sostenido por el piso de duela gruesa, pintada de congo anaranjado.

Las invitadas escucharon las singularidades que el anciano contaba acerca del Ministro y que repetía cada vez, cada minuto, siempre.

—Sí, dicen que una mañana subió por la escalera de servicio —hablaba despacio y con voz sonora. Tantito más y me topo con él en el descanso; mala suerte que ese viernes me detuve a comprar un billete de lotería; si no, lo hubiera visto tan cerquita como ustedes. Cosas de la vida. Mi antecesor habló con él. Él sí habló; ahora que a mi compadre le encantaba soñar. Yo, para que les digo, sé que me lo puedo encontrar cualquier día, pero llevo años de esperar. Me conformo con pertenecer a su séquito. Mi caso es distinto; yo no necesito pedirle nada. Hace mucho que nada deseo.

.....
¹¹ *Azófar*: (açófar). Latón: Aleación de cobre y cinc, de color amarillo pálido y susceptible de gran brillo y pulimento. (DRAE)

Acercó a las mujeres la dulcera con torrijas. Cuando habló de nuevo, su voz parecía entristecida:

—Sírvanse por favor —dijo insistiendo en el postre.

—Doña Aurorita, la anciana del siete, afirma que ella sí lo vio —replicó una de las Sámano.

—¿Aurorita Benavides? —El conserje movió la cabeza dudoso.

—Esa señora aguardó tres años. Al último perdió la paciencia. Andaba muy inquieta. Un día esperó veinte horas frente a la casa del Ministro. Allí está muy oscuro, demasiado sombreado de árboles y no hay seguridad de que haya sido su rostro lo que miró. No, no es buena testigo, yo la conozco. Después de ese día ya no volvió a la antesala ni se atrevió a saludarme. Parecía avergonzada, como si le quedara grande la mentira.

espero / esperó

Don Chepe poseía un extraordinario timbre de voz. Desgranaba las palabras con lentitud y daba la impresión de que todo lo que hablaba era importante.

ere / era

—¿Y el viejo Lemus que estuvo tres días acechando su automóvil?, —terció Concha Sámano.

—Bueno, eso ya es diferente. Fue otro problema. —Sacó un cigarrillo con parsimoniosa lentitud; mientras lo encendía observó que las señoras saboreaban el dulce golosamente.

—Resulta que el Ministro cambia de auto como de pensamiento. Lo que pasa es que la gente tiene su fantasía. Pero no todo es negación. No hay que desesperarse.

Dominó una mueca de desdén, de amargura, que subía hasta sus labios. Enseguida sobreponiéndose dijo:

—Beban de esta horchata, es sana y fresquecita.

Era algo extraño, pero parecían molestarle grandemente las alusiones que se hacían respecto a que éste o aquél hubieran podido ver al Ministro.

Él tenía ideas muy peculiares acerca del asunto y no quería comunicarlas a nadie. No deseaban correr el riesgo de ahuyentarlos y que por causa de una palabra imprudente, alguno dejara de asistir la antesala.

deseaban / deseaba

Si las mujeres hubieran podido leer en la mente de don Chepe tan claramente como en una pantalla cinematográfica, hubieran visto cruzar por su memoria los nombres que formaban su universo: Pablo, Raúl, Don Andrés, Contreras, el hombre de la tos, las religiosas..., el constructor de barcos y todos los demás.

“Siempre es posible que ocurra lo inesperado” —pensaba supersticioso. “Nada raro sería que las monjas logaran verlo”.

Él se conformaba con refugiarse en la esperanza de los otros. Le entretenía seguirlos en su entusiasmo o en su desaliento. Se exaltaba pensando en el desenlace. Para él no era sino un grupo de niños ilusionados en espera de un prodigio. Apacible, los oía hablar de lo que obtendrían del señor Ministro.

Estos pregonaban ser sus amigos desde la infancia; aquellos decían que el funcionario les debía favores personales que lo obligaban a servirlos; otros aseguraban que los había llamado insistentemente por teléfono. Al ujier¹² le divertía este candor y malignamente observaba cómo se volvían humildes y silenciosos al pasar de los días y cómo incrédulos, aludían a la efectividad de las recomendaciones de cada nuevo aspirante. Se tranquilizaba cuando los veía ingresar al cuerpo de “resignados”. Así sucedió con el altivo lector que durante los primeros meses, exigía, reclamaba, levantaba la voz hasta que por fin aprovechó el tiempo leyendo emocionantes aventuras, y el obeso de Ramiro Contreras, tan resonador y tan, tan de prisa en un principio y, bueno, tanto más. Ahora la espera se prolongaría hasta donde les alcanzara la resistencia.

tan tan / tan, tan

A don José Valverde le hubiera gustado que la antesala creciera y un río de nacimientos y familias lo cercaran y, por lo menos, lo tuviera como testigo de su dicha. De aquí que las deserciones lo pusieran melancólico y malhumorado y que acusara con palabras fuertes y despectivas a quienes no regresaban. Personas que trataron con él durante años, que compartieron su mesa, que lo obsequiaron con ropa y bocadillos, que le platicaron sus intimidades, cuando no volvían, el ujier, negaba conocerlos y no contenía su irritación si alguien los mencionaba.

dicersiones / deserciones
pudieran / pusieran

.....
¹² *Ujier*. Portero u ordenanza de un palacio o tribunal. Empleado subalterno con ciertas funciones especiales en algunos tribunales y centros del Estado. (DUE, MM)

Llegó por fin el esperado Mayor, con botas de montar y gorra de concripto. Extraña mezcla de corsario, zapatista y rejoneador. En el pecho de Mónica resonó la noticia. ¡El Mayor! Quiso besarle la mejilla y gritar: “Señores: ¡el Mayor! ¡Aquí está el Mayor!”. Le indignó la apatía de los otros que ni siquiera alzaron los ojos. Él mismo no parecía sorprendido de estar allí.

—Señor, yo lo esperaba para entregarle a usted...

El corazón le quería salir primero que las palabras, y cuando le tendió la maltratada cartulina, ya amarillenta, él apenas si le concedió un vistazo; menos la vio a ella, pues ya estaba de espaldas dirigiéndose al sitio del licenciado.

—¡Hola! —dijo, y empezó a describirle un juego de fútbol.

—¡Qué partidazo se perdió amigo!

—Sí, fue una lástima.

—Los Jaibos estaban en su día. Llegando se anotaron un gol de bandera imponente. Palabra. ¡Qué leche! El Atlante metió un saque de meta y ahí estuvo el primer penalti, enseguida un *corner*, bueno, para que le digo más; los otros a bloquear y desde media cancha le chutan a su portería y la bola entra al ángulo derecho. El otro lo fouleó macizo, y claro, el árbitro contó sus once pasos. Ya se lo dije una vez, es un sucio villamelón, vendido y sinvergüenza; pero no le valió de nada, pues marcaron *off side*. Y mire si tiene fibras estos muchachos, con el gol solitario, sostuvieron el equipo hasta que les llegó una racha de miedo. No les vieron ni el polvo. El Atlante, puro saque de banda. Ni hablar. Se levantaron con el santo de espaldas. Había reseñando sin tomar aliento.

—Señor, yo lo esperaba para entregarle...

—Y eso que no ha visto jugar a Las Chivas.

maciso / macizo

- Pero, ¿qué le duran a Los Pericos?
—Bueno, no voy a decir que el equipo Nacional no tiene lo
suyo...
—Señor Mayor, en esta cartulina...
—El domingo juega el América contra Los Panzas Verdes.
—Hay que ir.
—Le digo...

Con la mano tendida, Mónica lo siguió deseosa de que viera su carta. El hombre la tomó maquinalmente. No abrió el sobre, no miró los sellos realizados en oro; siguió con el cuento del futbol. Estratégicos lances ejecutados por el Tampico, por el Atlas, por el Atlante. Truhanerías de los contrarios.

Mónica esperó en vano que terminara el partido. El hombre accionaba con amplios ademanes. Ella temió que rompiera su cartulina y se dedicó a rescatarla cuando la sacudió cerca de sus mejillas. Humillada permaneció de pie, frente a él sin moverse, detenida de la tremante¹³ hoja.

Cuando regresó a su lugar sintió contento, repentino descanso. Aunque su reacción fuera absurda, comprobó que ya no le interesaba nada que no fuera estar allí, en aquel sopor, hundida en esa quietud. Languidecería en el cofre encarnado, apretando la recomendación a sus anchas y eso era suficiente.

.....
²⁶ *Tremante*. p. a. de tremar. Que tiembla. (*EI*, MA)

El conserje olvidaba desprender del calendario los días, quedaban allí las cifras cabalísticas, hasta que algún entrometido se tomaba la molestia de arrancarlas. Cada vez que esto sucedía, los visitantes fijaban sus ojos en las fechas, incrédulos y sorprendidos de que pasaran con tal rapidez las semanas. Allí no había tiempo. Cuantos permanecieron en la antesala empezaban a adormecerse, quedaban prisioneros en aquel paladar llameante. Bastaban horas para que la depresión colectiva paralizara la voluntad del inexperto que irremisiblemente se convertía en nueva víctima. Llegaban animosos y confiados: unos exigían con altanería inmediata audiencia. En su insolente actitud podía leerse la marca del automóvil que los esperaba: "Cadillac", "Jaguar" o "Mercedes"... Los había tímidos que llegaban a pie o en bicicleta, pero unos y otros, si no se escapaban pronto, se debatían hasta la flacidez, en aquella alfombra devorante. Los más impetuosos se mudaban en mansos y quedaban arrinconados por ahí, deseosos de ser siquiera amigos del conserje. En la antesala sólo era miseria. Por diferentes razones iban a pedir, y a todos asistía el derecho de ser atendidos. Su esperanza se cifraba en aquel superior creado, exclusivamente, para consolarlos. Cada uno suponía llevar un asunto urgente, más importante que el de los otros, el que atraería la justicia y la preferencia del Ministro. En el cerebro de cada uno desfilaban argumentos fortalecedores de la seguridad de contarse entre los recibidos. La espera les producía oleadas de indignación. El convencimiento de sus derechos sostenía el fluctuante vaivén de optimismo y desaliento, que hacía de ellos la masa inerte que tanto impresionaba a Mónica.

¿Cuál sería la vida de esta gente cuando aún ignoraban que sus horas iban a ser sometidas al azar de una inútil espera? ¿Qué harían en las claras mañanas, en esas que, como la de ahora, dejaban morir clavados en el pensamientos? ¿Y por las tardes? Darían pasos por los corredores, mirarían al sol desfigurado penetrar por las ventanas, o al

crepúsculo desangrarse entre las cúpulas? ¿Cuál sería la hora en que cada uno amaba? ¿Por qué no hablaban de sus ratos buenos? Algunos habría en condiciones de contar un suceso amable.

jamelgos / jamelgos

Mónica pronto se alegró de no pertenecer a ninguna silla en especial, porque de esta manera pudo cambiar de lugar frecuentemente y entablar conversación con los retraídos. Para congraciarse con el caballero, hizo comentarios sobre el autor de *El Mendigo de San Ángel**, lectura del erudito, más éste la juzgó tan impertinente que cortó sus interrogaciones con monosílabos corteses. La muchacha, confusa, intentó platicar con don Andrés, el más próximo, que ahora cabalgaba sobre el sofá. Le preguntó por sus males, y el que ella juzgó obrero por su apariencia, resultó ser un maestro rural que durante dos horas, describió minuciosamente el mapa de su reumatismo crónico. La joven, fatigada, oía sólo ruido del que hacen los jamelgos cuando mascan panoja¹⁴. Supo el día exacto en que “le empezó el enfriamiento”: fue por culpa de una llovizna. Él era un maestro que vivía calentito en la ciudad y por malas artes del director, lo enviaron primero a la escuela de Marfil y luego a la de Salamanca donde cambió de temperatura. El primer ataque se anunció con taladros en las pantorrillas, en las venas tensas como alambres de púas, en los huesos sin fuerzas. El tormento se repitió con la entrada del frío. Le recetaron baños termales. Pasó una larga temporada en Comanjilla¹⁵.

Con voz chillona explicaba don Andrés, que persistía a horcajadas en el respaldo del mueble:

—El agua brota a 95 grados. Los hervideros nacen de cualquier peña. Hay que andar muy avisado para no meter las piernas en un cráter, porque en menos de un segundo queda el hueso pelado como un carrizo. No se aguanta el olor de azufre que hormiguea por los pulmones, los satura; se le puede dar el golpe, como a tabaco podrido. Las horas se vuelven interminables de puro mirar el raquíptico horizonte dibujado a lápiz. Créame, señorita, hay lugares que enferman en vez de sanar. Le digo a usted que allí la tristeza se come a la enfermedad.

Peregrinan los garambullos al pie de la colina con sus lunares rojizos y esperan el vuelo de las gangas¹⁶ que juegan en los matorrales, confundidas con los abrojos y que, al menor ruido, se levantan vertiginosas como si a los terrones les nacieran alas. Su graznido es lastimero. Un grito salvaje que asusta. A mí me metían

* Niceto de Zamacois (Bilbao, Vizcaya, España 1820-México, D.F., 30 de octubre de 1885) Fue un historiador, periodista, novelista y poeta mexicano. Autor de la novela, en 1865.

¹⁴ *Panoja*. Mazorca. Espiga del maíz, del panizo o del mijo. (T. Panocha) Espiga de espigas, como las de la grama o la avena (*DUE*, MM).

¹⁵ *Comanjilla*. Localidad situada en el municipio de Silao, Guanajuato; famoso por sus aguas termales.

¹⁶ *Gangas*. Nombre dado a varias especies de aves de la familia de los *pteróclidos*, parecidas a la paloma, con alas y la cola puntiagudas (*DUE*, MM).

miedo; a veces me prevenía para oírlos, pero siempre me agarraban de sorpresa. Dicen por allá que su carne es exquisita. Pechuga desde el pico a la rabadilla. Y ha de ser, porque se ven muy redonditas. Don Andrés encorbaba las manos en forma de ánfora.

—Pero el paisaje es triste. Aquí y allá crece algún guayabo. Ya sabe cómo son: encanijados y de fruto mezquino, con semillas amargas que desdeñaban hasta los propios pájaros. A lo lejos se asoma el rostro de Silao salpicado de viruelas, no otra cosa parecen las luces salteadas. Su fulgor mortecino no alcanza ni a lo que alumbra una candela. En las orillas del pueblo los focos van más espaciados y sólo sirven para reconocer los postes de las esquinas y no olvidar de por vida la negrura del cielo. Conozco Silao, en esa oscuridad se oye un repique de las ánimas y parece que los muertos nos untaran de sudor.

—Conozco Silao —Don Andrés ni la oyó.

—El sonido de las campanas se arrastra por el sendero salitroso y culebrea por la barranca —dijo—. Su eco llega hasta el hotel y dan ganas de morirse sin necesidad del baño, que quita al más templado toditas las fuerzas. Pero debe seguirse la cura al pie de la letra. La receta es una mezcla de fe y de agua caliente, una especie de rito en que los pacientes llegan al éxtasis.

—A lo mejor el agua está embrujada.

—Sólo estando allí puede uno darse cuenta. Sólo sumergido en el mareo vaporizante que se cuele en el cerebro hasta que lo enloquece. Haga usted de cuenta que ha bebido tisana de peyote. Uno se siente delgadito, delgadito, delgadito y tan “desimportado” que nadie es capaz de desear nada, ni siquiera salud.

tisiana / tisana

—¡Vaya!

—Después del baño queda uno hecho trizas. Amolado como alumno en exámenes.

—Pues si se enteran no va a quedar paciente que se someta a semejante curación.

—Considere usted lo que es sudar a lo bruto en una cueva de mantas. Derretirse, licuarse como un tlaconete. Sepultado en las cobijas uno siente las cataratas de agua precipitarse desde la garganta con cosquilleos de lumbre que en seguida se congelan. Se diría que el corazón sobresaltado viajara dentro del cuerpo a velocidad sputnik*. Hay que apretar los dientes para que no se escape. Entonces se da uno cuenta de que no ha muerto, aunque siente desamparo de viuda con diez hijos.

—Su propaganda es atroz.

—Hay que ver a los pacientes llegar al comedor, deshabilitados, ojerosos, sin saliva, incapaces de soltar una lágrima. Así les recuerden la Pasión de Cristo. Secos por dentro y por fuera. Todos

* Velocidad sputnik: Voz rusa que significa satélite (Quillet, 1983: 286).

dicen que al principio se recrudece el mal y que luego comienza un alivio notable... pero, francamente le diré...

Por fortuna, inesperadamente la sala quedó en tinieblas y tal coyuntura fue aprovechada por Mónica para interrumpir al inacabable proceso de los achaques de don Andrés.

*hipocondríacos /
hipocondriacos*

Se retiró al otro extremo arrepentida de su curiosidad. Siempre resulta peligroso entablar conversación con desconocidos, y mucho más hipocondriacos. Uno nunca sabe si éste lleva semanas sin hablar o si topamos con un extrovertido que se desboca en torrentes, y nos relata desde el primer berrido que dio en la cuna hasta la fecha en que le decoraron su pastel con sesenta velitas. La vida menos interesante se lleva, por lo menos, seis horas de plática. De todos es sabido que cuando un cristiano decide contar, aunque lo ahorquen seguirá hablando, arrastrado por la imposibilidad de truncar la historia. Si incluso los que tienen la costumbre de contar películas, no cejan hasta bajar el telón y refrescar el anhelado *end*.

parecer / padecer

Con el tiempo Mónica tuvo que cambiar de parecer y, con tal de no aburrirse, decidió soportar aquellos ataques de verborrea. Aún más, acabó por padecer un prurito de conversación. Sus preferencias se inclinaron por conseguir explicaciones de los herméticos. Su juego fue seducirlos por la vanidad de hablar de sí mismos. Pero no siempre tenía éxito. Por ejemplo, Pablo y Raúl —la pareja de elegantes— la ignoraban. Apenas respondían a sus variadas preguntas. Y el lector la desanimaba con su indiferencia. En cambio, el resto de los habituales no resultaban tan ariscos: el conserje le sonreía francamente. Le aceptaba modestas bolsitas de chocolates. A veces, compartía con ella un chicle; una pastilla para él, otra para ella. Intimidad ideal que la señorita jamás gozó ni con su familia. Las tejedoras principescas, Concha y Laura Sámano, que empezaban un mantel, la animaron a que aprendiera el punto más sencillo: el de “revés”. Tendría que comprar agujas del uno.

aún / aun

Estas distinciones le mostraron poco a poco que, al fin, formaba parte de la comunidad. Su exactitud era premiada con muecas de aprobación de las religiosas. Sus faldas ajustadas no pasaron inadvertidas a los ojos del gordo y del licenciado. La gringa, antes de comenzar a dormirse, le preguntaba si sus zapatos de lagarto eran mexicanos o si la chaqueta de dril la había comprado en Tlaxcala. Con decir que el constructor de barquitos le había obsequiado un diminuto balandro¹⁷ y, sin más, le confesó que era artista apasionado por la pintura abstracta, y aun el elevadorista se atrevió a recomendarle un menjurge para las pecas. No podría esperar mayor cordialidad de aquella gente.

El licenciado Morales le había confesado su preocupación. No recordaba el asunto que le urgía tratar con el Ministro. Esperaba desde hacía seis meses, incansable, solía apretar el nudo de la corbata,

¹⁷ *Balandro*. Balandra pequeña. Barco de pesca usado en la isla de Cuba (*DUE*, MM).

y frotaba los lentes contra su camisa. Los ojos ensangrentados se confundían con el color de los muebles. desesperadamente buscaba en los bolsillos alguna señal que le apuntalara la memoria. Por breves momentos permanecía inmóvil, hundido en cavilaciones, para volver al inquieto vaivén, a la infructuosa tarea de vaciar la cartera, de hurgar en el forro del chaleco, de peinar el cabello y desgajarlo de nuevo sobre la frente.

—Si hoy me llamara —decía como un condenado a muerte— no podría explicarle al señor Ministro el afán que me retuvo tantos meses. Tampoco he de marcharme sin saber su veredicto. Señorita: se trataba de algo concreto y apremiante, algo que, de resolverse, me hubiera hecho amar de nuevo al sol y regresar entre los míos. No sería yo esta sombra de Caín en huida. No duermo, bebo incontinentemente. Ebrio, imagino recordar; pero lo grave es que no existe la amnesia total —afirmó convecido—; ¡mienten! Lo principal, lo importante, es olvidar que se ha olvidado. En fin, lo único que deseo, ahora, es descansar como los otros. Dormitar en los féretros de este salón y no permanecer balanceándome como péndulo, golpeando mi cráneo en el friso inclemente.

—¡No me pida que razone!, exclamó adelantándose a la súplica de Mónica. Ya no insisto en conocer al Ministro, sólo quiero recordar, poseer mi secreto, el que guardé meses y días. Era diáfano y se ha vuelto oscuridad, negro sobre negro, ese es mi pensamiento.

—Señorita Mónica —dijo con un suspiro al cabo de un rato— paso una prueba absurda. Mi situación no tiene consuelo. A cada momento compruebo mi inexistencia—. El licenciado palpó su cabeza, seguro de que en ella escondía el secreto.

El monólogo del hombre, su pena, los comparaba Mónica al tormento de quien ha perdido a Dios. Al contemplar el porte desvalido del abogado, su amarillenta piel, de cigarra enloquecida, pensó que quizás andaría extraviado en busca de panales desiertos.

—Heme aquí —continuó el individuo— al cabo de mis delirios. A nadie lo he contado —dijo confidencialmente y con el rostro tan cerca de Mónica, que ella pudo muy bien percibir la niebla alcohólica que se desprendía de sus huesos, de la ropa y de la piel de aquel fantasma. —Lo que pasa en esta sala haría gritar a quien fuera menos hombre. Ayer precisamente miraba en ese rincón —señaló el sitio donde se encontraban las tejedoras aristocráticas—. A esas señoras las pude ver a contra luz, con los cuerpos transparentes como el vientre de las salamandras; el cordelaje de las arterias entretejía sus esqueletos. Me acerqué para estrujarlas, pero sólo toqué dos omoplatos fríos, de espesor miserable. Puedo asegurar, que el candil descende con frecuencia aunque nadie lo nota. Que

camina con sus doce brazos, que se arrastra igual que un pulpo y navega sobre la alfombra. Todo se oscurece. Fíjese bien en la mesa, es una larva llena de proyectos. —Clavó la vista en el mueble y se estremeció ligeramente. — Detrás de este muro, la nada. Lo que le digo es la pura verdad, tan cierto como que el Ministro vigila nuestros lugares y sabe quién le es fiel y quién deserta. ¿No se ha dado cuenta? Cuando nos descuidamos entra y marca en nuestros rostros la cifra exacta de la suerte.

Seguramente el licenciado se hallaba en pleno delirio. Por la ansiedad con que la observaba, Mónica notó el miedo de Morales a oír algún comentario burlesco, más ella se concretó a mirarlo seriamente.

En la sala todos conocían la historia. Sin excepción recibieron el bautismo de quejas. Su desquite de náufrago consistía en iniciar a los neófitos en su largo laberinto, en obligarlos a soportar sus confidencias mientras la pulcritud de sus cabellos, sacudidos bajo sus dedos móviles, se tornaban en melena.

Mónica aprovechó la pausa en que él se limpiaba el sudor de la frente y volvió a su lugar. Desde allí contempló, uno por uno, a los seres que como ella esperaban audiencia. Se los representó tal como estarían en sus sarcófagos. El licenciado, al fin, quieto como un soldado de plomo. Las monjas vestidas de profesas, con tocado de gardenias sobre la cofia y auténtico aire de santas. La *Miss* así, igualmente inerte; Pablo con la cara burlona, abrazado a su bastón ya preludio de su esqueleto. Las deterioradas señoritas Sámano, dos momias envueltas en pergamino y sudarios de estambre. Al gordo tendrían que hacerle un cajón amplio. Sobre el raso se verían horribles sus mofletudos cachetes azulencos. ¿Y la amable cara del conserje? Terrosa, siniestra, con una mascada sujetando sus mandíbulas; las finas aletas de la nariz se le juntarían igual que alas de mariposa. Se entretuvo mirando al caballero que leía, el Señor Rivas: ¡qué gruesas tenía las venas! ¡Qué inútiles cañerías de sangre! Su cara rubicunda quedaría color del henequén. El presuntuoso amigo de Pablo, “sin agregarle peso al mundo”, menos importante que la rotura del tapiz, más borroso que un insecto... Los demás, todos en la fosa común... ¿Y ella? Vio su rostro en el espejo: estaría más pálida que hoy, pero con la misma mueca de asco. Sacó un lápiz para ennegrecerse la línea de las cejas.

Pensó: ¿Qué importancia tiene estar aquí o en cualquier otra parte? ¿Ser recibido o no por el Ministro? ¿De qué negocios querrá hablarle la gente? ¿En qué pensamientos estarán sumidos todos los que se encuentran aquí, condenados a una espera sin límite? ¿Era igual ser amado o no ser amado? ¿Su dolor o el de los otros? ¿Qué? Todo era cuestión de un rato. Ahora, que algunos ciertamente, gozaban en este mundo. A esos les daría más trabajo morir. Bueno, después de todo, la vida es un don, una oportunidad de alcanzar la dicha eterna. Esta

sacrófagos / sarcófagos

bastón que / bastón

juntaría / juntarían

Lo / Los

verdad la conocía, aunque hoy no le sirviera de mucho. Meditó: el licenciado quiere olvidar que ha olvidado, y yo me conformaría con no recordar jamás.

Ramiro Contreras parecía reventarse de aburrimiento, parecía una vejiga cada vez más llorada. Un día, otro más y Ramiro en accesos de impaciencia, seguía ensayando el discurso de petición para cuando afrontara la presencia del Ministro. Todos conocían el exordio que el obeso repetía de corrida, el más insignificante roce producido detrás de la puerta ministerial, sin llegar nunca hasta el remate:

“—Excelencia, dignísimo señor Ministro, mí caso es inoportuno, lo sé. Usted está ocupado en asuntos trascendentales. Lo que he de exponerle sólo a mí me compete; es cierto, pero ¿qué mejor prueba de grandeza puede ofrecer quien, como usted que acostumbrado al habla con los primeros magnates de la tierra, oye al humilde? Señor Ministro, quizá a usted que me escucha...” Resultaba lamentable oírlo murmurar su letanía hasta asfixiarse y enmudecer agobiado por la decepción. Igual a una marmita¹⁸ retirada del fuego, Ramiro quedaba en silencio buscando dentro de sí la frase clave que conmoviera al poderoso. No quería que por causa de una oratoria deslucida, diera al traste con la oportunidad de producir interés en el hombre de Estado, convencido de que la palabra bien empleada envuelve e inclina la más reacia voluntad.

mi / mí

axfixiarse / asfixiarse

Pero Ramiro cada día estaba más desanimado. Era una pila de desaliento. Se le oía suspirar lastimosamente como si un verdugo invisible le degollara la esperanza.

La expectación había vaciado el alma de los otros, indiferentes y fríos, ya no les importaba siquiera saber por qué motivo la miss, a quien veían dormir y revisar invariablemente los muebles, cada mañana aparecía más desolada y distante. Mónica suponía que las visitas de la extranjera formaban parte de su negocio, es decir, que seguramente deseaba adquirir los muebles suponiéndolos coloniales. Lo cierto es que don Chepe contaba que eran de las más antiguas asistentes.

—Lleva años —aseguró cuando Mónica quiso averiguar algo sobre el asunto de “la señora” y añadió—. Eso nadie lo sabe, el problema de la *Miss*, es un misterio y observe usted, lo más curioso del caso es que ninguno se sienta en el sillón rojo, parece que lo tiene comprado.

En efecto, el sillón le estaba destinado y la gringa se llenaba de impaciencia cuando algún entrometido, algún advenedizo desconocedor de las reglas, lo ocupaba, seguro de su participación en los bienes públicos. Todos sabían que ese mueble pertenecía a la

ocupada / ocupaba

¹⁸ *Marmita*. Olla con la tapadera herméticamente ajustada, en la que se guisan las viandas a presión. Recipiente que usan para comer los soldados en campaña (*DUE*, MM).

americana. Lo nombraban “el sillón de la *Miss*” casi respetuosamente, como si fuera un nombre propio.

tenían / tenía

Corrían sobre su persona versiones atrevidas. Decían, por ejemplo, que tenía amores con el Ministro, pero esto era improbable. El Ministro no la recibía y por otra parte, no parecía preocuparle la tardanza. Llegaba siempre con retraso, distraída y ausente, con estudiado desaliño. A pesar de ser mujer madura, tenía un aire de ingenuidad que convidaba a protegerla.

Alguien dijo que, al principio de la guerra, estuvo complicada en un turbio asunto de espionaje. No pudo aclararse si ella conocía el secreto de la atómica desde antes que estallara en Hiroshima, o si su amistad con exiliados la hizo sospechosa, quizá su parentesco con los Rosenberg, condenados a la silla eléctrica, era la única causa, a lo mejor fue que predijo un complot contra el gobierno que resultó cierto y luego le achacaron las explosiones consecutivas de varias fábricas de pólvora (cohetes)* y hasta anduvieron diciendo que escondía bombas especiales para desastres aéreos. Comprobaron sí, que manejó en estado de ebriedad y tuvo un accidente, del que sólo gracias a sus prominentes amigos se salvó de la cárcel.

Se contaban, en secreto, picantes aventuras ocurridas durante las fiestas organizadas en su casa. Se hablaba misteriosamente de una sesión espiritista planeada por ella, a la que concurrieron importantes personalidades políticas. Parece ser que el espíritu invocado era enemigo de un prominente que jugaba al honorable. Le aclaró las estafas y mencionó cada trampa con pelos y señales. El acusado enfurecido quería descubrir el truco para demostrar las falsedades, mas todo resultó un escándalo.

Pero lo único que les constaba a todos, era que su nombre, Mabel, aparecía frecuentemente en la columna de sociales, junto a ilustres títulos.

Nadie la hubiera reconocido, al verla principescamente alhajada, presentarse en el Country Club o en exclusiva reunión de embajadores.

[TACH.. a][SOBRESCR..
e]el mozo

El hecho de ignorar sus antecedentes, la convertía en personaje excitante y misterioso, sobre todo por las fuerzas que le entregaba el mozo que hacía el aseo, cuando ella le mandaba cambiar un cheque.

Sin embargo tampoco era raro que en su media lengua les pidiera un préstamo (cantidades que devolvía formalmente).

En la antesala, todos vivían adormecidos en una especie de limbo, con los cuerpos enquistados en las sillas, cómodos, sin atisbos de voluntad. Mónica se percataba de esto como el anestesiado que mira y comprende, aunque no puede reaccionar.

.....
* El matrimonio de Julius y Ethel Rosenberg fue acusado por E.U. de vender secretos atómicos a la URSS. El 19 de junio de 1953, ambos murieron en la silla eléctrica en la prisión de Sing Sing. Consultado en <http://www.clarin.com/diario/2003/06/19/i-02501.htm>

¿Sería la sala una capilla ardiente donde ella estaba ya muerta?
El lunes, el llamado del Mayor intranquiliza a todos:
—¡Qué pase el señor Rivas por orden del Ministro!

La voz se pegó a las paredes de la sala y desapareció. El reloj de los corazones también detuvo su ritmo y la sangre subió a los ojos y se asomó por las mejillas, y contrajo la piel y suscitó toses, y carrasperas, y ahogos. Del silencio, la boa de la frase los estranguló, el ciclón del ruido, abatió exclamaciones, risas, golpes impacientes, taconeos, murmullos, gritos, augurios, felicitaciones. El mundo se detuvo.

—¡Qué pase el señor Rivas!

El salón, de una costura a otra, el infinito; de una silla a otra, la eternidad; de un minuto a otro minuto, evos...¹⁹

El señor Rivas emergió y fue creciendo, y en ese instante por expansión quedó solo, fue sacando a los otros que no dejaron ahí más que los ojos atónitos, marchitos, incrédulos. El señor Rivas, una piernada²⁰ tímida, otra más, indecisa, la siguiente más firme, la posterior casi segura, la sucesiva rígida y luego el hombre quedó inmóvil, frío, duro, de piedra. Todos lo veían, le llovían miradas como dedos admonitorios²¹, como puños esgrimidos, como rastreras envidias, como peticiones de misericordia.

—¡Qué pase el señor Rivas!

Aquella voz inasible, gruesa, maciza, que lo empujó; que lo rescató del anonimato, que lo expuso, aquella voz tan recta, tan masculina, tan imposible, había hecho el milagro. Nadie podía asegurar cómo
.....

¹⁹ *Evos*: Evo (Teología) Duración de las cosas eternas. (poét.) Duración sin término (*DUE*, *MM*).

²⁰ *Piernada*. Pernada. El golpe que da la bestia con el pie (*TLCE*, *SC*).

²¹ *Admonitorio*. (Culto) Amonestación. Reprensión. Palabras con las que se la hace ver a alguien que ha obrado mal, y se le invita a enmendarse (*DUE*, *MM*).

empezó; pero de pronto estaba ahí, única, señorial, viva, inconfundible. No fue ruido que empezó a engrandecerse, no, si comenzó no se sabe, nadie recuerda (Mónica hizo más tarde investigaciones infructuosas) salió en cambio del cielo, del piso, de las paredes, salió y se impuso y ninguno dejó de oírla, igual que si dentro de cada pecho allí hubiera sonado.

El hombre Rivas, pálido como ante una sentencia de muerte, arrasados los ojos en lágrimas, tose repetidas veces para darse ánimo, intenta reflexionar; tembloroso aprieta el nudo de la corbata, limpia los zapatos en el pantalón, se pone tieso y sufre un mareo inoportuno. Ve pasar los jarrones a la altura del candil; el destello gelatinoso de la mesa oscila y las patas reblandecidas se doblan sobre la alfombra. Turbado, deja caer una mirada de ¡auxilio! En el cronómetro florentino que adorna la repisa. Ahora se da cuenta de que le falta una manecilla. Saca su reloj y sin mirar la hora lo guarda. Sabe que docenas de ojos están pendientes de sus movimientos. Lo observan y dudan de su serenidad. Advierten el disgusto que le produjo ser interrumpido, quizá en el mejor párrafo del libro de aventuras. Las monjas le quitan del traje unas hebras de estambre, de ese que flota por todo el salón desde que Laura y Concha inventaron mezclar, con el filamento, hilos de angora. Nuestro lector puesto en pie, parece más alto que nunca. Brilla su mirada, el esfuerzo por contener su emoción le da aspecto heroico. El sufrimiento lo ennoblece. Se lanza tras el Mayor con la misma dignidad con que Maximiliano se dirigió al Cerro de las Campanas. Al desaparecer, la conmoción resulta tan honda, que por largo rato el silencio anonada a los concurrentes.

Había que reconciliar el espíritu con el acontecimiento, y no era fácil. Igual sucede cuando los deudos aún no establecen definitivamente el papel del difunto.

Mónica, por tanto, quedó como pañuelo, no se atrevió a sacudirlo entre los dedos lacios; el licenciado apretó las solapas y ni siquiera intentó deshacer las arrugadas pistas de su fuerza. Las monjas rompieron un rosario y no advirtieron las hojas del misal por el suelo. Las tejedoras tendrían que deshacer “arrocés y reveces”. Y hasta la gringa, con latina inspiración, quedó ensayando peteneras²².

Volver al movimiento, recobrase, fue el intento siguiente, igual a una película atrofiada que reanuda su paso a otro carrete.

Mónica, arrepentida de no haberse interesado en lecturas del caballero, lamenta no ser su amiga; tal vez este intelectual de envidiable suerte hubiera podido interceder por ella ante la inaccesible persona.

Don Chepe suspira como si le hubieran robado un hijo.

—Llevaba apenas un año —dice melancólicamente, con una

melancólicamente /
melancólicamente

.....
²² *Peteneras*. (generalmente en pl.) Cante popular de aire parecido a las malagueñas, con que se cantan coplas de cuatro versos octosílabos.

mirada de resentimiento hacia el Mayor. Saca un paliacate almidonado y enjuga el rocío de sus ojos—. “¡Pues no lo verá!, quedará entre los empleados de allá adentro —piensa con rencor.

En consideración a don Chepe, sin excepción, al día siguiente llegaron todos temprano y las conversaciones transcurrieron en voz baja. El conserje permaneció agobiado y ninguno se atrevió a preguntar por el caballero lector.

Esa misma tarde, las señoritas Sámano, citaron a los concurrentes, en su casa para tratar un “delicado asunto”, un plan que, de ser aprobado por don Chepe, beneficiaría a todos.

A la hora señalada se presentaron las monjas. Oscurecía cuando Mónica, presurosa, subió los escalones del segundo piso habitado por la familia Sámano que para ayudarse alquilaba la planta baja. Al abrir la puerta, la invadió el olor antiguo de casas opulentas. Allí estaba la mesa de tortuga con sus imprescindibles porcelanas angélicas, sosteniendo la copa de alabastro; la colección de bibelots²³ en los entrepaños que cegaban la ventana; allí estaba el perfume mortuorio de los arcones, las sillas victorianas con medias lunas desvaídas, las cortinas orladas en oro, con ese oro ennegrecido que vuelve luctuosa la pasamanería y hace que los flecos luminosos de otra hora, aparezcan descarnados. Trechos de alambre deshonesto, saltaban por debajo del sofá entre gastadas vísceras de estopa.

bibelós / bibelots

sofa / sofá

Más allá en el paño angosto del muro, una miniatura imperial enmarcada en terciopelo y marfil y otra aún, de la Emperatriz, con su fatal locura ensortijada. En un atril, un libro de seda de esquinas marchitas, sometido por soberbio broche de pedrería, regio como el escudo clavado en el centro, vano como la gloria acumulada en redondillas, en letras, en lágrimas que cantaban nacimientos, enlaces, bautizos, muertes, egregias²⁴ defunciones de vanidosos y engraidos antepasados ligeramente nobles.

Fue justa la decepción de Mónica al ver que sólo las monjas habían llegado. Laura y Concha, sin preocuparse por la tardanza de sus invitados, aseguraron que asistirían los demás. Poco importa la demora. Todo mundo en México se pierde, además de que nadie toma en serio los relojes. Esto es fácil de comprobarlo cuando alguien pregunta la hora. El poseedor del artefacto se sonroja, mira sorprendido la carátula, limpia el vidrio con saliva y le da cuerda vertiginosamente hasta convencerse de que la máquina está reponiendo el tiempo perdido. Sucede lo mismo cuando se quiere saber dónde queda tal o cual calle. Los que viven por el rumbo ignoran el nombre de la esquina

*convencerse de /
convencerse de que
donde / dónde*

²³ *Bibelots*. Palabra francesa con que se designa frecuentemente cualquier objeto pequeño y de no mucho valor que se tiene como adorno, por ejemplo encima de un mueble (*DUE*, *MM*).

²⁴ *Egregias*. (aplicado a personas) Excepcional por su categoría; se aplica particularmente a los reyes o a personas reales: Los egregios visitantes. Puede aplicarse también a una persona extraordinariamente ilustre por sus méritos (*DUE*, *MM*).

que hace escuadra con su propia casa. Es un misterio entender como se orienta la gente. Nadie conoce una dirección; para todos es nueva la existencia de un barrio. Quizá se salven los carteros, aunque éstos sólo recuerdan la nomenclatura anterior.

Laura se sentó junto a Sor Imelda; Concha, en la anémica silla de ébano.

Las Sámano eran mujeres dulces, meditantes, en vigilia perpetua. Mujeres de pecho plano, avergonzadas de su inocencia. Mujeres de párpados enjutos pespunteados a mano, con pupilas diminutas no mayores que su esperanza. Vírgenes de sal sin rencor y sin lujuria, nacidas para el olvido como las estatuas de los cementerios.

Desde el pasillo, las pisadas de Pablo, el joven del bastón, iluminaron el rostro de las monjas. Rechinó la puerta. Venía acompañado de su inseparable Raúl. Su estatura gallarda rozó los prismas del candil. El otro con su actitud desdeñosa, no se dignó observar el señorío del salón.

Formaban una pareja desconcertante. Estaban hechos de material distinto, sin imperfecciones. Venían de un planeta donde era natural ser bello y elegante; pero su helada cortesía mellaba la curiosidad e irritaba a los habitantes de aquel pequeño mundo. Nadie iba a perdonar a Raúl el alarde de ausencia, ni a Pedro su reserva atroz que conseguía aislarlos aún allí, donde la espera los medía con idéntico rasero. Existía una razón inaudita, que escapaba a la explicación, pero que calificaba el privilegio de su casta.

Las señoritas convidaron pastas finas y té en servicio de plata.

Mónica deseó que no llegara el abogado. Temía que este hombre le comunicara su malestar.

La calma de las tejedoras no sufría menoscabo. Con orgulloso porte entraban y salían de la alcoba situada frente al recibidor, donde una mujer se quejaba débilmente.

En una de tantas salidas, dijo una de ellas:

—Es Lina, nuestra hermana mayor, lleva once años paralítica. Ha sufrido dos embolias. La pobre quedó muda y ciega. La única señal de vida es cuando se queja.

—¿Quién la atiende? —preguntó conmovida la madre Teresa.

—Ya no vemos a ningún médico —dijo fríamente Laura—. No hay nada que hacer. Hasta que Dios se la lleve. Tía Rosa la cuida y la alimenta. Todo hay que dárselo líquido y en la boca. El menor movimiento le ocasiona dolor. Tantos años en cama la tienen cubierta de llagas. —Conforme Laura hablaba, la voz se le endurecía.

—Gracias a Dios, ustedes tienen comodidades para cuidarla —observó Sor Imelda.

—No lo crea, Madre, antes nuestra posición era distinta. Ahora, al menos, encargos de tejidos no nos faltan. Nuestro hermano,

mal que bien, después de tantos remilgos de señorito, trabaja en los Ferrocarriles y si logramos ver al Ministro...

Se admiró de que las señoritas Sámano disfrutaran un minuto de paz; pero esas mujeres habían agotado la porción de dolor que les asignaron en el mundo. Por la desgracia de su hermana lloraron como nadie. No tenían culpa de que Lina no hubiera muerto. En verdad, la enterraron cuando afirmó el doctor que no tenía remedio y acostumbradas a vivir con el cádaver, ya no la compadecían. La desdicha de Lina, se volvió un martirio sin sorpresas que disecó sus reservas sentimentales. Ahora la paralítica era un bulto frente al que podían reír y conversar, indiferentes sin importarles su existencia.

Laura y Concha hablaban de los males de su hermana como de los vidrios rotos. No había más; Lina era un fardo, un estorbo que ansiaba llevar al cementerio. Cuando se referían a su persona, lo hacían siempre en pasado. La tía o el hermano decían: "En tiempo de Lina" "Cuando Lina" "Lina no conoció esto".

—Sobrevino la tragedia un once de octubre. El estertor doliente se prolongó por días, y luego la inmovilidad para siempre. Médicos, hospitales, experimentos... ¿Para qué recordar? Al fin sólo eso: un fermento de llamas sobre la cama.

Contreras subió asfixiándose. Se detuvo en el umbral y esperó que se quietara el fuelle de su corazón. Laura le dio a beber un poco de agua. Sin dejar de mostrar desdén por las monjas, el hombre buscó el lugar más apartado. Clavó su mirada en las rodillas de Mónica y quedó en éxtasis más que si viera una aurora boreal. La muchacha no advirtió la existencia del recién llegado, ni la aparición del señor Morales, hasta el momento en que Laura arrimó una luz e iluminó los papeles sobre la mesa.

—La gringa no vendrá —dijo el abogado.

—Ni falta que hace —aclaró el gordo—. Es extranjera, desconoce el idioma, no tiene derecho ni al aire que respira. Esos bichos se cuelan por todas partes, igual que otras alimañas. No pudo evitar una mirada de reojo que intimidó a las monjas. —¿Por qué tiene que dormir esa cotorra en una sala de espera destinada exclusivamente a los ciudadanos? Esta última pregunta se la hizo directamente al licenciado.

Laura intervino con su voz clara:

—Señores vamos a exponer rápidamente el motivo de esta reunión disponemos de mucho tiempo; las religiosas viven hasta Tlalpan, y no conviene que Mónica ande de noche, sola por la calle.

—La señorita tiene mi compañía a su disposición —ofreció el gordo, de lo más animado.

—Yo pongo a sus órdenes un modesto coupé —recalcó Morales, y al darse cuenta de la apuración de las monjas que escudriñaban la oscuridad, agregó: —Si me lo permite señorita Mónica, llevaremos a las reverendas al convento y después la dejaré a usted en su domicilio.

—Ya hablaremos luego de eso, abogado, —dijo Concha haciendo equilibrios en el esquelético asiento— y explicó: El plan que proponemos y que ha sido ya aprobado por el conserje, es el siguiente: se aproxima el onomástico del señor Ministro y esto nos brinda una oportunidad milagrosa. Con la cooperación de todos, podemos obsequiarle un chaleco tejido. Laura y yo nos encargaremos desde luego de la mano de obra y ustedes se cotizarán para adquirir el estambre que en este caso tendrá que ser de primera. Podemos conseguir lana de Australia. La puntada es un primor. ¡Laura! ¿Tienes allí el muestrario? ¡Miren de preferencia ésta —y señaló un pequeño cocol pegado a una lámina un punto de revés y otro de arroz. Hizo una pausa y continuó. —Escoger el color también es importante: chicle, gris, azul o canario. Depende mucho del acierto de la combinación para que el obsequio amerite que el Ministro nos de las gracias.

Ante el estupor de todos que la miraban fascinados, como a una encantadora de serpientes, prosiguió:

—Claro que entrarán muchas madejas, la puntada es compacta; hay que trabajarla como lo hacen los ingleses, con agujas curvas. La sisa sin costuras para que la prenda quede de una pieza.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Ramiro Contreras, tiene toda la apariencia de un soborno, es una tontería, una idea feminoide para retrasados mentales.

—No es para tanto, camarada —intervino el licenciado. Sin inmutarse Concha prosiguió.

—Basta una aportación individual de cincuenta pesos. El tiempo apremia. Hay que comenzar inmediatamente el trabajo.

—Tal vez surtieran mejor efecto las oraciones —consideró tímidamente la madre Teresa—. Un ramillete espiritual, como el que le enviamos al señor Arzobispo, saldría más económico. Conforme hablaba se iba entusiasmando. Propuso que entre todos juntaran quince mil jaculatorias, unos mil rosarios, setecientas misas: “Un cúmulo de gracias derramadas sobre el alma del Ministro”.

—Nunca oí nada más ridículo —blasfemó el gordo.

—Hermana, hermana —se oyó la vocecita de sor Imelda— Permítame su reverencia recordarle que su Ilustrísima, después de ese obsequio nos retiró el permiso de recibir limosnas, nos

cambió de capellán y murieron de insolación las palomas; perdone, no creo que resulte prudente en este caso pues a lo mejor, o digo a lo peor, el Ministro no goza de la amistad del Señor.

—¡Sor Imelda por Dios! —exclamó la madre Teresa escandalizada—, no desbarre²⁵, eso lo dispuso la Providencia. ¿Cómo puede usted dudar del valor de la oración? ¿Ha perdido el juicio?

—Perdón, Reverenda, —murmuró compungida la mujer— sólo he querido insinuar, que, bueno... que podríamos unirnos a la idea de Conchita y además de nuestros rezos, el señor Ministro se abrigaría con la mejor lana.

—Me marchó. No soporto más necedades. Imaginé que elaborarían alguna simpleza, pero esta ocurrencia llega al colmo.

Contreras cogió su sombrero.

—No me parece tan mala idea —se atrevió Mónica titubeante. Al gordo se le llenó de luz el cuarto; se quedó en suspenso por si de nuevo oía la voz.

—Una dádiva no es un insulto —dijo el del bastón y entregó un billete de \$50.00. Su compañero, sin hablar, puso sobre la mesa su contribución.

Pudieron oírse los dedos de Mónica capturar en su bolsa hasta el último peso y completar su cuota con monedas de cobre.

Conforme Mónica reunía el dinero, la faz de Ramiro enrojecía como si un fogonazo le iluminara el rostro.

—La cuestión del gasto no me importa —masculló con rabia—. Aquí está lo que me toca y además la parte de la señorita.

—¡No puedo aceptarlo, señor mío! ¡Gracias!

La vehemencia de la respuesta de Mónica, pareció quitarle bríos, pero sólo se turbó mientras su piel se volvía escarlata. *brios / bríos*

—Quiero dejar asentado que esto no resultará. Es una idea encubada en mollera de beata. —Clavó las pupilas en el par de monjas—. Coopero por mi sentido de compañerismo y porque, como sea, tomo parte en la responsabilidad; me ligo a este conglomerado, a mi pesar, pero por ningún concepto participo de la esperanza ni apruebo la tontería, y para ser íntegro, anuncio el fracaso de esta extravagancia. El tiempo demostrará la justeza de mi antipatía por esta maniobra jesuítica.

Las religiosas se santiguaron y el gordo salió resoplando.

²⁵ *Desbarre*: Desbarrar. Resbalar. Disparatar. Decir o hacer disparates de cualquier clase (*DUE*, *MM*).

No hubo comentarios. El licenciado amontonó billetes de cinco y diez pesos extraídos de los numerosos bolsillos de su indumentaria. Del saco, del pantalón, del chaleco. En toda su persona los dineros se alojaban como en un condominio.

—Nosotras tendremos que pedir autorización a la Superiora —se disculpó la madre Teresa—. En este momento no veníamos preparadas.

—Hay tiempo madre —dijo Laura guardando el numerario—. Con esto tenemos de sobra para iniciar la compra del material. Por primera vez la gringa permanece despierta. Las tejedoras pasan de mano en mano una gruesa madeja de confuso morado camote.

Contreras sin chistar, ve con tirria el color preferido y la semejanza que le encuentra con la capas de obispo, le hacen torcer el gesto y dar la espalda a las religiosas. Laura, especialmente a él, le hace entrega de los comprobantes del gasto efectuado: dos pares de agujas y siete madejas australianas legítimas. El hombre sin querer echa un vistazo sobre las notas y las rechaza en silencio.

Las señoritas Sámano enseñan al ujier el muestrario para que admire la futura puntada. El álbum recorre la sala. Los contribuyentes palpan la consistencia del tejido. Don Andrés hace un breve comentario sobre la buena calidad del estambre y se disculpa con las damas por no haber asistido a la reunión. El asmático pone tregua a su oxidado carraspeo. Algunos se encogen de hombros.

mazós / mazos Las monjas se apresuran a enredar las madejas. Apaciblemente el licenciado Luis Antonio destrenza los mazos. Las bolas resbalan y el conserje las levanta, las sacude y va desde el extremo del salón con la blanda esfera entre las manos. Se diría que son cabecitas de niño.

El hacedor de barcos arranca un trocito de estambre y lo coloca a guisa de bandera en un balandro. El trabajo interesa a cada quien en particular. Les pertenece por igual el éxito o el fracaso; participan en su causa como en el nacimiento de un hijo. Este motivo en común, solidifica su acercamiento y mitiga su impaciencia, pero al mismo tiempo aísla a los que no contribuyeron y vigilan rencorosos el ardid²⁶.

Sin excepción, los ojos de todos están ocupados en esa labor.

Mónica retiene la respiración cuando supone que Laura ha soltado un punto; espía el acero que ensarta el resorte y experimenta la misma impresión que cuando su abuela decoraba platones de cajeta y ella tenía que aguardar hasta el fin, para lamer las natillas sobrantes adheridas al cazo.

La *Miss* está perpleja. Los azucarados ojos añil, le bailaban

²⁶ *Ardid*: Artificio, medio empleado hábil y mañosamente para el logro de algún intento. (DRAE)

interrogantes. Hoy no se adormece con la tertulia del salón; presente con la sensibilidad de yegua que existe un complot al que no pertenece; se agita inconforme con el sueño a media asta. Piensa que ayer todos eran extranjeros entre sí, y hoy un fenómeno incomprensible la destierra únicamente a ella, la deja apátrida. Se coloca sus anteojos de turista y detiene su interés en los rostros que no ha mirado nunca. Los consideró masa paciente, indistinguibles unos de otros; rebaño que rumiaba como ella un *hot dog* a la una en punto.

Ahora resulta que poseen manos, bocas nerviosas, pupilas afiladas de desdén o de cansancio, muslos, voces, actitudes enemigas o indiferentes. ¿Quiénes son?, ¿piedras de silencio o gritos enjaulados? ¿A dónde va cuando se marchan? ¿Estarán seguras las monjas de que existe Dios? El que acompaña al inválido ¿será su amor? ¿Cuál es el secreto que guardan las tejedoras eternamente vestidas con faldas y blusas impecables? ¿Y esa muchacha ceniza, con cuerpo que se enjuta de desamor, esta cautiva de qué espanto, de qué mentira? ¿Qué puede desear Pablo? —que ella sabe que es tan rico— ¿Qué espera? La Miss se puso la mano sobre la frente para distinguir al conserje que le quedaba lejos y al mirarlo pensó: ¿desde el principio del mundo, don José Valverde estaría así, igual de viejo?

Mónica la observa y sonríe. Supone que la gringa debe sentir la desolación que sufre, en donde todos se conocen, el que mendiga ser incluido en el alboroto de los huéspedes, al que se le vuelve alegría que un criado le hable y exagera la despreocupación, temeroso de que el servidor se dé cuenta de que nadie lo procura. Mabel animada por el gesto amistoso de Mónica:

—*Hello, honny*, mi querer saber *what happen*.

—Usted no hablar español, *lady* —sentencia furioso el gordo. Usted únicamente *sleeping*. ¿*What so mather with you?*

—Mi querer saber...

—Usted no poder saber nada —replica con brusquedad Contreras.

El licenciado olvida un minuto su negrura y ríe de buena gana.

—Por favor camarada —interviene— podemos informar a la señora. Madame, se trata de la cuelga²⁷ del Ministro. A usted le corresponden cuatro dólares.

—¡Oh, mucho bueno, *his birthday will be happy!* Mi no conocer al señor... —esto lo dijo maliciosamente guiñando un ojo.

—No conocerlo nadie, señora, —bufa Ramiro Contreras.

La gringa se tranquiliza y recupera su sueño de dragón.

Pero la calma le dura poco. Se incorporó movida por un deseo ajeno a su voluntad; y suplicó que fueran a su casa a un *drink*

.....
²⁷ *Cuelga*: regalo que se hace a alguien el día de su cumpleaños. (DUE, MM)

—al hacer la invitación su vista vagaba imprecisa sobre los asistentes.

—Usted también ir, yo tener un gusto en verlo —dijo sin tomar en cuenta la antipatía del obeso.

Un gruñido fue la respuesta.

A don José Valverde le danza un calor por las piernas. Sin disimular su contento, igual que una gallina que reúne a sus polluelos, les parece de perlas aquella unión. —El chaleco hace milagros —piensa. La gringa, que se negaba a ver y a oír, olvidaba su indiferencia para afirmar la intimidad del grupo.

¡Idea genial tuvieron las señoritas Sámano! Con mujeres así, hasta se podría vivir.

La casa de Mabel casi está fuera de la ciudad. Mónica llegó en compañía de las Sámano, después de un rodeo larguísimo y de conjeturar repetidamente la forma de regreso. Esto fue el principio de la excitación que iría aumentando hasta la amenaza de los perros furiosos que salieron a recibirlas, junto con las frases tranquilizadoras de Mabel, con los amagos de huida, de carrera y de parálisis protectores.

huída / huida

La visión de la excéntrica sala, las bebidas insidiosas, lo que pasaría después, para quedar en el depósito personal de la memoria, como un sueño vergonzoso.

Mabel, un mástil entre los dos perros, iba diciendo voces sosegantes, apaciguadoras según el tono, pues la vilencia del gruñido e intenciones de los terranovas, se fue aplacando hasta que dóciles la siguieron detrás de la casa, mientras en inglés y español, repartía disculpas y consolaciones.

El ídolo grande que salió a espiarlas, entre cortinas, al fondo de la estancia, era definitivamente falso y en su manufactura intervino más que el barro, superficiales imaginaciones egipcias, babilónicas y aztecas mezcolanzas. Consistía en una cabeza redonda y calva apuntada para simular las fauces de un saurio.

fáuces / fauces

sáurio / saurio

El cuello delgado comunicaba sus serpientes a un rectángulo macizo que ostentaba entre las sierpes²⁸, frutas, hasta el centro donde lucía la estridencia de una calavera. El monstruo tenía los brazos junto al cuerpo; el derecho tatuado con el zodiaco terminaba en una mazorca, el izquierdo salía entre números y figuras y remataba en una esfera. De la mitad inferior del rectángulo salían garras poderosas y abiertas. Además se distinguían sus alas como las de una bestia que apenas se posan, más bien, que cae sobre su víctima. Enmarcaba el ídolo una trepadora de hule donde había colgado heno y campanitas; un telón

zodiáco / zodiaco.

.....
²⁸ *Sierpe*: (no frec.) Serpiente. Un bosque lleno de sierpes. (n. calif.; no frec.) (*DUE*, MM)

de fondo negro, hacía resaltar las cortinas laterales amarillas. Frente al ídolo colocaron un anafrillo apagado.

Extrañó a las visitas que no hubieran sillas, sino cojines esparcidos en esteras²⁹ de yute de colores, y sobre todo, que no estuviera nadie, no obstante al rumor que llegaba de lejos; la soledad de la estancia no podía achacarse a la penumbra. Miraban cómo la luz de una ventana alta, desvestía al monstruo, cuando la voz de una sirvienta les señaló el camino.

—Por aquí, por aquí.

Fueron hacia un pasillo estrecho y frío tal vez porque su enladrada blanca todavía estaba húmeda. Siguieron hasta una puerta y las sorprendió que fuera Mabel la que abriera.

—*Come in, pasen, pasen*, —las requería dulzonamente, mientras casi les desabotonaba los abrigos y les ponía copas en las manos.

—*Please, ladies, sit down*. Pronto habrán de conocerse todos. *Every body wants to know you*.

Contrastaban las ropas floreadas, las camisas amplias y *sport* de los norteamericanos o de güeros que lo parecían, con los formales atuendos de los compañeros de Mónica, pues estaban ahí ya, el conserje con su ropilla de domingo, el Licenciado que esta vez llevaba chaleco de gamosa³⁰. Pablo y Raúl impecables, y el hacedor de barcos inesperadamente de chaqueta azul y cashné blanco. Era fácil dar con ellos, porque estaban juntos, convencidos de que pertenecían a otra ganadería, alrededor del desenfado de los dos jóvenes que eran los únicos a quienes se considerarían en ambiente, tal vez, porque como siempre el desdén se les caía a pedazos.

cashné / gazné

Los extranjeros reían, conversaban. Los mexicanos preguntaban con timidez, criticaban rumorosamente, se convidaban cigarros y cortesías y el mayor tiempo permanecían estáticos callados, hundidos en sillas de mimbre o en los equipales³¹ que les hubieran tocado en suerte. Se protegían más que de las personas, de la confusión de objetos que adornaban el cuarto: una iguana rampante en el respaldo de un sillón; mecedoras de palo, un molcajete con flores; junto a la puerta un detestable caballo de tule de tamaño natural. Las redes de yucatecas que hacían de cortinas y las paredes claveteadas de ombligos —chillantes

²⁹ *Esteras*. Tejido grueso de esparto u otra materia bastante semejante, con que se cubre el suelo. (DUE, MM)

³⁰ *Gamosa*: El vocablo “gamosa” no se encuentra como tal en el diccionario, sin embargo, podría parecer la combinación de las palabras “gamo” y “gamuza”, ambos vocablos provienen de la palabra en latín tardío *camox*, cuyo significado es “gamuza”. Gamuza no sólo se refiere al animal, sino también a la piel curtida de éste. (DUE, MM)

³¹ *Equipal*. Especie de sillón hecho de varas entretrejidas, con el asiento y el respaldo de cuero o de palma tejida. (DUE, MM)

jícaras michoacanas— y luego “los ojos de buey”, enmarcados en hoja de lata simuladores de espejos, llenos de paño, como las pantorrillas de la dueña, acumulaban desproporciones mezclando la falta de gusto con la falta de arte. ¿Qué hace Mabel en ese nido de brujas? Soporta las flores de madera, innegablemente bellas, momificadas en un envase de “carretones”.

momificas / momificadas

La difícil reunión de los mexicanos, tan lejos ¡ay! de sus familias, fue disolviéndose con el alcohol y la intrusión de Mabel con un gringo que presentaba a Mónica, al abogado, a las Sámano o de alguna güerilla que iba a rescatar al intrépido y que al fin se quedaba en las redes cazadoras del constructor de barcos, quien allí también pedía papel, paciencia y ganas de admirarlo. Pero no eran los únicos ciudadanos en la fiesta, definitivamente no eran los únicos. Agudos chillidos donde asomaban palabras conocidas, imponían la presencia de varias muchachas que simulaban espantarse porque algún *boy* sentaba a cualquiera en sus piernas o la instaba a tomar sin respiro el contenido de una copa.

alguna[BORR. s] güerilla

El encogimiento de Mónica, del abogado, del conserje, de las señoritas Sámano, quizás, pensó Mabel, pudiera desvanecerse si juntaba a todos los mexicanos; fue a hablar seguramente, con las sonoras muchachas, para proponerles esta alianza tribal; pero ellas, por las miradas hacia al grupo de compatriotas bien denotaron que no estaban dispuestas a perder ese roce con la libertad que los *teenagers* provocaban; esa salida de sí mismas que, como decía el abogado, eran “serpientes que se hubieran transformado en pájaros”. Las jóvenes morenas escotadas eran más gringas que las gringas, reían más fuerte, bebían más fuerte, pisaban más fuerte, hablaban inglés más fuerte y despreciaban a sus compañeros aborígenes también más fuerte. Mientras las norteamericanas se recostaban lánguidas a beber y a sonreír y a mirar dulcemente al compañero, las nativas brincaban, jalaban a sus cómplices, y manoteaban incontenibles.

—¿No tiene usted hambre?

Mónica con desconsuelo recolectó los últimos cacahuates de una fuentecilla de cristal y los entregó al jurista.

—Amigo mío, estas personas sólo tienen sed; comer no les parece higiénico.

—¡Eh, eh!

Y cuando el mozo se acercó con las copas, anduvo capturando las aceitunas para ofrecerlas a su amigo, puesto que la sirvienta a quien llamó, porque lucía la quincalla³² de unas papas de gasa, como un relámpago desapareció por una de las puertas y, seguro, sin que nadie las hubiera tocado ni con el pétalo de una rosa.

³² *Quincalla*. <Baratijas>. Objetos de poco valor, que se venden generalmente por vendedores ambulantes, en puestos callejeros o pequeños comercios. (*DUE*, MM)

esta / ésta

Había que nombrar el hambre para que ésta apareciera, para que se instalara con sus múltiples alfileres en un hueco insoportable. Hasta Mónica sintió apetito; pero las señoritas Sámano acostumbradas a comer en sus horas y seguras de que la invitación se refería a una cena, se desmayaban y cuando inoportunas preguntaron a los dos dandies, si sentían lo mismo, estos imperturbables asintieron, igual que el francotirador que sabe cual es su destino.

asistieron / asintieron

Mabel a cada momento inquiría si todos estaban satisfechos. Y don Chepe, en uno de esos momentos estelares en los que es héroe el más insignificante, le dijo a la anfitriona que si no tendría un pan en la despensa. A Mabel le dio mucha risa y se alejó trotando.

Los meseros parecían el guardaespaldas, de cada uno, su mozo de armas, botellas inagotables: cazaban las copas vacías, se esmeraban porque no perdieran su nivel.

—Tal vez la República ganaría más si los empleara como ingenieros hidráulicos —dijo el licenciado, pero a nadie le interesó su chiste.

Laura milagrosamente pescó una diminuta porción de queso y la compartió con su hermana.

Comenzó a sonar una guitarra y una canción empezó a caminar por el aire. Una balada triste. “*My love, my love...*”, era lo único que se distinguía claramente. Al principio no se sabía si era un hombre o mujer lo que cantaba, pero era una voz que quería vivir por sí misma, más bien, quería morir por sí misma. Trataba de quedar, y al mismo tiempo de no estar ahí. Era como una llaga en el tiempo, en el espacio, en la piel de cada uno. Su incomodidad, su deseo de desaparecer inquietaba particularmente a Mónica que sentía cómo iba cercenando las conversaciones, el choque de los vasos, las risas de otros mexicanos, como si el ruido fuera una luz que decreciera hasta extinguirse. Parecía que la fiesta hubiera terminado porque esa voz así lo quería, porque urgía el pasmo, la petrificación, porque deseaba que no la estorbaran, que simplemente se comprobara su existencia con la respiración de cada uno, con el latir de cada uno, como si se trajera en la sangre desde mucho antes y sólo hasta entonces se hubieran dado cuenta. Una herida que sólo es advertible cuando ya está infectada y es irremediable su proceso. No decía “*My love*”, no tenía palabras, no tenía música tampoco. Estaba ahí, eso es todo. Después terminó, se supo por el silencio negro igual al de la frente sudorosa de donde había salido esa voz estrangulada. Sus dientes blancos eran la única luz que podía enfrentarse a la sutil delgadez de la canción. Sin embargo nadie se había liberado de nada, al contrario, como gusanos comenzaron a hervir las emociones, los pensamientos, las inquietudes, la condición ineficaz sola, de cada contertulio.

El negro brillante, sedoso, fue mancillado por los ojos de todos. Al final de los puños blancos el luto de sus dedos arañaban el aire con la angustia de un ahogado. La voz debió brotarle de las manos que aleteaban en la penumbra simbólicas acusaciones y el blancor de los ojos sin pupilas, como huevos de paloma acapararon la oscuridad. De este espasmo, la canción viril, el ritmo encendido, la voz de barítono lució como una orquídea en el desierto y la gente fue a verla y advirtió que había cesado el encanto y que se reanudaba otra vez en la vida entre los hombres.

Una de las Sámano se acercó a Mónica para preguntarle si no tenía un dulce; Mónica le aconsejó que fumase, porque decían: “Eso espanta las ganas de comer”. Comedido, el licenciado ofreció cigarrillos. La sorpresa consistió en que la tejedora hiciera por fumar e instara a la hermana por secundarla. Enseguida una lluvia de exclamaciones de represiones, y de risas delató la incipiente borrachera de ambas. Una de ellas, hasta intentó descalzarse para simular que corría, mientras que la otra se armaba de una botella, tan torpemente, que en la maniobra, tiró el pesado tapón de vidrio, e hizo añicos unos vasos llenos. Con el incidente, la alegría volvió mortificación que las obligó a sacar pañuelos para secar la alfombra; hasta querían desgarrar sus ropas interiores como corolario³³ de su bochorno, para que sirvieran de jerga. Insistían en pagar los daños y suplicaban a Mabel, a quien llamaron, que las perdonara, que eran unas tontas y se reconocían y acusaban de poco mundanas e imprudentes. Los demás quisieron calmarlas, pero sólo consiguieron arrancarles drásticos sollozos que fueron creciendo como el hambre irreplicable de los contertulios. Cuando lograron calmarles las lágrimas con una copita, una risa tenaz retomó el paso convulsivo de las Sámano, pues en aceleración creciente, la risa las ahogaba y les producía dolor; se torcían y enderezaban con crispaciones de cadáver en el crematorio, sin dejar de reír. Y hacían unos bucheros y temblaban desde la frente. Alguien sugirió golpearlas, y otra más aplicarles compresas de agua fría; un atrevido deslizó en una de ellas hielo por la espalda y la ofendida gritó estentóreamente y se contoneó sin gracia, como avalancha de adiposidades, mientras quienes las veían se burlaban de su esfuerzo y atizaban con ello los estremecimientos de la otra Sámano. Al fin entre torceduras de piernas, entre apreturas de muslos, casi tocando el suelo con la cabeza, casi en cuclillas y dominada por sus chillidos, la interfecta alcanzó a esconderse detrás de una cortina. Su hermana hizo suya la vergüenza tapándose la cara.

La embriaguez de las aristócratas deprimió a Mónica y la retrajo hasta sus pensamientos, hasta la pendiente de sus sensaciones dolorosas que no se atrevía a encarar, aunque la atosigaban fulminantes y hondas. Para alejarlas de su mente prefirió exclamar:

—Me siento mal.

³³ *Corolario*. Afirmación o conocimiento que es consecuencia clara e inmediata de algo demostrado o sentido antes (*DUE*, *MM*).

contertulios / los
contertulios

estentóreamente /
estentóreamente

—Sí claro, esta gente no come. Venga, vamos a la cocina, a la mejor encontramos algo. Al menos podremos devorar a la mucama.

—¿Usted cree? —lo interrumpió Mónica estúpidamente y estúpidamente rió... y no se atrevió a insistir ni a pronunciar otra palabra.

Don Chepe los miró alejarse, con envidia, pero un momento después la pareja regresó decepcionada.

El cuarto retacado de humo, de alcohol y de bullicio estaba pronto a volcar su carga en otra parte. Había una especie de preparación para ello. Intermitentes en el ruido y el silencio, marcaban el impulso que tomaría el lanzamiento; parecía la cuenta en un campo de pruebas y el ánimo expectante gritaba que algo iba a ocurrir, que cada uno estuviera en su puesto.

Mónica estaba en el suyo; cabizbaja, analizando la inmotivada esperanza de esa tarde antes de venir. Sucedió lo de siempre; era asirse a un hilo que se desvanecía. El fracaso apagaba las figuraciones de su curiosidad. Hasta la garganta le subió la sangre y le hizo daño. Bebió de un trago la segunda copa.

—Mire, mire. —Sintió una mano que la sacudía. —El licenciado le apretaba el brazo.

Las Sámano estaban de pie sobre su más aquilatada estupefacción atisbando un espectáculo que les había curado de su nerviosidad.

—¡Estos gringos! —decía don Chepe, para superar su consternación.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No sé, no sé.

—¡Pero no es posible!

—¡Se pone bueno! —exclamó don Andrés a quien nadie había visto, porque desde que llegó se apoltronó a escanciar³⁴ copa tras copa, en alarde de aplomo desdeñoso, para imitar a los "señoritos", que ahora, sí, tolerantes explicaban:

—No pasará nada. Ellos son así y hay que tomarlos en su salsa.

—¡Qué fiesta más padre!

—Y, ¿se van a desvestir enteramente?

—Las cosas no llegarán a más... No, no se trataba de una orgía, seguro que no es una orgía.

—¡Suave, suave! —don Andrés equilibraba su flacura sobre el brazo del sillón y hacía visajes³⁵ para que su mirada traspasara la penumbra, pues se imaginaba otras mujeres desnudas.

³⁴ *Escanciar*: Echar vino u otra bebida en los vasos (*DUE*, *MM*).

³⁵ *Visajes*: visaje. Gesto exagerado o cómico (*DUE*, *MM*).

Al fabricante de embarcaciones le molestaba que le echaran a perder sus ingeniosos artefactos.

—Ya verán, ya verán, también los conozco —murmuraba don Andrés con los ojos lúbricos—, hay que estar dispuestos a todo, nada más que hay que ponerse listo para conseguir buena pareja.

—Allá usted, pues se llevaría un gran chasco —le advirtió el de los barcos, nervioso y mohíno³⁶.

Mabel, pálida y apenas insinuada no obstante su desnudez, deslucía en medio de un corro de *vaudous*³⁷, de color mezclados con los blancos, que palmeaban y movían la cabeza suavemente contra los hombros. El canto se fue extendiendo y acalló otros ruidos. Los asistentes buscaban lugares para ver o para participar; unos de pie, se acomodaban junto a los muros, otros, buscaban un compañero a quien embrazaban antes de iniciar el palmeo que acompañaba la danza extraña del *mamaloí* negro. Éste saltaba en el aire al sonido de un tambor que marcaba fuerte ritmo, y quedaba de pronto rígido como una lanza. Los movimientos de cabeza y el canto del grupo animaban a los remisos.

Este / Éste

animaba / animaban

Mabel, como una llamita, como una espiga en campo ya cegado, permanecía inmóvil, sentada en un taburete con elevador que la iba alzando sobre todos. Apagaron y encendieron un reflector azul sobre la mujer desnuda, de largas piernas, de brazos delgados, de talle esbelto reclinado hacia adelante, hasta apoyar casi la cara sobre la rodilla del miembro recogido, mientras la otra pierna permanecía extendida y abandonaba el largo pie como la prolongación de un rayo. Se adivinaba por las figuras próximas, los movimientos de las otras lejanas. Iban flexionando las piernas juntas hasta quedar hincados, después se sentaban sobre sus propias pantorrillas, sin dejar de palmear y sin cesar de mover la cabeza. Mabel era el remate de ese ritmo, la creación de esos cantos insistentes, oscuros, impersonales.

Mónica observó con ternura la carne desteñida de la extranjera y no supo si el licenciado tenía pupilas detrás de las gafas para contemplarla. Ella compadeció a esta mujer sola, en ese departamento decorado con bules³⁸.

Las sirenas de luto, con su faz de ajolote, lo estaban midiendo todo; cuando los huéspedes se marchen, sus senos diminutos, quedarán igual de mudos y sus colas erectas, inquietarán el insomnio de la *Miss* y ella beberá *whisky*, sin más esperanza que regresar al salón y dormir. No estar sola, nunca sola, en esa miscelánea de locura. Al

³⁶ *Mohino*: mohíno. Enfadado o de mal humor y con gesto o actitud de estarlo; por ejemplo, con la cabeza baja (*DUE*, MM).

³⁷ *Vaudous*. Ortografía francesa o haitiana de vudú.

³⁸ *Bules*. En francés, boules son pelotas o bolas (*DFE*, EMA).

cine, al cabaret, al restaurante, a las tiendas congestionadas, a donde haya gente, gente viva, calor y pertenecer a algún rebaño y dormir en algún aprisco³⁹, llena de alcohol, de palabras en inglés, sí; pero sola ¡no! Nunca padecer la soledad de Mónica, ni la desazón del obeso, ni la angustia del hombre de los ojos blindados de relampagueantes cristales negros, no, tampoco la melancolía del conserje, ni quedar hundida en el silencio de Ana que se pudre frente a la prisa de las tejedoras. Allá, en la sala de espera, entre los murmullos de los seres que inventaron la existencia del Ministro. Porque Mabel si lo sabe: es un mito colosal como el del mundo, donde nada es verdad. El amor, el bien... ¡palabras! Sólo es exacta la muerte.

—¿Qué intentan con esto?

—No sé, Mónica, no sé.

La ceremonia tardó aproximadamente media hora y Mabel no se movió y aquello era asunto de encantamiento, pues nadie estaba dispuesto a ceder y comportarse como una persona. No importaba que la tensión del principio se aflojara en el público, quien en cierto modo ya se había desentendido del espectáculo y comenzaba a obrar por su cuenta. De cuando en cuando se elevaba la voz desgarrada del negro.

—Vámonos —habían propuesto las Sámano aterradas.

—¡Qué tomadura de pelo! Gringos estúpidos —decía el del astillero.

—Se lo dije, éstos si no hacen payasadas, no gozan —repetía don Chepe.

Al conserje le sobró tiempo para enrojecer hasta las orejas.

hay que / hay qué

—Creo que ya no hay que examinarle a la señorita Mabel. No sé para qué le han puesto ahí, como luna. Si igual se aburría abajo. ¿No cree usted, Mónica?

—Ay, licenciado, me dan ganas de pellizcar a Mabel para que no ande de convidado de piedra.

—Con razón no comen.

dejaban / dejaba

El cuchicheo burlón traslucía el relajamiento aunque también calentaba la incertidumbre por lo que fuera a ocurrir, pues no dejaba de inquietarles el sonido de los oficiantes, mecánico, autónomo, rígido, tan aparte de lo que no fuera su reino. Definitivamente había que callar y esperar, ya que las burlas se deshacían antes de lograr su objeto; era preferible el intento de colaboración pero se corría el riesgo de extraviarse en el lance, pues al cabo de un rato de palmeo y vocear, se iba perdiendo el contacto con los otros, se iban desprendiendo las siluetas, la carne propia, el sonido insistente y ensayado. Un temor

ensayando / ensayado

³⁹ Aprisco. Lugar cerrado en el campo, donde se encierra o recoge por la noche el ganado (DUE, MM).

oculto les impedía participar en el rito.

Se abrió la puerta y el olor del incienso delató el anafre encendido. Hombres fornidos cargaron a Mabel y los del coro se fueron levantando y empezaron a despojarse de la ropa. El ritmo de los cantos fue más atrevido y el palmeo se aceleró hasta llegar a la demencia.

—*Never forgotten*—repetían y esparcían la noticia.

El grupo de mexicanos, sin necesidad de deliberación, comenzó a ganar la puerta, las mujeres protegían sus ojos con los cuerpos de los hombres que habrían pasado. Desandaron el pasillo y llegaron al salón. Aún estaba solo. El ídolo resplandecía con luces indirectas. El canto quedó atrás.

Apresuraron la salida y se enfrentaron, desabrigados, al frío de la noche.

El salón tan de todos, tan de cada uno, como ningún sitio lo fue en la vida, está vacío, ruin, resonante; de un lado a otro movidas por injustificado alarde las palabrejas: “cerrado-vacaciones” han dejado un cementerio de máquinas, papeles y deshechos. Los solicitantes pensaban en el abuso de autoridad que cerraba la oficina y los despojaba como a los paracaidistas.

Durante quince días, nadie cambiará los esquineros de su sitio, Contreras no sacudirá la mesa, ni las religiosas repondrán flores, sustraídas de la capilla.

El salón ya no será el mismo sin ellos; pero ellos mismos ¿qué serán sin él? Regresarán a sus antiguos sitios, tendrán que volver a sus disfraces cotidianos. Marco Antonio Morales habrá de estar alerta para no exponerse a provocar la burla de su *conyugue / cónyuge*; el Gordo, el gran masticador empecinado en la demolición de un abultado chicle, se guardará de ello, si no desea agobio de reproches. Sor Imelda no olvidará las sanciones *etehas / eternas*, un instante, el tiempo justo que el arrebató del mundo la impulse, feliz flapper⁴⁰ a cruzar la pierna, aquí en la sala, uno por uno ha abierto el fuelle de su corazón y goza con su personalidad recién nacida, actual, sin carga de memoria, y, cada uno se yergue como un fénix magnífico.

La ausencia sería intolerable. Decidieron pues, verse siquiera en los corredores.

Caminar balanceando la bolsa, dejándola golpear en los muslos, resbalándola por la cadera al compás del taconeo perezoso; caminar por el corredor vacío sin atreverse a más de doce o quince pasos y volver, y otra vez, como una ola regresar y emprender el pasatiempo de llevar con el pie cada compás, con la vista baja, con los hombros caídos, con el ademán indiferente. Caminar así cansa, y lo prudente

⁴⁰ *Flapper*. Mujeres norteamericanas de las primeras décadas del s. XX, famosas por llevar el cabello corto y su actitud desenfadada (*NDIE*, Cuyás).

es respirar apoyada en la baranda y dejar que los ojos paseen por las altas columnas, por el embaldosado, por las cenefas del ambulatorio fronterero donde el sol ha venido a recargarse. Alguien pasa y deja más ausencia, más vacío en el palacio solo, secreto.

Allá arriba, en la azotea, un soldado asoma y abajo se oyen ruidos de armas ¿Dónde está el Secretario? En el tercer salón queda su oficina. Mónica se asoma a la puerta de la antesala, ase la manija y los batientes no ceden. Todo cerrado. Todo limpio, parece un convento. Esto no fue jamás convento. Ahí hacían las ceremonias, sí, debajo está un templo de arrugados penachos y sangre oxidada y alfombradas de plumas ¿de colibrí?, de faisán, de ave de paraíso, de águila, ¡qué cárcel es ésta! El tiempo está aquí prisionero, acurrucado por los pilares, salido de este vaho que escapa de jades y obsidianas, y del ajeteo de los empleados; cuando ellos se van surge de escombros imprevistos, de ocultas rendijas, de túneles inesperados. Como si fuera de hojas y una a una pudieran alzarse y desvelar pasadizos, costumbres, celos, perdones, venganzas, así se extravían los ojos persecutores de figuras muertas, de rostros, de costumbres.

alfombradas / alfombras
paraíso / paraíso

Provocan los salones de fiestas como alcancías selladas, los salones de fiestas con su emperatriz y sus charros liberales y sus obsidianas afiladas. Cuesta abajo pasa la luz mortecina de hachas imprevisibles. Los ruidos militares y los automóviles que se mueven abajo, están amasando la última capa de tiempo para ahondar más un pozo de recuerdos, un vertiginoso revuelo de ficciones, una incalculable sed de irregularidades.

Cuando la cárcel no llegaba a más de treinta leguas, cuando el campo anillaba a la ciudad con su agua prodigiosa ¿cómo sería? ¿Por qué canales llegarían a entender lo que amaban y cómo era que lo ponían en boca del Dios ensangrentado? ¿Y ese son inexplicable taladrante de las cañas de barro y esas danzas impotentes y esas penurias insomnes, y ese caracol, ese caracol desde lo alto como una peña encendida, como serpiente loca, como rencor furioso en aire calcinado? Todo eso abajo está moviéndose, está en su cárcel, el chocar de espadas y el piafar⁴¹ de bestias húmedas y los Cristos mutilados y las manos tendidas para dar y para golpear, y para robar y para...

lenguas / leguas

insomnes / insomnes

Ese soldado no se ha movido de ahí, cuida y ensaya como sobre un monte el origen del polvo adverso. Su estremecimiento contagia y su responsabilidad sobrecoge. ¿Si no fue el enemigo? ¿Si únicamente el viento jugó con su destino? Si dio la alarma y la sorpresa no prosperó y fue enjuiciado y condenado a muerte, y él avergonzado, corrió la guerrera y dijo “no gasten sus balas, son para el enemigo” y sin impedirlo enterró una daga en su pecho, y cayó entre estertores y rogó que lo perdonaran, que lo quisieran. Ésta es una cárcel para delito grave. ¡Ayúdenme, ayúdenme! se pide de prisionero a prisionero.

corrió / abrió

cárdel / cárcel

.....
⁴¹ *Piafar*. El caballo cuando está parado e inquieto (*DUE*, MM).

Ese / Ése

marabete / marbete
[TACH.. m][SOBRESCR..
M]Ministro de
Gobernación
olan / olán

Ala sureste, segundo patio, cuarto piso, tercera puerta a la derecha, ahí está el despacho del Ministro. ¿El Ministro sabría que es el Ministro? ¿Reflejará su cara el espejo? ¡Ése es el Ministro! Lo tocarán, rozarán sus ropas, lo verán moverse, hasta le estrecharán la mano, y, sin embargo, ese cuerpo, esa mirada, esa actitud, no es el ministro. El Ministro aparece cuando no está, cuando esa puerta nos pone a distancia, cuando la antesala es el ansia de verlo. También lo ve quien llega a su despacho, pero no lo ve, el hombre que está ahí, es el señor, el padre de familia afanado por el diario sustento. El Ministro aparece cuando lo pensamos, no está aquí, siquiera detrás de esa puerta tenaz e invariable. Si entrara, sorprendería a un hombre avergonzado, un hombre bueno, un hombre que también querría ser él mismo, pues sólo aparece debajo de un marbete: Ministro de Gobernación, de Agricultura, de Fomento, exactamente unas rayitas en el olán de un oficio, un emblema debajo de una orden, pero no, tampoco, es esas rayitas, es el oficio todo, las copias del oficio, el empleado que lo hace, el que lo entrega, el que lo recibe, la satisfacción o el temor al leerlo, ahí existe el Ministro. El Ministro es un vehículo de órdenes, una cueva de abstenciones, una piedra en el vacío. Estuche de los ídolos imperturbables.

El soldado no se ha movido, sí, sí se ha movido, aunque el haber llevado algo a la boca afine esa quietud. Jamás diríamos que es una estatua, sale de él la vida incontenible y soberbia y se derrama en lejanías. Sus ojos van más allá de edificios, de carreteras, de montes circundantes, apenas visibles entre cortina de edificios, redes de comunicación, torres de energía. Si este soldado tan joven, entreviera su oficio de violencias y mirar hacia atrás y dedujera el campo a la veloz carrera de la huída y del ataque, espantado arrancarí­a sus ropas y decidiría otra ciudadana ocupación.

agironados / ajironados
zamagosos / chamagosos

Entre revueltos arenales, el rostro de esos hombres se conforma, están acurrucados, sedientos, tendidos sobre campos de arbustos y de hierba de traicionera. Sobre ellos las cuchillas de las auras, que ya se atreven casi a tocarlos, los brazos ajironados⁴², lentos, como juncos chamagosos⁴³ rechazan a las bestias; para esperar la muerte han enterrado la cabeza en el suelo, sólo a veces alzan los pies cuando se pose en ellos la honda negrura del zopilote. Hay sangre en las hilachas parduscas, hay a veces un viento suave como una consolación, al respirarlo se desea vivir y se ahonda en la agonía. Ahí, esos dos bultos, están agotando su esperanza; mueve los labios, tal vez recen, tal vez recuerden su frágil condición, tal vez estén hablando con la muerte que los reanima como una caricia. Aúnan su desfallecimiento, su deseo de no sufrir, su gana de desfallecer.

⁴² *Ajironados*. Ajironar (paras. de jirón). tr. s. XVII al XX. Echar jirones a la ropa. / Hacer jirones. (EI, AM).

⁴³ *Chamagosos*. adj. Méj. Mugriento, astroso. /Mal pergeñado. / Aplicado a cosas, bajo, vulgar y deslucido. (EI, AM)

Maldicen sus heridas su ropa, su piel, su nacimiento. Ya no aman ni odian, esperan la tenaza del animal en los ojos y se aterran, tienen fuerza para mover los brazos y poner las manos en la cabeza, en el costado en el aire. Se avergüenzan de no sentir vergüenza, de no tener miedo, de no ser nada, de estar anestesiados, y de ser estúpidos inservibles, parte y centro del paisaje limpio y transparente, de horizonte a horizonte, calmosamente iluminado, vacío, casi vacío y silencioso como cuencas de ciego. Paisaje de arena gris, de arbustos y de lumbre óptima, donde, alarde de rencor, la venganza arroja aún los ímpetus de las caballerías, los gritos avizores, los quejidos, las blasfemias. De eso han quedado los dos cuerpos llagados, impotentes, como señal y reguero de noticias funestas.

Terrible es oír quien no le faltará la vida, al que rompió sus pactos con la casa frugal y, por muy hombre, se enredó en los anillos de un monstruo empavorecido por caseríos vilados⁴⁴, a quien decidió la aventura, siempre al margen del paisaje, siempre en el vértigo de banderías fatigadas, siempre en furgones de itinerarios imprecisos. —¡Nos vamos! Y las mujeres corren los visillos y buscan con ojos corredores lo que una noche antes desearon. Allá lejos, muy lejos, una culebrita de polvo, finaliza historias sepultas en el alma. La voz del que va a morir es gruesa y persuasiva, gana la voluntad y en la marea de las divagaciones, suelta sus punzantes, agresivos, cuervos melancólicos. El pueblo está vacío, sucio, agujoneado de recores que muerden la sangre de otros, de muchas generaciones. Las mujeres, sobre todo, oyen al que va a morir; su voz ronca y pastosa las soborna, les tiene despiertas, las toca con su espuma viscosa. Las que han resistido y las que fueron débiles tejen complicadas justificaciones. Sólo a las mujeres les está permitido el dolor del moribundo, sólo ellas saben cogerse de piedad y de terror por el que va a dejarlas, y lo saben y desde antes sienten el frío del abandono, el arrepentimiento, y dejan sin embargo que la tímida mano encienda la mechita de pasión. La energía furiosa del recién llegado, como aire caliente derriba puertas, muros, escondrijos seculares y se instala al borde de lechos deliciosos, igual que un espía desesperado ante enemigos invisibles. La voz del que va a morir juega a la volubilidad de resolver adivinanzas, pregunta para que se le responda algo distinto, evita hablar de lo que interesa, elude la conversación descarada, burla las convenciones del trato, y, como una nuez tierna y promisoría, como una lucecita en negrura compacta, como una gota en dunas infinitas, quiere, sólo, sólo quiere saber si alguien está con él, si lo recordarán, si su ebriedad y su gozo y su desenfreno, lo hicieron olvidar, a él, inolvidable, que esta cárcel puede abrir sus puertas y tenernos vivos y libres. Pero su ilusión desaparece porque su júbilo es por asomar la cara y respirar, aunque dentro, aunque sitiado, aunque empobrecido.

⁴⁴ *Vilados*. De vilecer (envilecer). tr. o abs. Hacer vil o despreciable algo o a alguien. (DUE, MM)

Nada impide que lleguen y toquen por la entrada especial, el ejército de ujieres, de secretarios no lo impediría, ¿cómo sabrían si no era una cita secreta? Él tendría que acceder por curioso, sujeto a indiscreciones. No es tan difícil verlo, aunque el señor que ahí apareciere, no sería el Ministro, sino un hombre deseoso de comunicaciones turbias y lisonjeras. Ninguno verá nunca al Ministro, ninguno, pero puede desencadenar su poder, eso sí, su poder que está a distancia pero perceptible, y que circula por las oficinas, que roe en peticiones y tratos y registros.

Únicamente lo que está en la forma de su fuerza lo enfrenta y lo conlleva y hasta puede oponérsele. Nosotros, traspasables al fluido que es él, no tenemos fila que lo detenga, transformador que lo dirija, acumulador que lo guarde.

La energía continúa del Estado que ahora, ese militar soporta y revela, se trasmite de individuo a individuo, por toda la extensión del país.

Esa energía que yo siento, que yo contribuyo a fortalecer, a alimentar, a condensar en una o más personas a quienes pido y espero, esa energía, debe favorecerme, debe venir a mí en la medida que no dañe, en el modo que no desfigure. Es difícil entender que por encima de este panorama de concreto y fastidio y actividad se extiende por montañas y ríos la milagrosa corriente que vivifica, distingue y aniquila. En los pueblos tranquilos, cuando la serenata, cuando el pan habitual, cuando la esperanza se angosta y se expande en los cuartos amigos, nadie imagina el vibrar de esta corriente que nos amarra con nudos obstinados. Aparentes sustracciones de lo temporal de los pueblos parecen ojos limpios, reflejantes, hondos surtidores; mana de ellos la apacible acrimonia⁴⁵, rasgueo de guitarras rencónditas en el pecho de las doncellas, en el vestigio de los abuelos secos y duros, en el nivel palpable de fantasmas convencionales.

Repicaba y abría el cielo el girasol de los rebozos, de los chales y de las mantillas distintivas y, de pronto, como si pertenecieran al mundo, como si los estuvieran acechando, como si los hubieran espantado, la lluvia de los peones y de alarmas acallaron los deseos de rezar y mudaron la paz en temblor inusitado que llenó de carreras al pueblo, de trancas que se corren, de bestias que se desparraman, de mujeres que se esconden.

Es cólera de Dios, dice la voz del sacerdote, mientras espera que las bayonetas lo sacrifiquen, pero eso no ocurrió y los cepos quedaron intactos y el cura exhibió su fuerza cuando obligó a los guerrilleros a rezar y a pedir y les ablandó el rostro y les habló de sus casas y del abandono de los hijos y conforme llegaban iban quedándose en la Iglesia hasta que estuvo llena y el Ministro ofició para esa gente de armas, una

⁴⁵ *Acrimonia*: Acritud. Cualidad de acre o agrio. Actitud acre: Me respondió con acritud (*DUE*, *MM*).

misa bizarra y estentórea. Los mismos Jefes no se atrevieron a sacar a la tropa de la Iglesia. Esperaron que todo terminara y el pueblo, por esa vez quedó intacto y agradecido. Pero cayó la tarde y el alcohol templó la sangre y la sangre animó las gargantas y las gargantas los dedos y los dedos los instrumentos y la música los pies y empezó el baile, llano, bueno, amistoso y comenzaron a salir las mejores hijas de los mejores dueños y fueron descorchando más botellas y fue encendiéndose el pulso de los hombres y siguió la risa y la proposición y la caricia soslayada y después el gañán que defiende sus promesas, el lance que no resulta, el insulto premioso, y detrás, impulsivo el fulgor de la daga y el fuste del disparo, y luego el instante, encadenó la tempestad de balas, y el luto y el silencio de los grillos y el coro de los sapos. También hubo iglesias saqueadas e imágenes esparcidas, despojos en lugares tortuosos, donde música mágica y risas sucias borbotaron impiedades. Dijo el cacique que colgaran a los niños si los hombres se negaban a defenderlo. A cada uno se le dio un rifle y se le puso delante y en medio de enfurecida tropa. Los niños, cada uno en espera de la horca, ahí de pie, sobre cajas y burros y sillas, luego entretanto, multitud de mujeres dominadas por perspicaces ametralladoras.

Los tambores silenciaron los disparos y los gritos de las mujeres acallaron la lucha. Conforme avanzaba la tropa, brumosos capitanes azuzaban y les pedían que tiraran más rápido. Cuando el enemigo venció irremisiblemente, entonces la defensa ordenó el sacrificio de los niños. Impetuoso se desprendió el alud de mujeres y las ametralladoras no las contuvieron y los soldados tuvieron que volver las bayonetas contra ellas y los del pueblo trataron de rescatarlas y después... Los cadáveres mutilados como los gajos de una rama inconstante quedaron midiendo la velocidad del viento.

¡Sólo el arrebató y la sangre y la cólera y la desesperación y el llanto son las aventuras que da este país?, ¿los campos del maíz y la alborada del trigo de los montes de alfalfa?, ¿no hay aquí más que gente violenta?, ¿nadie está ligado a la naturaleza? ¿Entre las personas y el campo, qué recorre la distancia infinita? La continuidad de la esperanza y del trabajo expone los nudos donde la savia permanente parece decidida a tomar otro rumbo. Son las figuraciones de ira que nos sobrecogen y dan tono a los ruidos proféticos.

Las vicisitudes por pingues o adversos negocios, las relaciones habituales y mansas, la cólera rutinaria, las tribulaciones de cada día, los gozos acostumbrados y que por derecho advienen, el contento de la vida tranquila, todo eso también existe y también entibia el deseo de vivir, pero sus recortados límites separan las casas, cierran la puerta, obscurecen la ventana, y el río que es un país queda represado en multitud de charcas inconexas. Se agota en lodo y polvo hasta que la corriente junta de nuevo en el horizonte de todo, en historias comunes, en sufrimientos semejantes, en esfuerzos compartidos. El

término[TACH..]
[SOBRESCR..]

amor calmado o violento en las esquinas de los pueblos, los celos, la instancia, el temblor de una mano crispada en la reja, no duran, no vivifican, no traspasan la historia de un hombre, para volverse levadura en la sangre de todos, en unión con el desconocido, con el ignorado, con el recién vivo. Así de esta manera, el corazón viaja hasta paralelos difíciles, hasta honduras sin término. Cuántos hilos resultan de esa historia grande que nos lanza uno al otro sin remedio, en prácticas repentinas, en acontecimientos donde nada es minúsculo y todo es necesario, afluyente de misteriosas construcciones. Y a tres pasos estoy de la sala del Ministro, nada me liga a él, señor con su esposa e hijos, pero en cambio, cuánto tenemos en común, idéntica atmósfera nos hace simplemente conocidos, dialogantes. Hemos vivido juntos mucho tiempo, sabemos las mismas historias, consumimos el mismo caudal y martillamos en futuro semejante. Él me conoce, ahora se que me conoce y que su invisible condición es como debe ser. Él es un agujero por donde gritar, una caja de resonancias, un tambor que convoca, una memoria indeleble, un pensamiento de recuerdo y de proyecciones.

El Ministro, hoy lo he visto y sé que existe, y sé que los demás, como quieren, no podrán verlo, porque no traspasan el umbral casero de sus preocupaciones, y él, así, no se mostrará, él estará presente cuando deseen que no haya historia propia, él es también un instrumento para emitir corriente...

—Mónica... la estuve buscando... pero... ¡qué le pasa! ¿por qué llora?

Mónica no supo contestar y para romper el hechizo que la entretenía, cayó en llanto sobre las solapas del abogado que había ido a llamarla.

- ¡Qué fastidio ir a Chapultepec!, ¿quién lo propuso?
—Fue sor Imelda, tiene ganas de conocer el zoológico.
—Vamos, por complacer a la monjita.

Mónica hubiera preferido quedar en el barandal en espera de otras revelaciones, pero se conmovió porque la hermana quisiera ir al bosque. Echó a caminar a la vera del licenciado hasta donde se entumían el conserje, las monjas y las tejedoras.

Don Andrés declaró que anduvo perdido en el edificio; que le parecía velar a un amigo difunto y a propósito lanzó un hallazgo de observaciones: “como si estuviera en una de esas capillas modernas en donde hay que exigir juramento para saber si deudos y fallecidos son los que uno busca, pues aparecen iguales los de nuestro dolor y los de otros”. Calló al advertir que Mónica ni siquiera sonreía.

Las Sámano trabajan laboriosas pero la postura es insostenible; con el estambre al viento se afloja el tejido, y, tienen que desbaratar una y otra vez lo empezado. Resulta inútil que la madre Teresa y sor Imelda protejan la espalda de Concha. Después de luchar contra el viento, Laura decide pasear mientras teje. Las hermanas la siguen, —bolas de sumisa fibrilla en incansable jubileo—.

Por fin sor Imelda pregunta:

- ¿Siempre vamos a Chapultepec?

Concha refuerza la proposición, cansada del devaneo de sus compañeros.

- Sí, vamos, nos caerá bien el oxígeno.

El conserje prefirió no ser nadie en el campo, que basura burocrática en el corredor. Manso, como un borujo⁴⁶ de papel, optó por donde el

⁴⁶ Borujo. (Del lat. vg. *volúclum*, clás. *involúcrum*, envoltorio; v. <volver>.) (DUE, MM).

viento soplara, y condescendió de mala gana.

—Por lo que más quiera don Chepe —era Laura la que le hablaba—, pasemos por los compañeros y en diez minutos llegamos al parque. Estoy helada, no puedo más. Si seguimos aquí acabaré por caer enferma.

Don Chepe condescendió de mala gana.

El grupo se repartió en el coupé del licenciado Morales y en un taxi que apareció milagrosamente por la avenida. Contreras de mal humor prefirió irse en camión y esperarlos en la rotonda.

Chapultepec reluce como una esmeralda en el sexo de una mendiga, al menos Mónica, todavía somnolienta, dejó intacta su imagen obscena: La ciudad abrumada perezosamente reúne sus músculos después de incómodo, continuado esfuerzo.

Un solecito tímido se paraba en los árboles y su calor no detenía la humedad que desde el pasto se elevaba por los troncos con rapidez de insecto. No había lugar en seco donde sentarse. Ello sirvió para que los excursionistas emprendieran una caminata forzada y falsamente divertida. Mónica así lo sintió y elaboraba planes con objeto de reanudar sus pensamientos.

El baño de Moctezuma no le dijo nada; el foso de piedra quedó mudo y las doncellas con los linos pluviales y canciones melancólicas y los criados con bandejas de frutas y licores salvajes y los coros con flautas y atabales y los cortesanos con mujeriles remilgos no aparecieron; el aroma estaba ahí, pero no la esencia; las flores significaban un recoldo casi frío y exhibían que no eran del bosque sino que advenedizas, coloreaban el espíritu de un remoto, agotado, fillón humano. Mónica entristecida no consiguió imaginar a los sobrevivientes; lo intentó, deseó ser uno de ellos y no pudo. Ulises* no fue más él cuando regresó de Ítaca, él fue más él, en la memoria olfativa del perro malicioso.

El entusiasmo de sor Imelda ponía alas a su esclavina: en sus mejillas lustrosas el gusto se hacía visible. Era tal su alborozo que la madre Teresa se vio obligada a amonestarla.

—Tenga prudencia hermana, usted es muy dada a la frivolidad.

—¡Qué maravillosos árboles! —Abrió los brazos simulando volar, respiró a todo pulmón.— ¡Esto es vivir!

—Nada valen las cosas de la tierra...

La monja incontenible arrastraba a Contreras.

—La entrada principal debe ser ésta. ¡Venga, señor Contreras, apúrese!

.....
* Ulises: Es el nombre latino del griego Odiseo que, al parecer significa <<el que ha sufrido el rencor de los dioses>> o <<el rencoroso>>. Es tal vez la figura de más vasta proyección del mundo griego y, sin duda, la más célebre. Homero lo inmortalizó literariamente en *La Iliada* e hizo de él un héroe central de *La Odisea*. (Bartra, 1982:193).

—Tiene que contener su vehemencia, Sor—murmuró consternada la reverenda.

—¡Qué ganas de remar! ¡Mire las canoas!

—Nuestro corazón pertenece al señor y nada que no sea su amor debe interesarnos.

—Madre, las fieras son criaturas de Dios y yo no las he visto nunca.

—Su exageración... hermana, su alegría... —Con dificultad logró la reverenda emparejar su paso al de sor Imelda.

—Él no quiere que seamos tristes.

—Desde luego, la tristeza es pecado, pero debemos tener presentes los peligros que nos ofrece esta aventura mundana. Llevamos demasiado tiempo sin tomar parte en los ejercicios diarios del convento y el demonio acecha los días de libertad que disfrutamos. Recemos una estación hermana.

Sor Imelda oraba, mientras los changos, frente a su asombro, lucían sus impúdicos traseros betabel. Las monjas se alejaron rápidamente y terminaron la oración, junto a la jaula de las avestruces.

Por dejar a sus compañeros, Mónica, con cualquier pretexto se detenía o adelantaba. Miraba absorta en el piso, las figuras dibujadas por el agua, o se entretenía en sortear los charcos, con pasos menudos y rígidos. Los demás reían cuando alguno chapoteaba o rengueaba en los bordes de lodo. También se ayudaban a transitar con los finos bastones de la cortesía, al extremo de que, la reverenda Teresa, sin reparo, sostuvo el peso de su gracia recargada en el hombro de Contreras.

El interés teórico por aclarar si las jaulas son islas de libertad y los barrotes la frontera con la zona funesta; si los libres son los animales y los hombres los presos, si los irracionales nos ven y se entretienen cuando nosotros creemos que ocurre lo contrario, crecía el aburrimiento de todos. Después hubo que pasar al amplio tema de los animales en libertad, sus costumbres, sus cualidades, su sentido; para casi terminar con las comparaciones. Mónica no se sustrajo a este capítulo y a sabiendas de su cursilería, imaginó a las fieras por las calzadas, entretenidas en observar a los hombres enjaulados. Hasta creyó y se entusiasmó por su idea, como cualquier lógico que cree haber superado el récord de las sesenta y cuatro formas silogísticas...

La mirada de Mónica se desvió hacia la arboleda empinada y boscosa. Las fieras se paseaban por la calzada. Las focas con cara de paisanos rieron de alguna palabra soez acerca de su persona.

No le sorprendió ver pelícanos trepados en el cuello de una estatua; tenía el rostro de las vecinas que la espiaban en las tardes, juntitas en el balcón de la calle de Varsovia. Igual que siempre escondían el pico entre las alas circunspectas.

Las rejas estaban invertidas. En las jaulas había gente, gente de todas partes: payos y turistas, en la isla de los monos; algunos chapoteaban en el pantano concebido para el rinoceronte. Había personas en galerías solitarias repegadas con temor a los barrotes y seres temblorosos guarecidos en el fondo de las cuevas.

Las Sámamo agarradas a una estaca, se parecían demasiado a los canguros; de las flácidas bolsas sacaban golosinas. Contreras no podía ser otro que aquel oso barrigudo echado sobre el piso. En el aro de los guacamayos, Marco Antonio Morales se arrancaba las plumas. Inconfundibles las monjas, entre las codornices y, desde la rama más alta, el conserje dejaba ver un ojo fijo y redondo. En alguna parte estarían Pablo y Raúl. A Mónica le impresionó una salamandra con el rostro del hacedor de barcos. De don Andrés sólo distinguió las pezuñas. Ella no podía verse, nada había que reflejara su imagen; únicamente percibió la pesantez de sus miembros y las repugnantes escamas de sus dedos. Al tropezar con una flor, saltó un escarabajo que le hizo recordar a Mabel.

Falso y forzado resultó el ejercicio de inteligencia para demostrar la perspicacia que nos distingue las fieras. Cada paseante espetó una máxima imbécil o una comparación infortunada. Era obvio que los elefantes les pareciesen los tambores jactanciosos de un desfile, que los camellos repitieran la imagen de Alarcón, que los búfalos compitieran con la utilería monótona de Walt Disney, que los pingüinos se alzaran como advenedizos en fiestas informales, y otras muestras rebuscadas de miseria imaginativa.

—Las panteras tienen los ojos de Mónica.

Mónica rió:

—Lo que tienen de mí es la inconformidad. Miren que desesperante ir y venir.

—Usted tiene muchas cosas para ser feliz, señorita —dijo don Andrés con intención.

—Sí, ya me lo han dicho. Este tigre de Bengala también las tiene, pero... no desea estar aquí.

Sor Imelda llegó al colmo de la malicia cuando estuvieron junto a la caja donde la muchedumbre se estrujaba para ver al cachorro de tigre amamantado por una perra y donde el hacedor de barcos arremetió contra la maternidad y sus adherencias: “Si van así las cosas este tigrillo fundará otra Roma”.

dundará / fundará

—Sabe, —dijo la monja— yo era novicia cuando llegué a México. Sin permiso fui al Chopo —Aquí se ruborizó—. No. No puedo decir lo que vi. —La empolvada galería adherida a su imaginación la mortificaba; pero a la hora de meditar y por más propósitos de concentración religiosa, aparecían pájaros terrosos

obra / hora

con hedor a momia y a reptil semejante al olor de las sábanas del orfanatorio. Los episodios de la Pasión eran interrumpidos por hileras de monstruos: ascendían chivitos de dos cabezas y venados con cuernos en la espalda y borregos sin orejas y pescados con la forma del diablo por el Monte Calvario...— Vi un niño palidísimo hijo de marrano conservado en un frasco. ¡Dios!, ¿por qué no podré olvidarme de esto?, después de todo ya había hecho demasiada penitencia por esa falta... Por conocer el bosque, la madre Teresa será la única responsable.

La confesión de desobediencia la entristeció y ya no pudo levantar los ojos ni dirigirlos a nadie y, le suplicó a la madre Teresa que regresaran al convento.

Era imposible sobreponerse a la necesidad de estar juntos. ¿Por qué si tanto fastidio les quemaba las energías, no se separaban? Tal vez la misma abulia les retenía, pero era el caso que algo como ternura daba el grito de alerta cada vez que alguno descarriaba. Mónica sentía nostalgia de sus fantasmas y la mortificaba la resequeza de visiones impotentes. Apenas la red de conexiones soltaba su semilla en campo fértil, sobrevenía la escasez devastadora y escamoteaba los frutos prometidos. Creyó que su fusión con la naturaleza la correspondería espléndidamente; pero ahí está el verde mudo, el cielo desierto, las construcciones inútiles. Se esmeró en relacionar la impávida naturaleza con el mundo, sin conseguirlo, sin que ningún matiz añadiera algo a los lugares comunes, reiterados. Su deseo por estar preocupada en el nudo mismo de su disipación, en un objeto, en una materia, en un recuerdo. Mónica se aburría y no disfrutaba su aburrimiento; vagaba entre ideas y sensaciones cada vez más imprecisas y fugaces, que impedían la debida concentración y aplomo. Le molestaba la ropa, le molestaba que las gotas de lluvia pusieran sus yemas frías en el cuello y sobre todo en la cara y le desprendieran el maquillaje. La resolana le exigía gesticular hasta el adolorimiento y el caminar, porque no había donde detenerse, y la humedad en los pies y el barro adherido a los zapatos y el peso de la bolsa, y esta desgana, este fallecimiento, este grito enquistado como una ala en la trampa, todo ello, la inclinaba desfavorablemente a la desesperación.

El azúcar del castillo que Mónica había supuesto providente, no le trajo un solo pensamiento, ni siquiera porque su familia guardaba el tesoro de una visita de la Emperatriz, obligaba al corazón a romper su cárcel; quería saber más sensitivo el cuerpo, deseaba vertiginosas imágenes. Sólo el bosque, los paseantes, vendedores y sus compañeros, sólo eso, claro y diáfano destacaba de un fondo reseco. La exterioridad cayó como la piedra en el tejado y su ruido la sobresaltó y la condujo a buscar el calor de la compañía.

—¿Sabe usted que me pasa...?

—Que ya no soporta la tontería de este paseo.

—Es otra cosa. Me sentí sola.

—¿Y?

—Entiéndame, me sentí sola, por fuera. Sentí que salía de mí, que iba al encuentro de las cosas y las vi como son, pero no regresé adentro de mí, quedé ahí afuera, sabe, como ante un cuadro; aunque no..., no como un cuadro... más bien, sentí la incomunicación de ahí afuera. No le puedo explicar; lo vi a usted, y era un extraño, más bien yo una extraña para usted, ¿comprende...?, sí; porque yo hubiera deseado hablarle y usted quedó junto a mí sin conocerme, sólo porque se movía no estaba pintado. Así vi todo..., y había tanta indiferencia, tal frialdad, que sentí mucho miedo... Creo licenciado haber bajado al infierno. ¡Estoy muy mal!

—¿Quiere usted que nos sentemos?

—Va a decir que estoy loca..., yo sentí eso licenciado..., déjeme explicarle. Cada uno llevamos una cobertura de hielo. Nos veíamos pero no había comunicación, eramos sólo figuras soltadas al azar, ¿entiende?, como esos muñequitos de cuerda, muchos, en una decoración igualmente de juguetería. Qué terror sentí por si alguien nos pisara, o con su mano grande hiciera un manojito con nosotros y nos arrojara lejos. Licenciado, qué indefensos somos, qué poquita cosa, Licenciado, va a decir usted que estoy loca.

Parecían la estampa de la consternación. Ella tan temblorosa y preocupada y él tratando de calmarla sin entenderle.

—Ve usted. Sentí que pisaba un suelo blando, pantanoso, irreal. Así he venido desde que comenzó ésto. Licenciado ¿usted es muy desdichado?

El hombre no contestó, agazapó los ojos detrás de los lentes y hundió la cabeza en el saco.

—Contésteme, me urge que me conteste.

—Por favor, Mónica... bueno... es relativo. Desde qué punto de vista... porque...

—No diga nada. Perdóneme.

Callados, sin tocarse, como dos adversarios trataron de alcanzar a los otros.

La escena vergonzosa, tuvo término cuando los enteraron de que el hacedor de barcos había reñido con el gordo Contreras. Sucedió que delante de un reno gritó: ¡miren al cornudo! y agregó: —Cómo si fuera difícil, los cuernos nunca faltan. ¿Quién ha de creer que el cachorro no es hijo de la perra?

Maldita la gracia que le hizo a Ramiro el comentario. Demudado le reprochó:

- Lo que dice no se habla frente a damas respetables.
- No es ningún secreto... En las mejores familias suele colarse un tigrillo, ja, ja...
- Usted trata de burlarse de alguien.
- ¿Qué le pica?
- Boquiflojo.
- Pero, amigo...
- A mí no me ofende ningún majadero.
- Usted está chalado.
- Ándese con tiento, jovencito.
- No sé que le sucede, ni por qué se pone el saco.

Contreras lo miró con odio, parecía que iba a caer víctima de un ataque de apoplejía, le temblaban las manos. Estaba trastornado. La doble papada no encontraba reposo.

Para cerrar su inesperado acceso de cólera, plantó al grupo sin atender a las palabras conciliadoras del conserje y se internó en la calzada. Los ojos de todos siguieron su corpulenta figura, temiendo que se desplomara. Su fuga sembró el desconcierto.

- ¡Dios bendito!
- Se lo dije, hermana. El paseo no era conveniente.

La disipación no es parte de nuestra regla. Sólo Dios sabe por qué amarguras atraviesa ese pobre cristiano.

Oportunamente gruesas gotas de lluvia los obligaron a volver a sus hogares.

[M. G. DER. Visita a Raúl] **Visita a Raúl**

Hubiera sido insoportable pasar la mañana en los corredores muertos, expuestos al frío y a la lluvia de ese miércoles. Por eso cuando don José Valverde avisó que Pablo invitaba al grupo a casa de Raúl y después a almorzar, todos se alegraron. No todos, en verdad nada más las señoritas Sámano, puesto que ellas eran las primeras a quienes habían ido a recoger.

Pablo y don Chepe se encontraron cuando aquel se estacionaba frente a la casa de Raúl. Fue Pablo quien llamó al viejo para proponerle la reunión, tal vez con ello intentaba justificar sus persistentes negativas a los convites del grupo. Concha y Laura tuvieron gran sorpresa y más porque creían que la visita era para informarse respecto del tejido que habían descuidado, pues el ajetreo del día las obligaba a trabajar durante las noches y el sueño las impulsaba a doblar la tarea para el día siguiente. Al convencerse de que no iban a inspeccionarlas, dejaron que el entusiasmo les moviera la cara, manos y piernas.

Pasaron por Mónica. La encontraron en la calle, iba ya rumbo a la antesala. Le sorprendió que la buscaran, pero recibió indiferente la idea del almuerzo. Se acomodó junto a Pablo, friccionó sus manos desenguantadas y cayó en la inconveniencia de repetir saludos, besos, preguntas y respuestas socialmente convenientes e idiotas.

Llegaron a la casa del Licenciado Morales. Don José diligente fue a llamarlo. Asomó por el balcón mujer sucia y desgreñada que de mala gana ofreció pasar por el recado sin simular la desconfianza por el grupo, pues se advertía cómo aventaba los ojos hacia adentro del coche.

Contreras iba muy incómodo. Aborrecía intimar con extraños, sobre todo con "catrines"; aunque temía más el vértigo de quedarse solo. Con remilgos subió al automóvil y soportó entre jadeos que las señoritas se apartaran como una reprobación a su grasa y desordenada persona.

Raúl los recibió en la estancia encristalada vestido igual que un

maniquí: bata de cachemira y mascada al cuello. “No sabía que vendrían”. Lo dijo como para disculparse del desdén que le alargaba la punta de los dedos cuando los recién llegados le oprimían la mano y le decían cumplidos burbujeantes.

La llama fría del criado sirvió con desprecio notorio bebidas y bocadillos, atento sólo a las displicencias de Raúl, su amo, que ponían en peligro la cordialidad supuesta y tonificante.

En verdad superaba la animadversión del huésped el hallarse en casa rica, el pisar en alfombras, el sentarse en muelles espumas, el calentarse artificialmente, el sorber licores a voluntad, exquisitos; el sentir la alegría nerviosa de estar en otro mundo que el propio suyo, desmantelado y lamparoso.

Concha alardeó su confianza y pidió el teléfono para invitar a las monjas. La superiora fingió no entender y advirtió que las hermanas serían visibles al término de vacaciones; y para suavizar el rechazo contó que sor Imelda hablaba dormida y padecía fiebres nocturnas.

Raúl aferrado en no participar, colgó sus oídos en la ceremoniosa música de Bach que trataba de imponer subiendo cada vez más el volumen. Pablo en cambio elogiaba a su amigo y lo intimaba a contar finales de anécdotas regocijantes. “¿Sucedió en Inglaterra, verdad?” “Tú ya conocías Roma” “En Egipto las señoras...” Raúl desentendido se olvidaba de su educación inglesa, de sus 37 años, de que conoció a Pablo en un banquete del Country Club, de que juntos viajaron por el mundo. De que ahora Pablo suavizaba su aspereza y hablaba de él con entusiasmo.

El repiqueteo del teléfono sacó a Raúl de su distracción y displicente ordenó al criado que le trajera el aparato. 12-30-20, dijo, y cuando le contestaron se levantó y fue a la pieza contigua.

—No es posible... No sea alarmista. Piénselo bien.

—¡Pablo, ven!

Mónica oía con sorpresa la brusquedad de la conversación.

—El Ministro no tiene nada que ver. Al contrario, nosotros hemos tratado de hablarle.

Momentáneo silencio.

—Bueno, bueno, diga: ¿está hablando por el teléfono directo?

Una tregua.

—¡Ah, qué tal, es usted, abogado?

—...

—De acuerdo. Lo prefiero. Esta tarde a las cuatro en punto.

—...

—Perfecto.

—...

—Sí, comprendo. Hasta luego.

—El golpe del audífono sobresaltó a Mónica.

Pablo hasta entonces preguntó a su amigo.

—¿Qué sucede?
 —La Catástrofe. Se rajaron. ¿Hasta que hora se largan tus invitados?
 —Espérate, no seas grosero.
 —Sólo a ti se te ocurre pastorear a esa tropa de imbéciles.
 —¡Hombre! No imaginé que hoy hablarían.
 —Tienes cosas de loco.
 —Bueno, ¿qué te dijeron? Sabía que no saldría bien.
 —No es hora de lamentarse.
 —Te advertí...
 —Deja el sermón para otro día ¿quieres? y no dramatices.
 —No sé, tal vez, ojalá. Se necesita estar ciego. Hay mucha gente que no podrán hundir.

Uno de los dos cerró la puerta.

No se advertía una sola juntura en aquella madera que aparecía pulida, tersa, lisa por la cual jamás saldrían los dos amigos.

A Mónica le pareció eterno el tiempo que permanecieron tras la muralla. Al salir, sus rostros no revelaban nada. Pablo, si acaso, tenía más descoloridos los labios. Raúl, impenetrable puso otro disco.

hombre / hombres Con curiosidad morbosa Mónica los contempló inquisitiva, deseando descubrir el secreto de esos hombres, pero volviendo sobre sí misma, como siempre, calculó que por más mal que les fuese, no estarían tan descontentos de la vida, ya que podían jugarse al azar su aventura. Se encogió de hombros, los olvidó y procuró divertirse. Casi lo estaba consiguiendo, cuando Ramiro rompió en sollozos y sin venir a cuento exclamó:

—¡No soy ningún cornudo, no!

Desde su corpulencia, su cara fofa, desparramada sobre los almohadones, clausuró por un momento las burlas incipientes y la atención de todos recayó sobre el desastre de aquella humanidad, que oponía a sus fracasos la cólera de sus palabras y el rechazo sistemático de toda la concordia.

—No soy cornudo —repitió, con la insistencia de los borrachos.

egoísta / egoísta —No lo soy. Pero mi mujer fue la de la idea. Se aburría sola. Yo le dije que las jovencitas son muy ruidosas. Doloritas me acusó de egoísta ¿A mí qué me importaba que fuera su sobrina? No era conveniente traer a nadie a casa. Yo presentía que no iba a resultar. Ella tuvo la culpa. La verdad es que nunca la contradije en nada. Me casé por casarme con Doloritas Cuervo, de los Cuervo y Montes de la refinería... Desde señorita era almidonada y regañona, pero nuestro matrimonio ya pasaba de quince años.

Dolorita / Doloritas

—Ya se emborrachó. ¡Vámonos! —dijo don José.

—¿Lo engañó Doloritas?

—No, ella no, es muy católica, es fea, es fiel...

—Las jovencitas son muy ruidosas, se lo dije, se lo dije. La criatura acababa de cumplir los veinte, tenía un carácter efervescente. ¡Maldita sea!

—¿Cuál de las dos?

—El jardinero, los acólitos, todos los pantalones de la privada de enfrente. Acabó por encandilarme a mí también. No había manera de controlarla, como no se controla a un terremoto. —Se sonó ruidosamente y se limpió los lagrimones.

—Explíquese, la verdad es que no lo entendemos.

—Ni yo. Mi señora se afligía. Pero ¿cómo resistir tanta juventud?

—¡Dios santo! ¿Usted con su sobrina?

—Sobrina de ella. A mí no me gusta mi familia. Estaba hecha de alegría. Tiene el cuello blanco, blanco y tan suave, la verdad ¡qué comparación con Doloritas! ¡Pss.. Ni remedio! De la noche a la mañana mi hogar se convirtió en una tómbola. No supe ni a qué horas. Mi mujer era puras lágrimas y la sobrina Irene, canta que canta... Me abrazaba fuerte y me decía: “Gordo, si quieres descansar del velorio, anímate a pasar un rato, para que sepas lo que es vivir con un pájaro en lugar de con un zopilote”.

A pesar del patetismo de la confesión, un pudor disimulado en el alma de cada uno, los hizo avergonzarse de su mofa y violar el secreto de aquel hombre, a quien un trago de alcohol despojó de su prestancia y mostró amilanado y miserable.

Sacó su pañuelo empapado, buscándole esquina limpia.

—¿Y luego?

—Pues nada, a ella le entregué mis ahorros, hechos con puras privaciones. No me daba abasto para cumplirle los antojos.

—No, no salió. Doloritas regresó a Puebla a la casa de sus padres, con un baúl lleno de quejas y la endemoniada de su sobrina se quedó muy campante, dizque a vivir conmigo... Pero fue para hacerme la vida flecos. —Se limpió el sudor.— ¡Ah, pero no soy un cornudo!

—Claro que no, su esposa es decente.

—Bien tarde adiviné lo que quería. Al principio no lograba entender sus designios, porque era dulce, era cariñosa, me hacía olvidarme de todo.

Tenía tanta gracia la facha de Contreras y era tan inesperada su transformación y tan inoportuna su confidencia, que sin dejar de compadecer la pena, lo encontraban risible.

—La felicidad dura muy poco, muy poco. Irene desaparecía cuando le daba la gana. Frecuentemente faltaba de noche. Si yo inquiría la causa, la muy fresca contestaba que no tenía ningún derecho a explicaciones puesto que no era su marido. Y si le ofrecía divorciarme, reía como si le hicieran cosquillas: “Qué

cosas se te ocurren, gordito". Pero ni remotamente pensaba en irse de casa.

—¿Todavía sigue allí la descarada?

—Sí y no.

Su vitalidad animal agudizaba la tristeza de sus conflictos. Se levantó y, sin más, bebió las copas de las señoritas Sámano.

—Después de todo, no le dé tanta importancia. Total, fue una canita al aire. Reconcíliese con su mujer y listo.

—El desastre no tiene remedio. Doloritas tan orgullosa ni perdona ni oye promesas.

—Como buena poblana...

A Contreras en su borrachera le dio por interesar a Mónica en su desventura, aunque sabía que ella lo había declarado inexistente.

Publicó sus tribulaciones entre hipos y coronó el relato con una confusa declaración amorosa que hizo a Laura Sámano a la que a veces nombraba "Irene".

—Soy nada, soy nada —decía sollozando—. Sólo tú eres mi reina, creatura inalcanzable, Irene mía. Te veo a través de niebla y a veces me sorprende encontrarte en una calle vulgar, con zapatos y bolsa... ¡Ay, Laura! —Y lloraba lágrimas grandotas.

—Laura moría de miedo.

Enseguida insultó a Concha llamándola traidora y luego remató con Mónica a quien rogaba que no fuese a Puebla. Ante tan burdas peripecias, ninguno pudo evitar las carcajadas; hasta el pulcro Raúl perdió su reserva y ahogado de risa ocultó el rostro en su mascada.

Pablo compadecido le ofreció una taza de café negro. A los veinte minutos el gordo estaba tan quieto que daba lástima. Una vergüenza humilde lo descalificaba, lo hacía mantener los párpados vencidos, como si de pronto hubiera desaparecido su potencia y fuera sólo kilos de materia.

El grupo lo miraba curiosamente. ¿Con que este era Ramiro el vitriólico, el audaz, el que se ensañaba con las ideas y con los mansos. Ante la sobrina derretía su furia; no era capaz de exhibirse en un parque sin temblar, ni de tomar copas con los amigos, por miedo a aquella golfa que sí sabía pedirle cuentas. Sometido a su tiranía, era propiedad de... porque no podía ser propietario de nadie. No, no tenía voluntad. Maldecir a una monja o despreciar a una mujer que no le interesara, era su desquite.

Mónica se apiadó de él. Ramiro Contreras sería siempre así: cursi, ordinario y mezquino. Seguía apegado a su mujer, aun sin amarla. Terrible cosa es la costumbre, ¡Lo más fuerte de la vida!, lo único poderoso! Y al mismo tiempo, una pasión vulgar lo convirtió de coloso a enano. Nunca sospechó que de tan pobre metal tuviera el alma.

golpa / golfa

—¿Qué desearán del Ministro? —interrogó don Andrés, refiriéndose a Pablo y a Raúl que conversaban apartados en el umbral de la oficina.

—Se nota que no han trabajado nunca —comentó el gordo con rencor.

—Bueno, ninguno de los que hacemos antesala trabajamos. Ver a un Ministro resulta costoso. Bien que para esos catrines no será sacrificio. Tampoco entiendo la afabilidad con que nos recibió la mamá de Pablo, tan encopetada. No olvidó ni una sola fineza. [TACH.. me explico] [SOBRESER.. entiendo] la

—Yo desconfió de esa clase de atenciones. Su etiqueta rebuscada nos puso incómodos, nos metió en una atmósfera tiesa.

—El servicio no pudo ser más suntuoso ni más auténtica la excelencia de las viandas.

—Las elegancias no me interesan. Uno se acostumbra a las cosas, y lujosas o baratas, igualmente acaban por carecer de importancia. Los ricos son tan desdichados como cualquiera de nosotros. Además ni ellos ni nadie conoce su destino.

—A mí me intriga el problema de éstos. La señora dijo que Pablo se encerraba en su biblioteca como en una isla y sólo toleraba las visitas de Raúl. ¿Notó la violencia con que él soporta la preocupación de la mamá?

En señal de desprecio, Contreras levantó los hombros.

—Cuando la señora dijo que el Ministro frecuentaba la casa, don Chepe no creyó que el mandatario aceptara invitaciones, hasta usted se quedó con la boca abierta colmada de pastel de hojaldre, desde los dientes a la garganta, como bodega de acaparador, ja, ja...

—¿Cómo no voy a sorprenderme? Si el tal Pablo puede ver al Ministro cuando se le antoje y su madre invita al Cuerpo

Diplomático, a todo el Gabinete y al mismísimo señor Presidente, ¿qué hace él aquí?, ¿quiere usted explicarme? ¿Y el Raúl?
 —¡Otro vago, y de seguro libertino! Ricachones que nomás vienen a quitarle el tiempo al Ministro y a retardarnos la entrevista.
 —En lo que me fijé fue en que Mónica nos abandonó. Prefirió disfrutar la compañía del dueño, deslumbrada por la mansión...
 —Así son las mujeres... Sí, se quedó con él en la biblioteca.

[TACH.. c] [SOBRESCR..

s]disipó

La euforia que les había causado la invitación se disipó; cada cual sentía haberse metido donde no tenía que hacer, y esta impresión no la suavizaba ni el trato exquisito de la madre de Pablo, ni el lujo de la casa. Cada palabra, cada lugar común los desnudaba en su vulgaridad y los enfrentaba a la vergüenza de la crítica de ellos mismos. Casi era de mecate el traje pardo de Contreras, casi de jerga la muselina de Conchita, casi de yute el casimir de don Andrés, casi de espinas la seda floreada de Mónica. Eran impropios como sus ropas, sus modales, sus palabras, sus pensamientos. La prestancia de la sala denunciaba la indigencia de los intrusos. Alguien tuvo la impresión de estar ahí como curiosidad en exhibición, sintió una etiqueta sobre los zapatos deslavados: "Pobre, ejemplar encontrado en...", no siguió leyendo y trató con el pie de empujar el letrero humillante. La sala relucía más con la pringue de los circunstantes, hasta el punto de arrojarlos e impedir que fuesen localizados.

[E. L. Aparece signo de separación de párrafo]Mónica

Mónica distraía otros pensamientos observando un colmillo labrado con carritos, dragones, lotos, venas, estrías, "¿por qué no le dejaron un pedacito terso?" Habría bastado un pájaro, una flor, una gota de rocío; si, llanuras sin árboles, a lo más una sola figura, una loma en el desierto.

En la biblioteca presidían los ojos líquidos de don Pablo Galarza, difunto, engolfado en un marco de oro. Un halo luctuoso impidió a los visitantes hacer comentarios de los emplomados venidos de Francia, de los herrajes italianos, de los grabados ingleses, de la profusión de objetos que exaltaban la geografía suntuaria. A veinte años de su fallecimiento, aún tenía fuerza, la mirada dura y pertinaz y quien la enfrentaba rendía sus máscaras y quedaba indefenso. La mirada salía de una cara angulosa, cuadrada en el mentón, de alta y abultada frente, de pómulos discretos, nariz feudal y labios amorosos. De este temple era Pablo, menos en los ojos verdes y profundos como los de la madre.

La invisible presencia se desprendía de los anaqueles, del señorial asiento magullado por su huella, del Crucifijo de marfil suspendido en el tiempo. Brotaba del forro de cuero intacto que cubría el cartapacio⁴⁷ con las últimas epístolas del muerto. Surgía del secante verdoso que conservaba la firma del ausente. ¿En qué rincón sus pisadas? ¿En dónde su postrer pensamiento? La eternidad, el amor, el grito ¿dónde? Sólo el retrato para medir la lejanía.

.....
⁴⁷ *Cartapacio*: Cuaderno de notas. Carpeta con papeles, libros, etcétera, dentro (*DUE*, MM).

Evocarle, era captar la ruptura de un tiempo impecable, manifiesto aún en la cabellera fragante de la viuda, y perdido en sus manos enjoradas.

—Usted fue una belleza.

—¡Qué hermosa debe haber sido!

—¡Qué bonita fue!

La mujer no es como el Cid, que vive de sus glorias. Necesita la diaria pleitesía, el reconocimiento fructificante, el aroma inactual de las palabras, todas para la eternidad.

A don Andrés le hubiera gustado tener la prestancia del caballero con su banal burguesía.

[TACH.. b] [SOBRESCR..
v] banal

Contrastando, Marco Antonio Morales llegó a la antesala abriéndose paso entre respiraciones y alegatos de la multitud de adolescentes que reclamaban al Ministro. El botón desprendido de su camisa y las solapas ajadas eran la patente de su esfuerzo. Naufragó en Pablo y le espetó con el surtidor de una ballena.

—¿Veremos al Ministro?

—¡No! —Pablo insistió en desasir los dedos que le apretaban las muñecas.

—¿Ni aun usted?

—Licenciado, sea razonable.

Más sereno, Marco Antonio le pidió que no se disgustara y que si era posible le explicara por qué, a su parecer, el Ministro era invisible.

—A todos nos acerca la imposibilidad de ver al Ministro. No importa que seamos ricos o pobres. Nos desintegramos frente al muro que es él. Yo podría hablarle, pero ahí, donde puedo verlo, ha dejado su poder. Es uno más en la fiesta y ese ni lo necesito ni lo busco.

—¿Cree usted eso?

—¡Claro! Lo veo una noche y al otro día es como hoy, inasequible. No le cuento que ya me ha prometido la entrevista y no me recibe, porque allá era sólo mi amigo, sin solemnidad, sin frases de protocolo. Dese cuenta de algo: ni él mismo sabe esto. Él piensa que es el Ministro. No sonría, no sonría; no me burlo de usted, ni quiero desorientarlo. Fíjese en Mabel; ella cree que se acuesta con el Ministro como tal, ni siquiera la recibe.

—No lo entiendo. Si las leyes se hicieron para el pueblo y la existencia del Ministro no es más que para cumplir la ley, él es uno de nosotros, tiene la obligación de servir, obedece órdenes concretas que lo fuerzan a interesarse por nuestros problemas...

—¡Ah qué Licenciado! Padece usted una deformación profesional. La aflicción personal no existe, inmediatamente que usted se topa con esa muralla que es el Estado, se despersonaliza, se

vuelve el número de un expediente en el que no hay un asunto de importancia, igual da un conflicto de vida o muerte que la solicitud de un cambio de plaza. Papeleo, trámite, humillación. Eso es lo único que somos frente al poder público.

Raúl terció para apoyar con violencia:

—Usted frente al Estado es un eslabón más o menos, una pieza intercambiable y perdone use el ejemplo tan gastado: mire, el Estado es el amo y que nos vaya bien, porque no quiera ensayar en nosotros otras crueldades mayores a los de esta espera.

Pablo impidió que Raúl continuara.

—El Estado no más oye, en él comprobamos nuestra incapacidad de comunicación. Imagine usted un mundo sin Estado. Ahí nos entenderíamos..., bueno, pero esto no tiene sentido.

—Hablan ustedes como si fueran anarquistas.

—Medita usted en esta experiencia —interrumpió Raúl tajante. Mónica que los había escuchado deseó que terminara la disputa.

—Yo espero que el chaleco obre milagros. —Rió.

Raúl no pudo dominarse, aunque atenuó lo que efectivamente pensaba.

—No mienta, usted no espera nada, está aquí por inercia, ya le comieron la voluntad, usted lo sabe y anda dando esperanzas.

La cara de Mónica se ensombreció.

—Me apenan las religiosas. Es tan humilde lo que piden.

—A ellas dentro de un mes yo voy a solucionarles el problema —aseguró Pablo—. Ya hablé sobre el asunto con mi madre. Intervendrá en el “milagro” y San Vicente lucirá en su hábito otro corazoncito de oro...

—Pues no dude que el “prodigio” lo han conseguido nada más por su fe.

—Me dejan ustedes desconcertado —murmuró Marco Antonio, tratando en vano de cerrar su camisa—. Realmente no vale la pena que recuerde, no vale la pena... —Movía la cabeza mientras se incrustaba serpenteando entre los grupos, sin dejar de repetir: —¿no vale la pena? No vale la pena...

Mónica con angustia lo vio alejarse. La misma angustia que sintió ayer al entrar en la biblioteca de Pablo, el mismo disgusto borbotante en los anaqueles labrados, en los bustos de bronce de mármol con parentescos flameantes como una bandera desde la política, desde las letras, desde... ¡sí, la misma náusea desprendida del tintero de oro, de los libros; enjambre de escarabajos trepadores, —de toda esa

[S. L. ¡sí,] [TACH.. L]
[SOBRTESCR. I]
[TACH.. -sí, la] enjambre
de[E. L. de] escarabajos
[E. L. -] de toda

sustancia impecable y arreglada de donde salía el mayordomo con el servicio de té, el clima, el olor a dinero, a bienes heredados, a superflua abundancia.

[S. L. es] heredados
bien es / bienes

—¡Qué maravilla tener riqueza, se adquieren todas las cosas!
—había exclamado ella.

—Si viera que no —respondió Pablo—, se lo digo de corazón y sin desdeñar mi solvencia. En la vida hay cosas más importantes que el amor y el dinero, y digo amor, porque sé que doy en el blanco.

Mónica hizo un mohín desdeñoso y quedó petrificada.

[E. L. d][TACH.. o]
[SOBRESER.. e]considerere

—Escúcheme —continuó él—, aunque considere que soy demasiado joven para no equivocarme. Lo que no puede realizarse no existe. Grábese eso y nunca saldrá perdiendo. Calcule su triunfo de antemano. Hay que abolir el sentimiento. Somos seres de razón, no de azúcar.

Nuestro dolor no tiene importancia, nos aleja de los otros, nos vuelve despreciables, e invariablemente provoca en los demás el deseo de aniquilarnos. Pero no ponga esa cara, ya sé que no está de acuerdo.

—La verdad no. Y si lo dice porque conoce a la persona que me desdeña, entienda bien esto: Igual me daría que muriera o no hubiera nacido, mi vida sería igualmente suya. Amo, pero no como aman las gentes. Para mí, querer ha sido como besar la cara del destino. Amo con todos los sentimientos que me constituyen, con el placer de oír mis pasos en la calle desierta, con el dolor de una gangrena, con la emoción que despierta la música, con la ansiedad del hambre de las tres de la tarde, con el temor de la muerte, con la unción de los cuadros religiosos, con el sexo, con el olfato, con la prisa de atravesar una calle, con la ambición y la generosidad, hasta mis uñas, hasta la infancia en que no lo conocía y ya lo necesitaba. Pero no es su presencia ni su voz, es sí mi amor por él lo imprescindible. —Mónica apretó los párpados y dijo luego avergonzada:

[SOBRESER.. 's] sí mi

—Disculpe la letanía—. Hizo un esfuerzo por dar a sus palabras un tono de broma mientras hojeaba un libro tomado al azar.

[E. L. —] hizo

—Este día ha sido pródigo en melodramas: primero el gordo y ahora yo. Hemos tenido éxito. —El volumen resbaló de sus manos.

Pablo colocó el libro en su sitio con tanta lentitud que parecía haberse olvidado de Mónica.

—Quisiera ayudarla. —Su voz tenía un hálito de ternura—. Hacerle entender que nada de esto existe. Pero es inútil. Usted a lo que más le teme es a olvidar. Suprima los recuerdos y quedará libre. No más sola que hoy. No existe amor que valga una lágrima

y si aguanta saberlo le diré: es digno de envidia quien no realiza un sueño; al menos a su ideal no lo destruya la náusea.

—Si usted piensa así, lo compadezco. Lamerá siempre piedras heladas.

—Puede ser, o tal vez usted no maduró por dentro y yo envejecí de golpe. —Su violencia pareció aflojarse.

—Sabe Pablo, no le llevo la contraria. Olvidar debe ser bueno, lo que sucede es que a mí no me alcanza la vida para desatar un afecto y además, no tiene caso, yo no soy una cosa ya líquida a fuerza de quemarse.

Por la ventana del jardín derretían sus manojos las jacarandas, fijando sobre el césped de la rica mansión calendoscopios de tinta.

La muchacha con gesto de niña, acarició golosa las pastas de colores y recargó la frente en el vidrio.

—La antesala está hoy insufrible —oyó Mónica comentar al hacedor de barcos.

Don Andrés soltó una risita.

—Si el conserje no convence a los muchachos de que el Ministro es un fantasma, se meterá en aprietos.

—¡Exigimos audiencia! —bramó el joven que encabezaba al grupo.

—¡El Ministro, el Ministro, el Ministro! —se martilló la porra.

Hubo adolescentes que se encaramaron descorteses, sobre las espaldas de los veteranos, jovenzuelos que hicieron rodar las madejas de estambre, muchachos que se limpiaron las narices en las cortinas, chicos con lápiz escribieron en la pared de raso “viejo coyón”, “farsante, vendido”, “ministro de petate”, y hasta alguien se atrevió a lanzar un chicle sobre el chongo de sor Imelda.

Sin ponerse de acuerdo Pablo y Mónica para evitar la bulla juvenil abandonaron simultáneamente la antesala. Pablo ofreció llevarla. Subieron al auto y durante el trayecto los dos callaban enlazados en sus pensamientos, hasta que se detuvo el coche frente a la casa de Mónica. En la angostura del callejón los dos parecían buscar una palabra.

—Debe tener el propósito invencible de olvidar si quiere seguir viviendo.

De improviso alisó fraternalmente el cabello de Mónica. Su voz se volvió casi un ruego:

—Él no la amó nunca, y usted sabe que no trato de herirla.

La muchacha hundió la barba en el pecho y Pablo no pudo saber si estaba llorando.

—He estado viviendo de miseria —murmuró con voz ronca, y como si razonara consigo misma—. De algún rincón que él no saqueó. La mitad del día me sumo en algo vegetal que se parece a la muerte; pero así y todo, lo que quede será mío y ya no habrá posibilidad de nuevas agresiones o despojos, —su respiración se hizo agitada, vibrante; imploró—: Qué bueno ha de ser andar por la calle con el peso firme y sin tambaleos de amor, sin pena, con inocencia de once años y con este andrajo de corazón que me queda, poder algún día echar hojas de nuevo y resucitar. Anhele caminar alegremente, cargando gustosa los restos del naufragio con lo que pienso edificar el resto de mis días. —Su voz se hizo humilde, temerosa. —Pero bien sé que verlo es para mí siempre una sorpresa que me acomete como garra, que me hace revivir lo que imaginé sin razón ni fundamento, tan arbitrariamente que no tiene por qué parecerse. Y no quiero engaños en mi vida: él sólo es el espejismo de lo que deseo. —Levantó los hombros con desdén y exclamó con furia:

—¡Descubrir que uno puede amar a quien desprecia! Eso no me lo perdono, es un fraude contra un mismo, contra lo más puro del alma.

Pablo la interrumpió:

—No haga literatura. En el amor se juega uno extremos: o toda la dicha o toda la desventura. Él eligió para usted y usted quiso ser devorada.

—Sí, —gritó— .Y no sé que hacer con toda la ternura que reservaba para él, con toda la delicadeza que fui juntando para dársela un día... cuando él quisiera; toda la risa que guardé, toda la pasión. No sé qué hacer con eso.

Sigue aquí dentro y no sé dónde tirarlo, en qué muladar que no sea éste mío... —Se detuvo y abrió la portezuela del auto.— Tampoco se por qué le digo a usted estas cosas. —Sin mirarlo se alejó y con dedos crispados desató la cadena de su reja.

éste[TACH.. o]

[SOBRESER.. e] mío

se [SOBRESER..] por qué

Regreso de vacaciones II

[M. G. DER. Regreso
de vacaciones II]

Reanudar las labores fue como para los perros perdidos que dan por fin con la casa del amo. Encontrarse de nuevo en la sala familiar los llenó de optimismo. Los hombres hablaron con más entusiasmo de automóviles, de política y de deportes. Las mujeres elogiaban los vestidos y el maquillaje, de las compañeras. Las tejedoras, engalanadas con idénticos volantes de tul, sobre albas blusas de espuma, olorosas a los arcones de cedro, a polvos de rosa y a esencia de eucalipto, se levantaron solemnes e impusieron silencio. Cuando todos las miraron expectantes, ellas pronunciaron:

—¡Está listo el chaleco!

[E. L. Aparece signo
de separación de
párrafo] —¡Está

Un ¡Ah! religioso acogió la comunicación.

Como nadie había podido dar las medidas exactas del Ministro, a pesar de las discusiones sobre la talla, acabaron por servirse de la sisa y espesores que supieron tendría San Ignacio de Loyola*, pues como militar, debió ser fornido y de presencia importante, así lo aseguraba sor Imelda.

La caja dorada en que empacaron el presente, era un hallazgo de elegancia: de una esquina pendían listones color sepia con remates de chaquira en forma de flecha.

Los que llegaban por primera vez, venían perplejos la escena. Don José Valverde contempló orgulloso el trabajo; para él, era como si cada uno hubiera rematado un punto.

—¡Qué mujeres, sobre todo, Laura!

.....

* San Ignacio de Loyola (1491-1556) Natural de Guipuzcoa, España. En París, reunió a nueve compañeros, que hicieron sus primeros votos en la iglesia de Montmartre. Con el fin de evitar su dispersión, Ignacio y sus compañeros decidieron obtener del Papa su constitución en orden, quien aprobó los estatutos de la Compañía de Jesús. Elegido superior general de la Compañía, Ignacio la dirigió hasta su muerte. Patrono de la Compañía de Jesús y de los soldados. Festividad 31 de julio (Román, 1999: 119-120).

[TACH.. q][SOBRESCR.. Q] ¡Qué
Ramiro no pudo menos que refunfuñar a causa del olor a incienso que las monjas agregaron al obsequio.
— ¡Qué perfección!
— ¡Qué acabado!
— No se nota costura alguna.
— ¡Permítame...!

Y las señoras no ponían término a sus elogios ni les parecía suficiente ponderar al máximo el primor de las puntadas.

Pusieron la caja sobre el esquinero. El dueño de los barcos, en homenaje, suspendió sus creaciones para ceder sus ojos al tributo, pues realmente ninguna de sus naves tenían el prodigio de este envoltorio provocador y persuasivo.

Visitadores antiguos y recientes desfilaron ante la ofrenda que como palabra cabalística haría el prodigio de abrir la puerta inaccesible. Los nuevos la veían con el respeto supersticioso de quien contempla un amuleto, justamente era el chaleco que Odiseo se hubiera puesto, si Penélope lo hubiese terminado*.

A las Sámano, el Ministro las sacó de su anonimato; transformó en fogata la endeble llamita de sus vidas, por gracia de la dádiva quedaban ligadas a él para siempre. Las migajas de estambre que ascendían hacia el sol, las motitas perdidas en los salones, las partículas dispersas en el suelo, constituían sustancia indivisible del suéter en que enfundaban la dimensión de la República. Algo intangible y secretísimo las unía al Ministro, como si transportaran el polen que las sostendría hasta la eternidad.

Consientes de su importancia, las aristócratas, vigilaban su creación y suplicaban insistentemente, con angustiosa delicadeza, se abstuvieran de manosear la labor, pues el traqueteo apelmazaba el estambre e iba perdiendo el lustre.

Don Andrés vio la necesidad de poner un letrero que prohibiera zarandearlo; no faltaba gente brusca y sin comedimiento: torcían los dobleces, causaban estropicios al listón, mellaban el papelillo de las esquinas, tan cristalino, tan bien ajustado; a tanto sobar, el resorte disminuía la tensión y su calidad elástica se iba degradando. Ante el eminente riesgo de que el dechado acumulara polvo y manchas grasientas, las señoritas y las monjas, ostensiblemente se afligían. El

* Penélope. Hija de Icario y Peribea, y mujer de Ulises. Para librarse de la importunidad de los que querían seducirla mientras su marido estaba en el sitio de Troya, se obligó a casarse con aquel que tendiese el arco que solo Ulises manejaba. No pudo conseguirlo ninguno de ellos, y como la estrechasen siempre vivamente, les prometió también que se declararía después de haber acabado la pieza de lienzo que estaba tejiendo. Pero ella deshacía de noche lo que trabajaba de día. Así los fue entreteniéndolos con diversos ardidés hasta la llegada de su marido, quien los destruyó a todos. La consideran como la mujer más honesta de la antigüedad (Chompre, 1995:351).

licenciado solucionó el conflicto: sobre la cuelga colocó un pliego de celofán. Los curiosos se acercaron a mirar como los moscovitas miraron el cadáver de Stalin, cuando todavía era comunista.

A las incomparables artistas les llovieron peticiones.

Las señoras en mitin, solicitaron el derecho de regalar un suéter del color de la espiritualidad del Ministro.

No todas estaban conformes con el tono elegido; para la manufactura no había reproche. Serían los prodigiosos dedos de las Sámano los encargados del trabajo.

Hubo protestas:

- ¡Que le den otra cosa!
- ¡Egoístas!
- ¡La idea fue de las tejedoras!
- ¡Imita monos!
- ¡Basta, basta!
- En el obsequio participamos todos.
- ¿Los que no llegaron a tiempo?
- ¡Todos!
- ¡Eso no es justo!
- ¡Qué cómodo!
- ¡Calma, calma...!
- ¡Aprovechados!
- ¡Montoneras!
- ¡Silencio, por favor, silencio...!

l[TACH.. a][SOBRESCR..
o]s encargad[TACH.. a]
[SOBRESCR.. o]s

¡[SOBRESCR.. 8]Egoístas!

La envidia se localizaba en el empeño de repetir exactamente el modelo.

Solemne fue el instante en que el grupo asaltó al Mayor encomendándole la entrega del obsequio. Éste, anonado, miró la puerta infranqueable.

—Pero yo, yo... —tartamudeaba— lo más que puedo hacer es entregárselo al señor Secretario y si acaso él ve al Ministro... —Y se puso pálido sin completar la frase.

encomendándolo /
encomendándole

pa[SOBRESCR.. l]
ido /pálido

Entregado el chaleco al dudoso emisario, cayeron exhaustas en sus sillones, pero libres de cuidado renacían de nuevo a la esperanza. El corazón de sor Imelda se detenía pensando en la emoción del mandatario en el momento de abrir la caja, desatar las cintas y encontrarse con la prenda. Concha imaginaba la sorpresa que habría de producirle la confección impecable de la sisa y la altura exacta de los hombros. Laura se preocupaba porque resultara de su agrado el color. No había problema si el Ministro era de tez blanca, pues de lo contrario le daría al rostro un tinte cenizo poco favorable —¡cielos!— un reflejo moribundo sobre la piel. La reverenda rechazaba sus aprensiones rogándole que no fuera racista.

—Las caras oscuras resaltan bellamente con el obispo.

Y comenzó de nuevo a correr el tiempo, kilómetros de abulia petrificaban las conciencias, fijas, tercas, contempladoras de su propia estatua, nutridas con la sal de su remordimiento.

La amistad del grupo se iba enfriando. Unos avergonzados de abrigar esperanzas, otros molestos por consentir aquella inocentada. Ninguno hacía alusión a la suerte que hubiera tenido el chaleco. Tácitamente hasta el Conserje evitaba el tema, cuando alguien mencionaba el asunto. Pensó que si el Ministro los reunía para agradecer el obsequio no participaría en el encuentro. En el hipotético caso, su condición de súbdito lo desterraba. Atrapado en el cepo burocrático, siempre al margen de los poderosos, estaba obligado a permanecer en el sitio de guardia. Suponer que las tejedoras traspasaran el oscuro paladar que engulló el Sr. Rivas, prestigioso lector de incunables, le hizo sospechar que si las señoritas regresaban a la antesala, el silencio que hubieran contraído, le envenenarían el corazón; porque seguramente no revelarían la verdad. “Pero este era un discurrir absurdo. No lo verían.”

Durante treinta años comprobó que los “llamados” naufragaban a lo más en la sala 15. Unos se marchaban, otros volvían a esperar de nuevo ahí, en su reino, en la antesala del mundo.

Don José Valverde, empleado cumplidísimo con derecho a jubilación perpetua, insistía en su plaza, sostenido por el fuego tenaz de conocer al Ministro. Aunque se empeñara en negarlo, el sello de su fuero, el impacto de su firma estaba vigente en leyes, en memorándums, en oficios, en la evidencia del pasmo colectivo al sonar el timbre de su privado. Después de tantos años, aún podía sobreponerse al dominio que irradiaba del invisible. El anzuelo de sus recuerdos hurgaba hasta el primer día, cuando era un mozalbete, época lejanísima de don Genaro Ortiz de Madariaga, en 1931, inviolable incógnita. Quince, veinte, veinticinco le sucedieron, implacablemente invisibles.

“No, las señoritas Sámano no lo verían, ni siquiera Laura.” Don José hablaba en voz cada vez más baja, como si el temor de que los extraños adivinaran el fracaso lo dejara afónico.

La ansiedad de las religiosas era notoria, le daban más vueltas al rosario que a los planetas los rusos. Nada tenían que preguntar al Mayor, pues éste informó oportunamente que había cumplido con el encargo, al entregarlo a la secretaria del Secretario de la secretaria del Secretario, del Secretario.

Las hermanas Sámano, no iniciaban otros trabajos y andaban poco comunicativas.

El gordo comenzó a vestir de negro, estaba adelgazando. En dos semanas aparecía consumido y ojeroso sin ganas de contar sus penas, Don Andrés exageraba su eterna sonrisa demoniaca. La gringa no

había vuelto y el licenciado Morales insolentemente despreocupado, aprovechaba la pared para ensayar ejercicios yoguis.

Mónica permanecía en su ataúd, con los ojos cerrados.

Pablo soportaba el tiempo con el seño fruncido, taciturno y demasiado pálido. Su amigo no aparecía.

Algo se quebraba adentro de cada uno, algo se desmoronaba irremisiblemente. Como en los banquetes aburridos, cuando los comensales desesperados, convierten el migajón en polvo enamorado*.

En Mónica arraigó la sed de romper el conformismo, de socavar la estática resignación, de golpear la muralla hasta sangrarse, descubriría el principio de la espera, donde crecía inhumana la desesperanza, en ramajes de ira, en odio silencioso anidado en horas, días y blasfemias.

Existir, tal vez sea olvidarse de la piel, del ansia de estar muerto, de uno mismo, y para saberse vivo, empeñarse en la tarea que los otros han soltado en el camino. Escudriñar arena por arena y el más ligero trazo. Quizá entonces cada quien comprenda y halle que el amor es ese darse por la dicha de ser bueno. A lo mejor radica ahí la compañía; a lo mejor la necesidad colmada, del otro, es la alegría de no sentirse solo.

El tedio del grupo obligó a Mónica a enfrentarse consigo misma, a meditar larga y fríamente en el indigno abatimiento de la antesala. La espera le sirvió para buscar en el oleaje de su conciencia, para sacudir la pegajosa desidia de sus pensamientos, para juzgar las causas que desde siempre imperaron sobre aquellas voluntades deformadas y sin mudanza.

No advirtió que la posibilidad de análisis repentino, de hacer un alto en su desbocada turbulencia interior provenía del choque sufrido

.....
* Referencia al soneto de Francisco de Quevedo, "Amor constante más allá de la muerte"

Cerrar podrá mis ojos la postrera
sombra que me llevare el blanco día,
y podrá desatar esta alma mía
hora a su afán ansioso lisonjera;

mas no destroza parte en la ribiera,
dejará la memoria en donde ardía:
nadar sabe mi llama el agua fría
y perder el respeto a la ley severa.

Alma a quien todo un dios prisión ha sido,
venas que humor a tanto fuego han dado,
médulas que han gloriosamente ardido,

su cuerpo dejará, no su cuidado;
serán ceniza mas tendrá sentido;
polvo serán, mas polvo enamorado (Quevedo, 1995:507).

en aquel “estar” que le dio ocasión para descubrir el mundo de los otros, de esos otros a quienes vio siempre con indiferencia.

Lo que la traspasaba, lo que de ellos le dolía, era precisamente el deshumanizado gesto de abandono, repetido en ella. Entonces descubrió que no era una isla, sino que estaba ligada a sus semejantes. Que lo que le repugnaba en unos, lo tenía dentro de sí y lo que admiraba en otros, anhelaba poseerlo.

La incomunicación entre el Estado y el pueblo, reflejaba en espejo de aumento, la desolación colectiva; ahí estaba puesta su soledad y la soledad de todos; multiplicada en el eco de las peticiones sin esperanza.

Esta confusión en que se mueve el mundo y el rompimiento de su unidad tiene por fuerza una causa remediable.

La equivocación consiste sin duda en el sistema de relaciones humanas, que pone al hombre en guardia y lo hace reaccionar acosado. Su engranaje es una selva hostil, enemiga, donde la bondad no funciona. Cuando alguien tiende su mano, el terror nos alejaba recelosos de caer en una trampa; la ayuda es abstracta, desvertebrada. El contacto entre gobierno y súbditos carece de la realidad, un acto de justicia siempre es mágico, quien lo consigue huye con la sensación de padecer un equívoco, de haber ganado un golpe de azar, de haber birlado un designio. Se ausenta con sobresalto temeroso de que se desvanezca el milagro, y lo implacable lo atrape nuevamente y le arrebatte el don. Nadie conoce sus derechos, nadie cree en ellos. Es más cómodo plegarse a la derrota.

viacrusis / viacrucis

Mónica recorría el laberinto, el viacrucis de cada uno. Lo haría sin rendirse ante el gesto desdeñoso, ante la falta de rebeldía o ante el ruego lastimero de aquel conjunto inerte.

Un sol espléndido doraba la ciudad. Mónica decidió visitar nuevamente el convento de Tlalpan.

La hermana Imelda la recibió sonriente. Decía sentirse bien, menos nerviosa, habían cesado las fiebres; no obstante en sus mejillas los lunares insidiosamente negros le daban aspecto fantasmal. Aunque hablaba mucho como de costumbre, se mostraba más emotiva, casi imperiosa y de improviso como si una ingrátida presencia la reclamara, se hundía en algo sólo visible para ella y nada conseguía arrancarla del súbito silencio. Después de unos minutos volvía del misterioso trance con la sonrisa infantil de una criatura sin recuerdos.

creatura / criatura

La actitud de la monja era ilógica. Mónica no hallaba causa capaz de producir en sor Imelda tamaño desconcierto, aunque todo lo que sucedía en el convento le parecía fuera de las leyes que rigen afuera. Debió ocurrir algo poderoso, para que aquella sensibilidad virgen quebrantara su júbilo.

Sor Imelda quiso tener noticias de todo y de todos.

—¿Qué hicieron el martes? ¿Cómo es la mamá de Pablo?
¿Asistieron a la comida? ¿Es cristiana la gente rica?

comida? [TACH.. ¿Saben que hay infierno?]

—Mónica procuraba informarla, pero las preguntas de la hermana llovían sin aguardar respuesta. De toda ella se desprendía una avidez febril como si quisiera sorber los secretos de la vida en una sola bocanada.

—¿El suéter? ¿Mabel? ¿El Ministro?

Cuando Mónica terminó su reseña, el rostro de la monja estaba tan impassible que ni un solo gesto dejaba suponer que la hubiese escuchado.

La madre Teresa se alegró de ver a la muchacha y la condujo al jardín, a aquel jardín cultivado por la octogenaria madre Augusta que mientras podaba las ramas y limpiaba de abrojos, conversaba con Dios

[S. L. con los pajaros, y] y con los pájaros, y deseaba mayores sufrimientos para quitárselos a
 [S. L. para quitárselos a otros.] otros. Le parecía bien poco la fístula que supuraba en su rodilla y
 sus[TACH.. x] taladraba sus huesos. Deseaba ser un grito, un leño que ardiera en
 su holocausto. Mónica la miró agazapada en el prado, con sus dedos
 esqueléticos ocupados en la humilde de tarea. Recorrió los claustros
 que [TACH.. ni]en horas por donde discurrieron únicamente las mujeres de la austera orden de
 [TACH.. 3][SOBRESOCR.. santa Clara, cuya vida contemplativa fue tan rigurosa, que en horas de
 cuando más de] una risa de recreo, los árboles del huerto fueron testigos cuando más de una risa,
 y quedaron contagiados no se de qué serenidad, de qué plenitud, de
 qué paz interior.

cam[SOBRESOCR..b] El patio sembrado de naranjos alrededor de una cruz de piedra la
 io / cambio fascinaba y la hundía en cambio a ella en desasosiego, en tristeza,
 en oscura nostalgia. Se sentía un naufrago que al alcanzar la playa,
 comprobaba que no tenía ya tacto, ni labios, ni pies, ni manos; nada
 más los ojos arrobados. Igual que Moisés el Profeta*, vio de lejos el
 sitio de promisión en donde jamás reposaría. Ella estaba allí, negada
 a la paz, de espaldas al refugio. Pisaba su propia patria y sentíase
 extranjera. ¿Qué podía decir? ¿Qué puede decir nadie del dolor de no
 ser el del ayer... al que le fue dado tiempo sin mancha?

[TACH.. el perfume]
 [SOBRESOCR.. la blancura]

A Mónica, la blancura de las azaleas la hería y le recordaba el mundo.
 Todas las cosas llamaban a sus sentidos. Especialmente cuando se
 hallaba en el convento, el ansia de gozar de todo placer físico se volvía
 insoportable. Un demonio particular le atenazaba en ese lugar bendito.
 Le sucedía algo de lo que les pasa a los condenados a muerte que anhelan
 comer, hartarse de viandas nunca saboreadas, un día o unas horas antes
 de ser ejecutados. Y efectivamente comen con voracidad, con una
 alegría animal, desorbitada, contra la que nada puede el pensamiento
 de la muerte. Uno oye hablar de esto, y piensa que es un hecho absurdo,
 inadmisibile y nos sobrecoge la inesperada reacción humana. Mónica
 se veía a sí misma como esos reos y a semejanza de ellos deseaba sólo
 lo que era materia. Frente a la abnegación gozosa de aquellas vidas, su
 existencia resultaba un fraude. Triste en el mal, sin entereza, quebrada y
 vacía. ¡Oh Dios, no poder desprenderse definitivamente de tanta mentira
 de la que a voces reclamaba alejarse su conciencia! Le iba a coger la
 muerte en esta indecisión —como a tantos otros— y resultaría inútil su
 clarividencia, porque para la salvación eterna solo cuenta el Amor, y ella
 no lo sentía. ¿Hasta cuándo Dios, hasta cuando aprovecharía la existencia
 para obtener la Gracia? Parece tan fácil renunciar al mundo, que hiere
 inmisericorde a sus esclavos. A ese mundo al que Dios dio la espalda y

[TACH.. de][SOBRESOCR..
 gozosa de]

[S. L. que hiere
 inmisericorde a
 sus esclavos.]

* Moisés el Profeta (etimología incierta. Éx. 2, 10 da el sentido de *salvado de las aguas*; se supone que viene del egipcio *msi*, dar a luz). Elegido por Dios para dirigir el éxodo de su pueblo, decidió a los hebreos a salir de Egipto, les hizo cruzar el mar Rojo, los condujo durante cuarenta años a través del desierto y los guió hasta la entrada de la tierra prometida. A él reveló Yahveh su nombre (Éx. 3, 14) y le dio la ley (Éx. 20), que debía ser la carta de la alianza entre Yahveh e Israel. Murió sin entrar en la tierra prometida (Dt. 34, 5) (Brosse, Henry, Roullard, 1986:494).

por el cual no oró jamás y para el que sólo tuvo palabras de abominación. Y sin embargo...

De pie en el quicio de la puerta de la capilla, se dibujó la ascética figura del padre Anselmo. Su larga sotana flotaba al viento. Estrechó afable la mano de Mónica mientras una tenue sonrisa destruía la austera máscara de aquel rostro digno de un cuadro de Domeníco el de Toledo*.

[TACH.. una palabra]
[SOBRESER.. Domeníco
el de Toledo.]

Él la conocía desde pequeña. Dos o tres veces al año, Mónica lo visitaba por causa de algún conflicto y desaparecía durante meses hasta que una nueva crisis le hacía buscarlo. El padre Anselmo poseía el don de la sencillez. Daba la sensación de interesarse por los problemas ajenos en forma entrañable. Su juicio certero, su comprensión, su virtud y su fe se hacían evidentes en toda su persona. Irradiaba seguridad sin petulancia. Conseguía empequeñecer las tribulaciones hasta desvanecerlas con sus razonamientos.

l[TACH.. a][SOBRESER..
e] / le hacía

Mónica le inspiraba especial ternura. Desde lejos seguía su ir y venir; aquel inútil y desesperado empeño por ser amada y dar su amor. Su falta de conformidad y la pasión que ponía en todo, lo conmovían. La veía consumirse en un afán que le minaba el alma y el cuerpo; sacudida por el dolor y odiándose a sí misma, implacablemente. Se daba cuenta de que el romanticismo de Mónica, su desolación y su inadaptabilidad, acumulaban motivos para su destrucción. El fuego con que la muchacha se ligaba a un sentimiento era patético, algo

[S. L. era] patético

—Mónica, la dejo charlando con el padre, necesito atender algunos asuntos —dijo la madre discretamente.

—Buena gana tengo de conversar un rato con esta muchacha que lleva tiempo de darme calabazas, así es que despreocúpese, madre Teresa.

—No diga usted eso, padre —protestó Mónica—, hace tiempo que deseaba encontrarlo.

Echaron a caminar por la avenida que conduce a la huerta.

—Padre, me gustaría que conociera usted a Pablo, un amigo mío; tal vez le hiciera bien discutir con usted determinados problemas.

—¿Le interesa él?

—¡Oh, no!, es decir, no amorosamente; pero lo estimo y deseo ayudarlo. Es un espíritu extraño: fino y negativo, con una vida que imagino tormentosa y hundida sabe Dios en qué cauces.

No es creyente, desde luego, pero su inquietud es auténtica, así

.....

* Doménikos Theotokópulos, conocido como el Greco. (Creta, 1541-Toledo, 1614). Pintor español descendiente de una familia bizantina establecida en Creta, isla en cuya capital nace y pasa los primeros años de su vida. Alrededor de 1560 se traslada a Italia, donde su nombre cambia a Doménico el Greco (GDP, 2005).

fria[TACH.. a]
[SOBRESOCR.. li]dad
frilidad / frialdad

como el descontento de sí mismo. A pesar de la frialdad de sus conceptos, sospecho que apreciaría lo que usted le planteara.

—Pues si él está de acuerdo, ya se sabe dónde encontrarme.

—Gracias, padre, buscaré una ocasión.

Llegaron hasta el muro salpicado de mosquetas⁴⁸. El cortinaje de verdor trepaba a una altura inconcebible, las enredaderas se mezclaban en plena floración.

—¡Padre! —dijo Mónica débilmente—, de pronto me he quedado sola, como si el mundo se hubiera hundido arrastrando en su caída los frágiles pilares en que se apoyaba mi existencia. Y en esta remotísima soledad en que ahora me encuentro, me juego la vida eterna.

—Está sola porque así lo ha querido. Espera que alguien la acompañe en vez de ser usted la que acompañe a otros que no tienen siquiera la compañía que da la fe. Mientras esté encerrada en su egoísmo, esperando ser amada, estará sola. La única forma de no estar solo, no es ser amado, sino amar. “¡Tanto dolor implora!” Y usted cierra los oídos para no darse. Los hombres, los animales, el universo, al darse usted, se le entregarían. Ahora, si insiste en estar sola...

[TACH.. n]insiste

Mientras hablaba el padre, Mónica estrujaba cruelmente una mosqueta apenas entreabierta.

—Me asalta el pensamiento de que sea cual fuere mi conducta, mi destino está ya irrevocablemente fijado y que, son inútiles mis esfuerzos, porque de todos modos he de salvarme o he de condenarme. Estaba escrito.

—¿Por qué habla de otra cosa? ¿Quiere eludir su problema? Toda la solución de nuestras vidas está en la entrega a los demás, en salir de la prisión crudelísima de uno mismo. Sin embargo responderé a esto otro que la aflige también: Nos creó Dios para deshacernos. ¿Por qué se angustia?, si la sangre de Cristo nos ha comprado la salvación a todos, ¿entiende? a todos. Si queremos, podemos gozar un día de la Visión Beatífica. No hay predestinación para el infierno. Todos podemos salvarnos, según afirma san Pedro. Algunos rehúsan deliberadamente asistir al Banquete del Padre Celestial. Predestinación sólo hay para los santos, que a diferencia del no predestinado, además de poder, querrá.

—Padre...

—Grábese estas palabras de san Agustín: “La salvación es obra

.....

⁴⁸ *Mosqueta*. Especie de rosal de tallos largos y flexibles cubiertos de espinas muy finas y espesas, de hojas de color verde claro y flores pequeñas en grupo (*DUE*, MM).

del Señor, la condenación es obra exclusivamente nuestra". Dios predestina para el cielo. El hombre se destina para el infierno.

cilo / cielo

—¿Y hay que luchar contra el corazón y contra la carne?

—No diga luchar contra, sino preparar el cuerpo también para la vida eterna, para que resucite en Cristo y sea glorificado y goce de la plenitud de las delicias juntamente con el universo en el día que dice san Juan, no sólo que habrá un nuevo cielo, sino también nueva tierra: el día de la redención de la materia.

materia. [TACH.. Pero hay que olvidar --- los goces de la vida.]

—¡La religión exige olvidar los goces naturales de la vida!

abst[TACH.. inencia]
[SOBRESOCR..ención]

—Nada hay negativo en la Iglesia. Toda abstinencia sólo se justifica cuando se obtiene un bien superior y todo masoquismo es pecado.

—Lo que usted invoca tiene efecto aquí, pero en la vida, frente a la soledad del mundo, donde el único simulacro de compañía es el amor humano, la carne grita su hambre, y su acoso es tan despiadado como la necesidad de afecto. Usted escogió libremente la castidad, ¡yo no! La llevo impuesta por una circunstancia ajena a mi deseo. ¡Compréndame! No quiero el mal, pero me es intolerable la abstinencia. Me conformo con salvarme de panzaso, con un seis ¿qué quiere?, no tengo tamaños para santa. Esta renuncia obligada me daña el alma y el cuerpo. Pasé la adolescencia luchando contra esos fantasmas, para que al final el fracaso me destruya. ¡Qué mejor hubiera sido atender a quien me amó al principio de la vida!

[TACH.. una palabra??]
[SOBRESOCR.. atender]

Mónica con violencia arrancó las hojas de una enredadera, insensible a la desgarradura que produjeron las espinas en la palma de su mano, y volcó en palabras su ira.

p[TACH.. una palabra??]
[SOBRESOCR.. alabras] su

—¿De qué sirve el bien, la lealtad, la ternura en estos casos? —El tono de su voz disminuyó tanto que parecía no querer oírse.

—Lo que me enseñaron como valioso no sirve, padre. Son una serie de mitos que no funcionan. Nadie cree en ellos. El hombre no está interesado en la pureza ni soporta el sentimiento y la fidelidad le pesa como plomo. Perdone que sea tan cruda y a usted precisamente le haga una confesión impía: lo único que soporta con bastante entereza es la traición.

—¡Ave María Purísima! Qué sarta de disparates se le han ocurrido. Ha hecho usted de su vida un embrollo. Desde el principio olvidó que venimos todos al mundo a servir y amar a Dios en el prójimo que es su imagen visible; olvidó que la vida es un camino, no una meta y estamos de paso. De ese error nace que exija felicidad a la vida y disfrutar del cielo en el tiempo. Si hubiera pensado con rectitud y hubiera sentido un anhelo del goce eterno y sin mancha, hubiera ordenado sus afectos, habría elegido un esposo que le ayudara a calmar su carne y a amar a Dios, pero usted sólo pone

[SOBRESOCR.. ;] visible;

soluciones / soluciones

los ojos y el corazón en el hombre que la ayuda a condenarse y aún se queja de que misericordiosamente Dios le ataje los proyectos. Usted busca hombres en el muladar porque ha olvidado el único fin de esta vida y si ha errado en el planteamiento mismo del problema de su existencia, es natural que todo le salga mal y todas las soluciones sean falsas. Enderécese desde lo esencial y lo demás se enderezará por añadidura.

—¡Estoy llena de odio contra mí, de una rabia sin término!

—Lo bueno es que como no razona, ni piensa lo que dice, todo lo que urde no cobre sentido. Si su monólogo la calma, diga cuanta locura quiera; pero separe del chubasco de tonterías, las verdades serias. Y si en tanto estima la compañía de un mortal, que por mejor que sea, adolecerá siempre de la imposibilidad de hacerla feliz, porque solo Dios puede llenarla, ¿por qué no espera a que Él le mande la paz o decida su destino? ¿Quién es usted para exigir a su Creador una dicha inmediata que se empeña en suponer en un individuo mezquino y grosero? Se desmorona al no conseguir el juguete preciso, escogido torpemente para su propia desventura?

mez[TACH.. a]
[SOBRESOCR.. q]uino

La depresión de Mónica aumentó.

—Sé cómo duele el desamor de las criaturas y sé como se siente, —dijo el padre con dulzura—, pero el que de verdad tiene a Dios, jamás está solo.

Conmovido puso suavemente la mano sobre la cabeza de Mónica, pero ella empecinada en su locura continuó:

—¿Y si para Dios no contaran las renunciadas y sólo tuviéramos lo que hay en esta vida? ¿Y si ese Dios lo hubiera inventado el hombre? ¿Y si únicamente somos materia que reproduciéndose cumple su misión, como los pájaros, las fieras, los pantanos, para desaparecer en la nada y fundirse en un flujo y reflujo de transformaciones químicas, y si sólo obedecemos a una ley universal sin eternidad ni trascendencia, sentenciados al olvido, recipientes de un espíritu que al dejar de existir nos desecha como a cáscaras?

setenciados /
sentenciados

[SOBRESOCR.. b]lasfeme

l[TACH.. a][SOBRESOCR..
o] único

—No blasfeme hija, se lo ruego seriamente. Nunca imaginé que estuviera tan enferma, tanto, que su mente se enloquece. Nada de lo que ha dicho tiene en su corazón cabida, afortunadamente: pero no haga ejercicios de ingratitud con lo único que la sostiene, no se enfrente a ese Poder temible que hoy por hoy sólo es amor y misericordia. Usted ama a Dios, cree en Él y lo necesita, déle gracias de rodillas. ¡Ay de aquel a quien Dios da la espalda y permanece indiferente, sin lucha, sin afán, con insensibilidad de piedra, negado a la tortura de anhelar su presencia.

El padre Anselmo habló violento, angustiado ante la actitud de Mónica; luego al darse cuenta del aniquilamiento de la joven, prosiguió en forma dolorosa su discurso.

—Usted sabe que la fe es un don, un don que si no se cultiva puede perderse; un acto de humildad que hay que renovar a cada instante.

—Padre, yo creo, pero mi lucidez es transitoria y solo puedo decir con Job*: “Señor no te comprendo, no entiendo tus designios, las cosas naturales que tú creaste para bien de tus creaturas, en mí se vuelven sierpes llenas de ponzoña...”

Mónica permaneció con el rostro hundido entre las manos.

De regreso, acomodada en el asiento del tranvía que con lentitud se deslizaba por la calzada de Tlapan, Mónica miró pasar los rieles en hilos interminables de azogue derretido y huir los postes como los días. En el solitario vagón, con el cuello doblado sobre la ventanilla, los brazos sueltos, las piernas lacias y las manos sin voluntad, la invadió una total sensación de desamparo. Casi sin comprender repetía las últimas palabras del padre Anselmo; y las palabras del padre Anselmo; y las conclusiones daban vueltas en su cerebro: “¡De modo que no he sabido vivir, que tendré que empezar a vivir desde el principio!” De modo que la compañía no consiste en ser amado y uno puede estar solo aunque esté rodeado de corazones rendidos, porque lo importante no es la compañía que me puedan dar, sino la que yo daré.

—¡Dios, dime que no estoy sola, que estoy contigo!

.....
* Job: Personaje que vivía en el país de Hus (Job 1,1) entre Edom y Arabia, en la época patriarcal: héroe del libro de este nombre, que dejó en la tradición bíblica el recuerdo de su fidelidad a Dios y de su paciencia. (Brosse, Henry, Roullard 1986:400).

jaz / jazz Al llegar Ramiro Contreras a casa, los acordes del *jazz* lo hicieron palidecer y de dolor dobló el cuerpo. Tambaleante asió el muro. Por instantes su frente húmeda se inclinó hasta tocar la cantera. Le fue difícil abrir la puerta y deslizarse hacia la sala. Sonaba la media noche en la iglesia del Carmen. Era seguro que su hermana Genoveva dormía. Procuró no hacer ruido. Arrastraba los pies sigilosamente, a la manera de un ladrón. Con la espalda lijó el muro del corredor, el de la cocina y sacudió el caliche⁷⁹ acumulado en sus hombros y en la manga del saco. Encontró un panecillo, lo relleno de frijoles helados y lo fue comiendo con desgano. Alcanzó la rebanada vagabunda de queso sobre un plato y la mordisqueó distraído. El vaso de leche que Genoveva servía, permaneció intacto.

En la reducida estancia, la figura de Contreras se destacaba impresionante. Encorvado, macilento⁸⁰, con el voluminoso cuerpo sobre el banco, oscilaba. Sobre el pavimento pringoso caían las gotas del alimento que el hombre olvidaba llevarse a la boca; algunas cayeron sobre el pantalón, otras escurrieron hasta los zapatos.

petril / pretil Como si fuera la primera vez que Ramiro se encontrara en aquel sitio, miró las cacerolas de peltre llenas de cicatrices. El botellón de agua electro-pura parecía burlarse de la mísera cocina acostumbrado a veranear en flamantes salas gastronómicas. Detuvo su atención en unos tomates podridos, depositados en la cazuela de barro que colgaba milagrosamente de un clavo endeble. Un jarro y puñado de cucharas de palo aventadas sin concierto sobre el pretil parecieron distraerlo. El hombre abarcó la pobreza ahí reunida. En verdad superaba a la de los otros cuartos de la casa. Sintió lástima por Genoveva: “pasaba tantas horas frente a la estufa queriendo sacar de la nada algún insólito guiso”. Pensó con ternura en la vida de aquella hermana viuda desde hacía treinta años. Apareció de nuevo ante sus ojos, cuando era una chiquilla de trenzas desteñidas, paliducha, solitaria, resignada siempre,

a soportar su destino de trabajo, de penuria y de criatura marcada por la orfandad y la desdicha. El anciano con quien la casó su padre, enfermo y malhumorado, se aferró a su juventud, y pasó a ser en el hogar sombrío de aquel notario lleno de hermanas, una llamita tenue, arrinconada, obediente al mandato de los familiares del diplomado, quienes difícilmente perdonaban la humillación de que su apellido coronara a tan insignificante personita.

El llanto de una criatura lo volvió a su circunstancia. Con un estremecimiento se levantó del banquillo y fue a la alcoba apresurado.

No hizo más que acercarse a la cunita y cesar la aflicción de la niña. Una sonrisa celeste resplandeció al verlo. Frente a la ternura del hombre, seguro de su fascinación, el bebé ejecutó el repertorio de gracias que le había enseñado Genoveva. Escupió, gorgoritó, trompetilló y para alcanzar la cúspide del éxito balbuceó torpemente p a p a... La pequeña consiguió que Contreras la pasease en brazos y dormida la arropara en la cuna; luego acercó la mecedora y contempló la respiración apacible de la chiquilla. Se quedó ahí clavado como una bandera en la cima de un volcán de recuerdos.

Una noche como esta, en esta misma fecha, cinco días después de la fiesta de Todos Santos... ¡Con qué claridad aparecía la escena! Desde que dio vuelta a la esquina, tuvo la corazonada de que algo terrible iba a sucederle. Empezó a tiritar y a poco ardía en calentura. Debió huir y morir o desaparecer, pero fue el eco del jazz lo que lo arrastró por la acera. La jauría de notas rebotaron en la calle y le estrellaron en el rostro; salieron rabiosas por los balcones con un filo de navajas que le achicaron el alma. No lo quiso creer; dudó hasta que el sonido le traspasó los huesos y lo volvió un fardo sin pensamientos. Depie en el quicio, no lograba distinguir a los creadores de la estridencia. Ahora las caras estaban grabadas en el cerebro como si cada una se le hubiera incrustado. Las mandíbulas rígidas le impidieron reprochar o exclamar por la injuria.

Los muebles rodeaban las paredes, formaban una hilera expectante. Hasta en los brazos de los sillones había invitados. Irma despreocupada, lucía en excéntrico baile y obtenía aplausos frenéticos de la valla de mozalbetes que celebraban su ritmo con oles jadeantes. No desanimó sus meneos la aparición del Gordo.

—¡Hola, rey! —exclamó desde su sitio de exhibición.

Al terminar la danza, con la más zalamera de sus sonrisas fue a recibirlo. Le tomó la mano y lo presentó como su tío, de manera tan natural que resultaba ridícula cualquier protesta.

—Vaya sobrina la de usted. Lo felicito —dijo un envaselino jovencuelo en el colmo del entusiasmo.

—¿Cómo siguen sus reumas? —le preguntó comedida una señora de edad a quien no había visto nunca.

[TACH.. lujuria]
[SOBRESCR..
jauría] de notas

—¿Reumas? —pensó Ramiro y un calambre le atenazó las piernas.

—Con que es el cumpleaños de la niña, señor —oyó interrogar a alguien—. Debe estar orgulloso de tener una sobrina tan guapa. Se le casará pronto. —El que hablaba tenía cara de buena persona.

Contreras, estupefacto, con la boca llena de espuma, lejos de imaginar una respuesta, no era más que ese “tío” improvisado.

Irma continuaba la danza en sus narices.

El atolondramiento de sus sentidos lo hacía flotar incoherente de un sitio a otro. Atendía a las visitas como autómatas. Su mente entorpecida discernía débilmente que aquello era el fin. Ante Irma y ante sí mismo, la humillación que ella le infería con el sólo nombramiento de “mi tío” revoloteaba como un insecto en la pieza. ¡Claro!, “un tío”, casi un suegro que aprobaba la futura elección, la preferencia de aquel demonio de criatura. Era la mayor indignidad que podía sufrir hombre alguno. A pesar de esta reflexión, la cercanía de Irma lo cohibía, lo trastornaba como un elixir venenoso. Su presencia tenía el don de quitarle las fuerzas, de convertirle en agua la sangre. Lo que más desconcertaba al Gordo, era el aplomo y la osadía de aquel diablo con faldas. La sorpresa era desproporcionada. Sentía zumbarle los oídos, una obnubilación que lo incapacitaba para reaccionar. Sin más, Irma le ordenó el papel que debía desempeñar, y el muy infeliz, siguió sus instrucciones a pesar de su desesperación.

omnibulación /
obnubilación

Cuando más tarde pretendió “aclarar las cosas” con la muchacha, la arbitrariedad de ella lo dejó sin argumentos, la insensatez de los alegatos multiplicaron el tamaño de su deshonor y lo empujaron al máximo delirio.

—Reaccionas como un cavernario, mi vida —dijo la sobrina—. Pero conozco tu corazón. Sé que eres bueno. No significa nada grave lo que hago. Todo es sencillísimo. Tú no puedes ampararme con tu nombre, porque estás ligado a mi tía y por lo tanto tu papel no es denigrante como imaginas. Nadie puede reprocharte que me ayudes a organizar mi vida en un hogar. Otra cosa sería si fueras libre. Yo de quererte, sí te quiero, pero esto nada soluciona. —Contreras no tuvo oportunidad de interrumpir, Irma siguió.— Además te dí mi amor y lo único que tienes que hacer es mostrarte generoso mientras encuentro barco...

La ira dejaba sin palabras a Contreras, se ahogaba. Tartajante⁴⁹ imploró.

—De modo que no sospechas que sufro y me ofendes con semejante proposición.

⁴⁹ *Tartajante*: tartajear. Hablar defectuosamente, por torpeza o por defecto físico, cambiando unas letras por otras, cambiándolas de sitio o pronunciándolas mal (*DUE*, *MM*).

—Desufrir, todos sufrimos, y hasta mi pobretía, pasa las de Caín, pues viéndolo bien, no porque esté disgustada, por estos contratiempos, deja de ser tu esposa.

pe[TACH.. n][SOBRESCR..

—Pero yo te amo a ti, es a ti a quien deseo. Es por ti que eché a rodar mi vida...

/]sar. Piensa que

—Me has tenido. Ni hablar. Conserva el recuerdo como algo amable, no me lo hagas pensar. Piensa que de no ser por mí, jamás hubieras conocido una aventura. Total: felizmente cometiste una acción irrazonable. Con mi honorable tía no te hubieras enterado nunca de lo que es amar a cien por hora. Te repito, nada has perdido. No tienes que hacerte la víctima, ni martirizarte el alma, como si fueras un marido engañado. Conmigo has gozado y ahora te toca demostrarme que eres un caballero. Después de todo eres mi tío. Lo que pasó entre nosotros no tiene que volverse drama. —Sonrió angelicalmente y dijo con una dulzura digna de eternizarse en la historia—. Te prometo que mi suerte ha de resolverse en corto tiempo. Mientras tanto yo no te niego nada. Mira chiquito, estoy segura de que tu mujer olvidará el “detalle” y serás para ella un prestigiado don Juan. Subirán tus bonos, lo verás... No cualquier conquista tiene una figurita como la mía. Y toda coqueta le enseñaba las piernas.

cualquier[S. L. a]

Los labios de Contreras, de una transparencia verdosa, próxima al síncope, balbuceaban:

—Por ti lo perdí todo...

—No te quejes tillito lindo, no te fue tan mal. —Efusiva lo abrazó.

Quince días después Irma le confesó que estaba encinta.

—¿Quién es el padre?

—¡Oh, qué importa! Un “niño bien” que no se casará conmigo. Ante la furia de Contreras, la muchacha lloró, pidió clemencia, dijo que por vivir con él, todos la ofendían. Se recostó en sus brazos y entre hipos suplicó que no la abandonara.

—Mi Gordo, mi amor, no vas a desampararme ahora. —Le besó las manos humildemente, tan humilde que a Ramiro le entraron ganas de arrodillarse. La veía allí, desvalida, confiada a él, con los interrogantes ojos enloquecidos de miedo. Si quería podía destruirla. Al mirarla agazapada volvió a su memoria un recuerdo de su adolescencia: De cacería con su padre por los linderos de la sierra, atraparon una venada que acababa de parir. Contreras no olvidaba el terror desmesurado que le vio en las pupilas. Dos negras heridas por donde entraba a raudales el espanto. Los mismos ojos de ella. “¡Déjala que huya!” —suplicó a su padre.

Su piedad creció al tamaño de su amor y no le importó el egoísmo, ni la inconsciencia de la mujer. Le dedicó su tiempo, su ternura, su cuidado, sin regatearle gastos ni antojos. Nadie hubiera hecho más por ella, ni un padre, ni un marido...

[TACH.. día y noche,
[SOBRESER.. cariñoso]
[TACH.. de sobra]
compensado.

Los últimos tres meses Irma tuvo que guardar cama. Para el Gordo, la orden médica fue la gloria. La tuvo para él sólo. Obediente a sus caprichos, mimándola cariñoso al cumplir sus gustos se consideraba compensado.

El 29 de diciembre nació por fin la criatura: una niña. Irma la dejó en la cunita comprada por Contreras. Una nota prendida de las sábanas decía:

Tillito lindo: Te heredo mi hija. Sé que tú la querrás y también la querrá mi tía. Reconcíliate con ella. No pienses que soy un monstruo. A la niña yo de nada le sirvo. Conmigo pasaría demasiados trabajos. De lo que más me arrepiento es de hacerte sufrir a ti. Te quiere y te deja mil besos Irma. --- P.D. Me gustaría que la niña se llamara como mi tía. Lolita.

Con la singular herencia Contreras no tuvo más remedio que implorar la ayuda de la hermana, la buena Genoveva, viuda, quizá demasiado vieja para esos trances. Genoveva fue a vivir a la casa del Gordo para atender a la "huérfana" y consolar a aquel pobre hombre, hundido, deshecho, que permanecía inmóvil horas enteras frente a la cuna, como si en aquel pedacito de carne rubia, salido del vientre de la amada, pudiera desentrañar la historia, el secreto de Irma, de esa niña inhumana y a la vez apasionada y tierna que lo había destrozado. Enfermizamente reconstruía la aventura vivida a sus espaldas; la felicidad de los amantes. Este pensamiento era la llaga que lo enloquecía.

De cuando en cuando, con su índice torpe, el Gordo acariciaba la mano diminuta de Lolita. La piel de la niña, era más suave que los pétalos de jacaranda que llovían sobre el prado del jardín de Pablo.

N O V E L A (?)

MEMORIA DE UNA ESPERA

Por GUADALUPE DUEÑAS.

Cuaderno n. 2

[SOBRESCR..
(Cuaderno n. 2)]

Hasta la semana de pascua, la mañana del lunes, las monjas se desprendieron de su rama de gracia y visitaron a “Mabel” para llevarle una reliquia que le habían prometido.

[TACH.. a][SOBRESCR..
A]mericana

La Americana, débil y amarilla, nublada de rimel, salió al encuentro del tímido llamado de las hermanas, aunque casi no podía andar por el peso de plomo de su alma. En cutis de pergamino, los jeroglíficos de la desazón hendían más los surcos de las lágrimas. El constructor de barcos explicó alguna vez a sor Imelda cómo la sal se infiltra y hace caminos en el acero de los buques como una mano que los fuera arrugando. Amorosa y discreta la madre Teresa la puso sobre sus hombros, la condujo a un sillón, la acomodó, buscó peine y lociones, y cuidadosamente, lo mismo que si se tratara del bordado de una casulla fue poniendo en orden, cabello por cabello, gesto por gesto, ademán por ademán. Tal vez, así lo hubiera hecho con sus pensamientos e imágenes, humo, hojas dejadas al azar en la tempestad del cuarto. Entre las dos la vistieron con ropas buscadas afanosamente: blusas de invierno y faldas de verano. Mabel sin protestar, casi sin advertir el despropósito, las acompañó tomada de sus manos.

[TACH.. C][SOBRESCR..
c]onstructor

Cuando llegaron a la antesala todos se alegraron. El mismo Contreras se alegró. Los fieles asistentes le hicieron el regalo de sonrisas pulidas y espontáneas. Don Chepe le arrimó el banco donde le gustaba encaramar las piernas. El artista le puso en el regazo, un barquito como una miniatura de Chellini en la mano del Papa. El licenciado se inspiró para limpiar el polvo que velaba la pintura de Hidalgo, tan admirada por Mabel, con el envés de su corbata. Llovieron preguntas sobre la salud, sobre la palidez, sobre la ausencia. Las tejedoras ofrecieron el calor de unos mitones⁵⁰ al estrechar las manos frías de la extranjera. Don Andrés no obtuvo respuesta para sus insistentes aclaraciones

[TACH.. p]
[SOBRESCR.. P]apa
inspiro[E. L.]

f[E. L. r]ias / frías

⁵⁰ *Mitones*. (fr. mitón; de origen incierto, quizás de *mite*, mínimo). m. s. XVIII al XX. Especie de guante de punto que deja al descubierto los dedos (*EI, MA*).

Pensaba[E. L. n]

sobre el ídolo verde de la casa en San Ángel. Mónica en un acto de piedad despiadada, por nada y le pone la punta de los dedos sobre una pierna, más solamente retuvo su mano desvalida y marchita. Pensaban y emprendían el esfuerzo cortés para que el fantasma no desapareciera, para corporizarlo y convenir en que no era tal, sino de carne y hueso, que había regresado y que su mirada azul y su melena de trigo y su gargantilla de carey, eran reales y no ese azul vagaroso, y ese trigo intangible y ese hueso ilusorio.

Si no hubiese terminado ese día no hubiera tenido que aguardar ni el miércoles ni el jueves con desolada inquietud, con indiscreta preocupación, con decepción creciente.

[TACH.. es el]
[SOBRESER.. es
al] principio

Mónica creyó su deber ir a visitarla. Fue la portera quien le abrió la puerta del dormitorio. Pedacería de vidrios, botellas lánguidas, deshechos de botanas y luquetes⁵¹ exigían pisar fuerte para no resbalar o golpearse en los muebles desordenados. Desde su cofre de humo, Mabel movió una mano y lanzó un gemido de invitación. Centelleaba como única viveza la hielera repleta, donde Mabel hundía sus escarpados dedos para extraer las raciones geométricas y decantarlas en sendos vasos con *whisky*, tres o cuatro, colocados en fila que iba a beber indistintamente y que cuando estuvieran agotados arrojaría con un movimiento de la pierna hasta que no quedara uno, y, entonces, beber directamente en la botella. De la borrachera inusitada de Mabel salieron burbujas confidenciales del habla, difícil es al principio y después como agua hirviendo, hasta su consunción, hasta un charquito de nada.

[TACH.. rato][S. L.
paso] por [TACH..
rato][S. L. paso]

Mónica se enteró de que Mabel como otros tantos fines de semana estuvo en Acapulco, que fue a dorarse, a nadar, a excitarse. El ejercicio, el alimento, el paisaje y el alcohol olvidado hacían que la sangre llameara en sus arterias y corriera desbocada por sus venas. La grieta abismal del placer la atrajo con su laxitud fascinadora. La necesidad de compañía estalló en un roce, en una mirada alucinante, en un signo escaso. La soledad inconmensurable dio lengua al engañoso vértigo arrebatado a la fugacidad de un abrazo en una pista de baile. Después, paso por paso la interrogación sorda, la pregunta inválida y un dolor denso intransferible. El simulacro de amor del compañero fugaz, se le convertía en vertiginoso desconsuelo.

desalentado[E. L.]
indisernidos /
indiscernidos

El *sport* sexual llegó al límite: la busca del gozo que le punzaba en un resquicio olvidado, en lo más escondido de su alma. Ahí ardía la maldición de cargar con la tristeza de la carne que no apagaba la persistente lluvia de su espíritu, inconforme y desalentado, con reproches indiscernidos, por frívolos, por vanales, por sobrepuestos en asociaciones paganas, por asentados placeres intolerables. La llaga

.....
⁵¹ *Luquetes*. Pajuela de azufre. Rodaja de limón o de naranja que se pone en el vino u otra bebida para darle sabor (*DUE*, *MM*).

condenatoria crecía semejante a un cáncer en los escombros de su sensibilidad maltrecha.

Mabel ignoraba que el gozo no era el estremecimiento de su cuerpo, ni sus palpitations aceleradas, ni el temblor de sus muslos; que el gozo no era la alegría animal que la transformaba y de improviso anulaba su dignidad; que el gozo no era el rugir de los sentidos que arrasaba su delicadeza y liberaba la osadía bestial de su intimidad, para dejarla trémula, herida, abyecta. A Mabel la educaron en la fiesta del placer sin lamentos, en el desvarío donde no cabe el espanto, en la empresa de obtener todos los jugos del delirio. El erotismo la destruía con sus relámpagos con su turbulencia incontrolable, con su sed de deleite, sometida a un fuego enardecido y satánico que le sacudía las raíces de la vida, con la impresión más real y efímera de que existía.

Como la lava del volcán, como la lengua de la boca, así salió el mulato del mar. “Era —dijo— como el dios del viento. ¿Sabes?, la piel adolescente parecía imantada, sólo un paliacate debajo del ombligo asentaba su desnudez. Yo lo perseguí.”

Mónica lo vio joven y fuerte hundido en los abismos del agua. Lo vio robar almejas naranja y beberles la sangre con sueño; atravesar con su arpón de cobalto, feroces erizos y llevarse el botín como un racimo de dagas. A él no le inquietó la cercanía de la extranjera. Alardeó de indiferencia, de seguridad, de ser feliz, dueño absoluto de un extraño universo donde Mabel resultaba mendiga y él un tigre desdeñando la presa. Mabel subió al acantilado, lo observó temerosa, lo vio abrir las entrañas de los frutos marinos y devorarles goloso la pulpa nevada con crueldad insana. Seguro de que lo veían, de que una carne rubia admiraba su viril encanto y de que dos ojos interrogantes caldeaban la distancia, como el más experto domador, iniciado desde siglos en prácticas malignas, ignoró a la hembra. Jactancioso, altivo, sensual, trepó por las palmeras como por un camino propio. Al curvarse el cocotero bajo el peso de su abrazo, su cuerpo era un arco de ébano prendido entre las hojas. Vigiló a la gringa que inútilmente esperaba. No bajó ni cuando el sol derritió su incendio inundando el mar, ni cuando ella hambrienta y fatigada regresó a la arena teñida de un crepúsculo desesperante.

Revestido de antorchas, apareció en la noche.

Pájaro y pez, hecho de mar y de espacio, ejecutaba piruetas, desde las peñas más altas, para obtener unas monedas. Mabel, instalada en el lujoso bar, adivinó al muchacho en la poca soberbia, ¡indistinguible para los demás y vivo en su deseo! Lo vio con los ojos nuevos de los alucinados. Estaba ahí, indiferente a la curiosidad de los extraños y a su agresivo conversar desagradable, que él comparaba al ruido de las gaviotas en las islas de guano. Su indiferencia lo salvaba de la nostalgia de los otros y del miedo corruptor de saber si eran más fuertes o más dichosos. Observaba a los blancos y sentía pena por ellos; lentos y gelatinosos,

la vio / lo vio

[TACH.. m]

[SOBRESER.. M]abel

[TACH.. r][SOBRESER..

p]oca soberbia

ostiones desahuciados; las mujeres pálidas rellenas de lecho de higuera, niños frágiles como flores de guayabo. Pensaba en hombres de todos los colores, igual que los peces: morados, amarillos, verdes.

Entró al bar tras el aplauso; desdeñosamente aceptó la paga por su hazaña y no quiso repetirla. Al pasar frente a Mabel, ella pretendió comprarlo y extendió un billete fluorescente, pero pasó de largo. Cuando temblorosa y sorprendida guardaba los billetes, una mano ágil, una garra ávida, la detuvo y un puñado de conchas resbaló por su espalda, como una caricia anticipada.

Mabel durmió con él bajo el amor del cielo, sin más techo que el naufragio de las estrellas altas. Acarició su cabellera de negra jungla en el olvido y él la enloqueció con su aliento salado. Bajo el manglar esperaron la sorpresa de la luna nueva.

No recordaba Mabel cuántas noches pasó llorando para conseguir que consintiera en acompañarla a México. El mulato alegó que nunca había vestido ropas de cristiano, ni jamás una jornada adentro en la tierra, ¡nunca más allá de donde se escucha el *bangó* del agua! Con ropa de paisano, el mulato desmerecía, pero Mabel estaba ciega de lujuria.

Ya en México, en la mansión citadina, el nativo volvió a lucir su paliacate rojo.

Mimado por la extranjera, sólo a ratos parecía olvidarse de su playa. Durante esos días la gringa no bebió. Deseaba tener alerta los sentidos.

La versión de los hechos no pasaba de ser aventura turística; pero oírlo de labios de Mabel, a través de un concepto amorfo, de un extraño sentido de libertinaje, mezclado casi a inocencia animal, escapaba del enfoque de Mónica. El derecho sin límite a la donación de sí misma implicaba una generosidad desconcertante.

Sin pudor, crudamente, con la cara iluminada por una exaltación malsana, Mabel describió a Mónica los detalles de sus orgías. Sus refinamientos combinados con el salvajismo primitivo del muchacho, al menos por unos días disimuló la diferencia de edades.

tremant[TACH.. a]
[SOBRESER.. e]

—Una noche —con la boca febril, tremante, con la angustia con que las brujas confiesan sus secretos—... Una noche ahí sobre la alfombra, sobre esa alfombra, en un día como éste, marcado para siempre en la eternidad.... él me inició en una droga extraña, en sensaciones desconocidas...

Y ante la respiración de Mónica que no podía menos que escuchar, de asomarse al proceso de una pasión a la que ella estaba negada, Mabel describió sus noches infernales; hasta la última en que el mulato la pateó brutalmente azuzado por el tóxico.

Mónica no se atrevía a mirarla. La oía sollozar con un estertor seco, con un lloro que no terminaba nunca.

Se preparó una nueva fila de jaiboles amparada por su silencio. Sin palabras transcurrió media hora. La gringa era un hipo sin lágrimas.

De pronto, con otra voz, preguntó dulcemente, acariciando las mejillas de Mónica:

—¿Miss Sámano acabaron suéter?

—Creo que sí....

—*It is very nice!* —aspiró aire con un suspiro ancho, profundo.

—*I hope the Ministro ser a really person, because ya no espero nada.* Mi solo verlo de noche. —Rio nerviosamente hasta real / really

contagiar a Mónica mientras repetía con su voz ahogada—. De día *it is imposible...!* Una risa histérica la sacudió nuevamente.

Luego guardó silencio y dijo desolada:

—*I'm waiting for him, but he forgot his promess and forgot me forever...* —En su mirada no podía haber mayor tristeza.

—Mabel, todos la queremos, nos hace falta verla. Mabel [E. L. ,]

—*Oh, my dear you are so sweet!*

—¿Vendrá?

—*Yes, I promess.*

[TACH.. agresivo] plumaje Marco Antonio Morales hablaba aquella mañana, en medio de
[TACH.. su][SOBRESCR.. la]frente la antesala, con esa exaltada euforia que a veces lo poseía y que
[TACH.. se ... el nervioso invariably anunciaba un próximo periodo depresivo. Su
frotar de las manos. Por] apariencia era exacta a la de un líder obrero. Sin corbata, la camisa
[SOBRESCR.. levantaba oscura falta de botones, el pantalón hostil, en desacuerdo con el
agresivo un cerrado saco. El plumaje de la frente levantaba agresivo un cerrado
abanico de agujas. Por] abanico de agujas. Por] de agujas. Por un instante tuvo aspecto de carnero rabioso, irguió su
insospechado perfil de arcángel y su lengua empuñó las palabras.

convenc[TACH.. i]er Mónica tardó en darse cuenta del sentido de su perorata. Las
expresiones usadas, y las sugerencias hechas, para convencer a los
visitantes de la originalidad de sus planes, más bien correspondían a la
estrategia de un safari.

Si la maniobra de las señoritas Sámano desconcertó al auditorio, lo
que proponía el licenciado resultaba tan fantástico como una intriga
policíaca.

—Tenemos que organizar una campaña para descubrir la
verdadera identidad del Ministro. Les propongo un pacto, algo
más eficaz que obsequiar un chaleco, desde luego sin que el
regalo quede descartado. —Al advertir esto, hizo una reverencia
a las aristócratas que humildemente doblaron la rama de su
cuello sobre el tejido.

—Se necesita que cada uno, sin excepción, averigüe algo que
nos dé la clave de la existencia del mandatario. Toda la noche
dio vueltas en mi cerebro esta idea —dijo sin tomar aliento—.
Para salir de dudas, debemos dedicarnos encarnizadamente a
esta cacería. No entiendo cómo no se nos había ocurrido antes.
Hemos perdido un tiempo precioso. Si el Ministro es un hombre
como nosotros, en algún momento será visible. Bastará con que
cualquiera de los presentes logre hablarle para asegurarnos la
oportunidad de ser recibidos. ¡Empeñémonos en esta búsqueda!

—dijo como si se tratara de algún venado—. Cada quien haga uso de su ingenio. Turnaremos la vigilancia hasta capturarlo. Actuemos con la sagacidad con que cazaríamos un halcón o un ánade. No obtendremos nada lamentándonos y permaneciendo con los brazos inermes sospechosos de su inexistencia. —Subió el tono de voz—. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que tomar el té con las señoritas Sámano o regalarnos en la casa de Pablo. Justamente lo que las damas idearon, es más de lo que se nos ocurrió a nosotros en tan largo tiempo. Enviar un obsequio es más positivo que haber permanecido en la antesala un año como postes. Hemos sido de una pasividad extrema.

Parecía que el licenciado no podía terminar su discurso.

—Dentro de nuestras posibilidades, cada quien puede hacer sus investigaciones. El resultado lógicamente nos aclarará el misterio. Yo los convoco aquí dentro de quince días, solamente quince días, ¿se dan cuenta? Quince días para que aportemos el resultado de nuestras pesquizas y de una vez por todas nos desengañemos. A la mejor sucede que el señor Ministro visita esta semana el Orfanatorio, como anunció a su Reverencia el medio hermano, por ellas mencionado, y esas buenas mujeres nos consiguen la entrevista.

por ellas [TACH..,]
mencionado [E. L.,]

—No hemos cesado de orar —dijo sor Imelda.

El Gordo la interrumpió con su inflexible don de aguafiestas:

—Los rezos no consiguen nada, madrecita —y enfrentándose al licenciado aprobó.

—Me gusta su plan, licenciado Morales. Yo me comprometo a vigilar la casa del Ministro durante los quince días.

—Lo veremos a como dé lugar.

Pablo escucha impávido.

El licenciado miró a Mónica, en espera de su asentimiento. La muchacha le mostró una sonrisa desencantada.

—Al menos podemos probar —suplicó Laura que no había perdido un solo punto del discurso y sí varios del tejido.

—Nada perderemos —se oyó decir a don Andrés, quien había estado ausente durante tres semanas, agobiado por uno de sus ataques de reuma.

—No resultará —murmuró don Chepe entre dientes.

—No hay que ser tan pesimistas —reiteró el licenciado—. Tenemos que intentarlo.

Pablo preguntó:

—¿Como deporte?

Cómo / Como

—Suponga usted que como deporte. No será peor que esperar aquí sin la más leve oportunidad. Lo que me ha enfermado es

permanecer inactivo. Le juro a usted que no aguanto más.
 —Yo poder verlo —dijo la americana con voz estropajosa—. Yo poder verlo esta noche —y se tambaleó en la silla.
 —No resultará —esta vez nadie oyó al Conserje.
 Los ojos de don Andrés brillaron, dio unas palmadas en la espalda a Morales y entusiasmado con su secreta manía policiaca expuso sus opiniones minuciosamente.
 —Es cuestión de olfato, de encontrar la pista. Hay que ordenar el método que debe seguir cada uno.
 —No, don Andrés, es mejor que cada quien siga su libre iniciativa, —protestó el Gordo— nada de cortapizas.
 —Pero sería una plancha coincidir en el mismo rastro.
 —No se preocupe por eso, don Andrés. Nuestras horas de trabajo y nuestras actividades son bien distintas. No hay ninguna posibilidad. Por ejemplo, mire usted, a la señorita Mónica no se le ocurriría vigilar la residencia del Ministro durante la noche.
 —Yo tampoco podría hacerlo, señor Contreras —respondió don Andrés adelantándose. —Tome usted en consideración mi reumatismo crónico que me impide estar largo tiempo de pie y más con estas nohcecitas cargadas de sereno.
 —Es un decir, señor, solo traté de ponerle un ejemplo. Nadie lo va a obligar a soportar la intemperie. Es evidente que usted no podría.

de reumatismo /
 reumatismo

Don Andrés se molestó.

resultara[TACH.. acento
 encima de la a]
 [S. L. TACH.. que] el señor

—Si padezco reumatismo, no será por mi gusto, no escogí la enfermedad. Pero me sobran medios para seguir un indicio, sin necesitar hacerla de “velador” y mucho me temo que el plantón resultará inútil, pues según tengo entendido el señor Ministro, no es lo que se dice un “parrandero”, sino una persona de costumbres morigeradas que se recoge siempre muy temprano.

—Pues corren otras versiones, amigo, y yo no metería la mano por él en eso de la abstinencia...

La gringa soltó una risita, que demostraba cuan familiar le era el idioma español. Hizo un guiño malicioso al anciano y parecía dispuesta a darle amplias informaciones. La madre Teresa intervino.

maldicencia /
 malediciencia

—No vamos a dedicarnos a la maldicencia, Mabel.

—Pero en este caso la murmuración nos beneficia —dijo Laura. La monja se quedó muy seria. Y el Gordo Contreras comentó:

—Lo malo es que a la *Miss*, en esto no podemos darle crédito, porque a ella la visita un conglomerado demasiado fluctuante, para que pueda precisar quién es el Ministro.

—¡Oh! mi saber —Mabel mezclaba la risa con palabras ininteligibles.

—Se trata de un trabajo serio —les recordó el licenciado.

—No hay más que hablar compañero —respondió Ramiro.

—Aquí estaremos puntualmente dentro de quince días y alguno de nosotros aportará los datos que descubran la verdadera identidad del Ministro.

—No resultará —repitió por tercera vez el Conserje—. No resultará.

Era tan dolorosa la expresión que había en el rostro de Mónica que Pablo le preguntó al salir de la antesala:

—¿Qué le pasa, por qué anda tan desalentada? Sigue cultivando su dolor como planta venenosa. Y con repentina dureza le espetó: —Pero si usted sabe que él la desprecia precisamente por la fidelidad que guarda a su recuerdo. Por salud, es lógico que lo arranque de su corazón.

—Lógico, lógico, si la gente hiciera lo que es lógico, nadie estaría donde está, ni pasaría por lo que pasa. Y los actos responderían a las matemáticas. ¿Es lógico que un hombre niegue lo que aseguró y se mofe y haga escarnio de la inocencia del otro y de la ternura que él posee, no es un esfuerzo de maldad? Sí, ya sé, la idea conduce al acto, pero en ese ejercicio de desamor, le juro que él también saldrá perdiendo.

—Bueno, suponiendo que así sea, usted jamás podrá recuperarlo dentro de sí misma. Espiritual y moralmente, ese tipo le falló en toda la línea. Jamás le perdonará que haya resultado un fraude. Lo único que va a conseguir es llenarse de odio y no puede imaginar lo que eso daña.

—¡Vaya! Usted cree en el odio, pero no en el amor.

—Creo en la salud. Abomino de ese sentimiento viscoso, enfermizo y miserable.

—Prefiere el hastío.

—Déjese de cuentos. Olvidar es una actividad vital, tan necesaria como la misma memoria.

—Olvidarlo sería caer en mi propia nada —dijo Mónica con aspereza.

maldad. [E. L. ?]

[TACH. si][SOBRESER.

él] también

Los pasos de Pablo acusaba en las baldosas su vilencia. Mónica se dio cuenta y le hizo un cariño en el brazo.

—Está bien, Pablo, otro día hablaremos, hoy no me siento capaz de soportar sus demoledoras convicciones. Deberían ser amigos, usted siempre está de su parte.

—¡Vámonos respetando, Mónica! Yo no tengo alma de pinacate, no me gusta destruir el corazón de nadie. A mí me duele su inocencia y me indigna que se estime tan poco.

—Usted piensa como él —lo dijo Mónica como un insulto.

—Para ustedes una mujer mundana no puede enamorarse como

pinacat[TACH. a]

[SOBRESER. e]

una campesina, sino que debe tener algún amuleto que la salve; si flaquea, hay que castigarla sin misericordia. ¿Sabe? En ustedes la lógica sólo funciona cuando han saciado un capricho o han fracasado en él. De otra manera son los primeros en atropellarla.

Pablo rio.

—Estoy seguro de que va mejorando. Ahora sí la encuentro capaz de razonar y de salvarse. Un poco más y le auguro una clarividencia total, y en breve la paz definitiva.

—Me alegra su pronóstico, pero no será tan fácil. No sé donde acaba mi amor, ni donde empieza mi odio. Lo único que sé es que reviviendo mi llaga mantengo el fuego.

Estaba contento de que ella cerrara para siempre el amargo capítulo que durante tres años la habían colmado de sufrimiento. La ventaja era que Mónica tenía a su favor la actitud demoledora e innoble de su exenamorado, infalible para destruir el cariño más acendrado⁵² del mundo.

.....

⁵² *Acendrado*. Como adjetivo aplicado a palabras como amor, cariño, fidelidad y honradez y semejantes; puro o purificado por las pruebas (*DUE*, MM).

La madre Teresa de la Inmaculada escuchaba las razones de la Reverenda, que insistía en la inutilidad de las idas y venidas a la antesala del Ministro.

—No es prudente continuar ausentándose, el noviciado la necesita.

Teresa de la Inmaculada vio pasar a la vieja hermana sor Augusta, encorvada, macilenta, con las sepulcrales manos sobre el pecho, intentando dar calor a un elder recién nacido. Sus labios imploradores, dibujados para la oración, expelían vaho tibio sobre el indefenso arrebujado en sus huesudos cuencos, a la manera de una borla diminuta, de un gajo de armiño, de un egret quebradizo. La vio subir por la rampa y desaparecer en el refectorio y pudo contemplarla luego en su máxima ternura, elevando el plumaje hasta la mancha del sol próxima a borrarse. Sostenía al polluelo, escondido ahora en la manga de su hábito, elevaba el brazo demandando al rayo mínima consolación.

Cuán frágil figura la de sor Augusta: un temblor de vidrio, con transparencia de hostia, más frágil más, que el pájaro oculto entre los pliegues de sus vestiduras, quien duraría mayor tiempo. Andaría por la tierra, nadaría en el estanque, largos días añorando la dulce presencia de sor Augusta, después de amaneceres y crepúsculos que brillarían tristes. El convento no sería el mismo, cuando el halo desprendido de su existencia se ocultara en la eternidad.

El impulso de la madre Teresa hubiera sido el de arrodillarse a los pies de sor Augusta y gritarle que no abandonara el mundo, era necesario contemplar su virtud, para superar el desaliento hospedado a veces en su corazón, y en el corazón de todas. Ella allí, con sonrisa beatífica y cien llagas purulentas avanzando por su sangre a velocidad de incendio, imagen incomparable de esperanza, necesaria para seguir creyendo. La redención valía por esta sola alma, el Holocausto

e[TACH..t][SOBRES.]der
tibio [TACH..,]
cuencos[E. L. ,]

Critso / Cristo de Cristo por ella sola. ¡Qué misterio terrible! ¡Qué amor el de Dios por su criatura!

—La señorita Mónica solicita una cita, para hablar con su Reverencia —dijo la portera dirigiéndose a la superiora.

—¿Es la joven que nos ha visitado ya? La pregunta tuvo que repetirla de nuevo, para que la madre Teresa se desprendiera de la ventana, donde la retenía el hechizo de sor Augusta.

—Perdone su merced... ¿decía?

—Mónica llama por teléfono. Pide hablar conmigo; le ruego se entere de lo que desea y de ser posible, posponga la visita. Hay demasiado trabajo....

La portera explicó:

—La señorita quiere venir en compañía de la señora Renata Linares Manterola de Galarza y de su hijo Pablo, para hacer entrega del donativo prometido, para la ampliación del orfanatorio.

Los ojos de la madre Teresa brillaron al exclamar:

—¡Reverenda, Dios nos ha oído!

La superiora enrojeció emocionada, se puso de pie. Su estatura no sobresalió mucho del nivel que tenía cuando estaba sentada.

—Ustedes dirán... —inquirió la portera—, la línea está descolgada...

—¿Entendió usted que venían a traer un donativo?

—Eso dice la señorita, espera contestación...

—¡Vaya, madre, contéstele usted! ¡Este es un milagro de la Providencia!

—¡Dios bendiga a Mónica! —dijo la madre saliendo apresuradamente.

—Llegarán antes de una hora —explicó la madre Teresa al entrar de nuevo al despacho de la superiora—. Será una ayuda de importancia, reverenda madre.

—Avisé al padre Esteban. Debemos recibirlos cortésmente: que se aliste la prefecta y Ana de la Cruz que habla italiano. También convendría que dos o tres novicias engrosaran el séquito. Sacudió nerviosamente el polvo del escritorio con un plumero pequeñísimo.

—¡Qué mortificación!, no tenemos jerez, ni galletas frescas. Deberíamos ofrecerles algún refrigerio.

—No se preocupe, reverenda, Mónica sabrá amenizar la entrevista.

—Usted estima mucho a Mónica.

—Me inspira una gran ternura. Tiene madera para ser algo mejor.

—Me pareció una chica atormentada.

- Y lo es, reverenda, lo es como nadie.
- Es extraño. Al parecer tiene bastantes cosas a su favor.
- Entre otras, una conciencia excepcionalmente lúcida que por una parte la levanta y por otra la aniquila.
- Como tantas criaturas mundanas es un alma desorientada.
- Pero vale la pena ayudarle.
- Desde luego. Haga lo que pueda por ella.

[E. L.----- o -----]

La mamá de Pablo llevaba un abrigo de nutria. Mónica, sentada a su lado aspiraba el perfume desprendido de la señora. En el asiento delantero, Pablo indicaba al chofer el camino más corto para llegar al convento.

Doña Renata interesaba a Mónica en la descripción de un evento artístico al que había ido la tarde anterior. Se trataba de la exposición de una originalísima pintora. La muchacha aparentaba escuchar, mientras impaciente, deseaba tener suerte y llegar antes de que el padre Anselmo se hubiera marchado. Sería un descanso para ella ponerlo en contacto con Pablo.

[TACH.. la] suerte

Al llegar sólo Mónica advirtió la conmoción que en las religiosas produjo la visita.

El padre Anselmo, la Reverenda y cuatro religiosas más, formaron el comité de recepción.

D[TACH.. p]

Doña Renata Linares Vda. de Galarza estaba emocionada ante el agradecimiento que le demostraron y se interesó sinceramente en los proyectos, unos ingeniosos, otros ingenuos, con que se beneficiarían los niños. Su irresistible don de gente conquistó a las monjas enseguida. Halagada con las manifestaciones de afecto, prometió concederles además, una cuota mensual para sostenimiento de la obra.

[SOBRESCR.. o]ña

[TACH.. ????]

[SOBRESCR.. prome]tió

Doña Renata quiso conocer a sor Imelda, pero la postración de la hermana que había recaído nuevamente lo impidió.

Mónica, con estrategia, logró que Pablo se quedara en el recibidor con el padre Anselmo.

—Es muy encomiable la generosidad de ustedes —insinuó el padre.

—Agradézcala usted a mi señora madre. A ella le divierten estas cosas.

—La filantropía entraña un delicado sentimiento.

—¿Usted lo creé?

—Sí, es parienta cercana de la virtud más grata a Dios, la caridad.

—Caridad es amor, filantropía es otra cosa.

—Sí, está usted en lo cierto.

La hostil actitud del joven no pasó inadvertida al sacerdote. Por su

parte, disimuló en lo posible las desdeñosas respuestas que claramente demostraban antipatía y reserva.

Pablo empeñándose en un juego de violentos sofismas para confundir al padre insistió.

—Por supuesto que para las monjas, el donativo no es otra cosa que la palpable intervención de la Providencia.

—Exactamente.

—Es lo que ustedes consideran un milagro.

—En cierta forma lo es.

—Los milagros, digo, esta clase de milagros, ocurren con frecuencia a los católicos, a los creyentes y a los que no lo son. No hay suceso, por más mínimo, que si se analiza con seriedad, no provenga de un designio que escapa a nuestro discernimiento. Llámelo destino, producto de una gestión o consecuencia natural.

—Me va usted a salir ahora con el eterno estribillo de “no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Señor...”

—Usted está aquí, ha venido misteriosamente arrastrando....

—Por la casualidad...

—Habla con una persona cuya investidura le repugna y cuyas ideas no le interesan. Hace un mes o más, bien lejos estaba de imaginar esta visita, de suponer este encuentro, esta conversación...

—No soy adivino, no. Lo que pase mañana tampoco lo sé.

—Ni sabe el motivo por el que Dios lo ha conducido a este instante.

—¿Entra en el género “milagro”?

—Milagro es nacer, vivir, amanecer cada día. Ahora que si a usted le interesa discernir el significado real de la palabra “milagro” que indica un hecho sobrenatural, es materia larga; pero quedaría sorprendido si alguna vez indaga en lo más profundo de su corazón el sinnúmero de sucesos a los que usted llama casualidades, golpes de suerte, triunfos etcétera y que muchos de ellos resultarían sobrenaturales o bien, fuera de su comprensión.

Pablo exageró su escepticismo. Tenía empeño en medir sus fuerzas con un buen contrincante. Además le irritaba estar hablando con el beato.

—Ustedes escabullen siempre el razonamiento. Lo más endeble de la fuerza que plantea la religión se prueba en el momento en que se les exige a sus representantes, y me refiero a los más preparados, respuestas lógicas. Inmediatamente hacen mutis, y sus recursos teológicos muestran telones y telones exponiendo ilusorias tesis que al final dan de bruces con la fe: un don por medio del cual, se acepta o no lo sobrenatural. ¡Ahora que el que no tiene el don se fastidia...!

—La humildad, por reconocer nuestras limitaciones, el lógico señor.

La risa de Pablo sonó forzada. Bajo su apariencia cortés se advertía la saña con que buscaba anonadar los argumentos del padre. Éste no perdía la calma, divertido lo iba acorralando dentro de la polémica. El comedimiento de sus aseveraciones menguaba el encono del joven.

—Nunca me he dejado aprisionar por opiniones ajenas. El hombre es libre de hacer lo que quiera con tal de que tenga el coraje necesario.

—Nada más no confunda “libre albedrío” con libertinaje.

—En mi léxico no existe la palabra pecado; ignoro el bien y el mal como planteo ortodoxo.

—Depende de la deformación de su conciencia.

—Todo está permitido. Anhelar el orden, la belleza ¡cuestión de herencia!, no espiritualismo: prejuicios atávicos que no responden a ninguna realidad. —Pablo parecía estar sobre un abismo, continuó—: La verdad es que la vida consiste nada más que en una comedia inmunda. Antes creía que nuestra existencia era la espera de un gran acontecimiento, o de una catástrofe. Hoy, el vivir me parece un caos. El dolor del mundo resuena en mí espantosamente, en mí, que soy feliz según el concepto humano —ahora rió con amargura.

El padre dijo:

—En todos los rincones de la tierra hay hombres que sufren atrozmente en el cuerpo y en el alma; pero algo existe aparte de nosotros, en este universo que nos aplasta en su pesado silencio.

atroz[TACH.. a]
[SOBRESER..m]ente

Pablo no escuchaba, descendía su pensamiento a lo más profundo de su alma y se llenaba de repugnancia.

—Usted anda errante como un réprobo dentro de su propia conciencia, pero no somos animales, sino desterrados sublimes que hemos olvidado demasiado nuestra patria.

[TACH.. o]desterrados

—Y pensar que esos sufrimientos que esas lamentables torturas, carecen de sentido —dijo Pablo como si hablara consigo mismo.

—Millones de seres han gritado su angustia en las innumerables noches desde que fueron encendidos los soles en las primeras horas del universo. Y nadie ha escuchado palabras liberadoras y lo más grotesco es que no existen misterios y nos torturamos en vano. Usted que es creyente ha pensado en que este planeta, después de algunos millones de años, acabará por perecer y será como si jamás hubiere existido la humanidad?

—¿Qué quiere probar con eso?

—Que todo se precipitará por siempre en el olvido absoluto.

—¿Inclusive su alma?

—Nada habrá que guarde la memoria de lo que realizaron y sufrieron esas extrañas creaturas que un día soñaban en la Tierra, y que se llamaban hombres.

—¿Nada?

—Las sinfonías de Beethoven, la Biblia, los guerreros, los más sublimes sueños de los santos, Napoleón, Dante, la desesperación, el amor, la sucesión de los imperios del mundo, Cristo, todo fue perfecta y absolutamente vano y ese drama gigantesco que dura tantos siglos y del que no quedará un solo testigo, lo mismo podría no haber tenido lugar.

—Se equivoca... —Pablo siguió sin oírlo.

—¿No es una burla aterradora? ¿No es como para dar alaridos de angustia o para refugiarse en la muerte?

—Permítame...

—Un momento breve como un relámpago, estamos en el mundo, vivientes, con la tempestad salvaje de nuestras pasiones, torturados por todos los anhelos y todas las ilusiones, deseando aprisionar lo imposible.

El padre Anselmo, convencido de que era inútil parar el chorro discursivo de Pablo, escuchó paciente.

—Interrogamos al pasado, leemos lo que han pensado los hombres; no podemos comprender: sollozamos de éxtasis, de nostalgia, hacemos grandes gestos llenos de pasión, y luego, de pronto, nos quedamos extendidos, inmóviles, y ya no hay nada más, nada más...

Transcurrió un minuto de silencio. El padre Anselmo habló pausadamente:

[E. L. /] precipitan

—Cuando lo escucho, el dolor me oprime. Como usted, los hay que se precipitan por todas partes en busca de algo; sus almas atormentadas en ningún lugar encuentran paz. Hay quienes perseguidos y mancillados aúllan en la noche como lobos vagabundos, desesperados, taciturnos, han perdido toda certidumbre. Aun los que llegaron a los límites del saber caen de rodillas implorando quien sabe a qué Dios. Hay inteligencias que se rompen y se idiotizan a causa de la angustia inexpresable de su soledad en el universo; como usted se debaten en las tinieblas; pero ¿está realmente seguro de que la verdad es incognoscible, de que la verdad no existe?

*inconoscible /
incognoscible*

Pablo hizo un gesto desolado, y contestó con acritud:

—Dejémonos de disertaciones filosóficas que no conducen a nada. Realmente yo no estoy interesado en estas cosas. —Caminó nerviosamente por la sala y espió el jardín, la arboleda, el

claustro. El padre se quedó en su asiento con los ojos bajos. Miraba la punta de sus botas que sobresalían de la sotana. No oyó cuando Pablo regresó al estrado y le preguntó directamente, con una voz distinta, comedida, la misma que usaba entre sus gentes mundanas.

—Le estimaría más si me diera su opinión de hombre de honor respecto a mi conflicto personal. —El padre lo miró fijamente.

—Le explicaré a grandes rasgos —dijo Pablo—. Se trata de un asunto en el que participaron activamente altas personalidades del gobierno. Las cosas se complicaron y éstos se han ido esfumando sin importarles que la responsabilidad recaiga en sus empleados de confianza, de los cuales la mayoría ignora la naturaleza del negocio. El iniciador del plan se niega a defenderlos so pretexto de que resultaríamos directamente perjudicados. Ya he tenido numerosas discusiones con él y ha quedado rota nuestra alianza. Por motivos de amistad he prometido esperar diez días para que salga del país, si insiste en no defender a las víctimas; y como sabe que no transijo, no le queda más recurso que huir. —La frente del joven estaba humedecida de frío sudor—. No puedo cargar sobre mi conciencia el que unos infelices sean deshonorados y vayan a la cárcel.

TACH.. p]
[SOBRESOCR.. P]aís
[E. L. -]La frente
jo[TACH.. b]
[SOBRESOCR.. v]en
[E. L. -] No puedo

Los ojos del padre escudriñaban el rostro de Pablo. Molesto y nervioso el joven exclamó:

—¡En este asunto nos llevó el diablo y estoy dispuesto a declararme como único culpable, pues tampoco pienso arrastrar conmigo a los otros, si su ética no los obliga. Si mi socio no me apoya, seré el responsable, sin más. —Hizo una pausa y continuó luego como si hablará para sí.

—Siento causarle ese disgusto a mi madre, pero no puedo evitarlo. Tal vez encuentren algún atenuante mis abogados. —La aflicción del hombre era evidente, se frotaba las manos, se las retorció hasta hacerse daño. Reaccionó.

—Pero lo principal para mí es enfrentarme a mis actos. Lo tengo todo listo. Llevo semanas meditando. El escándalo que se ocasionará con el caso no es sencillo. Mi madre tendrá que irse, a Italia, con su hermana, pues ella no soportaría la vergüenza de verme complicado en un delito, por leve que fuera. —Exclamó con rabia—. Claro que todo se solucionaría si el Ministro echara tierra al asunto; pero el plazo se ha ido alargando indefinidamente. Las cosas han llegado a un punto en que ya no hay deliberación que valga.

El padre Anselmo se quedó sorprendido ante la delicadeza de conciencia de este hombre que decía no creer en el bien ni en el mal.

A Pablo le pareció cómica su admiración y se disculpó riendo:

per[E. L. o] ¡qué

—No dudo que sea mi turbio complejo de culpa el que me lance a provocar que estalle en desastre; pero ¿qué haría usted en mi caso, teniendo entendido que si callo, nadie puede acusarme y que al declararme responsable me descalifico para siempre y causo una pena a mi madre?

cómplices / cómplices

—Usted mismo tiene ya en su corazón la respuesta. Me alegra ver que le haya faltado “el coraje” para agregar a su delito la cobardía de dañar a personas inocentes. Es justo que usted purgue su error sin importarle el desacuerdo de sus cómplices. Eso le dará paz.

—Ninguna paz, fomentaré mi quijotismo, eso es todo.

—Llámelo así.

—Convendría que mi madre consistiera en irse a Europa antes de que explote el lío. Le he confiado a usted esto, precisamente porque es usted la persona más eficaz en el ánimo de mi madre y me atrevo a suplicarle que se lo proponga claramente. No queda otro remedio.

De regreso Mónica creyó ver una expresión diferente en el rostro de Pablo, algo como una lucecita de esperanza. Al despedirse, sus ojos la envolvieron en una ternura que sólo ella podía descifrar.

Mabel no cumplió la promesa hecha a Mónica. Después de su visita no había vuelto a la antesala.

Acostumbrado don Chepe a las frecuentes ausencias de la gringa supuso que ésta se debía a alguna soberbia “cruda” de la que regresaría como otras veces, con su vistoso traje escarlata y su garganta adornada con algún collar de Taxco o de Oaxaca.

Mónica se propuso volver a buscarla; pero el jueves avisó la madre Teresa que sor Imelda estaba muy grave.

La simpatía que le inspiraba la monjita la instó a ir al convento.

s[TACH.. e]impatía

El licenciado Morales la acompañó a Tlalpan. Allí se encontraron con las señoritas Sámano, quienes estaban sinceramente consternadas por el estado de la hermana. Desde la noche anterior su postración era alarmante. No reaccionó con la transfusión de sangre ni con la sobrealimentación de suero que ordenó el médico.

A la celda de la hermana no permitían la entrada; pero la madre Teresa les describió minuciosamente el proceso de la enfermedad: Extrañas visiones perturbaban la inteligencia de sor Imelda, que se debatía muerta de terror reclamando sin cesar su presencia y la del padre Anselmo. En sus momentos lúcidos no hacía otra cosa que implorar: “¡No me dejen morir!, No me dejen morir. Quiero estar viva. Virgencita, hazme el milagro!”.

[S. L. no] hacía otra

La virgen no escuchó esta plegaria, y esa misma noche a eso de las 11, el alma de sor Imelda voló al cielo. Tres horas antes su corazón entró en paz. Su mente se mantuvo serena. Consoló a las novicias que lloraban un “De profundis” al derredor de su cama y pudo sonreír a la Superiora al hacerle entrega de la cofia que le regalaron las señoritas Sámano y que ella quería que estrenara el Niño Dios de la Noche Buena. La vistieron con el traje de profesa, tal como alguna vez la imaginó Mónica. La diadema de nardos volvió su rostro más blanco y en la misa de las cinco parecía una santa de cera demasiado pequeña.

[TACH.. F][SOBRESCR..
“D]e profundis[E. L. “]

En contraste con esta muerte, esa semana, Mabel amaneció sin vida. Una nota diferente en la página de crímenes lo dio a conocer dos días después.

tantos [S. L. 7] del [S. L.
l] [TACH.. tal] callejón la
Escondida en San Ángel
[S. L. jón la Escondida
en San Angel]

Martina Rosas, ama de llaves de la residencia número 7 del callejón la Escondida en San Ángel, reportó a la policía que, su patrona, una extranjera que respondía al nombre de Mabel Stoner amaneció muerta. Lo descubrió al llevarle, como de costumbre, una taza de café negro. La policía investigó que se trataba de una turista aficionada a las drogas y al alcohol. El cadáver fue enviado al Hospital Juárez para que le sea practicada la autopsia.

[E. L. \]plateadas

Mónica, Pablo y el padre Anselmo fueron los únicos que la acompañaron al cementerio. En el momento de retirarse llegó un mensajero con una corona de hojas plateadas. Quedó sobre la tumba el póstumo presente que ostentaba la tarjeta del Ministro como una afrenta.

Pablo recorría de un lado a otro el salón de su biblioteca con la desesperante insistencia de las moscas que golpean los ventanales y rebotan el oscuro granizo de caparzones ciegos, las antenas mutiladas, las alas desprendidas de cuajo. Sus ojos tropezaron con el rostro de su padre, que parecía contemplarlo melancólicamente desde aquella cartulina sepia, y un relámpago de odio le hizo esconder el rostro entre las manos. Permaneció así largo rato. Ni una contracción, ni un latido, nada en su exterior que delatara vida; competía en inmovilidad con las columnas, con las grecas estucadas en los vértices del techo.

Hundido en la incompreensión de sí mismo, se debatía en el pantano de su propia existencia. Ponerse al abrigo de una disculpa, hubiera sido enturbiar aún más su conciencia. Ardua era la lucha que debía sostener para bucear en su espíritu. Su responsabilidad se volvía densa y terrible. Para alcanzar la plenitud de su deseo de justicia, arriesgaría su libertad y al menos sería leal con los otros y consigo mismo.

[TACH.. y cuya claridad
incomprensible
antes][SOBRESER..
incomprensibles antes
y cuya claridad]

Con la fugacidad que se vislumbra el filo de un arma, aparecía el proceso torrencial de un sinnúmero de actos, incomprensibles antes y cuya claridad lo hería de un solo tajo.

Avasallado por la absorbente personalidad de Raúl, se esforzó en analizar las últimas discusiones con el amigo.

Sí, Raúl opinaba que atender exclusivamente al concepto personal de sus deberes era el máximo egoísmo. Su decisión no pasaría de ser el impulso de un mediocre sentimental —así se lo había dicho—, restos de su corrompida educación plagada de convencionalismos.

sus [E. L. \] deberes

Su vinculación con el amigo se había esfumado, pero desde el fondo de su adolescencia emergía Raúl como algo extraño y Pablo ansiaba honradamente descubrir la afinidad que los ligó por tantos años. Caía en abstracciones. La vaguedad de sus recuerdos era irritante. De su entusiasmo fervoroso por el intelectual no quedaba ni una brizna.

En la primera época de su amistad, había superado terribles pruebas, pero ahora que la calidad de su ídolo estaba en juego, se enfrentó a la certeza de su equivocación.

Todo valor moral supuesto en Raúl era falso. Sabía que la indignidad del amigo acrecentaría su aislamiento; pero no era esto lo que iba a amilanarlo. Había sostenido un conflicto estéril dentro de su corazón y ahora no le quedaba más remedio que soportar la soledad, sin esperar protección.

[TACH.. de][SOBRESCR..
a) su conciencia

Desdeñar el llamado hecho a su conciencia por el padre Anselmo era imposible. Él no lo había tratado como a un creyente, sino como a un hombre que tiene que responder de sus actos, sin escapar, amparado por los subterfugios de un miserable traidor.

Juzgar así a Raúl le hacía daño; reconstruía el deslumbramiento que le produjo descubrir su cultura, sus conocimientos, la exquisita sensibilidad con que captaba la música, la pintura. La emoción que en él producía la belleza y el arte. Raúl había sido maestro y guía. La estimación que le profesó, el hechizo que irradiaba de toda su persona aminoró el temor y la desconfianza que a veces le causaba su diabolismo. Lo atribuyó siempre a su temperamento genial, al poder desmesurado de su fortuna, a la carencia de bases religiosas, a la suerte que parecía acompañarlo y someterse a sus caprichos. Recordó las épocas de libertinaje vividas, en donde fueron inseparables, hasta que ocurrió el accidente que lo postró en una silla. Durante esos tres años Raúl no lo abandonó; ni siquiera consintió marchar a Europa hasta que él estuvo en condiciones de viajar. También era cierto que de su desgracia Raúl había sido la causa. Intransferiblemente recaía sobre el amigo toda la culpa. Pero de su tragedia personal no quería acordarse. Los sucesos de ese aciago día los había enterrado en su corazón. Acerca de esto, Raúl y él jamás habían mencionado una palabra.

¡Cómo le dolía que aquel, su único compañero de siempre, huyera ahora como un enemigo!

Con aspecto sonambulesco se detuvo Mónica en el corredor, huyendo del barullo desapacible que la llegada de una “comisión extranjera” provocó al incurrir en la antesala. Oyó las evasivas del conserje, apremiado por las exigencias de los visitantes, quienes proyectaban ser recibidos enseguida. Don Chepe desenterraba su elocuencia para convencerlos de la “momentánea” ausencia del Ministro y, en su afán de retenerlos urdía descabelladas promesas. Mónica no quiso ver más la vasta sonrisa del viejo ni sus manos suplicantes. Adivinaba el deseoso rostro del conserje insistiendo en que la caravana se quedara allí petrificada como ella, como las señoritas Sámano, como Pablo, como Ramiro, como todos. Odió al fanático coleccionador de cadáveres. Sintió piedad por los mortales que solicitaban audiencia en cualquier lugar de la tierra. Su corazón se abatía. Pensativa jugueteó con las monedas que pendían de sus pulseras, sin advertir que don Andrés había salido en pos de ella, y estaba ahí con la respiración fatigosa del sentenciado a morir de infarto. El profesor repitió por segunda vez la frase en la cual Mónica no había reparado. Imprevista turbulencia sacudía la voz del hombre.

[TACH.. m][SOBRESCR..
M]inistro y,

—Le ruego que me atienda siquiera un minuto.

Mónica lo escuchó indolente, ahíta de ocio. Juzgó que la obstinación de don Andrés manaba del aburrimiento y sin interés se alejó unos pasos. La mirada del hombre se quedó rígida, sin fulgor. Sosteniéndose convulso del barandal se acercó a la muchacha.

ahíta / ahíta

—Me escatima un favor que ni al más infeliz negaría. —La actitud de Mónica afirmaba la opinión—. ¿De quién se venga cuando me humilla? —dijo con voz dolida.

[TACH.. e][SOBRESCR..
a] más infeliz

Mónica se sintió avergonzada. No podía compadecerlo a pesar de comprender que en esa miseria llovían desventuras 365 veces al

año. Era un desterrado de la dicha. Su porte agobiado proclamaba la ausencia del éxito. Quizá la aversión que le producía el maestro proviniese del enfado que le causaba ver su empeño, caricaturizando su propia debilidad.

Don Andrés, sin abdicar de la esperanza y sin medir su rebajamiento, se conformaba con migajas de compañía; pero nadie puede dar a otro lo que no tiene. ¿Por qué pretendía que deseaba humillarlo? Ella andaba ciega, buscándose por dentro, embozada en su malestar, sorda a todo, únicamente capacitada para sufrir lo suyo.

[TACH.. n][SOBRESOCR..

fr]otó contra

l[TACH.. a][SOBRESOCR..

e] molestaba

[TACH.. l][SOBRESOCR..

d]os túneles

[TACH.. que][SOBRESOCR..

y] se resignara

Erguida, Mónica frotó contra la columna su espalda y convocó a su piedad. La distancia a la antesala era de unos cuantos metros. Hasta ahí las palabras de don Andrés no podían oírse; pero le molestaba la vigilancia burlona de Pablo que seguía la escena y los cristales insondables del licenciado que asomaba de vez en vez por la ventana como la entradas de dos túneles. Se sintió ridícula y capaz de cualquier maldad. Hubiera querido gritar al profesor que lo que él deseaba, ella lo buscaba en otro, que nadie coincide, que todo es absurdo, que la felicidad es un camino que desemboca en el fracaso y que no la abrumara más, y se resignara a morir, a borrarse como ella.

Los labios de él temblaban. Tal vez no había cesado de hablar. Mónica se fijó en el saco mal trazado que le abultaban los hombros. El forro gris claro, descosido, sobresalía del faldón un gran trecho. Los puños de la camisa estaban desgastados. Un diminuto zurcido junto a la corbata la conmovió.

—El Licenciado tiene familia, es casado, pero a él si lo encuentra digno de su amistad.

El reclamo la enfureció.

—Yo no tengo que discutir con usted mis preferencias.

—Desde luego, usted es libre. La simpatía no se impone.

Después de un rato insistió:

[S. L. pero...] ¡Aquí

—Lo único que pretendo es que usted me escuche, pero ¡Aquí no! Aquí es como hablarle al viento.

—No tengo de qué hablar con usted.

—Por el amor de Dios, Mónica, no me desespere, mire que estoy enloquecido. Le pido que me oiga, que sepa usted al menos, que incondicionalmente le pertenezco.

—Me mortifica, señor.

La palabra “señor” la recalcó con intención.

—No me diga señor. Llámeme Andrés. Andrés es mi nombre.

La muchacha hizo un mohín de disgusto. El descontrol del súbito enamorado fue en aumento. Con voz sorda dijo:

—No es un crimen amarla. En un arranque indomitable oprimió vehemente la mano que la muchacha tenía sobre el barandal.

Mónica intentó retirar los dedos como si la hubiera tocado un reptil; pero él se la apretó con fuerza. El gancho de las pulseras se enterró en su muñeca y esto la hizo dar un ligero grito. Pablo acudió en su auxilio. Tocó el brazo del hombre, éste cedió avergonzado. Una gotita carmesí se extendió en la mano de Mónica. Don Andrés parecía a punto de desplomarse. Como si el rasguño ocasionado en la mano de la muchacha lo hubiera abierto en canal, quedó sin sangre.

—Cálmese, amigo —le dijo Pablo.

Él se recargó en el pilar, demudado. A Mónica le dieron ganas de llevarle un poco de agua, pero Pablo dijo:

—Ya estese quieta.

estése / estese

Entraron en la antesala. Morales estaba impenetrable.

—¿No le parecen de mal gusto sus escenitas?

—Le aseguro que soy inocente.

—No hay nada inocente en lo que usted hace. Coquetear desafortadamente con cuanto majadero se le acerca me parece más detestable que decidirse por un amante. Usted se da baños de incorruptible y con su bandera de virtuosa acicatea la lujuria de los que la conquistan. ¿Quiere que lo diga? Lo que hace es sucio. Se divierte en un juego emparentado muy de cerca con el de las prostitutas. ¡Sí, señorita! Usted se hace la santa, la austera, la que no falla y con monstruosa ingenuidad los hace abrigar esperanzas. Todo por ociosa y por endemoniada y más que por otra cosa, por su desdén al prójimo. Carece usted del respeto obligado a un ser. Se imagina que todos están a su servicio, que son víctimas destinadas a reparar los desaires que usted ha sufrido. —Mónica se limpiaba con saliva la mancha de sangre.

[S. L. -]Mónica se

—Además lo que hace me preocupa, porque ni usted misma se da cuenta de lo que arriesga. Hasta al pobre de Carlos el barquero, trae desazonado. Y todo ¿por qué? Por nada: “Porque la señora se aburre”. ¡Valiente pretexto! Déjese de hacerse la fatal y jugar a la Mesalina* y ocupe su tiempo en algo más interesante, o de plano decídase por alguno y olvide sus remilgos.

—Acaso tengo la culpa de que esos caballeros padezcan

.....
*Mesalina, Valeria. Bisnieta de Octavia (la hermana del emperador Augusto). Se casó a la edad de 14 años, en el año de 39 o 40 d.C., con su primo segundo, el emperador Claudio, que por entonces tenía 48 años; fue su tercera esposa y le dio dos hijos, Octavia (más tarde esposa del emperador Nerón) y Británico. Era famosa por su promiscuidad (ridiculizada por Juvenal en sus sátiras 6 y 10), a la que sólo Claudio era ajeno. En el 48 d. C., aunque casada con Claudio, dispuso de su matrimonio con el cónsul designado, C. Sillio. Aunque Claudio estaba todavía indeciso, su liberto Narciso ordenó que se les diera muerte a ambos (Howatson, 1991).

alucinaciones. No hay una palabra mía que los haya alentado.

—No, ¿para qué? Un día cena con uno, al siguiente bebe café con el gordo, al otro día nieve con don Andrés. Acepta invitaciones hasta del conserje. Pero claro, la señorita es tan dulce que cómo va a negarse.

—Procuro ser afable.

—Qué generosa.

—Qué quiere que haga, ¿qué los escupa?

—Nada más que no se asuste de las consecuencias.

—Todo tiene fin. Cuando me ausente, será como si hubiesen muerto.

Ah [TACH.. a]
[SOBRESER.. !]

—¡Ah!, desde luego. Estoy seguro de que se hará la desconocida. Tiene usted todos los defectos de la española engreída.

—Qué descortés está hoy conmigo.

—Sí, me tiene muy enfadado.

Mónica recibió la educación tradicional de las familias “decentes”. Le inculcaron ideas correctas. La alta sociedad, la burguesía y la clase media siguen este único patrón. Ninguna de estas capas sociales estuvo capacitada para adivinar que, una década más tarde, las infalibles normas aprendidas no tendrían valor no servirían para soportar el andamiaje de los ideales predicados, y tampoco iban a adivinar que las ideas morales, arrastradas desde el primer día de la Conquista, serían un lastre propicio para la desventura de millares de seres. Aunque centenares de señoras gazmoñas⁵³ se empeñen en el engaño y detengan con fofa palabrería las bambalinas de la farsa, incapacitadas para renunciar a una tradición, aunque ésta sea insostenible, y con tenacidad asombrosa, prefirieran asfixiarse en el túnel de los conceptos heredados y sacrifiquen a sus propios hijos infiltrándoles el mismo error; el fracaso es rotundo. Y no es que el bien haya dejado de ser bien, ni el asesinato crimen; el veneno, lo corrupto está en la tabla de valores asignados a las virtudes. El pago prometido por cada “buena acción” convierte en la conducta humana en malicioso trueque. La renuncia al “mal” se cotiza en el mercado, y dentro del propio corazón principia el tráfico fraudulento y mercenario de la pureza, de la honradez, de la lealtad. Hay que ser fiel porque el engaño entraña riesgo: se pierde hogar, fortuna, comodidades. Necesariamente hay que ser virgen para atrapar un marido, (única meta de la mujer que se respeta). El hombre que no exige esta condición es un zoquete, un inmoral, un cornudo. Hay que ser honrado para no ir a la cárcel. Existirán siempre excepciones, pero ¿a quién le enseñaron a amar la pureza por la pureza misma? ¿A quién convencieron de que la vida puede ser hermosa sin compañía, que la luz, el mar, la música, el arte, el saber, pueden llenar la existencia y que estar solo no es una maldición? Sostuvieron durante

sigue / siguen

gasmoñas / gazmoñas
 gasm[TACH.. i]
 [SOBRESOCR.. o]ñas se
 empeñ[TACH.. aron]
 [SOBRESOCR.. en]

[TACH.. p] [SOBRESOCR..
 P]ureza
 [TACH.. h][SOBRESOCR..
 H]onradez

escepciones / excepciones
 [TACH.. p][SOBRESOCR..
 P]ureza

⁵³ *Gazmoñas*. gazmoñería. f. fingimiento o afectación de modestia, devoción o delicadeza (DILE, JC).

[TACH.. lo][SOBRESCR..
es] que no logran

años, durante siglos, inexplicable mito sobre la convivencia, los actos más naturales los adornaron de mentiras y nadie se preparó para la verdad, ni supo asignarle el justo valor a los deberes. Las relaciones en todos los ámbitos se resquebrajan y las señoras de antaño se lamentan todavía de que se rompa la burbuja dentro de la cual vivieron como topos su ignominiosa desventura. La sociedad no tiene entereza para aceptar que hembra y macho son seres desiguales, inacoplables y lejanos, física y espiritualmente, como lo es un junco de un manzano. Los puede acariciar el mismo viento, aniquilar el mismo rayo; pero el árbol será siempre un enjambre de ramas y un silencio, el junco. “Devorar o ser devorado”, esa es la ley. Mientras la resistencia dura, la enemidad es casi prodigiosa, hasta que fatalmente se iguala el vencedor con el vencido. Entonces, despojados del ropaje dionisiaco, vestirán a la par de harapos de hastío, si es que no logran reconstruirse y rescatar la antorcha de espíritu.

expectadora /
espectadora

Como si se efectuara en la personalidad de Mónica un desdoblamiento, advirtió la torpeza con que resolvió cada problema de su vida. La cordura que poseía para dictaminar en los asuntos ajenos, se negaba a asistirle en sus propios conflictos. En los negocios, en sociedad, con las amistades y en la vida misma; y ya no digamos en su enfoque sentimental donde culmina el desastre. Seguramente envejecía, porque nada de lo pasado le pareció importante. El más atroz de sus sufrimientos se desvanecía ante su reflexión. Era como si hubiera llegado a la cumbre más alta del Himalaya, con la carne destrozada, los pulmones en asfixia y el deslumbrante océano de hielo se metiera por sus ojos y ya no ambicionaba ver una sola molécula del paisaje, ni soportara la blancura inclemente. Era tocar la nada. ¿Qué significado tenía para ella esperar sin esperanza? ¿Qué le podía importar el tiempo perdido a quien carece de meta, ni qué es el tiempo para el que vive al margen de la dicha? Mónica descubrió de pronto su verdad: había preferido ser únicamente “espectadora”, permanecer al margen de su propio destino, tibia, incolora, sin tomar partido, casi ausente, como quien asiste a una representación monótona, donde es indiferente el desenlace, pues sea cual fuere, no causará sorpresa ni interés ni desencanto ya que debido a su ejercicio de petrificación, no participó en la acción de vivir. Esta era la verdad: había agotado sus posibilidades emotivas, su riqueza emocional y era sólo esa imagen momificada que reproducía el espejo de la antesala.

Estupor doloroso es vivir rezagado sin comprender la causa, y gravitar en aborrecida dualidad bajo el deleite de propósito sin tregua hasta sucumbir en una obsesión más profunda que el rencor, más inacabable que las afrentas recíprocas, en un afán sordo como la cólera, monstruosa como la seducción, ciega como la esperanza, con el sabor desconocido de idilios concebidos en el sueño, en un sueño descomunal y multiforme. Ahora tendría que escoger.

Investigaciones con el que dio la recomendación

—Mi nombre es Mónica del Valle, basta que mencione mi apellido, el senador me conoce.

—Tenga la bondad de sentarse, enseguida la anuncio.

El traje sastre diseñado en Nueva York delataba un precio escandaloso, collar de perlas auténticas, seis cadenas de oro tintineaban en su brazo.

Relucía el escritorio, ni un oficio, ni una brizna de polvo, la máquina azul pastel, el alfombrado de un crema casi blanco, los sillones de cabritilla, una orquídea desmesurada dentro de una esfera. Todo modernísimo *ad hoc* para la costosa presencia de la rubia.

Los visitantes desentonaban, fúnebres como cirios, no iban bien con el sitio, tan femenino que parecía más alcoba de quinceañera que despacho de un representante del pueblo.

—La esposa del senador y mi madre fueron compañeras —dijo [S. L. fueron compañeras] Mónica para interesar a la elegante.

Sonó el teléfono. La empleada levantó el audífono; un último modelo de primera comunión.

—Un momento, voy a comunicarlo. —Subió la palanca del micrófono—. El señor Ministro lo llama por el aparato privado —dijo victoriosa. Se encendió una lucecita, chilló un timbre.

—Como le decía —continuó Mónica—, cuando vivía mi madre...

La secretaria la interrumpió con un gesto comedido.

—Tal vez sufre usted una confusión. La señora del senador es muy joven.

—Bueno, joven relativamente...

—Muy joven, más joven que yo.

—¡No puede ser! ¿No es doña Refugio Zárate?

—No, se llama Ana Luisa.
 —¿Ana Luisa?
 —Tienen cinco meses de casados.
 —¿Y la señora Zárate, la amiga de mi madre?
 —Esa debe ser otra. Desde que entré, sólo he visto a esta. Es guapísima.
 —¿Doña Refugio murió?
 —Creo que no, no parecen de luto.
 —¿Entonces?
 —Deben haberse divorciado.
 —¿Y los seis hijos?
 —Eso es lo de menos.
 —¿Vienen por aquí?
 —A veces vienen tres prietitos.
 —¡Pobres!
 —¿Por qué?
 —¡Es monstruoso!
 —Monstruoso sería pasarse la vida con el mismo hombre.
 —¿Usted cree?
 —¡Claro!, eso ya nadie lo aguanta.

La güera lo dijo con tal desparpajo que Mónica pensó. ¡Caray, qué moderna! y sintió vergüenza de tener un alma tan anticuada.

—Ramoncito y Javier tienen exactamente la cara de su padre
 —recalcó con melancolía.

—Peor para ellos.

—¿Por qué lo dice?

—Pues porque el Senador es bien feo —y rió con travesura.

Mónica recordó a doña Refugio: tan sencilla, tan humilde, siempre afanada en ordenar la casa. Nadie la superaba haciendo buñuelos y arroz de leche. Esos niños comían sin descanso y aun se reforzaban con emulsión de Scott. El senador también tragaba su cucharada. Era admirable, tan tierna, tan maternal con el marido y él seco, callado, seguro de merecerlo todo. Lo de siempre: se casan en su pueblo con provincianitas feas y apenas los “eligen”, la señora no les viste y la cambian por cualquiera pispireta oxigenada. Se levantó.

—Bueno, no tiene objeto que espere, dispense la molestia.

—Aguarde.

—Ya no tiene caso, gracias.

aún se / aun se

En la puerta de cristal relucía la palabra PRIVADO, dorada, pretenciosa, necia como la de los sepulcros que anuncian: PERPETUIDAD.

—Estoy desconcertado —dijo Contreras, el día que hubo de comparecer ante el licenciado Morales, para rendirle minucioso informe sobre los descubrimientos hechos durante su vigilancia a la casa del Ministro.

—Ha de saber, licenciado, que desde el segundo día caí enfermo y no me ha dejado la fiebre. Hasta con 40 de temperatura me he sostenido frente a la reja del Ministro.

—Magnífico. Algo habrá usted sacado en limpio.

—Sí, una confusión del diablo.

—Explíquese.

—Pues verá usted, las tres primeras noches, la espera fue un fracaso. A mediados de semana vi salir una línea de luz, tenue, como la que despide un reloj luminoso. El individuo que salió la llevaba en la muñeca a modo de pulsera. Debía ser un hombre corpulento, pues la proporción del brazo correspondía a la estatura de un gladiador. Lo balanceaba en el aire. Vi oscilar el reflejo de un lado a otro y esfumarse a lo lejos. Apareció una y otra vez entre los álamos; pero a una altura descomunal, absurda, al grado de que no puedo asegurar no haberlo confundido con un meteoro fugaz, desprendimiento de algún astro incendiado en el espacio.

*correspondía /
correspondía*

—Varias noches transcurrieron sin advertir una señal. El último miércoles, el hombre de la luz llegó en la madrugada. Lo acompañaba una turba que me impidió toda visibilidad.

—¿Pero, hombre! ¿no se le ocurrió acercarse?

—Desde luego, hasta que noté que mi empeño resultaba contraproducente. Mientras me hallaba más cerca, más espesa se me hacía la oscuridad. Desde la esquina puede uno distinguir la reja; pero a un metro, ésta se borra. Es como flotar en un

agua negra, en una nube que lo entinta todo y nos ciega. Tuve la impresión de que me acechaba un pulpo el cual al notar mi presencia, vomitaba tinieblas, o bien, tal vez me estoy volviendo loco.

re[TACH.. tirar]
[SOBRESCR..petir]se
alrededor / alrededor

Sin embargo, la situación de la casa parece estar sometida a un espejismo, no me lo explico de otra manera. Un par de veces creí ver al Ministro, lo vi salir con claridad, podría jurarlo. Corrí tras él con todas mis fuerzas y el fenómeno volvió a repetirse: conforme la distancia se acortaba la figura se desvanecía. A mi alrededor todo era una mancha. Lo que me pareció más angustiioso es que al regresar a mi punto de partida, volvía a distinguirlo igual que en el momento de salir y de correr a su encuentro, sin que hubiera transcurrido el tiempo, su presencia parecía como la de esas estrellas que no paran de caer y que uno mira fijas en el espacio.

—Todo eso no era más que producto de su fiebre.

—Ojalá, licenciado. Prefiero consentir en ser un alucinado, que admitir lo inexplicable. Hasta las seis de la mañana me retiré siempre. Hube de notar que por la calle rodaba el hollín desprendido de los muros por el aire, se desparramaban en el asfalto se juntaba en las orillas de las banquetas y rodaba en cientos de esferas peludas que huían sin peso delante de mí. Extendí la mano para alcanzarlas, desaparecieron en la alcantarilla, con velocidad de reptiles. A poco andar, la calle quedaba limpia, la residencia pulida como si la acabaran de lavar. He de confesarle que cuando me detuve frente a la puerta no pude sobreponerme a la sensación de espanto. Existe allí un silencio que acobarda y vuelve incoloro cualquier proyecto. Es muy viva la sensación de impotencia que invade frente a la mansión del desconocido.

—Señor, Contreras, parece que usted hizo guardia frente al castillo de un fantasma.

El rostro de Contreras se descompuso. Intentó decir algo; pero optó por sacar el pañuelo y limpiarse el sudor de la frente. Tenía la nariz afilada y las mejillas desangradas como panzas de cocodrilo.

Segunda búsqueda en las oficinas

Penumbrosa e interminable la galería era una procesión de escritorios vaciados de la ola de un naufragio.

La chatarra agazapada sobre las mesas, lucía teclas evocadoras de mecanógrafos paralíticos. Bancos y sillas en discordia perfilaban escombros.

Aquí y allá sobresalían cuellos esqueléticos de lámparas que hacían visible el mentón amarillo, azufroso, de algún escribiente y de puños sin edad, aferrados a una regla, a un lápiz, a una tarjeta.

Jovenzuelos ya viejos trasladaban cartas, charolas del archivo flotaban tontamente haciendo guiños o alguna chica emperifollada con falda ampona, escote hasta la cintura, peinada al crepé como si asistiera a una fiesta de noche. Había muchachitas flacas, a lo existencialista, que tenían derecho a sentarse en las mesas, a comer helados y a gritar de una esquina a otra el nombre de una película o el número de un expediente; mientras que detrás de sarnosos mostradores, matronas gordas o ancianas, derrengadas, hacían víctima de su furia a desconcertados clientes que aguardaban con la pretensión de indagar, de hacer preguntas, de querer informarse sobre el proceso que deberían seguir para alcanzar audiencia; saber hacia qué sitio dirigirse, averiguar éste o aquel asunto. Esas mujeres cerraban y abrían cajones, platicaban entre sí historias truculentas sin preocuparse de que el auditorio se enterara de intimidades asombrosas; sacaban su "lonche", se embadurnaban cosméticos que se estancaban en sus agrietados rostros, o bien, se hacían *manicure*, reían destempladas, ignorando groseramente al público. De improviso, dominadas por extraña inspiración tecleaban con frenesí. Una imprecación anunciaba la incompetencia de alguna maquinista quien pedía goma de mascar y, al no aparecer, arrancaba de cuajo las cinco copias que iban al cesto con todo y papel carbón. Las miradas de odio lanzadas sobre los

existencialista [E. L.],que

[TACH.. v][SOBRESER.. f]in

pacientes indicaban el difícil encuentro inmediato, en caso de que al fin, decidieran atenderlos.

Un valiente que madrugó, ya como a las diez, fastidiado, exigió noticias, y del aquelarre, al que tenía más facha de hipopótamo, señaló sin palabras el letrado que anunciaba servicio a partir de las once.

—¿La ventanilla de enfrente es para informes?

—No hubo respuesta.

—¡Oiga! —reclamó.

—¡Oiga! —volvió a decir, el exvaliente, pero con voz tan débil que sólo pudieron oírlo los que iban encadenados a su costado en aquella cuerda.

—Bola de mugrosas... —Esto nada más Dios y él. Se oyó mejor el aletear de una mosca.

—Algunos se dirigieron esperanzados a la ventanilla nombrada, engrosaron la fila de 23 personas, mientras daba la hora.

¡[TACH.. q][SOBRESER..

Q]ué bien las

¡Qué bien las hubiera sentado a estas burócratas, en cuya carrocería no quedaba vestigio femenino, determinado solamente por el motín de las caderas o la promoción del busto, vender barbacoa en algún figón de Santa Anita!

Uniformadas de mal humor, intimidaban: resultaban vanas las sonrisas de los caballeros o la buena presencia y el comedimiento de las damas.

—¡Hagan cola!

—Si se acomoda de ese lado, pierde su turno.

—¡Oye, Jaime!, ya volvió el de ayer por su boleta.

—No le hagas, ¡qué lata!

—¿Qué le digo?

—Que venga la semana que entra a ver si mientras alguien se la busca en el archivo.

—Si es del cuarenta, ya se la tragarón las ratas.

—Dile que hasta el mes que entra. A ver qué pasa.

—¿Y al que perdió la ficha?

—A ese le dije que viniera hasta la otra semana, pero necea de un hilo.

—Bueno, no se irá a morir. Que se espere.

—¡Señora Bringas, señora Bringas! —gritó el Jaime—. Ya llegó su recomendado.

—¡Uf, qué friega!

—Mírelo qué de azul.

—Voy, voy...

Voi voi / Voy, voy

En el salón contiguo había epidemia de mujeres preñadas.

Zarandeaban sus timbas muy orondas. De seguro estaban bien casadas o sus hijos serían los hijos del Estado. Cabían apenas en sus

“lugares-camas”. Mascaban pan, rumiaban chicle e iban quedando idiotizadas al grado de no ver ni oír el zumbador paseo de los intrusos pueblerinos que equivocaban salón, escritorio, rostro del empleado que empezó atendiéndolos. Pasa así con los meseros a los que uno encarga viandas; cuando regresan son diferentes, llega otro, siempre otro con insospechado surtido de alimentos.

—¿Quién lo está atendiendo?

—No sé, era un joven parecido a usted.

—¿No era aquel del bigotito?

—No me fijé, puede que sea el otro, el de atrás, el medio calvo.

—No, ese es el Jefe.

—Ah...

—Búsquelo por ahí...

ahí / ahí

—Usted, el de los anteojos. Le faltan tres copias, así no corre.

El de los anteojos tomó el legajo desalentado.

—Ni modo, tiene que hacer cola de nuevo.

—El otro.

—Mire usted, yo...

—Ya le dije que primero necesita ir a la Oficialía de Partes. —Y le devolvió una tarjeta.

—¿Eso dónde queda?

—La flecha se lo indica. Suba la escalera, luego baje al otro patio y ahí pregunta.

—Es que tengo prisa.

—Todos tienen, ¿qué le vamos a hacer?

—Permítame explicarle...

El gesto del empleado y la forma en que agitó la mano, aunque no era precisamente para decirle adiós, ponían punto final.

—Sigue usted.

El que ahora se acercó era un hombre bajito. La frente le llegaba al ras del mostrador.

—¿Sabe?, yo perdí la contraseña.

—Entonces que se lo autorice el Oficial Mayor.

—¡Pero hombre, usted me ha visto del diario. —La gente lo miraba incrédula.

—Sí, mano, ya tiene un mes de venir —dijo una de las panzonas horneadoras de niños.

—Ni modo. No hay comprobante.

El chaparro se alejó.

—El que sigue, aprisita.

Los payos tropezaban mendigando en cada escritorio; de un lado a otro, de un extremo a otro. Se desparramaban por los corredores y fatalmente regresaban a la misma oficina, en donde nuevos problemas impedían la solución. Algunos desertaban maldiciendo.

- Presentaré mi queja. Este sistema es arbitrario, desorden puro. Ya van dos veces que pierden el expediente.
- Presente lo quiera. Ahí está la ventanilla.

Las once. Las gordas se arrimaron al mostrador.

no más / nomás

- Escriban en esta hoja el asunto.
- Rápido, nomás los que alcancen. Cerramos a las doce.
- Fórmese; no se amontonen, por favor.
- Usted pa' atrás, tome su turno señora. —La nombrada enrojeció y desanduvo tres metros, cuatro. La hilera daba vuelta.
- Aprisita...
- Esto no se arregla aquí —dijo otra empleada leyendo una nota.
- Tiene que presentarse en el Seguro, compañero.
- Ya me hicieron el examen.
- Sí, pero no corresponde a esta Secretaría.
- ¿Pues a cuál?
- No sé. Aquí no.
- Esta señorita quiere ver al Jefe de Mesa, al mero señor Vélez.

Un empleadillo comentó.

- Es un cuate redifícil, mejor que hable con su ayudante.
- Ramírez está ocupadísimo y luego me echa “la aburridora”.
- Vuelva mañana, señorita, ¿quiere? ya no hay tiempo, vamos a cortar para atender a los de adentro.
- Yo estoy adentro.
- Venga el lunes, es mejor.

Mónica buscó con la mirada a alguien más comedido. Solamente vió rostros burlescos o avinagrados. La actitud de las mujeres era terrible; una poderosa mafia de negaciones.

*arrancar|[TACH.. e]
[SOBRESCR.. o]s*

Sin rumbo, se detuvo frente a uno de tantos enviserados. Su interrupción no cambió la postura de quien continuó imperturbable. Cohibida se alejó un poco. Esta vez el hombre que tocó en suerte foliaba con rapidez, papeletas y más papeletas, las ensartaba en un clavo después de arrancarlos de la tira perforada que adhería en las hojas de una libreta, repetía la tarea sin descanso. Un mozo acarrea los fajos sometidos al sacrificio. La cuchilla del sello caía y los indefensos papeles atravesados en pleno corazón se estremecían en el clavo. Ahí

hubiera permanecido Mónica, pero el individuo sin suspender su rito dijo:

—Conmigo no se arregla nada, me marcho dentro de un minuto.

Las palabras salieron de la nariz aguileña, único signo humano sobresaliente. Apenas tuvo ánimo para alejarse. Ya en la puerta tropezó con el portero.

—Perdone.

—¿Se lastimó?

—No. Hasta mañana, señor.

—Mañana es día de fiesta, dirá usted hasta el lunes, porque hacemos puente.

—Es verdad. Entonces hasta el lunes. ¡Oiga, pero cómo es eso, el martes empiezan las vacaciones!

—Ni modo, señorita, ¡ai los vidrios!

¡ai los vidrios! /

¡ahí nos vidrios!

La versión de don Andrés no coincidía con el relato de Contreras, ni con los datos aportados por las señoritas Sámano. La descripción que él hacía del Ministro era completamente distinta. Al principio aseguró, no sólo haberlo visto, sino haberle estrechado la mano.

comenzales / comensales

[S. L. se] alimentan
su[TACH.. st]
[SOBRESER.. bv]ención

Después de seguir su personal línea de investigación, descubrió que el intangible señor, se nutría diariamente en el restaurante Prendes —secreto descubierto gracias a su pericia— pues el Ministro guardaba el incógnito. Su mesa permanecía señalada con un distante letrero en rojo “reservada” que los clientes respetaban. Llegaba infaliblemente a las tres en punto acompañado de dos o tres comensales. Don Andrés pudo contemplarlo de espaldas; desafortunadamente el Ministro prefería el asiento que daba a la pared y su rostro quedaba escondido. Sin embargo, su lugar estaba tan cercano al del prepotente, que pudo oír su extraordinario lenguaje. Le extrañó no captar durante la conversación una sola frase referente a la política y sí, raras opiniones sobre el ser; largas discusiones sobre la desaparecida especie de una planta que vive en sociedad mancomunada; se alimentan, reproducen y crecen por medio de una comunista subvención que la primera y más fuerte envía a la última a través de raíces subterráneas conectadas, por las que corre la savia hasta surtir a la más pequeña. Algo así como una hilera de bulbos que van de mayor a menor, gozando todos de suficiente luz, en una equidad perfecta. Hablaron también de exóticos platillos de algas marinas condimentadas con fermentos de arroz, los que producían efectos alucinantes y preferidos por mandarines. Otro día analizaron el Misterio de la Santísima Trinidad y luego hablaron muy entusiasmados sobre un injerto para evitar la caída de pelo.

El licenciado hizo acopio de paciencia, sin comprender a donde iba a llegar don Andrés.

—Hasta el último día fue cuando me animé, señor Morales. Sabe usted, me traía muy intrigado lo que hablaba y sobre todo no

poder verle la cara. Ese día me tomé unas copas para animarme y aprovechando que dejó caer la servilleta, me apresuré a recogerla y merito, al ir a entregársela fue cuando me estrechó la mano.

Don Andrés miró su mano y se la acarició tiernamente, como si ella le hubieran depositado un don.

—¿No le vio el rostro? —interrogó el licenciado sin disimular su contrariedad.

—La verdad es que me cogió desprevenido el apretón de manos, para que voy a decirle. Apenas escuché que me daba las gracias, y por todo el cuerpo se me metió su voz, un grito que me caminó por la sangre. No lo puedo explicar, me quedé tan aturdido que no lo vi salir. El mesero se acercó a mi mesa, me dijo que ya era muy tarde y que se habían ido todos.

—Don Andrés únicamente lo vio de espaldas, como Moisés a Jehóva —dijo con sorna Pablo, quien había escuchado curioso la aventura del viejo.

El anciano sin inmutarse contestó:

—Sí, únicamente lo vi de espaldas, pero lo reconocería entre millones por el sólo timbre de la voz.

—Qué raro —dijo Concha atemorizada.

—A don Andrés lo han embrujado —dijo Laura.

El gordo opinó:

—No puedo imaginar que el Ministro vaya a un restaurante.

La risa de Pablo se dejó oír:

—En algún pesebre tiene que comer, señores.

—Pero no a las tres —respondió sombríamente el licenciado—.

A esa hora yo lo vi en otra parte, estoy seguro, lo vi como los estoy viendo a ustedes.

La sala se inundó de silencio.

La voz del Conserje sonó como un trozo de hielo que se estrellara en el piso.

—No puede ser. Perdóneme licenciado, perdone que lo contradiga, pero ni usted ni don Andrés han podido verlo. El Ministro precisamente a las tres entra a junta y firma los Acuerdos. Aquí está el acta donde consta la hora. —Sobre la mesa don

[E. L. -]Sobre la

Chepe desparramaba los oficios guardados en una carpeta negra.

—El Ministro nunca sale antes de las seis —dijo contundente, mientras guardaba los importantes papeles.

[E. L. -]dijo contundente

Tercera búsqueda de oficinas

En la Oficialía de Partes, la desolación. Había muerto el segundo secretario el día anterior y los empleados se marcharon al sepelio. El oficial tercero quedó de guardia y contaban detalles del trágico accidente en la carretera, estaba enterado de los hechos y de los pensamientos del finado. Con voluptuosidad repetía la terrible historia a cuanto curioso llegaba a pedir informes.

Bien pronto el público advirtió que era un día perdido y se alejaron maldiciendo la inoportuna muerte que obligaría a muchos comenzar los trámites de nuevo.

Un vendedor no dominó su disgusto.

—Este difunto ahora sí que me amoló. Y dónde que su billete ni siquiera tiene reintegro.

[TACH.. ¿?][SOBRESCR..

a)ayudante

En la planta baja, Mónica divisó al relamido ayudante del Director General que casualmente estaba en su sitio. Atendía en ese momento a alguien que debía ser candidato del celeste clan burocrático. Sólo así podían entenderse las caravanas y arrumacos que el jovenzuelo le dedicaba. Al pasar Mónica frente a aquella oficina, el relamido se fingía siempre muy ocupado, presumiendo de que ni por equivocación percibía su existencia. Hay personas que se declaran enemigas espontáneas. Se empeñan en saldar rencores acumulados por ancestros. Mónica captó las ondas de su resentimiento por algún motivo incomprensible.

—Que la atienda mi empleado —dijo cuando apenas se acercaba al mostrador.

El tal empleado se desvivía por halagar al amo y aparentar eficiencia.

—Su nombre.

—No se trata de mí. Deseo informes para arreglar el asunto de otras personas.

—Pídale todos los datos —exigió el ayudante, dirigiéndose únicamente al despachador.

—Dígale a su patrón que no se preocupe —ordenó Mónica, al repentino intérprete.

Al resentido se le soltó la lengua:

—Informe a la señora que aquí no valen recomendaciones. Tiene que sacar su ficha como todos y esperar.

—Dígale que no tengo recomendación, ni tengo que esperar y que usted me está atendiendo —ordenó Mónica al traductor que iba de uno a otra como en cancha de tenis.

—Para eso fue la Revolución, para acabar con los privilegios, ¡Parejito, parejito! nada de reaccionarios... ¡no faltaba más!

Le dio mucha risa a Mónica, se le bajó el coraje. “Tipo chistoso, ¿de qué o por qué la supuso reaccionaria?”

—Necesito unos datos —dijo cuando el enemigo se alejó—. Quiero saber si la casa de mis amigas está señalada entre las que van a ser demolidas en la zona de Guerrero.

—Ese asunto no es de esta oficina. Eso se arregla entrando por la puerta del costado y subiendo luego los escalones para dar con el entresuelo.

El empleado, temeroso de la reacción de la señorita, salió hasta el corredor para indicarle la ruta.

—¿Me atenderán ahora?

—Yo creo que sí. Todavía no dan las doce.

—Voy enseguida. Mil gracias.

Caminó arrimándose a la acera para esquivar el aguacero.

Los escalones del entresuelo estaban en un cubo negro. Unos novios se besaban en lo oscuro, ni siquiera la sintieron cuando tropezó al pasar.

La lluvia le había deshecho el peinado, el agua escurrió su pelo, hasta dejarla comotifosa del manicomio. El colorette debía habersele corrido. La mujer que la atendió no le quitaba la vista de encima. Ella hacía heroicos esfuerzos por no restregarse los ojos que le ardían con la negrura jabonosa que se untó en las pestañas.

—Tiene que explicar en un oficio lo que desea y poner todos los datos relacionados con el predio de la familia Sámano.

—¿No querría usted hacérmelo?

—Dispense, tengo mucho que hacer; si no, con todo gusto.

—Se lo suplico —insistió Mónica—. Es urgente. Aquí le dejo veinte pesos por la molestia.

—De verdad no queda tiempo.
—Tenga veinticinco.

La señora dudó.

—Aquí tiene treinta.
—Bueno. Nada más que resulta que para esa solicitud existen formas.
—Tanto mejor. Así ya nada más la llena.
—Lo malo es que ya se acabaron.
—¿Ya no hay?
—Se acabaron, y quién sabe hasta cuándo las manden a hacer.
—¿Y los que las solicitan qué hacen? —preguntó Mónica asombrada.
—Regresan cuando están listas. Mire, busque si queda alguna por ahí, en los casilleros.
—No hay nada, sólo tierra. —Mónica esparció un puñado de algodóncillo.
—¿Ya lo ve?
—¿Ahora qué?
—Mire, es como éste. —La mujer sacó de su bolso un cartucho con caramelos, extendió el papel pegadoso y arrugado.
—Ay, chulita, si usted quiere puede copiarlo.
—Con lo ocupada que ando. En fin...
Mónica esperó. Firmó el oficio.
—Mañana llámeme por teléfono. Pregunte por la señora Ángeles. Enseguida corre.
—Bien, se lo agradezco, hasta mañana.

—¿Hablo con la señora Ángeles?
—Sí. ¿Qué desea?
—Soy la persona que estuvo ayer, para el asunto de las señoritas Sámano.
—¿Ayer?
—Recuerde, usted copió la forma y firmé el oficio.
—¡Ah!, ¿usted es la señora que solicitaba un préstamo?
—No, señorita. Yo firmé...
—Ya recuerdo. Usted es la que desea irse a Guadalajara.
—No. El asunto mío...
—Déjeme ver, no cuelgue, y se lo localizo...

Transcurrió un cuarto de hora. Mónica colgó.

— Hace tres días firmé aquí una solicitud, señorita Ángeles.
—¿Vino a esta oficina?
—Usted misma me atendió.
—¿No sería otra persona?

—No, señorita. Fue usted. Es relativo al predio de...
—¡Ah, sí, claro, me hubiera explicado! Ya sé dónde está. do[S. L. ó]nde está
—Fíjese que no aparece por ninguna parte —dijo al volver después de largo rato—. Se debe haber traspapelado. Estaba segura de haberlo puesto aquí. —La señorita Ángeles revoloteo los papeles y periódicos en los cajones de su escritorio—. ¿Qué pasaría? —Se lo preguntó a Mónica con ingenuidad.
En el colmo de la paciencia —suplicó:
—Sea buena, hágalo de nuevo.
—Uy, estoy ocupadísima.
—Mónica puso veinte pesos sobre la mesa.
—Que sean 25, ¿quiere?
—Está bien, pero por favor mañana sin falta necesito la respuesta.
—O.K.

—¿Qué pasó señorita Ángeles?
—Pasé el oficio. Está adentro con un montón tamañote.
—¿Y?
—Ya no depende de mí. El jefe anda de viaje. Hay miles de asuntos en su mesa; pero el de usted lo puse mero encimita. ¡Hábleme, hábleme mejor pa' que no dé vueltas!

—Es un hombre como los demás —dijo Laura Sámano—. Concha y yo logramos hablar con su esposa; es una mujer extraña, de porte distinguido, no es muy joven y se nota que sufre. Perteneció al gremio de esas criaturas abnegadas que ahora ya no existen. De nada se queja. Nos dio la impresión de que se ha pasado la vida esperando a su marido. Sabe muy poco sobre él y parece insegura. Cuando alguien menciona al Ministro se llena de temor, palidece, como si hablaran de algo prohibido o del secreto santo.

[E. L. —]recordando

—A mí me pareció que hablábamos con una muerta —terció Concha, —recordando con terror la entrevista.

—Lo que pasa es que ella no sabe si su marido es el Ministro.

—Esa mujer no es de este mundo —repitió Concha.

Los ojos del licenciado iban de las cejas de Concha a la boca de Laura. Más que nunca las encontraba idénticas. Tenían el mismo gesto desteñido, las mismas arrugas en la frente. Usaban el mismo cosmético, exacta la tintura del pelo. En las nuca rosadas, los cabellos ralos y tensos, en partes decolorados, subían en hilos de bejuco, para formar aquel rizo o a manera de chongo fofo.

[E. L. ¡]No puede ser[E. L. !,]

—Esa señora recibe órdenes, carece de influencia con el poderoso. Espera siempre, eternamente espera.

—¡No puede ser! —alegó la hermana—. No a tal grado. Ella cuenta con alguna probabilidad.

—Con ninguna. Te digo que es menos que una sombra.

—Pero en algún momento hallará gracia. Por lo menos en sus horas de intimidad.

—No existen.

—Es una necedad tuya. ¿Cómo puedes saberlo?

—Lo intuyo.

—Eso no prueba nada.

p[S. L. r]ueba nada

—No me equivoco. Te lo aseguro. En este asunto mi antena no falla.

Concha molesta replicó.

—Por lo visto a ti no te hace falta una esfera para adivinar el pasado de la gente.

—El futuro es lo que me interesaría averiguar.

—¿A estas alturas para qué? —dijo con sorna Concha.

—Al menos, para saber morir.

pasa / para

—¿Crees que eso se aprende?

—Pues mira, sin ir más allá, la mujer del Ministro en ese saber es una experta. Hasta su apariencia es de cadáver. Está tan muerta como Ana.

—No me gustan tus ironías. A veces creo que te has vuelto mala.

Concha miró a Laura con miedo y dijo para convencerla:

[TACH.. -]Concha miró

—Acuérdate, ella dijo que con frecuencia su marido llegaba fatigado, que su trabajo era abrumante, que las numerosas solicitudes lo privaban del sueño.

—Ella es la que no duerme, vela para soñarlo y no me extrañaría que jamás lo hubiese visto.

hubie[TACH.. r]

[SOBRESER.. s]e visto

—Hoy estás imposible Laura, empeñada en confundirme.

—No, hermana, no es eso. Perdimos quince días de vida sin objeto...

—Yo no creo que hayan sido inútiles. Sabemos que es un hombre que sufre y del que ella está celosa. ¿No te diste cuenta la cara que puso, cuando la señora que llegó preguntó por la secretaria?

—Fue una reacción femenina sin importancia.

—Pues antes que llegaras tú, hablé con el mayordomo y para que te enteres, averigüé que la señora es dominante así de dulce como la ves, hasta le grita al señor Ministro cuando éste olvida la pasta de dientes sobre el buró o agujera los calcetines y ese superhombre aguanta con un marido cualquiera.

—Esa mujer lo sueña todo.

—El mayordomo ha oído las discusiones detrás de la puerta.

—Pero no lo ha visto nunca.

—Si, ya sé, según tú, ella tampoco lo ha visto.

—Te aseguro Concha, que el Ministro no tiene mujer.

El licenciado ya ni distinguía si era Concha o era Laura la que decía esto o aquello. Las tejedoras eran una sola voz de negación y fracaso.

—Tengo la impresión de que el licenciado enamora a Mónica.

—Me parece natural —respondió su hermana Laura, poniéndose las medias—. Es guapa.

respondio[E. L. acento]

—¿Crees que ella lo acepte?

—Mónica es una chica singular. Le gusta la compañía de personas que no le agradan; como si quisiera castigarse, invariablemente las procura.

—No te comprendo.

—Sí, lo hace inconscientemente, por defensa. Se rodea de imposibles, busca pretextos para disculpar su miedo, necesita sentirse víctima, para confesarse que es la soledad lo que prefiere.

—No lo creo.

—Te digo que sí. Ella cree que está enamorada de no sé quien, alguien que no le corresponde. ¡Vaya aprieto en que la pondría si él cediera! Lo escogió especialmente por inalcanzable. Si hubiera visto alguna posibilidad en ese asunto, no lo admite.

—¿Tanto así?

—¡Segurísimo!

—¿Entonces el licenciado qué?

—¡Oh! El licenciado con su dramática pose de loco, tiene las cartas en la mano: la atrae. Para ella es el mal, lo prohibido, la aventura que no ha vivido nunca. Además, Morales tiene algo demoniaco que despierta a la imaginación.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo sé mucho. El licenciado representa el peligro, la posibilidad de incendiar la casa, de romper lo establecido, de adquirir un minuto de lucidez y rebelarse, de beber la vida a bocanadas y embriagarse en su abismo. Exactamente eso.

Concha sostuvo en el aire la sandalia, lo que su hermana opinaba la dejó de una pieza. Trató de tranquilizarse a sí misma y dijo:

—Laura me asustas. Si no te conociera pensaría que simpatizas con la eventualidad de un romance tan indebido y más todavía, que lo desearías para ti.

—Acertaste, hermana. De plano. Me parece de lo más emocionante y deseo que Mónica lo viva y no sea tan cobarde como yo en mis tiempos. Sí, sí, no te enojas, tú ya sabes que no acepté por temor, no por buena y juro que me pesa. Te lo digo hoy “en el umbral de mi último deseo”. Esta frase la dijo Laura en tono declamatorio, como si intentara quitarle fuerza a la confesión.”

Concha, angustiada secretamente, siguió el tono de la guasa.

—Óyeme, óyeme, no se te olvide que le llevas al licenciado por lo menos quince años.

—Aunque le llevara treinta, sería lo mismo. —La apuración de Concha era cómica.

—No te preocupes no pienso hacer el ridículo, me conformo con imaginar la situación a través de Mónica.

cediera[E. L. !]

[TACH.. c][SOBRESCR..
C]oncha era cómica

—Pues vaya diversión —le respondió muy seria—. Te advierto que harás muy mal en calentar la fantasía de la muchacha con tus teorías. No en vano aseguró tía Rosa que se te pasmó el cerebro a los 20 años.

asegur[S. L. ó] tía

—De lo cual me alegro. Ya que envejezco por todos lados, que la mente permanezca refrigerada.

Laura como si fuera una muchachita levantó las piernas, las meció en el aire y se levantó de la cama riendo e hizo un mimo cariñoso en la mejilla de Concha, que aunque acostumbrada a los “desatinos” de la hermana, esta vez quedó pensativa. Mientras Laura canturreaba en el baño, ella contempló melancólica los muebles de la alcoba, laqueados de blanco desde hacía treinta años. Daban suntuosa apariencia al cuarto, siempre y cuando no se reparara en la alfombra raída y en el moribundo aderezo de las cortinas. Difícil asegurar si éstas fueron verdes o crudas y si eran de tafeta o de brocado. Su resistencia temporal las había metamorfoseado en una especie de lona parda, donde un millar de bolitas de seda aborregaban la tersura de los pliegos. Como hoy, cuántos domingos de la vida había escuchado las audaces pláticas de Laura sentadas una frente a la otra de esas mismas literas, en las que se sucedieron las noches; noches en que Laura hablaba locamente de sus amoríos. Infinitamente allí, en aquellos sarcófagos laqueados, apagaron su cuerpo y sus sueños. Un puño crispado se cerró sobre las sábanas. Apenas ayer —remembró —Laura, desnuda, procaz, haciendo el inventario de su juventud, Laura de rojo escandalizándola con sus proyectos, Laura leyendo novelas del Caballero Audaz, Laura sin querer ir a la iglesia, Laura llena de odio y de lágrimas, Laura en silencio, Laura demolida por dentro y por fuera; y desde largo tiempo, Laura indiferente, humilde, suavizada. A veces resurgía en ella, la muchacha pasional y locuaz que asustaba a Concha. Por lo general era mansa, casi alegre y llena de gracia. Ella en cambio siempre había corrido fama de discreta. Era lo que se llama una “señorita de criterio” Aparecía tan segura, tan conforme. Tal vez fuera verdad lo que su tía Rosa decía: —“Envejeciste con tu alma de niña resignada” —Pero aún le hacía daño su capacidad de asombro.

[E. L. ;]-]Laura, desnuda,

Laura cruzó el cuarto con su bata de cuadritos.

—El agua está caliente.

Concha no se movió.

Laura volvió con una charola en la que humeaba una taza de chocolate y había algunos panecillos.

Escrutó amorosa el rostro de Concha y al verla tan alcaída le dijo en broma:

alcaída / alcaída

—“Señora”, tome usted su desayuno y olvídense de la suerte de Mónica. No se obstine en arreglar el mundo conforme al patrón

que a usted le señalaron y que tontamente siguió.
—¿Tú no lo seguiste? —preguntó Concha con tristeza.
—Seguí el rol de usted y estoy muy arrepentida.
—Yo estoy contenta de ser lo que soy.
—Yo no.
—Abusas de mi paciencia, Laura.
—Adorada hermanita, eres la única persona con la que puedo desahogarme y prever una comprensión reposada.
—No estoy de acuerdo en que te regocijes del mal que pueda llevar ese hombre a la vida de Mónica.
—Pero si no se trata de mal; se trata de que un ser humano se salve del hastío. ¡Que se derrita, que vibren sus arterias, que sepa a lo que renuncia y luego se muera!
—Esas son las chifladuras que aprendiste en las novelas.

Laura por toda respuesta dobló sobre el regazo las manos displicentes y se quedó con la mirada perdida.

—Usted tiene bastantes contratiempos señor Contreras —decía don Andrés tratando de calmar al gordo, quien en el café Chufas, le contaba sus cuitas—. No debe hacerse líos consiguiendo la amistad de Mónica. Esta muchacha anda en las nubes, ocupada de otro. ¿No se ha fijado que ni siquiera escucha lo que se le dice? Parece sonámbula. Ayer traía los ojos enrojecidos de puro llorar. ¿Cómo considera que va a ocuparse de entenderlo? Por otra parte, con franqueza se lo digo, no veo que el licenciado alcance mejor suerte, como usted dice, aunque los vea conversar y reír. El sentido humorístico de Mónica es agudo. Se divierte en jugar. Es vanidosa, le gusta tener su corte y en algo tiene que pasar el tiempo. Yo sí creo que esté enamorada de ese otro, precisamente porque no le hizo caso, o vaya usted a saber cómo estarán las cosas, pero allí sí le duele a la muchacha. En cuanto a Pablo, despreocúpese. Esos niños ricos no se casan con pobres. ¿A poco me va a decir que la señorita viene a conseguir una beca porque está boyante? La muchacha sabe muy bien que con Pablo ¡nones! No hay que ver más que las ínfulas de la mamá. Doña Renata Linares Manterola Viuda de Galarza, muy amable, muy amable con Mónica, pero si se oliera que de repente pasea con su hijo, ¡vaya! Y segurito que cuando le pase la pasión por el tipo ese, le va a coger un odio, que sólo Dios, no se va a perdonar haber sufrido por él, en toda la vida. Esta muchacha aparece suavcita, pero es más orgullosa que un diablo. A todos nos ve como a títeres sin importancia, empezando por el que dicen que quiere. No lo estima ni un tantito así. No se lo digo por mal, Contreras, pero le aconsejo que ni se meta. Al único que admitiría en su casa es a Pablo, porque está segura de que ese sí la respeta. Al otro, al que nunca nombra, si pudiera, se hartaría de él y luego lo echaría como a un lacayo. Yo conozco mucho el estilito de

pa[TACH.. r][SOBRESCR.
s]ar el tiempo

cu[SOBRESCR.. a]
ndo le pase

si[S. L. í] la respeta
nombr[TACH.. e]
[SOBRESCR.. a]

famalladas / canalladas

estas niñas, viven de caprichos, haciéndose las desoladas; pero lo que menos quieren es pertenecerle a nadie. Lo que pasó aquí es que el pelado ese, se puso listo, se las olió y como no la quería, se colocó las botas. ¿Que se portó como un pinacate? Eso nadie lo discute. ¿Quién lo mandó a meterse entre las patas de los caballos? ¡Puras canalladas! No se casaría con él por nada del mundo. Ni lo considera de su clase. ¿A ver? que se busque un linajudo a ver si el polendoso resulta mejor pieza.

A Contreras la humedad le bañaba el rostro. Rieles de agua escurrirán por su camisa.

—Usted que pelea con hacerle la ronda, únicamente seguirle el juego y que la muchacha se crea la divina. Total, si ya no está tan jovencita. Ahora, pensándolo bien y sin que crea que pienso ofenderlo, en caso de que la muchacha cediera, no lo iba a preferir a Morales, que bien mirado es hombre de mundo, con mucha palabrería y más loco que una cabra. Aquí todos sabemos lo de Doloritas, Contreras, y luego la historia de su sobrina. No le busque más complicaciones a la vida.

—Estoy tan solo.

—Solo, solo, todos estamos solos amigo. Yo tengo veinte años de viudo y vivo en una casa de huéspedes y claro que estoy solo, pero eso a nadie le importa. Se ha puesto muy de moda andarse llorando, dice que te dice que no tienen madre. Bueno ¿y qué?, siempre ha sido así. Babosadas de literatos. Así de grandecitos ¿quién quiere que los recoja? Chillones y rechillones, no son más que una punta de jotos. ¡Pónganse a trabajar o tírense del techo, pero no anden con el bulto de su lástima. Eso, usted, déjelo para los poetas que son un atajo de idiotas.

compunjado / compungido

Contreras estaba compungido y don Andrés se apenó.

—No vaya a creer que mi intención ha sido ofenderlo —le reiteró apretándole cordialmente el brazo.

El pobre hombre se quedó con la taza en la boca escuchando asombrado la filípica⁵⁴ de don Andrés, que eufórico continuó:

—A mí también me gusta la maldita. Se lo confieso a lo macho.

—Lo que pasa es que me violenta tanto lloriqueo, cuando existe la enfermedad y la pobreza y no esas tristes mandingas⁵⁵. La vida

mandangas / mandingas

.....

⁵⁴ *Filípica*. (con alusión a las vivas arengas de Demóstenes contra Filipo de Macedonia) f. s. XIX y XX. Invectiva, censura acre (*El*, MA).

⁵⁵ *Mandingas*: El demonio. Se aplica a un niño travieso. Bragazas. Hechicería o encatamientos (*DUE*, MM).

es cosa seria —dijo después de sorber un trago de horchata.—
¿No ha visto los periódicos? Esos son problemas. Se siente uno criminal de permanecer indiferente ante cada injusticia. Que a los negros les niegan los derechos de ciudadanía y linchan a sus hijos en las universidades, nomás porque no les cuadra el color; que al pueblo preferido de Dios lo aniquilan y se erigen en verdugos de su raza, y luego a ese señor Chisman que hace versos, lo condenan doce veces. Eso aquí no lo hacen ni con los toros de lidia. ¿Qué es culpable e implantaron la pena de muerte?, pues a matarlo al siguiente día, no que este hombre lleva más muertes que las que debe mi General Villa. Y no más empieza uno a rascarle y la miseria de China y la pobreza del mezquital. ¿Ahora quién les entiende a esa bola de arribistas a los partidos de moda? Que marxistas, que comunistas al estilo Trosky, porque lo que es al camarada Stalin ya lo dieron de baja. Los envasados de origen dicen que son los Hegelianos, pero quedan todavía los... ¡un demonial! Luego la plaga de neuróticas afiladas a Buda. Unas ochentonas que se rompen la crisma intentando las posturas yoguis y respirando como si estuvieran en parto. Los niños *snoobs* que vomitan sus problemas en las orejas de los psiquiatras, esos chupadores de sangre en los que no creen ni sus madres, y mire usted que no puede haber nadie más cretino. Aplaudo que estos “vivos” les roben el dinero a cambio de engordarles los complejos. Total amigo, el mundo es un caos; los problemas de la antesala son de risa.

Contreras se levantó pando de café y de asombro. Se fue cavilando en las extrañas preocupaciones de don Andrés que almacenaba en su cuerpo tantas novedades.

—Me gustaría visitarla alguna vez —dijo el licenciado. He comprado para usted un libro, *El peregrino del Silencio*. Son poemas que sólo deben leerse en compañía.

Las pestañas de Mónica aletearon nerviosamente.

—Podemos leerlo aquí, en la antesala. Nos sobra tiempo.

—¿A quién teme, a usted o a mí?

—Es que en mi casa no recibo visitas.

—Razón de más.

—No sé, voy a pensarlo.

—Le advierto que estoy civilizado, no voy a devorarla.

—Quién sabe...

—Déjese de melindres. Usted es toda una mujer.

—No en la forma que usted supone.

—Eso no lo puede saber si no lo averigua.

—No sé de qué me habla.

—Usted lo sabe perfectamente.

—Me molesta ese tema de conversación licenciado.

—Está bien. Duerma tranquila en sus ruinas.

Otro día.

—Anoche la soñé integra.

—¿Sí?

—No dormí para soñarla toda entera.

—No me diga.

—¿Quiere que le cuente qué tan breve es su cintura?

—No, no me interesa.

—¿Ni cómo es la lechosa piel de sus muslos?
—He dicho que no.
—No sabe lo que se pierde.
—¿Qué pretende con esas tonterías?
—Pretendo demasiado. Entre otras cosas ahogarla entre mis brazos.
—No le encuentro la gracia.
—¿Quiere que probemos?
—¿Para qué? Hay caminos que no recorreré jamás.
—Porque no quiere.
—Supongamos.
—Permítame conducirla; le prometo hacerla feliz.
—No lo necesito.
—Lo necesita como el oxígeno.
—Me alegro.

Y el sábado el licenciado dijo:

—Esta noche llamaré a su puerta; usted me estará esperando. Me tomará de la mano y me amparará en el rincón más amado. No proteste. La suerte está echada. Iré como un ladrón a saquearla. No se indigne, no diga nada. La prefiero cuando calla.

Marco Antonio Morales, casado desde hacía diez años y padre de cuatro niños, había tenido alguna aventura galante, romances pasajeros sin importancia; pero ahora se había puesto a soñar.

Mónica, elegante, distinguida, sin familia, rica (él así lo creía) sobrepasaba el ideal de su vida. Las ideas religiosas de la muchacha y su recato aparente, eran un acicate más. Había sondeado las inquietudes, los titubeos de la joven. La desilusión sufrida últimamente necesitaba tacto. No alarmar su pudor y exaltar al rojo vivo la romántica fantasía de Mónica. Calculó sus posibilidades y los inmediatos tropiezos. Las pretensiones de don Andrés no hallarían sitio. Quedaba descartado. Era un ente ridículo por el que a veces hasta él sentía piedad. Pablo sí hubiera resultado un obstáculo; poseía exactamente lo que ella ambicionaba: cultura, posición, nombre; porque él no se había caído de un nido ayer, para creer verdadero el amor que decía profesaba a aquel don nadie, lépero y sin cuarto y sin más cualidad que haberla desdeñado; aunque, bien mirado, las mujeres eran los seres más absurdos. Con Pablo sí llevaría las de perder; pero aquí también la suerte estaba de su parte. Pablo jamás enamoraría a Mónica aunque la muchacha le fuera agradable. Si bien hablaban el mismo idioma espiritual, habitaban distintos mundos. Y esto pesaba definitivamente. El planeta de Mónica era de silencio, de olvido. Su concepción del mundo arraigado en un ayer soberbio, se enfrentaba a una desproporcionada realidad. Su entereza. Era el último eslabón de un mundo desgajado y no tenía ni fuerza, ni dinero, ni juventud suficiente para sobreponerse. Recurría al aniquilamiento para castigar su debilidad. El encuentro con el amor había sido sólo perdonable a los 18 años, un amor de adolescente que resulta trágico a su edad. No tenía alientos para restañar las heridas. Con cauteloso masoquismo impedía que el olvido fraguara su costra y deseosa de eternizar lo que imaginó vida, se convirtió en verdugo implacable de sí misma.

*mazoquismo /
masoquismo*

Marco Antonio Morales leía todo eso en cada acto de Mónica; no en balde había observado los trucos de que se valen los psiquiatras para descubrir el alma de sus víctimas. *valde / balde*

En el planeta de Pablo todo era ruido y boato social. La madre proyectaba casarlo con un gran apellido y con varios millones y esto sin contar el difícil temperamento del individuo. *boatao / boato*

Marco Antonio tenía pues el campo a su disposición. Sólo era asunto de paciencia. ¡Y vaya si le gustaba esa mujer! Sería su amor por el resto de la vida. Desde luego que si hubiera estado en sus manos se casaría con ella. ¡Qué maravilloso encontrarla siempre perfumada, rodeada de lujo, desfallecida de amor por él. Se acordó de su mujer y se llenó de ternura: ¡pobre! tan fea, tan gorda, tan chocante, tan descuidada, tan malmodienta, tan sucia, tan... ¿qué sería de ella sin él?

Al pasar por “La Madrileña” le compró un kilo de queso y 4 cajas de caramelos para los niños.

pávulo / pábulo

—Le aconsejo Mónica que no prodigue tan descabelladamente su amistad; se pone usted en grave peligro. En la antesala ya no hablaban de otra cosa. Se hacen apuestas por Don Andrés, por el barquero, por el gordo o por el licenciado; otros piensan que el ganador será Pablo. No es posible que tolere tamaña falta de respeto y que la tomen por una muñeca en subasta.

—Pero si no he hecho nada, madre.

—Usted no debe dar pábulo a las habladurías y desprestigiarse a lo tonto. A usted se le hace muy fácil intimar y decir cosas locas. Ya sé, que lo hace por divertirse, pero los otros imaginan que usted es una joven ligera. Es la impresión que da.

—Ay, madre, lo que pasa es que no tienen de que hablar y se entretienen mintiendo.

—Bonito entretenimiento.

—Les divierten los chismes y nada me importan. Para mí la gente son bultos, no existen.

—Eso denota su absoluta falta de caridad. Olvida que son seres humanos a los que puede herir, dañar o procurar algún bien.

—¿Usted cree que no me entero de sus maniobras? Me doy cuenta de todo; pero no me preocupan lo más mínimo. Lo que suponen de mi persona me deja fría. Sólo tengo capacidad para sufrir por mí con todo el egoísmo de mi alma, no me quedan reservas para apenarme por los otros. En mi vida hay muchas cosas urgentes, más importantes que la pena que me absorbe, pero no tengo alientos más que para quemar la fortaleza en esa causa perdida. ¿Qué quiere? ¿Usted supone que puedo ocuparme en medir la malicia de esos pobres diablos?

—Qué pena me causa hija.

—Hay momentos en que el odio me sepulta, luego me lleno de optimismo y de nuevo vuelvo a amar lo que detesto. ¿Usted

sabe el terror que causa ver al olvido con sus pantuflas de goma intentar filtrarse en el alma?

—¿Por qué no renuncia?

—Porque dejar de amar es una traición que el hombre comete contra sí mismo, es quedarse sin sed frente a un manantial después de haber cruzado el desierto. ¿Si no se puede confiar en la propia fidelidad qué esperanza nos queda? Si la amistad y el amor se derrumban, resulta un fraude. Emociones frágiles, sin importancia ni eternidad. No puedo soportarlo. Si ningún sentimiento es duradero y no alcanza a subsistir ni durante los exiguos días del hombre, es imbécil dolerse.

Sor Teresa intentó hablar, Mónica lo impidió con un gesto.

—Esperar el milagro que no ocurrirá nunca. Acaso el placer es lo único que tiene sentido. ¿Pero cómo lograr liberarse del cansancio y separarlo del espíritu?

—Ni el más envilecido lo logra. La prueba la tiene en esa turba de mundanos desquiciados que se privan de la vida, ahítos, fatigados...

—La lucha contra el bien es árida.

—Mónica, reflexione, usted no puede jugar con lumbre. No se engañe. A estos hombres les ha hecho concebir esperanzas, abrigar malos deseos.

—Que se revienten, madre. Para mí no son ningún peligro. Los desprecio tanto.

—Temo por usted...

—Los pecados de la piel a lo mejor no son tan grandes. Tal vez sea peor la tristeza de no realizarlos. Conservar la integridad física no es ninguna virtud, es sólo una determinación.

—Una determinación que la libra del pecado.

—No, no participa del amor a la pureza. Parte de algo menos noble. Engendra el rencor, el miedo, aviva el deseo, desboca la lujuria. Es una austeridad agresiva que convierte lo vital en un despojo y hunde el alma y el cuerpo en una indiferencia de bueyes. Claro está que usted no admitirá esto. Pero la abstinencia para sublimarse tiene que ser "elegida" de otra forma su categoría no es válida.

—Esto quiere decir que acepta la amistad indebida de algunos de ellos.

—¡Qué va, madre, ni esperanzas! Y no vaya a pensar que lo hago por honesta. Realmente no sé si lo soy, habría que estar en el caso. En este asunto juegan mucho Luis Gonzága las ocasiones, si son frecuentes, uno sucumbe. El 90% de las "impolutas" lo son gracias a encuentros con señores "respetables". Le echo de gallo a cualquiera de nuestros santos. No se asuste, ya sabe que yo soy loca. Pero trate de imaginar un san, una santa Margarita,

inpolutas / impolutas

un san Gabriel de la Dolorosa teniendo que representar el medio mundano actual: las bebidas, el cine, convivir en un ambiente de hombres y mujeres sin Dios y sin control, ¡No!, no me diga madrecita, necesitarían un refuerzo extra del Ángel de la Guarda para alcanzar el trono celestial y no ponerse chinitos en una noche de luna, en Acapulco por ejemplo... Me va usted a decir que ellos no irían a ninguna de esas partes; pero entonces no sabrían lo que es vencer una ocasión...

Afortunadamente la madre Teresa se libró de escuchar semejantes desatinos, con el ruido de los camiones que pasaron retumbando y el misericordioso llanto de la sirena de la ambulancia.

Mónica rió al mirar la asombrada carita de sor Imelda que en verdad no entendía palabra y dijo condescendiente:

—Mi querida y estimada madre Teresa, puede quedar tranquila, esos señores no tienen esperanzas. Cubrí mi cuerpo con una maya de espinas que me hacen intocable. Cada poro de mi carne está escriturado al que amo y no me desea. Yo sé que lo sublime sería hacerlo por Dios; pero ya ve si soy miserable.

Mónica, envuelta en su peinador de encaje, se cepillaba desganadamente el cabello. En las mejillas y en las sienes había extendido gruesa capa de cosméticos. Acomodó los almohadones de la cama y se dispuso a recostarse.

Un libro, una pastilla para dormir y la complicidad del silencio.

Por segunda vez empezó el capítulo. En el primer intento no pudo concentrarse.

“He remontado el curso de los siglos y he aquí que del fondo de la bruma antigua viene hacia mí la criatura que vertió esa sangre” —leyó distraída.

“Hela aquí... Es como un murciélago gigante, un murciélago hembra que azota los árboles con dos alas velludas. Distingo la belleza mortal de su rostro que inspira amor, y la opulencia de su sombría cabellera entretejida de serpientes venenosas”.

Le dolía que la noche fuera hermosa. El bienestar de la sangre diluyéndose en las arterias resultaba una función tristemente idiota, era un vivir fugaz inútil que la embriagaba de desconsuelo. El tormento de los débiles es no saber decidirse. Es fugarse en el sueño, en un sueño de venganzas enervantes. Edificar en el odio la hora del desquite mientras las renunciadas fermentan en el corazón su obra destructora.

Sólo en el sueño alcanzaría descanso. En el suelo la quietud es misteriosa, en su ámbito no penetran las palabras, su afinidad con la muerte se percibe claramente, se suscita en el silencio, emerge de la infancia. Aparece entonces en toda su plenitud la soledad; soledad que se agranda y huye del estruendo y nutriendo sus raíces de muerte se incorpora a la nada.

Para Mónica era el sabor de eternidad en que se diluye la amargura. Los sucesos cotidianos y el destino mismo, era sólo resonancia finísima

de una conciencia que prevalecía en el subconsciente inasequible, poblado de oscuridad.

Pero no le bastaba hundirse en esa lejanía ilímite. Dormir es una tregua, un instante sometido a despertar en celo rabioso, comparable al estallido de una montaña, de nuevo con su inevitable lastre amoroso, hostil y transitorio que le haría anhelar un sueño sin mácula.

¿Qué hacer para no alimentar el hambre de compañía, esa sed agotante que nos lanza hacia el otro, otro infaliblemente deformado por nuestra esperanza?

El olvido se aprende lentamente, sube peldaño por peldaño. Avanza y se repliega, el menor reclamo lo amedrenta, retorna, se agazapa y amilana, luego, desangra su rencor en los recuerdos, pero se deja devorar por la añoranza, se conforma con imaginarse protegido por la soledad del otro y la nostalgia se acumula enajenándonos los sentidos.

El timbre de la puerta sonó primero una vez y luego intermitente. Oyó con claridad el chirrido de la verja. La cadena se balanceó sobre los hierros con un crujido familiar, unos dedos tamborilearon en el barrote que ella se sabía de memoria. Mónica saltó de la cama para impedir que la sirvienta Juana abriera la puerta. Con una seña la detuvo en el pasillo. Juana se quedó de pie, con los pies desnudos cayéndose de sueño; torpemente buscaba el encendedor de luz.

—No enciendas, Juana, vete a dormir.

Juana curiosa espió por el portillo.

—Es un señor —anunció en voz baja.

—Acuéstate te digo, no abras, déjalo que llame.

Juana se alejó inquieta.

Mónica se sentó en el principio de la escalera iluminada apenas por el brillo de la luna que caía en el tragaluz. El timbre sonó insistentemente. La mano descansaba unos momentos y luego volvía a la carga. En el silencio el zumbido parecía traspasar toda la manzana. La mano se aferraba al botón con rabia. La insistente alarma intranquilizaría a los vecinos. Mónica intrigada hubiera deseado mirar el rostro del que llamaba; pero por la rendija no había visibilidad y por la cerradura, únicamente aparecía una mancha negra. Sigilosa intentó desde el quicio de la ventana vislumbrar la figura; pero fue imposible. Quería cerciorarse de que fuera el licenciado. La sombra estaba allí. Ya no martirizaba la pequeña esfera, pero no se retiraba de la puerta. ¡Qué fácil le sería abrir! Imaginó la escena. Bastaba descender unos escalones y empujar la cerradura. Se refugiarían en el saloncito. Recordó que la botella de coñac estaba sobre la repisa. Podría ofrecerle una copa. Le gustaría saber que le diría. Mónica se sobresaltó. El timbre tocaba desesperadamente. Hubo un descanso. La silueta estaba ahí. Se levantó el camisón a la altura de las rodillas. “A Morales le encantaría

el color de su carne”, pensó. Se miró detenidamente las piernas, luego ligera, se despojó del camisón y se puso de pie. “¿Qué tal si bajara y lo recibiera desnuda?” Se quedó petrificada con los muslos adheridos al pasamanos. La frente se le cubrió de sudor y las caderas se le pusieron tensas. Se apretó las manos contra el pecho para no temblar. Bajó como un reptil. En el último escalón permaneció paralizada. El tiempo que transcurrió allí, no podría precisarlo, pero fue mucho después de la última llamada.

Se arrastró hasta la cama titiritando y cayó sobre las sábanas como un fardo. “No, nunca lo haría”. El reloj dio las dos. “Qué tonta.” “Podían haber conversado afectuosamente.” “Pero no, con él todo era truculento.” “Cuando se quitaba las gafas, sus ojos estaban hechos de relámpagos, destellos que eran un mandato. Cerca de él, había una imperiosa necesidad de ser devorada, de fundirse, de no ser nunca más.” De pronto se dio cuenta que mentía. Ella nunca lo había visto sin gafas, ni siquiera sabía bien a bien el color de sus ojos. ¿Y si hubiera sido el gordo? ¡qué tontería! ¿Cómo iba a atreverse? No, la sombra era baja. ¿Sería don Andrés? ¡Qué horrible! Pablo no, Pablo nunca, a esas horas no. ¿Y el otro...? ¡Jamás! La sombra era larga, tal vez no, la sombra era gruesa. Al gordo le hubiera exigido como a un mozo que le acariciara los pies. Eso nada más, como cuando era pequeña y le ordenó al jardinero que le hiciera cosquillas con un popote en la planta de los pies, allí lo tuvo por horas sin misericordia. Era un hombre muy viejo. Ella le daba de patadas cuando pretendía descansar. —¡Eres mi esclavo! —le dijo furiosa cuando vio que sonreía. —Se metió dentro de las cobijas, apagó la luz y calculó. Mañana, mañana, en la antesala yo adivinaré el rostro del que tocó a mi puerta.

Las cobijas se estremecieron al compás de sus sollozos.

La puerta blindada que daba a la antesala, la puerta de laca importada de Italia, con dibujo de hiedras y desvaídas flores pintadas a mano, en tonos de arena, de cacao y de saliva, enmarcadas en una cenefa de oro con un complicado remate de las esquinas, que a veces parecían serpientes y a veces ramas; la puerta de marfil, por donde imaginó Mónica entraría siempre el señor Ministro, las que jamás había sido abierta, según el decir de los más antiguos asistentes, y aún del propio Conserje, que aseguraba que las hojas estaban enmohecidas, ensambladas de tantos siglos bajo llave; el 7 de diciembre a la una de la tarde, se abrió de súbito, con la suavidad que la Bella Durmiente movería sus párpados. Y ante la expectante mirada de los pacientes, apareció sin explicación, la recia figura del secretario del Ministro, don Rubén Camargo y de la Cerda. Era más que suficiente su imagen, para sorprender al auditorio; pero su presencia rebasó el asombro, cuando lo vieron lucir el súeter obsequiado al señor Ministro.

A los que tomaron parte en el proyecto, un estremecimiento los asoció. Las señoritas Sámano sufrieron accesos de tos que las orilló a la epilepsia. Anonado el conserje casi se quedó ciego. Mónica se alegró de que sor Imelda no estuviera ya en el mundo; le hubiera dolido ver su pesadumbre. Laura resollaba furiosamente y maldecía su inocencia y el poco tino de cada uno:

—¡Un súeter excepcional, digno de un zar que no mereció siquiera las gracias...!

Contreras se tragó íntegro el pañuelo para no soltar el clamor de su risa. Desde siempre supo que eso no resultaría, pero en el fondo de su corazón deseaba equivocarse, el fracaso de los otros irremisiblemente lo alteraba. Suponía que su contingente en alguna forma atraía el mal. Hubiera podido decirles “¡Señores, no soliciten mi compañía, mi sombra es un mal presagio, soy un drenaje de desventura, las cosas que yo toco se malogran... Exclusivamente conozco la derrota, el reposo

de la lengua sellada por el miedo, la espera de la noche para excavar un sueño y el regusto maligno de guardar en secreto!”.

Pablo y el licenciado Morales parecían de granito.

La puerta volvió de nuevo a cerrarse. Después de varios minutos la decepción sustituyó el asombro.

El Mayor fue el único en hablar:

—¡Qué confusión más deplorable! Lo que ha sucedido es realmente incomprensible.

En la sala nadie pareció escucharlo. Transcurrió media hora. Al fin un rumor se alzó entre las mujeres. La única frase inteligible fue cuando un desconocido dijo que la sisa era perfecta.

ciza / sisa

Se fueron calmando. El vocerío amainó, como disminuye el ruido de la lluvia. Cesaron de hablar. Vacías, desimportadas, se reclinaron en sus asientos. Al Gordo se le secó la risa en el cuerpo. Su mirada estaba llena de lucecitas de condolencia.

Mónica pensó que todo era un sueño, que la puerta inviolable no había sido abierta. Imaginó la boca burlona de Pablo y no se atrevió a mirarlo.

Compungido y con el rostro marcado de cansancio, sin atisbos de esperanza, el licenciado Morales parecía tener vergüenza. Don Chepe colgaba del asiento como un desquebrajado espantapájaros, Laura y Concha guardaban su desencanto en un altivo silencio que hizo más helado el abismo entre unos y otros.

Fue como si cada quien retomara de nuevo sus desdichas. Fue como si el fracaso les arrojara al rostro su impotencia, su incapacidad de luchar contra un poder invariablemente adverso, contra un mundo donde la comunicación es una meta ilusoria y la soledad un monstruo implacable, una irremisible y aciaga condición del hombre, que no afronta su infinito aprendizaje de muerte.

Mónica tuvo la sensación de haber sido descubierta en lo más íntimo de su conciencia; supo que ya no existía pretexto que pudiera hacer creer al grupo que ella tenía algún motivo para asistir a la antesala; permanecía allí, huyendo de sí misma. Inútil, extraña, se sintió inmersa de improviso en la intimidad de unos seres que flotaban sin saber con precisión, lo que alcanzarían de personajes sin raigambre, en continua discordancia espiritual refugiados en la improbable existencia de un Ministro.

La expectación permanente en que transcurrían las horas en la antesala, habían acabado por inmunizar su mente. Se sentía incapacitada para acicatear su fantasía. No había más que una realidad negativa y terrible.

El desamparo de los otros le hizo recordar el terror que le produjo pasar un año nuevo en la ciudad de Los Ángeles. Una multitud esperaba las doce en la calle de Broadway. Sitio de reunión en esa noche, de huérfanos, de nómadas y de solitarios. Gritos, cantos, silbatos, espantasuegras formaban el sollozo desgarrador de aquellos desventurados sin hogar y sin lumbre. Aullando se apiñaban temblorosos. Había viejos que lloraban tras de sus máscaras, mujeres que hablaban amorosas con invisibles amigos, muchachas que imaginaban el milagro de una estrella, niños que miraban la caravana de Santa Claus entre las nubes. En un espejismo de alegría, hipnotizados por el ulular de jóvenes, a las 12, el gentío se abrazó al compañero más próximo, parodiando las escenas familiares. Mónica sintió el horrible frío de esos desconocidos más solos que nunca. Al acercar sus mejillas de hielo unos a los otros, juntaban su desolación y su ignominia; pero ninguno podía engañarse. Replegados en sí mismos, su nostalgia colectiva era monstruosa.

Mónica supo que esperar el olvido en la antesala, resultaba tan infecundo como esperar la muerte en su propia casa.

A la postre las dos cosas llegarían.

¡El olvido tiene tantos caminos!, caminos sin respuesta que llevan a la nada, caminos donde el tiempo es una sal terrible. Y no habrá reposo para el que olvida, porque la propia sangre repetirá su grito. Callar mil veces, quedar en silencio como las montañas y guardarse los ojos para no mirar el rostro del odio asomado a los espejos, ahogar la palabra que la boca vuelve centella de la venganza y aceptar lo inmutable.

No permanecer más anclada en su memoria, encadenada a sed de recordar que no se colma.

Mónica reconstruye rostros y sonrisas, el calor de las tardes, las palabras, y un ciego dolor revive sobre el amargo cauce de su nombre.

Cuando Mónica se puso de pie, sus piernas parecían de plomo. Se deslizó tímidamente hasta la puerta. Se detuvo en el quicio unos segundos queriendo dar la impresión de que trataba de dar unos pasos para calentarse, sus ojos se fijaron en el calendario: "Jueves 21. Santos Paulino de Nola Obispo e Inocencio V, Papa, 10.000 mártires crucificados con su jefe. Acaeció en el Monte Aravat y los 1480 sacrificados en Samaria...". En el rostro de todos vio la seguridad de que su ausencia era definitiva. Las tejedoras se empeñaron en no levantar la vista, clavada en la alfombra. Las pupilas de Pablo la miraron como a un enemigo. La barba del conserje temblaba ligeramente. El gordo parecía un muerto. El licenciado con el cuerpo incrustado contra la pared formaba parte del muro. En los demás era evidente la angustia. Ella se balanceó sin fuerzas. Se dirigió a la escalera con lentitud desesperante. En el primer descanso se detuvo. Tenía necesidad de pedir perdón al conserje, reclamar a Pablo su dureza, preguntar a las tejedoras por Ana y asegurarle al licenciado que lo esperaría esa noche; pero tuvo miedo de echarse a llorar y se alejó sin esperanza.

Acació / Acaeció

Apéndice 1. Centro Mexicano de Escritores (1961-1965)

Escritor	Año de la beca	Obra comprometida	Carta de motivos	Contrato	Curriculum	Fotografía	Examen	Artículos periodísticos	Correspondencia	Mecanuscritos	Observaciones	Publicación de obra comprometida	DEM	Obra publicada según la Antología de Becarios 1951-1966
Berg, Stephen	1959-1960 y 1960 y 1961	Traducción del poema de Paz "Piedra de sol" y su poesía.	sí	no	sí		no	no	Sí. Las cartas se las mandaba personalmente Margaret Shedd y hay una breve de Ramón Xirau (04/04/61).	Sí. Un poemario titulado <i>Before dawn</i> .	La beca se la otorgan estando él en Iowa.// Le otorgan la beca para hacer traducción y la otra mitad del tiempo para que se dedique a la poesía.// Le suben la beca de \$1,130 a \$1,858 por haberse casado.// Aparece en la portada de			<i>In the Blood</i> , en Colorado State Review; <i>Speech Horizons</i> , en Bearing Weapons, The Abington Press, West Brand, Iowa, EE. UU., 1963.
Cantú de la Garza, Jorge (1937 - 1997)	1960-1961		No. Aparece una carta de motivos en dónde pide nuevamente la beca.	sí	No	1 foto original	no	Dos artículos periodísticos que hablan de él después de su fallecimiento.	Sí. Correspondencia con Felipe García Beraza. FGB lo saluda ocasionalmente y en una carta de 1993 le escribe para pedirle interceda con el gobernador de Nuevo León para que le	Sí. Dos cuentos "La otra puerta" y "La calle ancha".			No se menciona en el DEM	<i>Poemas en que yo estaba escondido</i> , UNAL, 2008// <i>Agridulce el recuerdo</i> , 2005// <i>Ajuste provisional</i> , 1991// <i>Armas de nacimiento</i> , UNAL, 1998// <i>De vida irregular</i> , Monterrey, NL, Gobierno del Estado.
Markson, David	1960-1961	Novela <i>The ballad of Dingus Magee</i> .	no	sí	No		no	Sí. Un artículo en el <i>Herald Tribune de Nueva York</i> . Hablan de su novela <i>The ballad of Dingus Magee</i> .	No	no	Aparecen las hojas del libro <i>Colt's law</i> con un cuento del autor llamado "White Apache". // Además se encuentra una invitación a la presentación de su novela <i>The ballad of Dingus Magee</i> . // Beca de \$1,600.			<i>Women and Vodka</i> (con el seud. Mark Merryll), Pyramid Books, Nueva York, 1956; <i>The Love-Makers</i> (Mark Merryll), Pyramid Books, NY, 1956; <i>Epitaph for a Dead Beat</i> , Dell Books, NY, 1961; <i>The Ballad of Dingus Magee</i> , Books-Merill, NY, 1956.
Murúa Beltrán, Rita	1960-1961	"Un libro de cuentos"	no	sí	No	1 foto	no	Sí. Un artículo después de su	No	Sí, algunos cuentos. "La			No se menciona en el DEM.	
Montes de Oca, Marco Antonio	1956-1957 y 1960-1961	"Un libro de poemas"	Hay una carta de motivos en donde pide la beca por tercera vez.	sí	sí	no	no	sí	sí	Poemas del libro <i>Cantos al sol que no se alcanza</i>	Hay un contrato de beca por el periodo de 1956-57. El DEM lo confirma.//Ejemplar de Books Abroad.	<i>Cantos al sol que no se alcanza</i> , FCE, 1961(Tezontle)		<i>Ruina de la infame Babilonia</i> , Medio Siglo, 1953; <i>Contrapunto de la fe</i> , Los Presentes, 1955; <i>Pliego de testimonios</i> , Metáfora, 1956; <i>Delante de la luz cantan los pájaros</i> , FCE, 1959; <i>Fundación del entusiasmo</i> , UNAM, 1963; <i>La parcela del Edén</i> , Pájaro Cascabel, 1964; <i>Las fuentes legendarias</i> , Joaquín Mortiz, 1966.
Neira, Eduardo de	1960-1961	Veinte cuentos	Está la carta cuando pide que le renueven la beca al siguiente año.	sí	No	no	no	no	Carta donde le piden que devuelva los manuscritos que solicitó en calidad de préstamo del CME.// Carta de Margaret Sheed le llama la atención por su inasistencia.	<i>Threelives had Joseph Kroll</i>	Le quitan la beca por considerar que no cumple con la calidad esperada. Le ofrecen una compensación de \$2,500.			
Schwendinger, Robert L.	1960-1961	La segunda versión de una novela y cuatro cuentos	no	sí	No	no	no	no	Sí. Una carta en donde le explican las razones de porqué le quitan la beca y otra en donde le avisan del cheque.					

Sullivan, Thelma	1960-1961	Traducción de la Historia General de las Cosas de la Nueva España de Sahagún	no	no	Sí	no	no	sí	no		Plan de trabajo	<i>Historia general de las cosas de Nueva España de Fray Bernardino de Sahagún (trad)</i> , Rutgers University, New Jersey, EE. UU., 1966.		<i>Nahuatl proverbs, conundrums and metaphors</i> , México, UNAM, 1963. (Sahagún, Bernardino, Fray, 1499-1590)/Documentos tlaxcaltecas del s. XVI en lengua náhuatl, 1987// Compendio de gramática náhuatl, UNAM, IIH, 1983 / 1976.
Arredondo, Inés (1928-1989)	1961-1962		sí	sí	Sí	1 foto	no	sí	Felipe García Beraza le pide sus datos personales para el Índice de Becarios.// Recomendación por parte del CME.	No	Carta que certifica que estuvo enferma y por tal motivo no pudo regresar a tiempo a la beca.	<i>La señal</i> , ERA, 1965, Alacena.	Si aparece en el DEM	
Darrel Eckesley, Adan	1961-1962		sí	sí	Sí	no	no	no	Sí. Correspondencia con Margaret Shedd.	No	Carta de agradecimiento a Margaret Sheed por la beca.			
Dueñas, Guadalupe	1961-1962	Novela "Memoria de una espera"	sí	sí	Sí		no	sí	Sí. Invitaciones, cartas de publicaciones de libros, piden currículum,	Cuentos "No moriré del todo", "Cuento de Indios" y "El ruisenior y la rosa"	Pidió la beca en 1955 y no se la concedieron.// Análisis de uno de sus cuentos por Griselda Álvarez// Solicitó la beca nuevamente en 1962 pero no se la otorgan.// En el libro <i>Antología de becarios. CME 1951-1966</i> aparece un fragmento de la novela pero sin datos de dónde fue extraída.		Si aparece en el DEM.	<i>Las ratas y otros cuentos</i> , Ábside, 1954; <i>Tiene la noche un árbol</i> , FCE, 1958.
Griscon, Frederick	1961-1962	Novela <i>The God hunt</i>	Si. Application for beca	sí	No	1 recorte de foto	no	no	Hay tres cartas de Felipe Gracia Beraza en dónde pide que le otorgen la visa de estudiante.	no				
Leñero, Vicente	1961-1962 y	Novela <i>Los albañiles</i> .	sí	Si. Están los dos contratos.	Sí	no	sí	sí	Carta en la que le llaman la atención por no mencionar al CME.// Cartas con las que envían un ejemplar de <i>La</i>			<i>Los albañiles</i> , Barcelona, Seix Barral, 1964; en J Mortiz en 1987.	Si se menciona.	<i>La polvareda y otros cuentos</i> , Colección Voces Nuevas, Jus, 1959; <i>La voz adolorida</i> , Universidad Veracruzana, 1961; <i>El garabato</i> , Joaquín Mortiz, 1967; <i>Vicente Leñero</i> (autobiografía), Empresas Editoriales, S. A., 1967.
	1963-1964	En la segunda beca novela Estudio Q							ejemplar de <i>La</i>			<i>Estudio Q</i> , México, Joaquín Mortiz, 1965 (Novelistas Contemporáneos)		
Parra Ramírez, Gabriel	1961-1962	Libro de cuentos	Si. Hay dos cartas.	sí	Sí	no	sí	no	Correspondencia con Margaret Sheed cuando se va a una	Sí			No se menciona en el DEM.	
Sabido, Miguel	1961-1962	"Los mancebos", 2 obras largas y "Los fuertes"	sí	sí	Sí	no	sí	sí		No	Pide la beca en 1959 y en 1960 pero se la otorgan hasta 1961.			<i>La tormenta</i> , Diana, 1967. // <i>Los cuadillos</i> , Diana, 1969
Shelley, Jaime Augusto	1961-1962	Libro de poemas sobre la ciudad	sí	sí	sí	2 fotos	no	sí	Sí. Invitaciones, información para el índice de escritores.	Sí. "Metrópolis"				<i>La gran escala</i> , Xalapa, Universidad Veracruzana, 1961 // <i>Hierofante</i> , México, SEP, 1967.
Ayala Anguiano, Armando	1962-1963	<i>Unos cuantos días</i>	sí	sí	sí	2 fotos	no	sí	Sí. Cartas para la publicación del libro <i>México antes de los aztecas</i> . Shedd le recomienda a María McNamara.	Cuento "Cara de coyote"		<i>Unos cuantos días</i> , México, Joaquín Mortiz, 1965 (Serie del Volador).	Si se menciona.	<i>Las ganas de creer</i> , Costa-Amic, 1958; <i>El paso de la nada</i> , Editorial Goyanarte, Buenos Aires, Argentina, 1960; <i>México antes de los aztecas</i> , México, Editorial Novaro, 2a ed., 1970.

Fornés, María Irene, cubana	1962-1963	Teatro "The office", probablemente "The orphans" y traducción de una o dos obras suyas.	sí	sí	sí	no	no	no	Sí escribe una carta dirigida a Ramón Xirau fechada el 6 de febrero de 1963 en donde avisa que por la salud de su madre no podrá terminar	Sinopsis de la obra <i>The office</i> . // Obra <i>There! You died!</i>				
Mendoza, Héctor	1953-1954 y 1962-1963	En la beca de 1962 promete una novela.	sí	sí	sí	no	no	sí	sí	Fragmento de un texto sin título.	En el contrato de la primera beca no especifica que va a escribir.			<i>Las cosas simples. Comedia en tres actos y un entremés</i> , México, Toledo, Colección Studium, 1954. // <i>Secretos de</i>
Monsiváis, Carlos	1962-1963	Ensayo sobre Los contemporáneos y otro sobre los subgéneros literarios.	Sí, están las dos.	sí	sí	no	no	sí	sí	No		<i>La poesía mexicana del siglo XX</i> (notas, selección y resumen cronológico), Empresas Editoriales, S.A., 1966;	Si se menciona en el DEM.	<i>Carlos Monsiváis</i> (autobiografía), Empresas Editoriales, S. A., 1966.
	1967-1968	<i>La historia de las ideas en México</i> .												
Sainz, Gustavo	1962-1963	Los perros jóvenes, luego Conejo extraordinario y finalmente se	sí	sí	sí	no	no	sí	sí	Fragmento de un texto sin título.	Solicitó la beca en 1961 y 1964. // Ejemplar de <i>Para</i> .	<i>Gazapo</i> , México, Joaquín Mortiz, 1965, Serie del Volador.		<i>Gustavo Sainz</i> (autobiografía), Empresas Editoriales S. A., 1966.
Wiser, William	1962-1963	Novela "Trobador"	sí	sí	no	no	no	no	sí	Capítulo I de "Trobador" y The snow bird				
Berriault, Arline	1963-1964	no	sí	no	no	no	no	no	Si, con Margaret Sheed.	No	Firma como Gina Berriault. // Sólo hay cartas, no hay cuenta de su estancia en el CME.			
Carrión Bogard, Ulises	1963-1964	Una novela <i>La dicha en la penumbra</i> y varios cuentos	sí	sí	sí	1 foto	no	no	sí	"La prueba", "El asalto", "El Albúm", "Tres en una mesa", "Historia de un niño flaco" y "Olvidar este	Pidió la beca un año antes y lo rechazaron.		Si aparece en el DEM pero difiere con la fecha de su beca pues señala que fue en el periodo de 1962- 63.	<i>Tú, sin vino</i> , en La Palabra y el Hombre, núm 28, Xalapa, Ver., Oct.-Dic., 1963; <i>La muerte de Miss O</i> , Era, 1966.
Dallal, Alberto	1963-1964	Una novela	sí	sí	sí	1 foto	no	sí	Si con Felipe García Beraza. Cartas de felicitación, cartas de pésame	Si. "Géminis"	Pide la beca para escribir obras de teatro (pues así lo señala en su plan de trabajo) y se la dan para novela. // Carta de motivos para el año 1968-1969 y para 1969-1970.			<i>El dancing mexicano // Tres actores mexicanos</i> , 1979 // <i>Louis Falco</i> , 1979 // <i>Fémína danza</i> , 1985. // <i>Periodismo y literatura</i> , 1985.
Elizondo, Salvador	1963-1964 y	<i>Farabeuf y El hipogeo secreto</i> , en la segunda beca.	sí	Sí, además hay un contrato de trabajo por seis meses con fecha de 1974.	sí	5 fotos	no	sí	sí	Fragmento de <i>Farabeuf</i> antes <i>Quimera</i>	<i>Narda o el verano</i> y en la segunda beca <i>El retrato de Zoe y otras mentiras</i> , éstas aparecen en una carta del CME al Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe, Juan Rulfo)	<i>Farabeuf; la crónica de un instante</i> , México, Joaquín Mortiz, 1965 (Serie del volador); <i>Narda o el verano</i> , 1a ed., México, ERA, Alacena, 1966; <i>El hipogeo secreto</i> , México, Joaquín Mortiz, 1968.		<i>El retrato de Zoe y otras mentiras</i> , 1a ed., México, Joaquín Mortiz, 1969 (Serie del volador).
	1966-1967													
García Ponce, Juan	1957-1958 y	En la primera beca una obra de teatro y dos monólogos, en la segunda una novela.	Sí, están las dos cartas.	sí	sí	no	no	sí	sí	Fragmento de <i>La casa en la playa</i> .	Manda carta a Margaret Sheed pidiendo permiso para seguir dando clases en la escuela de teatro del INBA. // Incluye planes de trabajo.		Si se menciona en el DEM.	<i>El canto de los grillos</i> , Imprenta Universitaria, 1958; <i>Sombras</i> , en <i>Revista Mexicana de Literatura</i> (Nueva época), núm. 2, abr-jun, 1959; <i>Imagen primera</i> , Universidad Veracruzana, 1963; <i>La noche</i> , Era, 1963; <i>Doce y</i>
	1963-1964											<i>Figura de paja</i> , México, Joaquín Mortiz, 1965		
Montero, José Antonio	1963-1964	Libro de poesía	sí	sí	sí	no	sí	no	sí	Poemas sueltos.	Pide la beca en 1961 y en 1962 pero no se la dan.			<i>Apelaciones y exhalaciones</i> , México, UNAM, Dirección General de Publicaciones, 1972.

Aura, Alejandro	1964-1965	Un libro de poesía	sí	sí	sí	3 fotos	no	sí	Sí con Felipe García Beraza. Carta de felicitación de Martha Domínguez.	Poemas "De vegetal, sí, yerba". Copia de tres cuentos y un poemario sin nombre.	Pide beca nuevamente en 1968-1969. // Un ejemplar de la revista <i>El nuevo mal del siglo</i> y otro de la revista <i>El cuento</i> .	<i>Poesía joven de México</i> , México, Siglo XXI, 1967.	Si se menciona en el DEM.	<i>Alianza para vivir</i> , México, UNAM, Dirección General de Difusión Cultural, Col. Poemas y Ensayos, 1969.
Castillo, Germán	1964-1965	Un libro de poesía	sí	sí	sí	no	no	sí	Sí con Felipe García Beraza.	No				<i>Paso común</i> , México, Samo, 1974.
Nicholson, Irene (chilena)	1964-1965	no	no	Sí aunque el contrato que aparece es para la beca de 1954.	sí	1 foto	no	no	no	No	Un ejemplar de <i>British Book News</i> en donde aparece reseñado su libro <i>Mexican and Central American Mythology</i> // En el	<i>Firefly in the Night: A Study of Ancient Mexican Poetry and Symbolism</i> , Faber and Faber, Londres, 1959; <i>The X in Mexico</i> :		<i>Mexican and Central American Mythology</i> , 2 imp, London, Paul Hamlyn, 1968. // <i>A guide to Mexican poetry: ancient and</i>
Paso Morante, Fernando del	1964-1965	Una novela (<i>José Trigo</i>)	sí	sí	sí	no	no	sí	no	Fragmento de <i>José Trigo</i>	Pide la beca en 1958 pero no se la dieron. Ahi pensaba escribir poesía, teatro y cuentos.	<i>José Trigo</i> , México, Siglo XXI, 7a ed., 1966.	Si aparece en el DEM.	<i>Sonetos de lo diario</i> , Cuadernos del Unicornio, 1958.
Rodríguez Castañeda, Rafael	1964-1965	Un libro de cuentos.	sí	sí	sí	no	no	Uno en donde resultó ganador del Concurso Universitario del Cuento.	Hay unas cartas que le envía a su homónimo (triple tocayo).	Cuentos "Los vétales", "No le vayas a decir a nadie", "La jarro quebrado", "Los grillos"			Si está citado en el DEM pero no dice que obtuvo la beca del CME.	
Rodríguez Solís, Eduardo	1964-1965	<i>La puerta de los clavos</i> y una pieza de teatro "Las ruedas ruedan"	sí	sí	sí	no	no	sí	sí	No	En una de sus cartas a Felipe García Beraza menciona una Antología de textos de los becarios. // Catálogo de teatro mexicano. // Pide nuevamente la beca en 1965 y en 1970.	<i>La puerta de los clavos</i> , México, Ediciones Mester, 1966.	Si se menciona en el DEM.	<i>Las ruedas ruedan</i> , en Mester, núm. 9, 1965; <i>Sobre los orígenes del hombre</i> , estr. en 1967; <i>No es la soledad</i> , México, Joaquín Mortiz, 1969 (Serie del volador).
Sabines, Jaime	1964-1965	Libro de poemas, Yuria	no	sí	sí	no	no	sí	sí	No		<i>Yuria</i> , México, Joaquín Mortiz, 1967 (Las dos orillas).	Si se menciona en el DEM.	<i>Floral</i> , Departamento de Prensa y Turismo, Tuxtla Gutiérrez Chiapas, 1950; <i>La señal</i> , Impresora Económica, 1951; <i>Adán y Eva</i> , Icaach, 1952; <i>Tarumba</i> , Metáfora, 1956; <i>Diario semanario y poemas en prosa</i> , Universidad Veracruzana, 1961; <i>Recuento de poemas</i> , UNAM, 1962.
Sepúlveda, Irma Sabina	1964-1965	<i>Agua de las verdes matas</i>	sí	sí	sí	1 foto	no	sí	sí	"Escándalo en piedras pintas", obra y cuentos "El complejo de Cenicienta" y "Mariana y los	Ejemplar de <i>Un asunto federal</i> . // Pide la beca en 1962.	<i>Agua de las verdes matas</i> , Monterrey, México, Vallarta, 1963.		
Tovar, Juan	1964-1965 y 1974-1975	Libro de cuentos	sí	sí	sí	2 fotos	no	sí	sí	"La casa detrás de los árboles", "Mientras cae la lluvia", "El bosque y los árboles" y cuatro cuentos.	Pidió la beca en 1961 y 1962.		Si se menciona en el DEM.	<i>Hombre en la oscuridad</i> , Universidad Veracruzana, 1965; <i>Los misterios del reino</i> , Universidad Veracruzana, 1966; <i>El mar bajo la tierra</i> , Joaquín Mortiz, 1967; <i>La plaza y otros cuentos</i> , Instituto Nacional de la Juventud, 1968.
Treviño, Ana Cecilia (Bambi)	1964-1965	Un ensayo de autores extranjeros que se han ocupado de México.	sí	sí	sí	1 foto	no	sí	sí	no	Hay una tarjeta donde hay observaciones de Margaret Shedd, Rulfo y Arreola.		Si se menciona en el DEM.	

Conclusiones

Luego del trabajo de edición y contextualización de la novela, *Memoria de una espera* descubrimos que la novela es un texto de gran valor literario pues completa la obra de Guadalupe Dueñas. En mi opinión, la novela resume, de forma magistral, el estilo y las preocupaciones temáticas de esta escritora, a través de un narrador reflexivo so pretexto de una realidad ficticia muy parecida a la que se vive todavía en nuestros días.

Considero que los motivos que influyeron para que el texto nunca se publicara obedecieron más a la autocensura que por la crítica que se aparece en la misma sobre el Estado mexicano y su funcionamiento. Hago esta precisión pues aunque la novela ocurre en México, la crisis del sistema burocrático no es privativa de este país como tampoco lo es la ineficiente espera de respuesta y solución de problemas por parte del gobierno.

No obstante, como pudimos observar en la edición de la novela se percibe el apresuramiento en la captura del texto final y una rápida revisión, sin lograr un documento que se pudiera considerar una versión final de la misma. No podemos asegurar que Guadalupe Dueñas directamente haya revisado el borrador que entregó al Centro Mexicano de Escritores, sin embargo, las marcas que se encontraron en el mismo se respetaron como la última voluntad de la escritora en esta edición.

Memoria de una espera, es una novela que recrea perfectamente una situación cotidiana, de la cual todos podemos ser partícipes en cualquier momento,

pero conservado siempre el peculiar estilo que caracterizó toda su obra. Por lo tanto, considero que aunque este trabajo sólo fue una propuesta de edición de la novela, hasta hoy inédita, de Guadalupe Dueñas es una obra que debe publicarse para el conocimiento del público.

Bibliografía

- Dueñas, Guadalupe, *Memoria de una espera* (1962). Mecanograma, Fondo Reservado de la Universidad Nacional Autónoma de México.
- _____, *Tiene la noche un árbol* (1958). México: FCE (Lecturas Mexicanas).
- _____, *No moriré del todo* (1976). México: Joaquín Mortiz.
- _____, *Imaginaciones* (1977). México, Jus.
- _____, *Antes del silencio* (1991). México: FCE.

Bibliografía sobre Guadalupe Dueñas

- Castro Ricalde, Maricruz y Laura López Morales (eds.). (2010). *Guadalupe Dueñas: Después del silencio*, Tecnológico de Monterrey/Universidad Iberoamericana/Dirección de Literatura, UNAM/Universidad Autónoma del Estado de México (Desbordar el canon).

Bibliografía consultada

- Antología de becarios, 1951-1966: ensayo, poesía, narración, teatro* (1968). México: Centro Mexicano de Escritores.
- Azaustre, Antonio y Juan Casas (1997). *Manual de retórica española* Barcelona: Ariel.
- Bartra, Agustí (1977). *Relatos maestros de terror y misterio*. España: Ediciones Martínez Roca.
- _____. (1982). *Diccionario de la mitología*. Madrid: Grijalbo.
- Botton Burlá, Flora (1994). *Los juegos fantásticos*. México: UNAM, FFyL.
- Brosse, Oliver de la, Antonin Marie Henry y Philippe Routillard (dir.). (1986). *Diccionario del cristianismo*. Barcelona: Herder.
- Castro Ricalde, Maricruz (2010). "Guadalupe Dueñas: entre la elocuencia y el silencio", en Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales (eds.). (2010). "Yo soy el otro: *Imaginaciones* de Guadalupe Dueñas", en Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales (eds.).
- Cervantes Saavedra, Miguel de (2003). *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (ed. facsimilar de la edición de Ignacio Cumplido, México, 1842.), T. I. México: Porrúa.
- Covarrubias Orozco, Sebastián de (1987). *Tesoro de la lengua castellana o española*. Barcelona: Alta Fulla.
- Cluff, Russell M., Alfredo Pavón, Luis Arturo Ramos y Guillermo Samperio (seleccionadores). (2000). *Cuento Mexicano Moderno*. México: UNAM-UV/Aldus.
- Gran Diccionario de la Pintura* (tomo Siglos XIV-XVIII). (2005). Barcelona: Carroggio.

- Gray, Bennison (1974). *El estilo: el problema y su solución* (Trad. Julio Rodríguez Puértolas y Carmen C. de Rodríguez Puértolas). España: Castalia.
- Howatson, M. C. (1991). *Diccionario de la literatura clásica*, Antonio Guzmán Guerra (coord.). Madrid: Alianza.
- López González, Aralia (1995). *Sin imágenes falsas, sin falsos espejos. Narradoras del siglo XX*. México: El Colegio de México.
- López Morales, Laura (2010). "El arte de escribir cuentos", en Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales (eds.).
- Los narradores ante el público*. (1967). México: Joaquín Mortiz.
- Maciel Rodríguez, Angélica (2010). "El juguete como ente de lo macabro en 'La sorpresa' de Guadalupe Dueñas", en Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales (eds.).
- Marchese, Angelo y Joaquín Forradas (2000). *Diccionario de retórica, crítica y terminología literaria*, España, Ariel.
- Martín, Alonso (1947). *Enciclopedia del idioma. Diccionario histórico y moderno de la lengua española (siglos XII al XX) etimológico, tecnológico, regional e hispanoamericano*. Madrid: Aguilar.
- Martínez Amador, Emilio (1991). *Diccionario francés español, español francés*. Barcelona: Ramos Sopena.
- Martínez Morales, José Luís (1990). *Literatura mexicana siglo XX, 1910-1949*. México: Conaculta.
- y Christopher Michael Domínguez. (1995). *La literatura mexicana del siglo XX*. México: Conaculta.
- Miller, Beth y Alonso González (1978). *26 autoras del México actual*. México: B. Costa-Amic.
- Minc, Rose Schatzky (1979). "Lo fantástico y lo real: Juan Rulfo y Guadalupe Dueñas" (tesis de la Rutgers University ,1976, publicada por Ann Arbor, Michigan, Estados Unidos.
- Moliner, María (2007). *Diccionario del uso del español*. Madrid: Gredos-Colofón.
- Monges, Graciela (1996). "El desamparo y la orfandad en *Tiene la noche un árbol* de Guadalupe Dueñas", en Nora Pasternac (ed.), *Escribir la infancia*. México: El Colegio de México, pp. 197-211.
- Ocampo, Aurora M. (1976). *Cuentistas mexicanas*. México: Siglo XXI/UNAM.
- (1992). *Diccionario de escritores mexicanos*. México: UNAM/IIFL.
- Pavón, Alfredo (1998). *Cuento de segunda mano*. México: Universidad Veracruzana.
- Pimentel, Luz Aurora (1998). *El relato en perspectiva*. México: Siglo XXI-UNAM.
- Piñeiro Carballada, Aurora (2001). "Tiene la noche una venus oscura: La cuentística de Angela Carter y Guadalupe Dueñas desde la perspectiva de la literatura gótica" (tesis de Maestría). México: UNAM-Facultad de Filosofía y Letras.
- (2010). "Tiene la noche una falena entre cristales: la cuentística de Guadalupe Dueñas", en Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales (eds.).
- Prado Garduño, Gloria (2010). "Tras la 'soledad sonora', solo resta el silencio", en Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales (eds.).

- Quevedo, Francisco de (1995). *Poesía completa* (ed. y prolog. de José Manuel Blecua), vol. I. Madrid: Biblioteca Turner.
- Robles, Martha (1986). *La sombra fugitiva: escritoras en la cultura nacional*, Tomo II. México: UNAM.
- Román López, María Teresa (1999). *Diccionario de los santos*. Madrid: Aldebarán Ediciones.
- Sardiñas, José Miguel (2010). "Secretos de familia o misterios del tiempo: Sobre 'La dama gorda'", en Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales (eds.).
- Seydel, Ute (2010). "El registro fantástico como crítica social y cultural en 'Al roce de la sombra' e 'Historia de Mariquita'", en Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales (eds.).

Hemerografía

- Ábside: revista de cultura mejicana* (1955-1963). México.
- Argüelles, Juan Domingo (1992). "Antes del silencio", en *El Universal*, 17 de julio.
- Bárceñas, Ángel (1968). "Tiene la noche un árbol", en *El Nacional*, supl. 38, 15 de diciembre, p. 15.
- Bermúdez, María Elvira (1958). "Los cuentos de Guadalupe Dueñas" en *Diorama de la cultura, Excélsior*, 27 de julio, pp. 2-4.
(1986). "Los escritores y el público" en *El Nacional*, 11 de julio.
(1984). "Búsqueda de lo imaginario", en *El Sol de México en la Cultura*, 282, 24 de febrero, 1984, p. VI.
- Cáceres Careño, Raúl (1969). "Árbol de sombra, árbol de asombro" en *El Nacional*, 25 de noviembre.
- Cadena, Agustín (1991) "Zonas de oscuridad", en "Librarium", *Excélsior*, 31 de marzo.
- Camino, Álvaro (1958) "Tiene la noche un árbol", en *Diorama de la cultura, Excélsior*, 31 de agosto, p. 4.
- Campo, Xorge del (1977). "¿Quiénes son las escritoras mexicanas?", en *Diorama de la cultura, Excélsior*, 19 de noviembre, p. 2.
- Cantú, Jorge (1969). "Tiene la noche un árbol" en *El Heraldo Cultural, El Heraldo de México*, 169, 2 de febrero, p. 15.
- Carballo, Emmanuel (1955). "Las ratas" en "México en la cultura", *Novedades*, 315, 3 de abril, p. 2.
(1964). "Cambios fundamentales en la industria editorial", en *México en la Cultura*, 134, 9 de septiembre.
- Castro, Dolores (1959). "Tiene la noche un árbol", en *La palabra y el hombre*, 9, enero-marzo, pp. 141-143.
- Espejo, Beatriz (1977). "Con Guadalupe Dueñas: en el centro me sentí liberada", en *El Gallo Ilustrado*, 759, 9 de enero, p. 5.
- Feher, Eduardo Luis. (1981). "Electrocardiograma de la vida", *Excélsior, Cultura*, 8 de septiembre, p. 1

- Godinas, Laurette y Alejandro Higashi (2005-2006). "La edición crítica sin manuscritos: otras posibilidades de la edición en la crítica genética en *Balún Canán* de Rosario Castellanos", en *Incipit*, XXV-XXVI, pp. 269- 271.
- Güemes, César y Ericka Montaño (2002). "Relatos clásicos, legado de Lupe Dueñas a la literatura mexicana", en *La Jornada*, Secc. Cultura, 13 de enero, p. 2a.
- Gomís, Anamari (1978). "Las narradoras de un país desconocido", en *Los Universitarios*, 129-130, octubre, pp. 7-12.
- "Guadalupe Dueñas y otras defunciones". (2002). En *Reforma*, 2953, 14 de enero, p. 3c.
- Huerta, Efraín (1978). "Libros y antilibros", en *El gallo ilustrado*, suplemento cultural de *El Día*, 845, 27 de agosto, p. 15.
- La cultura en México* (febrero de 1962–enero de 1965). Suplemento de la revista *Siempre*.
- Magaña Esquivel, Antonio (1979). "Ensayo y poesía", en *Novedades*, 11 de enero.
- Martínez Carrizales, Leonardo (1991). "Guadalupe Dueñas. El prólogo del silencio", en *El Financiero*, 7 de enero.
- (1993). "El horror, la fatiga y el silencio" en *La Jornada Semanal*, Nueva época, núm. 201, 18 de abril.
- (2002). "Antes del silencio", en El semanario cultural de *Novedades*, 1034, 10 de febrero, pp. 2-3.
- Mejía, Eduardo (1976). "No triunfaré del todo" en "La Onda", en *Novedades*, 162, 18 de julio, p. 2.
- (1992). "Antes del silencio", 2 mayo.
- (2002). "Inexplicable, el silencio ante su obra" en *El Financiero*, 5859, 18 de enero, p. 43.
- Méndez, Ignacio (1962). "Veinte siglos de literatura deben influir en los jóvenes", entrevista con Guadalupe Dueñas en "México en la Cultura", *Novedades*, 716, 9 de diciembre, p. 10.
- Peña, Ernesto de la (1976). "*No moriré del todo* de Guadalupe Dueñas" en "El Sol de México en la cultura", 96, 1 de agosto, pp. 5-6.
- Piazza, Luis Guillermo (1978). "Borges, Forster y algo más" en "La onda", *Novedades*, 27 de agosto, p. 5.
- Poniatowska, Elena (1957). "Cuatro escritoras mexicanas", "México en la Cultura", en *Novedades*, 414, 24 de febrero, p. 4.
- Reyes Nevares, Beatriz (1964). "Auge, problemas y perspectivas del libro mexicano", en *La cultura en México*, 106, 26 de febrero.
- Revista Mexicana de Literatura* (mayo de 1961-junio de 1963). México.
- Valdés, Carlos (1955). "*Las ratas y otros cuentos*", en *Revista de la Universidad de México*, 8 de abril, p. 27.
- Zendejas, Francisco (1978). "*Imaginaciones*", en *Excélsior*, 25 de septiembre, p. 4.
- Zúñiga, Olivia (1958). "Guadalupe Dueñas", en "México en la cultura", *Novedades*, 845, 29 de junio, p. 2.